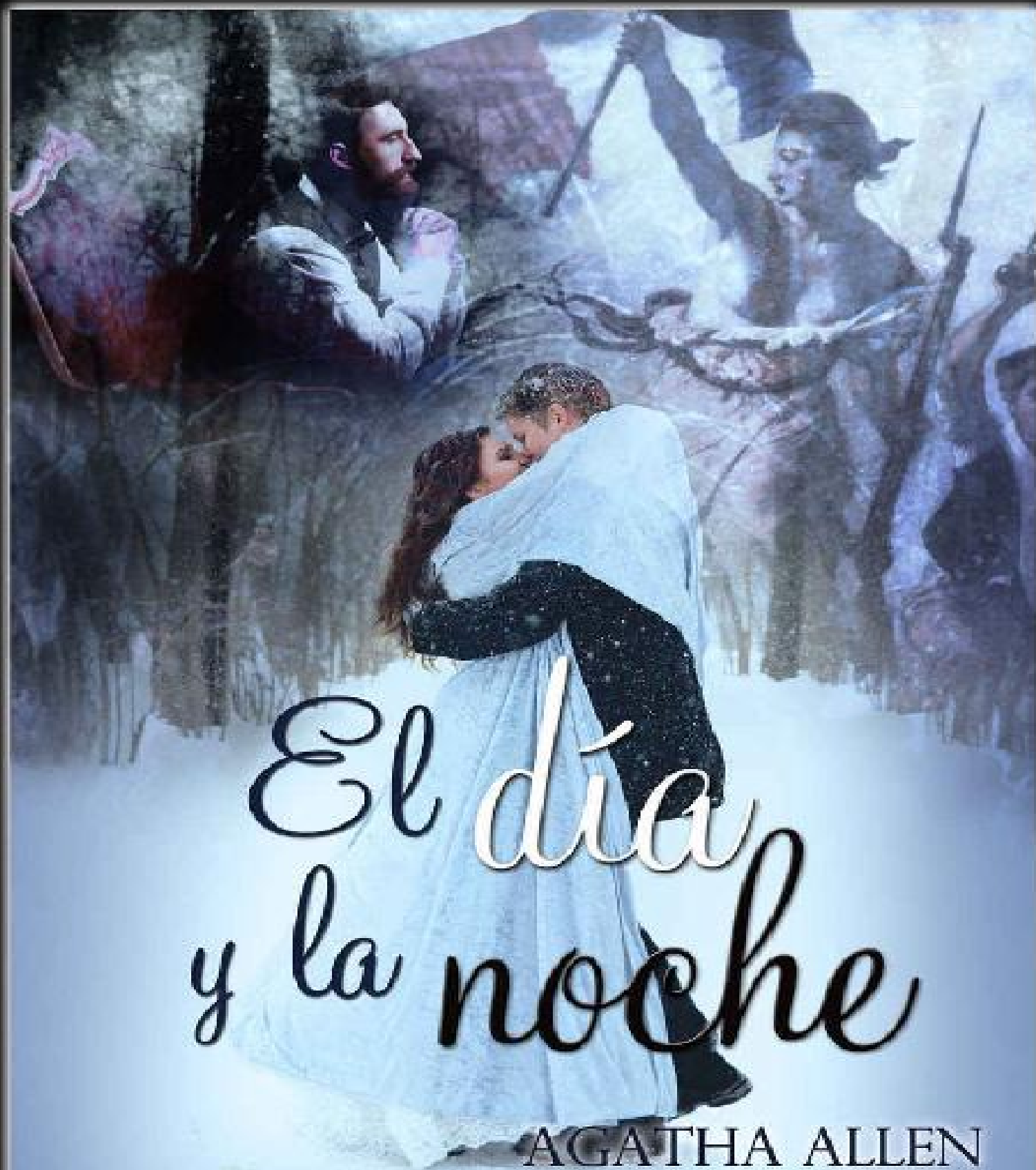


Selección RNR



Romance y Aventura

El día y la noche

Agatha Allen



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Rosa,
que me despertó el gusto
por las novelas de aventuras.*

El conde Flor llevaba dos años casado con la señora Nieves cuando nació Severiano. Fue en marzo de 1757, cuando la isla de Menorca era gobernada por el conde de Lannion, tras ser conquistada para Su Majestad Cristianísima por el duque de Richelieu, que se había marchado a recibir las felicitaciones y agasajos de toda Francia. Entonces el conde Flor ya tenía su palacio en Ciutadella, un edificio grandioso, de salones amplios y lujosos que hasta tenía un picadero en el patio donde adiestraba personalmente a su magnífica colección de caballos. Era un hombre bajito y panzudo, de mirada irónica y demasiado rudo para su alto linaje, a pesar de que su título de conde fuera, como quien dice, acabado de comprar. La señora Nieves, en cambio, era toda finura, delicada y quebradiza como una estatuilla de yeso. Había adoptado en seguida las costumbres francesas y se la veía vestida de *robes à la française*^[1] de colores vivos, que incluían una colgadura de tela que le bajaba de las espaldas hasta el suelo y tenían las caderas tan anchas, gracias al *panier*^[2] de debajo, que el conde había tenido que hacer agrandar las puertas a fin de que ella pudiera pasar sin tener que ponerse de soslayo. Severiano ya era un niño precioso, con una melena espesa que le hacía la cabeza un poco grande, cuando cuatro años después, en febrero de 1761, nació Florián y la señora Nieves que, si alguna cosa tenía era eso, que era muy señora y de muy buen corazón, aceptó criarlo como si fuera hijo suyo. Porque es el caso que el conde Flor tenía un don, que era curar la mordedura del alacrán, y parece ser que cuando Paula, la lavandera, ya había perdido todo el color de la cara,

estirada en el suelo junto a la pila, le mordió el dedo para chuparle el veneno y devolverla a la vida. Paula era entonces muy jovencita; tenía el pecho hermoso y los ojos verdes como la mar, y se conoce que el conde no pudo dejar de coger aquella flor virginal.

Florián se crio como hijo legítimo del conde, que no hacía distinciones entre los dos hermanos, ni tampoco las hacía, cosa extraordinaria, la señora Nieves. Pero Severiano sabía que, además de ser el mayor, él era el heredero y que Florián era solo medio noble. Siendo apenas un niño, cuando Paula venía a amamantar al recién nacido, Severiano se le plantaba delante y reclamaba su mitad, y no cejaba hasta que la recibía, por mucho que la señora Nieves dijera que era demasiado mayor para mamar como un angelito. Se quedaba de pie, con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos, sin moverse hasta que veía satisfecho su deseo, de modo que Paula tenía que complacerle a escondidas y, aunque ella lo acariciaba con ternura, como si fuera fruto de su propio vientre, el muy tunante le mordía los pechos y le hacía mucho daño, y para colmo luego le decía a su madre que ella había desobedecido sus órdenes y le había incitado a beber hasta dejarla seca. Lo terrible era que a veces comparecía el conde Flor en persona, vestido con chaleco, medias con ligas y pantalón hasta las rodillas, pese a que aun así parecía un payés mal empelucado, y para vergüenza de la pobre Paula también exigía su parte, y cuando lo sentía chupar como un gorrino rezaba padrenuestros para que Dios le perdonara aquel pecado contra natura. Porque el conde era un demonio, y si le negaba el capricho enfurecía y le daba muchísimo miedo.

Florián se convirtió pronto en todo un hombrecito. La señora Nieves vestía a los dos hermanos con pantalón de terciopelo negro y camisa blanca, sarga de lana con bordados de color y casaquita con los puños de terciopelo adornado, y les hacía oír misa con zapatitos de hebilla de plata. Lo malo era que una vez terminada la misa, los niños se entretenían jugando a las canicas por la calle, o sacaban un trompo de los bolsillos y hacían demostraciones de su habilidad con pandillas de mozalbetes medio salvajes, o jugaban a la pelota sin red ni

raqueta, sino con la palma de la mano, y sudaban y se desgarraban la ropa, y cuando llegaban a casa eran como dos pordioseros. La señora Nieves ponía el grito en el cielo y Florián corría a adecentarse por su propio pie y se frotaba el pelo con colonia, porque era muy presumido, pero Severiano se enfurruñaba y no había modo de corregirlo, y si le tiraban de la oreja para hacerlo entrar en razón, pegaba patadas a los criados y era capaz de romper jarrones y hasta los cristales de las puertas. A veces la cosa aún era más grave, porque los hermanos se enzarzaban en una lucha a pedradas con bandas rivales y se lastimaban de veras, y si los golfillos le llamaban cabezudo y Florián corroboraba que bien mirado sí tenía la cabeza un poco grande, Severiano agarraba la piedra más gorda que encontraba en medio de la calle para arrojársela de cualquier manera. Entonces Florián regresaba llorando, con la frente llena de sangre, y la señora Nieves le reñía y decía cómo puede ser que hagas estas cosas, ¿no ves que habrías podido matarle? Y Severiano se mordía la lengua y decía:

—Si vuelve a llamarme cabezudo, lo mataré.

Parecía decidido a hacerlo. Paula, que tenía manitas de oro y quería con delirio a aquel hijo que el conde le tenía medio secuestrado, le cosía la herida con minuciosidad y con la pericia suficiente como para que no le quedara cicatriz alguna, y Florián lloraba a moco tendido y ella le decía:

—Calla, tienes que ser valiente y, si eres valiente y no lloras, no te va a quedar señal. Si no, cuando seas mayor serás un hombre lleno de remiendos mal cosidos y no habrá ninguna chica que te quiera.

Florián sacaba fuerzas de flaqueza para ser valiente y no llorar, pese a que a menudo las heridas le supuraban debajo de las costras y tardaban mucho en curarse. Hasta podía tener mareos o fiebre, y el corazón se le aceleraba y de noche soñaba que Severiano le arrojaba piedras cada vez más grandes, que cuando caían al suelo hacían un ruido espantoso, como si fueran cañonazos repetidos una y otra vez, ¡bum, bum, bum! Por fortuna, Paula se encargaba de su aseo personal y le hacía ir como los chorros del oro, y parecía que eso lo

terminaba de sanar. Eso y la musa Azhar, que era una doncella mora que una vez había surgido de las páginas de las *Mil y una noches* que le daba a leer don Andrés, que era su tutor, un hombre muy paciente, calvo y con una vocecita tan inconsistente que cuando hablaba parecía que se le acababa el aire y que se iba a desinflar, tan bajito que el conde Flor decía que daban ganas de medirlo por cuartas. La musa Azhar comparecía en los sueños febriles de Florián, cada vez que enfermaba por culpa de las palizas de Severiano, y era tan impalpable que flotaba en el aire, vestida de seda transparente, y solía curarle las heridas besándole con sus labios carnosos y sonriéndole con sus ojos grandes, resplandecientes como la luna llena sobre el mar. Tenía muy largo el cabello, liso y brillante como la miel, y cuando Florián le preguntaba quién era ella decía:

—Soy la musa Azhar y he venido a curarte.

Florián se dormía con el pensamiento fijo en la musa Azhar, que recostaba su cabeza sobre su misma almohada, cerraba los ojos y tenía una respiración muy fina, y si le preguntaba por qué Severiano siempre estaba en su contra, ella decía:

—Porque te tiene envidia.

—¿Por qué me tiene envidia?

La musa abría los ojos, sonreía con dulzura y decía:

—Si la envidia fuera tiña, ¡no sabes cuántos tiñosos habría!

Parecía que nadie hacía nada para mitigar la envidia irracional que Severiano sentía hacia su medio hermano. Al contrario, cada día era más evidente que el conde prefería a Florián, tal vez por su comportamiento educado y amable, o porque apenas abría la boca corría para complacerlo y habría caminado a gatas si se lo hubiera pedido. Hasta la señora Nieves decía que era muy serio y formal, y sobre todo muy guapo, porque a medida que el tiempo pasaba se estaba convirtiendo en un muchacho pulcro, de tez rosada y cabello pelirrojo, muy capaz de enamorar a una jovencita, mientras que Severiano, en cambio, cada vez tenía la cabeza más grande, las espaldas más

estrechas y los ojillos como alfileres que centelleaban, enfurecidos, a la más mínima contrariedad, y se pasaba el día gruñendo y echando broncas al servicio. Siendo apenas un niño, el conde se hacía acompañar por Florián a las tertulias y le hacía servir tazones de chocolate y él se relamía los dedos, porque era muy goloso, y provocaba las risas de la concurrencia con su apostura de señorito, de manera que todos decían que él era el heredero y no el otro, y el conde reía, complacido, se atusaba el bigote y no afirmaba ni negaba nada. Tras el chocolate, para desempalagar, el conde mandaba traer agua fresca y los ojos se le iban al escote de las damas que la servían, que continuaban vistiendo a la francesa a pesar del retorno de los ingleses y enseñaban hasta la rabadilla. A veces sonaba música de pianoforte, y Florián se dormía, y podía acontecer que despertara a medianoche en un lecho abultado, entre el conde roncando como un león y una maturranga dormida que hedía a perfume, y si entonces no se sobresaltaba, perdido en medio de la oscuridad, era porque comparecía la musa Azhar y lo protegía con su sonrisa resplandeciente hasta que volvía a conciliar el sueño. Otras veces, venían de Mahón circos exóticos adonde el conde también llevaba a Florián, y él mismo reía con el jinete que cabalgaba cabeza abajo, disparando con una pistola, y se estremecía con los acróbatas que bailaban sobre la cuerda floja o con la mujer que izaban con una polea, sujeta solamente de los omóplatos con un gancho. Otras veces, en fin, el conde se aventuraba con Florián en las timbas de juego ilegal donde se apostaba fuerte, y era capaz de perder muchas libras en una sola noche; pero si ganaba, le daba un puñado de monedas y él se consideraba el chiquillo más rico del mundo.

En 1763, la isla de Menorca había sido devuelta a la Gran Bretaña. El mes de septiembre había llegado el nuevo gobernador, Lord James Johnston, un hombre alto y bien plantado del que decían que era un gran espadachín, y el conde Flor y la señora Nieves habían tenido ocasión de conocerlo personalmente, invitados a la primera de las recepciones que ofreció su esposa, Lady Cecily. Se habían trasladado hasta la casa que tenían en la calle

de San Cristóbal, donde habían comenzado a proliferar residencias de la pujante burguesía que generaba el comercio, gracias a la franquicia del puerto de Mahón. Se habían puesto sus mejores galas para ingresar a la explanada del castillo de San Felipe, que aparecía llena de toldos y mesas de convidados y que, cuando se hizo de noche, se llenó de lucecitas titilantes, como si las estrellas también hubieran bajado al convite. El conde había bailado con Lady Cecily, que era una mujer vivaz y en seguida le descorazonó con su cháchara, demostrando una erudición que al conde no le decía nada. Después tocó personalmente el clavicordio, y la señora Nieves bailó con el gobernador y dijo que era un hombre impresionante, y cuando lo dijo, el conde Flor echó un vistazo a su propia panza y debió pensar que su mujer lo consideraba poco menos que un payés. Pero el gobernador Johnston adquirió pronto fama de despótico, de ambicioso y de estar dispuesto a enriquecerse a costa de los isleños, y decían que era como un títere en manos de Lady Cecily, que denostaba la mediocridad de los menorquines y se aburría soberanamente. Las universidades, que regían la vida de las ciudades, no tardaron en presentar una demanda ante el Consejo Privado de Londres contra el teniente gobernador, y el conde Flor dijo a su mujer: “Aquí tienes a tu hombre impresionante, no es más que un embaucador”.

Pero la clase alta de Mahón prosperaba con la franquicia comercial y la reparación y construcción de barcos, que además había que aprovisionar. Florecían manufacturas textiles, de cuero y el arsenal del Estado construía fragatas de guerra, mientras las atarazanas privadas hacían barcos mercantes y daban trabajo a las industrias auxiliares de fabricación de velas y de cordelería. Las tropas británicas, alojadas en viviendas particulares de toda la isla, hacían un gran dispendio de vino, además de trigo, carne y productos de la huerta. En 1771, cuando Florián tenía diez años, el conde Flor lo llevó a Mahón, donde había empezado la demolición del Arrabal de San Felipe y la construcción de una nueva ciudad que se llamaría Georgetown, en honor del rey Jorge. Los ingleses habían empezado también la reforma del hospital naval

de la Isla del Rey, y el conde tenía buena relación con Drague, que era un médico muy despabilado y les mostró a fondo las obras. El tal Drague, que era un hombre bajito, calvo y rechoncho, lleno de vivacidad, los invitó a comer en su casa. Los criados iban vestidos de librea y servían las viandas en vajilla de Sèvres importada durante la dominación francesa. Dijo que si volviera a nacer volvería a ser médico, porque había que tener en cuenta que los miembros de la Junta de Sanidad, de la que él formaba parte, cobraban la visita a cada buque para fijar la cuarentena según su procedencia, las circunstancias del viaje y la salud de sus pasajeros. Al final también cobraban la visita para autorizar el desembarco y firmar el certificado de libre práctica. Porque todos los barcos necesitaban patente de sanidad para continuar viaje hacia otro puerto, y todo eso era pagando. Drague se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra mientras decía lo de pagar, y repetía una frase que decía:

—*¡Argent comptant menos a bordo!*

Soltaba la risotada antes de afirmar que, si no, repetían y repetían cuarentenas, siempre pagando.

—¡Pagando, pagando, pagando, por dinero baila el can!

Cada día llegaban nuevos barcos, lo que significaba nuevos ingresos. Los médicos de las juntas eran además llamados a cuidar enfermos a bordo, y tenían también clientela en la ciudad, y Drague les enseñó la consulta con un dispensario provisto de una litera reclinable y de armarios con un instrumental complicado que causó la fascinación de Florián, hasta el punto de que cuando salieron a la calle le dijo al conde:

—Cuando sea mayor quiero ser médico.

El conde se echó a reír, pero acto seguido se frotó la barbilla y dijo:

—Hum, Severiano conde y tú médico, no estaría mal... Podrías vivir bien. Pero ten en cuenta que ha dicho que solo podía actuar en barcos civiles, porque los buques de guerra británicos hacen lo que quieren.

Florián avanzó tres pasos con la cabeza baja y de pronto la levantó para decir de lo más convencido:

—Entonces habrá que ser médico militar con los ingleses.

James Murray fue nombrado gobernador en 1774. Era un hombre de más de cincuenta años, con una nariz aguileña y una barbilla voluntariosa que hicieron pensar al conde que debía de ser duro de pelar. Anteriormente había sido gobernador de Canadá, de modo que tenía experiencia a la hora de regir un territorio católico. Por cierto, que al año siguiente comenzó en América la guerra de las Trece Colonias, y Murray vio muy mermada la guarnición de Menorca, porque lo bueno y mejor de la flota luchaba contra los patriotas. Tenía dos mil hombres y, en caso de invasión, habría necesitado cinco mil. De momento reinaba la calma en el Mediterráneo, pero el conde Flor decía que era la calma que precedía a la tormenta. En 1778, Severiano ya tenía veintiún años y aún no se le conocía novia alguna, pese a que se pasaba la vida en el burdel de la calle San Juan, muy cerca de la muralla, donde armaba juerga tras juerga y gastaba todo cuanto tenía y hasta lo que no tenía, y el conde se burlaba de él diciendo que podía gastar cuanto quisiera, porque tenía más dinero que pelos en la cabeza, y de hecho era evidente que se estaba quedando calvo. Entonces Florián tenía diecisiete años y ya estaba enamorado de Adaleis, que era la hija del marqués de Arable y era una chica lista y perspicaz, muy delgada, de cara ancha y ojos preciosos, con una cabellera roja como la caoba. Florián ya se había acostumbrado a la rivalidad de su medio hermano y continuaba decidido a estudiar medicina en Montpellier y después seguir la carrera militar con los ingleses, para lo cual tendría que ser primero soldado y luego comprar el cargo de oficial médico, pero el conde le había asegurado su apoyo y le había dicho: “No te preocupes que, si eso es lo que quieres, eso tendrás”.

Aquel año el conde Flor se había asociado con una serie de burgueses y clérigos de Mahón, y había armado una galeota corsaria, la *Buena Ventura*, que estaba provista de dos cañones, ocho pedreros, diez fusiles, veinte trabucos, treintaicinco escopetas y cuarenta sables, además de otros pertrechos, y que embarcaba sesentaicinco hombres de tripulación, uno de

ellos el propio Severiano, que se había enrolado en el transcurso de una de sus borracheras sonadas y que, cuando hubo dormido la mona, ya no pudo desembarcar porque se hallaban en alta mar.

El barco navegó cerca de un mes sin tocar puerto antes de volver a Mahón y logró tres capturas, una de ellas muy importante. Severiano permaneció todo el trayecto en el camarote del capitán, completamente mareado y vomitando todo lo que comía. Pero después dijo en el burdel que había luchado sable en mano contra una nube de adversarios, y todo el mundo le seguía la corriente; pero un día compareció la musa Azhar, que era hermosa como una reina mora, y le hizo quedar mal al afirmar que sabía de buena tinta que se había pasado el viaje mareado y que, además, era cobarde como una gallina.

—Cuatro cobardes espantan a un valiente —dijo Severiano.

Y con eso salió del paso. Pero en su interior aumentó la tirria que le tenía a Florián, porque creía que él era en realidad la buena tinta que había informado a la musa mora, aunque no era así, porque ella era una aloja que habitaba las aguas, y por tanto ubicua, y le había visto vomitar con sus propios ojos.

Aquel mismo año, el abogado Joan Ramis y Ramis, el capitán Joan Roca y Vinent y unos cuantos burgueses más habían fundado la Sociedad de Cultura de Mahón; eran diecisiete miembros y cada semana se reunían en casa de Ramis para tratar sobre ciencias naturales y humanas, y leer traducciones. Florián habría querido asistir, aunque solo fuera para escuchar lecturas de Voltaire, pero era demasiado joven para ser aceptado y por supuesto Florián se burlaba de sus vanas aspiraciones y decía que no llegaba ni a la suela de los zapatos del menos dotado de los intelectuales allí reunidos. En eso no todo era chacota, porque lo cierto era que, si el conde Flor tenía el don de curar la mordedura del alacrán, Severiano también tenía su don y era el hecho de poseer un intelecto privilegiado que le permitía dominar lenguas, escribir al derecho y al revés con una letra fastuosa, tanto con la mano derecha como con la izquierda, mirando y sin mirar; leer un libro con una celeridad extraordinaria y ser capaz de recitarlo de memoria. Florián, a quien le gustaba

mucho leer y escribir, lo admiraba sinceramente por ese don y toda esa ciencia.

Además del barco corsario *Buena Ventura*, el conde Flor también fletaba barcos mercantes, imitando la astucia de los comerciantes mahoneses y, puesto que Severiano llevaba las cuentas, gracias a su capacidad, había de alojarse algunas temporadas en la casa de la calle San Cristóbal de Mahón, y entre eso y las escapadas que hacía al burdel de la calle San Juan, donde solía permanecer día y noche hasta que el conde en persona acudía a buscarlo, Florián se ahorra muchas de sus impertinencias.

En ese entonces, Francia había entrado en guerra contra Gran Bretaña y el comercio con las costas provenzales se había interrumpido, de modo que no podían importar tejidos de allí y reexportarlos a Levante y Berbería, de donde importaban a su vez trigo para volver a exportarlo a los puertos españoles. Esta mengua significaba que Severiano disminuía sus estancias en Mahón y se dedicaba a supervisar las ganancias agrícolas de las posesiones del conde, que producían trigo y cebada de secano y albergaban también mucho ganado. Florián vivía una relación llena de amor con Adaleis, que era una criatura preciosa y se encontraba con su hermano a cada paso; su presencia resultaba pernicioso, puesto que les importunaba, esparcía falsas habladurías en torno a ellos y era capaz de asustar a la chica personificando un espantajo fantasmagórico tras cualquier esquina oscura o de escupirles por detrás cuando se sentaban a cortejar en el saloncito, en presencia de la señora Nieves y de Paula, que bordaban junto a la chimenea. Pero si le llamaban la atención, decía yo no he sido y ponía cara de no haber roto un plato en su vida.

No podía sufrir que Florián tuviera el aspecto de un señorito, fuera guapo y educado, y tuviera además una novia tan hermosa, lista y de buena familia como Adaleis. Por esta razón debió de hacer lo que hizo, que fue algo terrible. Lo debía tener todo planeado, porque conocía las costumbres de Adaleis y sabía que podía sorprenderla cuando regresaba de probarse vestidos del taller de las Noritas, que eran las modistas de la placeta de Corantí, al final de la

calle de Alaior, adonde solía acompañarla Nena, la nodriza, pero a veces salía con Constanza, una amiga que vivía cerca de allí, porque Nena se demoraba charlando con las Noritas, que eran dos hermanas muy buena gente, pero muy chismosas. Hay que tener en cuenta que Nena la había visto nacer y se tenían tanto afecto que Adaleis la llamaba yaya y era como si fuera su segunda madre. Pues bien, una tarde de invierno, cuando oscurecía muy temprano, las dos amigas se encontraron con un atajo de meretrices del burdel disfrazadas de damas francesas que las invitaron a entrar en la taberna del Gori, y Adaleis, que era muy suya, se atrevió a empujar el codo y pronto se encontró celebrando las bromas de toda la parroquia. Entonces se presentó un joven gallardo y risueño, el hombre más halagüeño del mundo, y guiñaba un ojo cuando ella guiñaba un ojo, y ponía los labios en forma de trompeta cuando ella ponía los labios en forma de trompeta, y le entraba mucha risa y el joven halagüeño reía con ella y toda la pesca resultaba entusiástica. De pronto Adaleis, que no había bebido nunca, se sintió presa de una euforia irrefrenable y le parecía que todo el mundo era suyo y que podía hacer todo lo que quisiera. El joven halagüeño le agrandó con un dedo el escote y le sacó una tetita pequeña, con un pezón rosado que le mojó con ginebra antes de chuparlo con frenesí, y Adaleis sintió una corriente de placer que la hizo estremecerse como si estuviera a las puertas del cielo.

Fue una de las meretrices del burdel quien acudió a avisar a Nena, la nodriza, que ya desesperaba de encontrar a Adaleis, pero le avisó cuando el mal ya estaba hecho. Todo tenía que estar planeado, porque la meretriz tuvo la precaución de informar también a Florián, que naturalmente no le creyó, pero que se dirigió a la taberna por si acaso, subió a la buhardilla y encontró a Adaleis en brazos de Severiano, que no era otro que el joven que la chica había creído halagüeño en medio de su primera borrachera y la había deshonrado. Severiano soltó una risita despectiva y Florián pensó que era feo como un pecado y perverso como el demonio.

—Métetelo en la cabeza, hermanito —dijo—, tú no eres nadie y todo lo que

es tuyo es mío.

Florián se quedó de piedra, paralizado en el umbral de la puerta. Si hubiera querido replicar a las palabras de Severiano, es posible que la voz no le hubiera obedecido. No entendía nada, no podía ser que eso estuviera pasando, que no se tratara de una pesadilla. Pero era real. Adaleis se dio la vuelta y gimió ligeramente. Le salió de la comisura de los labios una baba brillante, como si todo su interior fuera viscoso, como si fuera un extraño pez fuera del agua. Pero un pez muy hermoso, con la cabellera extendida sobre la almohada y los ojos llenos de pestañas. De pronto abrió esos ojos y sonrió. Eran como perlas gigantes. Contempló la habitación, mal iluminada por la vela encendida sobre la cómoda desvencijada, y se demoró el espejo colgado en la pared encalada, a cuyo pie se situaba el aguamanil con el jarro del agua. Se echaba de ver que no sabía dónde se encontraba, que no reconocía la estancia. Había bebido, eso resultaba evidente, y debía de tener mucha resaca. Debía de tener la boca pastosa, porque chascó la lengua, que sin duda necesitaba un buen trago de agua. Se incorporó y solo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda, porque cuando vio a Severiano se tapó instintivamente con la sábana. Severiano tenía una risilla mordaz. Adaleis abrió mucho los ojos y a continuación dirigió la vista a la puerta, donde Florián permanecía muy afligido, casi a punto de desvanecerse.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo.

De pronto se hizo la luz en su mente.

—Te mueves muy bien en la cama —dijo Severiano—, cualquiera diría que

ya estás bien curtida.

Adaleis pensó que en este caso «curtida» era sinónimo de «enviciada» y que la estaba llamando poco menos que puta, y no era para menos, porque le había entregado la virginidad, y se echó a llorar.

—No es hora de lamentarse —dijo Severiano—. A lo hecho, pecho.

Parecía orgulloso de su vileza.

Florián no quiso oír más. Se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. Adaleis se vistió a toda prisa y salió tras él. Florián no podía regresar a casa, no mientras no hubiera asimilado un poco la escena que acababa de presenciar. Habría querido tener un caballo de la cuadra del conde, tal vez Lucero, aquel alazán que tenía una estrella de pelo blanco en la frente y que tanto le gustaba montar, y habría querido también que las puertas de la ciudad estuvieran abiertas para galopar campo a través, alejarse en espacio y tiempo, no haber conocido nunca aquella tierra ni aquella moza, Adaleis.

Se dirigió sin saber cómo al portal de bajamar, y como el paso estaba cerrado, optó por subir a lo alto de la muralla. La escalera era estrecha y los peldaños altos y sin pasamanos. Podía ver luz en los patios de algunas viviendas y espirales de humo que salían de las chimeneas. Si hubiera tenido alas, ese habría sido un buen momento para sobrevolar las miserias de muchos hogares, porque lo que le había pasado a él también debía de pasar a otros, no podía ser el único a quien le había traicionado un hermano con una chica ligera de cascos. Llegó arriba jadeando. Tal vez fuera a causa del disgusto, porque en realidad él era ágil y fuerte. Sentía que el corazón le latía muy deprisa. Se apoyó en la barandilla. Una luna enorme campeaba sobre el mar anochecido, allá a lo lejos. La noche era húmeda, sin una sola ráfaga de aire. Se oía el rumor lejano del mar, sordo, continuo; todo lo restante era silencio, como si Ciudadella fuera una ciudad muerta.

Notó pasos y se giró. En seguida reconoció la silueta, ahora triste, de Adaleis, recortada por la luz de la luna. Ella se acercó lentamente y lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Él no dijo nada. Ella le abrazó, apoyó la

cabeza sobre su pecho, y sollozaba. Él la dejó hacer. Tardó un rato en corresponder a su abrazo. Después le acarició el cabello perfumado, sedoso. Cerró los ojos. Sería difícil fingir que no había pasado nada, pero sabía que lo tenía que intentar. Sería difícil perdonarla, pero sabía que tenía que hacerlo, porque la amaba. Ahora más que nunca comprendía que la amaba.

—No sé cómo lo ha hecho —empezó a hablar Adaleis—, ni cómo he podido dejar que lo hiciera, pero el caso es que lo ha hecho.

Florián callaba. Tenía un nudo en la garganta.

—No sé si podrás perdonarme, pero créeme si te digo que yo te quiero a ti, solo a ti.

Florián también derramó una lágrima, en silencio y con los ojos cerrados. Sentía su respiración contra el pecho, y sabía que las lágrimas de ella le mojaban la camisa. Sabía que tenía que decir la palabra, pero le costaba pronunciarla. Le costaría olvidar aquel incidente, pero el hecho era que la amaba.

—Yo también te quiero —dijo por fin.

Lo había dicho, había dicho la palabra, y la palabra era «amor». Pero qué difícil era olvidar. El elixir del amor era muy poderoso y era posible que pudiera hacer desaparecer cualquier resentimiento. La abrazó con más fuerza. Ella todavía lloraba. Percibía los latidos de su corazón, las convulsiones de sus sollozos. Y pensar que aquel cuerpecillo maravilloso, aquella mujer vital, mancillada, había sido de Severiano hacía muy poco tiempo. La imagen de los dos cuerpos revolcándose sobre la cama lo atormentaba, le resultaba repulsiva y quería alejar a Adaleis. Pensar que Severiano había sembrado su semilla en aquel cuerpo de mujer que repetía una y otra vez que lo amaba. Cerró los ojos y le pareció que ambos estaban suspendidos en el aire, que la noche los transportaba hacia otra realidad donde podían dar vuelta atrás, como si nada hubiera pasado. Se figuró que giraban en la inmensidad de la noche, como si estuvieran atrapados en un remolino. Incluso se sintió mareado y volvió a abrir los ojos. Entonces divisó un resplandor a lo lejos, como si una estrella

hubiera caído en el mar. No dijo nada, no se movió un ápice. Continuó abrazando a Adaleis mientras el resplandor se les acercaba. Pronto supo que se trataba de la musa Azhar, que venía sonriente, conciliadora. Cuando estuvo a su lado, les tocó con la punta de los dedos y quedaron envueltos en una burbuja de luz.

—Tienes que perdonarla —dijo la musa—. Sin perdón no hay amor.

—Dime —dijo Adaleis con voz melosa—, ¿podrás perdonarme?

—Claro que te perdono; sin perdón no hay amor.

Entonces se besaron, un beso muy largo, aunque Florián al principio sentía un poco de aprensión, porque le parecía que los labios de Adaleis sabían a la boca de su medio hermano. Pero se dijo que por eso mismo tenía que perdonarla, porque él tenía un medio hermano, porque su madre, Paula, había sido forzada por el conde Flor y él era el producto de aquel encuentro no deseado, y a la pobre Paula, siempre callada, siempre sumisa, le había sido escatimado hasta el amor de su hijo en favor de la señora Nieves, que por otro lado se había portado muy bien y había actuado como una verdadera madre. Por todo eso, él tenía que aprender la lección: perdonar y amar. La musa Azhar sonrió, satisfecha, y afirmó con la cabeza, como si hubiera podido seguir el hilo de sus pensamientos. Se fue alejando, desvaneciéndose, envuelta en sedas, y se llevó consigo la burbuja luminosa.

—Te acompañaré a casa.

Aquella noche Florián soñó mucho. Veía imágenes contradictorias. Adaleis se entregaba a un monstruo cabezudo que se parecía mucho a Severiano y que la cubría de espumarajos, sin dejar de sonreír, burlón, y a continuación la veía buscarla apenada sobre la muralla, vestida con las sedas transparentes de la musa Azhar y ofreciéndole una rosa roja de sangre. En ocasiones, entre las imágenes grotescas de aquella noche agitada, Adaleis desplegaba unas alas de ángel y los dos emprendían el vuelo hacia el cielo oscurecido, abrazados y dejando un rastro de sangre resplandeciente sobre las rocas. Planeaban cerca del mar, que era como una piel negra, brillante bajo la luna, y seguían la costa

hacia una ciudad de plata que parecía acogerlos con los brazos abiertos. Luego Severiano era una criatura con la cabeza tan grande que no podían ponerle ningún gorrito sin rasgar las costuras, de modo que lloraba abriendo mucho la boca desdentada y sacaba una lengua bífida de serpiente venenosa.

Al alba se despertó turbado. Permaneció un buen rato sentado sobre la cama, repasando todo cuanto había visto en sueños, hasta que tomó una decisión. Se vistió y bajó al picadero, donde encontró al conde haciendo ensillar un caballo, como cada mañana, para salir a cabalgar antes del desayuno.

—¿Vienes conmigo? —dijo el conde.

—Sí, pero dudo que las puertas de la ciudad ya estén abiertas.

—Si no lo están, las van a abrir en seguida.

Las calles estrechas estaban desiertas, no había ni un alma viviente. Los cascos de los caballos resonaban, y el eco daba la impresión de que se trataba de un verdadero desfile de jinetes. Salieron por el portal de Mahón y galoparon bajo el pinar, dejando a un lado el camino, hasta que el conde se sintió cansado y descabalgó junto al pozo de San Expedito. Florián sacó un cubo de agua fresquísima y el conde metió la cara en el abrevadero y bebió como si fuera un bruto más. Después se sentaron junto al brocal. Florián juzgó que debía hablar claro.

—Quiero ir a estudiar a Montpellier —dijo.

—¿Ahora?

—Cuanto más pronto mejor.

El conde cabeceó como un caballo.

—Has de tener en cuenta que Francia está en guerra contra Gran Bretaña, y que los españoles también están a favor de las colonias americanas.

—¿Es esto un impedimento para que un joven pueda estudiar Medicina?

El conde tardó un rato en contestar. Tenía la cabeza baja y el sombrero en la mano.

—No, no lo es —dijo por fin.

Ya estaba decidido, Florián estudiaría en Francia y durante una temporada se alejaría de la influencia negativa de Severiano. Decían que el tiempo lo curaba todo, y la verdad es que Florián pensaba que ahora no le sentaría nada mal una cura de tiempo. El conde Flor recurrió a Drague, el médico mahonés, que le dijo que el hecho de que Florián fuera a estudiar Medicina a Montpellier era una buena cosa, sobre todo si tal como tenía pensado, seguía después la carrera militar con los ingleses. Pero le explicó que antes tendría que pasar por la Facultad de las Artes de París, donde habría de estudiar gramática, dialéctica, aritmética y música para adquirir la *maîtrise des arts*[3] que le permitiría el ingreso en la Facultad de Medicina de Montpellier. Allí la enseñanza era aun eminentemente teórica, fundamentada en la lectura y comentario de autoridades, pero había también una parte práctica y clínica que preparaba a los cirujanos para realizar las operaciones reservadas antes solo a los boticarios. Dijo que los estudios en París eran largos, los estudiantes entraban a la edad de catorce años y salían a los veinte, pero le dio la dirección de un *professeur*[4] llamado Émile Bonnepierre, que hacía muchos años que estaba en la Facultad de las Artes, y que si quería podía facilitarles mucho las cosas. Entonces Florián empezó a prepararse intensamente con don Andrés, el tutor, que era una eminencia, y puesto que tenía buena disposición para las lenguas y la escritura tal vez podría acortar la estancia en la Facultad de París.

—Estoy seguro de que vas a lograrlo —dijo el conde—. Yo te acompañaré

personalmente y les pondré las peras a cuatro a los franchutes.

De modo que Florián empezó a dedicar muchas horas del día a estudiar y escribir, y Severiano se burlaba de él, porque con su enorme capacidad era mucho más rápido y se lo aprendía todo al dedillo. Solo una cosa no se le daba tan bien como a Florián: la literatura. Al parecer Florián tenía mucha más imaginación que él, y sus escritos resultaban mucho más originales. Don Andrés decía que no tardarían muchos años en ver publicadas obras de Florián, y eso llenaba a Severiano de envidia, porque él quería aventajar al medio hermano en todo y para todo.

—La imaginación —decía—, ¿para qué sirve eso? No sirve para nada.

Escupía en el suelo y pisaba el escupitajo con el zapato, como si matara una cucaracha.

Florián no le hacía caso. Había decidido dejarlo estar y no enfrentarse con él; al contrario, su objetivo en la vida era ganarse la voluntad de aquel hermano implacable.

Al atardecer salía a pasear con Adaleis por la plaza del Borne, y aunque ella conocía su determinación de marchar a estudiar a Francia, no intentaba retenerlo, porque sabía que era su futuro particular, y el de ella también, si llegaban a casarse. Pero estaba segura de que, cuando se fuera, lo echaría mucho de menos, porque lo quería de verdad y lo que había hecho de perdonar su mal paso aún había aumentado su amor por él.

Hacia octubre de 1780, Florián ya lo tenía todo preparado para la marcha, y el conde Flor había movido cielo y tierra para acompañarlo a París. Por cierto, que hacía poco que se había entrevistado con el marqués de Solleric, que había venido de Mallorca para hacer indagaciones entre los nobles de Ciutadella, y a la pregunta de cómo veía una posible invasión de Menorca por parte de los españoles había contestado de la manera más descortés posible, como si aquel asunto no le importara un bledo. La noche antes de su partida Adaleis llevó a Florián al sótano de su casa, donde había multitud de cachivaches llenos de telarañas y una cama con dos colchones de lana

manchados de moho, y se fundió contra su pecho antes de decirle:

—Te vas y no sé cuándo volverás.

—Volveré pronto; el tiempo pasa volando.

Adaleis tenía una lágrima en cada ojo.

—Puede ser cosa de años, pero aquí me encontrarás.

Ambos callaron. Un rayo de luna bajaba del tragaluz, lleno de polvillo en suspensión. Se besaron, y fue Adaleis quien volvió a romper el silencio:

—Tómame, antes de irte.

Lo había dicho en un suspiro, y en seguida se había encendido de rubor. El corazón le palpitaba muy deprisa, y notó que el de Florián también latía veloz.

—Si ahora te tomara —dijo—, solo sería para aprovecharme y por sed de venganza, y no es eso... No es eso, sino amor, lo que siento por ti, puro amor.

De modo que se marchó con el amor puro por bandera. Un barco de carga que el conde había ayudado a fletar los llevó hasta Marsella, y desde allí fueron a París en diligencia. El conde llevaba mal las incomodidades del viaje, no hacía más que maldecir los caminos franceses y las posadas de mala muerte que encontraban a su paso y aquello, aquel continuo quejarse, resultaba cómico y contribuía a menguar la nostalgia que Florián ya empezaba a sentir. Una vez en París, a pesar de que disponían siempre de buenos carruajes, aseguraba que era una ciudad demasiado grande, y cuando lo invitaban a pasear decía que no, que estaba harto de andar, y que ya había visto todo lo que había que ver. Se alojaban en la casa del *professeur* Émile Bonnepierre, situada en la vieja Rue Saint-Jacques, un caserón inmenso, provisto de caballerizas en el patio, donde las voces resonaban como si estuvieran en un valle remoto que repitiera ecos del pasado. El *professeur* era un hombre alto, cuadrado de espaldas y de pies grandes, por lo que denotaban los zapatos que calzaba. Aún tenía el cabello oscuro bajo la peluca y era muy cordial y sincero. En seguida había congeniado con el conde Flor y había afirmado que si dejaba a Florián bajo su tutela le haría adquirir en poco tiempo la *maîtrise des arts*, tan poco tiempo como grande mostrase ser su capacidad y dominio

de las letras.

—¡Oh, seguro que va a sorprenderos, este chico es todo un talento!

Al parecer el *professeur* había quedado muy bien impresionado, porque había ofrecido a Florián permanecer en su casa mientras estudiara en la universidad, que quedaba muy cerca, en la Rive Gauche[5]. Se daba el caso de que tenía una sobrina, Jeanne-Thérèse, que estudiaba en la misma facultad y seguramente podría contribuir a que se adaptara rápidamente. La tal Jeanne-Thérèse era una chica delgada, de cabello negro, muy largo y muy liso, y piel morena. Tenía los ojos muy bonitos, pero la magnitud de la nariz le estropeaba todo el atractivo, tanto es así que el conde dijo que, si se había de juzgar por la nariz, aquella chica, que parecía muy dócil y educada, debía de ser una eminencia.

—Lo mejor que tiene es la voluntad —dijo el *professeur*—. No se encuentran muchas mozas que quieran estudiar una carrera hoy en día...

Todas las mañanas, antes del desayuno, el conde iba a darse un garbeo por París, como solía hacer en Ciutadella. Pero no salía a caballo, porque no se atrevía, y por supuesto tampoco iba a pie, porque no era en absoluto partidario de caminar. Se hacía transportar en berlina, y Florián solía acompañarlo, porque el conde había descubierto que gozaba del favor de la musa Azhar, que se sentaba en el pescante y llevaba el caballo vestida de sedas finísimas, lo que resultaba muy incitante para el conde. Decía que París era una ciudad oscura, acostumbrado como estaba a la luminosidad mediterránea de Ciutadella; que había demasiada gente y que era demasiado sucia y ruidosa. Pero se dejaba llevar por la musa, encantado, y si la hubiera podido gozar, si no hubiera resultado etérea, impalpable, seguro que se la habría beneficiado. Recorrían ambas márgenes del Sena, cruzando el Pont au Change[6], y a veces se detenían en una taberna que se hallaba junto a la Tour de l'Horloge[7] y mandaba servir salchichas y pan blanco, con buenas jarras de vino, y cuando regresaban por el Pont de Notre-Dame intentaba en vano meter mano a la musa, que se moría de risa.

El conde regresó a Ciutadella cuando Florián ya asistía asiduamente a clase, bajo la tutela del *professeur* Émile Bonnepierre. Le habían puesto un examen de ingreso, para calcular hasta dónde llegaban sus conocimientos, y los examinadores habían quedado asombrados de su erudición y del dominio que demostraba de la lengua francesa. Le habían otorgado las calificaciones más altas, y había pasado directamente al último curso, en el que tenía que estudiar gramática, retórica, dialéctica, filosofía, astronomía, aritmética, geometría y música. Florián quería aprobarlo todo de golpe y sacar las mejores notas posibles, y esto lo obligaba a pasarse el día entre las clases y el estudio, ya fuera en la biblioteca de la facultad o en la de la mansión Bonnepierre, que estaba provista de las últimas obras de los filósofos franceses, especialmente Diderot y Montesquieu. No le quedaba tiempo para dedicarlo al París galante, porque madrugaba mucho y se acostaba muy tarde, siempre enfrascado en el estudio, pese a que Jeanne-Thérèse, que a menudo estudiaba con él, lo invitaba a acudir a los salones de moda donde había audiciones de pianoforte y violín, y servían chocolate y licores para lo mejor de la sociedad parisina. Las veces que se vio obligado a acompañarla se sintió mareado entre el vaho de tanta galanura, el polvillo perfumado de las pelucas, los escotes abismales de las señoras, cuanto más viejas más atrevidos, y la risilla postiza de quienes presumían de estar al día en todo y en realidad se notaba que no sabían nada de nada. Para estas sesiones, Jeanne-Thérèse también se engalanaba, se ponía vestidos de cintura estrechísima, tanto que parecía que se iba a partir por la mitad, y al inclinarse también le enseñaba, risueña, los pechitos por el escote. *El professeur* Bonnepierre, que se dio cuenta de ello, le dijo al oído que aquella chica intentaba seducirlo, y que era asunto peligroso, porque con tanta nariz no le faltaba olfato para elegir entre el elemento masculino. Florián, que a pesar de todo la encontraba atractiva, musitó entre dientes:

—Ten cuidado, muchacho, que te quieren enamorar.

—*Qu'est-ce que vous dites ?*[8]

—*Que c'est une soirée vraiment merveilleuse.*[9]

Habría podido hacerle todo lo que hubiera querido, lo comprobó durante una de las largas jornadas de estudio que compartían, cuando la musa Azhar compareció ante sus ojos cansados y se estiraba y ensanchaba a voluntad, como si fuera una figura deformada por un espejo convexo. Jeanne-Thérèse no mostró sorpresa por las piruetas de la musa, hasta parecía que las encontraba de lo más natural. Llegó a apoyar la cabeza sobre su pecho, como si de su madre se tratara, y respondía a los mimos de la mujer de agua con caricias renovadas, mirando a Florián de reajo, como si lo invitara a ser temerario y aprovecharse. Pero en aquel momento se le representó la figura de la amada Adaleis, con su belleza inaudita, y se contuvo. Cerró los ojos, pero aun así percibía los suspiros que la musa provocaba en la joven, que parecía a punto de desfallecer. Entonces pensó que algún día se arrepentiría de no haberse dejado llevar a un paraíso que, si no era de amor, no debía distar mucho de serlo.

Florián solía comer deprisa y corriendo en un comedorcito oscuro, con las paredes llenas de retratos de los antepasados del *professeur*, y solo en contadas ocasiones lo acompañaba Jeanne-Thérèse. Le servía una criada joven, pero adusta, que nunca se permitió la más mínima familiaridad con él y que tampoco hacía comentarios si alguna vez se traía a un compañero de la facultad o si tanto él como Jeanne-Thérèse comían ante atriles con los libros abiertos sobre la mesa. Las comidas familiares se reservaban para los domingos, y entonces Florián aprovechaba para regalar a la señora un anillo de brillantes que el conde le había enviado para compensar las atenciones de los Bonnepierre, o leía algún fragmento de las cartas que recibía, ninguna de las cuales, por cierto, era de Adaleis, que no le contestaba nunca, aunque él le escribía con asiduidad. A final de curso, sin embargo, el *professeur* quiso agasajarle con un pequeño banquete en el comedor principal, con la mesa adornada como para unas bodas, porque se había sacado la *maîtrise des arts* con notas excelentes. Naturalmente, invitaron a Jeanne-Thérèse y a los amigos que Florián se había ganado en la facultad, uno de los cuales, Amédée

d'Ozone, un chico alto, de tez fina, ojos serenos, cabello rizado y mente muy clara, pensaba estudiar Medicina con él en Montpellier. Sirvieron todo un banquete, que consistió en ensalada de langosta, capón relleno de ostras y de postres *Charlotte russe*[10] y una tacita de chocolate. Mediada la comida, el *professeur* indicó que él mismo lo acompañaría a Montpellier y Florián le rogó que lo hiciera en seguida, sin esperar a que llegara el otoño.

—*Mais, pourquoi?*[11]

—*Parce-que je veux faire quatre cours en deux ans : été, hiver, été, hiver et finir en 1783.*[12]

El *professeur* quedó tan sorprendido que tardó un rato en objetar:

—*Ça va être très difficile...*[13]

—*Personne ne dit le contraire.*[14]

Consultado el conde Flor, que suministró el dinero necesario, no tardaron en bajar hacia Montpellier en el landó de Émile Bonnepierre. Salieron una gloriosa mañana de junio, poco antes de San Juan, y el sol refulgía sobre los tejados de pizarra de París con la misma intensidad que en los mediodías del Mediterráneo. En el carruaje, además del *professeur*, viajaba también Amédée, el amigo de Florián, que le tenía una devoción especial y había decidido seguirle en todo y a todas partes. Era el primogénito de una familia campesina y tenía una caterva de hermanos, pero su padre, que había heredado mucha tierra, estaba decidido a darle estudios mientras él respondiera a las expectativas, y de momento demostraba gran aptitud y aplicación, y respondía perfectamente. Jeanne-Thérèse también habría querido acompañarlos, porque se había enamorado secretamente de Florián, o acaso no tan secretamente, pero la medicina no era su vocación, y tampoco era tan fatua como para creer que aquel joven apuesto, que siempre se había mostrado muy atento, la correspondía en sus sentimientos. La mañana de la partida acudió a despedirles y se quedó en el umbral de la puerta diciendo adiós con un pañuelito perfumado y con toda la sangre del corazón en las mejillas ardientes. Después subió corriendo a la buhardilla para ver alejarse el carruaje más allá

de las aguas del Sena que, vistas de lejos, bajo los reflejos del sol, parecían de terciopelo verde. Quería que aquella imagen le quedara grabada para siempre en la retina, porque sabía que no volvería a repetirse.

El *professeur* Émile Bonnepierre no se fue de Montpellier hasta dejar a Florián, y de paso a su amigo Amédée d'Ozone, instalados y bien encaminados. Los alojó en casa de Merina Revois, una mujer entrada en años que había servido en su mansión de París y que era de toda confianza. Era una personita de ojos estrábicos, delgada y con una peluca rubia que nunca se empolvaba de blanco. Denotaba energía, y el *professeur* aseguraba que era muy buena cocinera. Vivía cerca de la catedral de Saint Pierre, a la que estaba adosado el monasterio de Saint Benoît, donde se encontraba la Facultad de Medicina. La casa era espaciosa, con una serie de habitaciones que daban a un patio ajardinado donde se abría la verja de entrada, un lugar muy tranquilo que Florián encontraba idílico bajo el cielo azul de Montpellier, casi el mismo cielo reluciente que cubría las casas blancas de Ciutadella. Merina Revois alquilaba habitaciones a otros estudiantes, y preguntado el *professeur* sobre cómo se las había arreglado una pobre criada para llegar a poseer una casona tan grande en medio de la ciudad, se limitó sonreír y explicar que:

—*Vous savez? Mme. Merina n'a pas toujours été vieille et bigleuse. De fait, quand elle était jeune, elle était petite et agréable, et très jolie.*[15]

La otra cuestión que dejó resuelta el *professeur* fue la posibilidad de que Florián y Amédée hicieran cursos durante el verano, y si su aplicación lo permitía, adquiriesen el grado de cirujano en pocos años. Con este objetivo les presentó el *professeur* Antoine de Volai, que era uno de los principales de la facultad. Los recibió un mediodía caluroso en su despacho, que era de una

austeridad ejemplar, y dijo que no podía prometer nada, pero que, si los dos jóvenes demostraban valía, no encontrarían en Montpellier ninguna dificultad para llegar a las cimas más altas con la inmediatez que merecieran. Era un hombre enteco, calvo, con un mostacho negro muy poblado y una voz grave, campanuda, que nunca miraba a su interlocutor a la cara, sino que desviaba la vista a la punta de sus zapatos, que llevaba muy limpios. Émile Bonnepierre les guiñó un ojo y les dijo por señas que era hora de salir del despacho, lo cual parecía indicar que lo daba todo por hecho.

Estaba claro que los dejaba en buenas manos, pero antes de marchar aun hizo otra cosa muy conveniente para ellos, les presentó el boticario Mattieu Beamon, que tenía su establecimiento en la plaza de la Canourgue. Era un hombre flaco, siempre tocado con un sombrero astroso, que sabía mucho de botánica y había curado a un sinfín de enfermos. Les enseñaría los recursos prácticos que no se trataban en la facultad, de modo que además del grado de cirujanos, adquirirían la experiencia necesaria para actuar como buenos sanadores, lo que les sería vital en su carrera. El boticario Beamon resultó ser un hombre de carácter insoportable, pero que decía las cosas por su nombre, y lo primero que les dijo fue:

—*Vous verrez que je serai le seul à vous enseigner la vraie médecine.*[16]

Florián y Amédée empezaron las clases en seguida, bajo la dirección de Antoine Volai, que prefería la docencia a la vida emancipada. Sabían que en aquel edificio venerable del monasterio de Saint Benoît[17] habían estudiado personajes tan ilustres como Nostradamus o Rabelais, y eso les hacía sentir una gran responsabilidad. Había otros estudiantes forasteros, como Gino Marcheselli, un florentino alegre como unas castañuelas, o Marcel Fogassa, un mallorquín espigado y buena gente que era la personificación de la inocencia, además de gerundenses, guipuzcoanos y por supuesto franceses. Marcel Fogassa los guio en seguida por los lugares más destacados de la casa, principalmente el claustro, el salón de actos y la biblioteca, además del *jardin des plantes*[18], que era como el sancta sanctorum de la facultad, cuyos

estudios se orientaban todavía principalmente hacia la botánica. Precisamente en el salón de actos, que antes había sido capilla de los obispos, encontraron, sentada en lo alto del estrado, a la musa Azhar, con una cara de lo más sonriente y llena de luz, como si de una aparición celestial se tratara, y Marcel se espantó sobremanera, porque pensó que los dos compañeros le habían hecho una mala pasada, con ayuda de Gino Marcheselli, y habían introducido una prostituta entre aquellos muros sagrados.

—Echadla en seguida —dijo, que si no lo pagaremos caro.

En esto la musa se desplazó, etérea, saltando de las hornacinas a los respaldos de los bancos, y sus pies no tocaban el suelo.

—Al contrario —decía—, estos muros han heredado la sabiduría de los médicos árabes, mis antepasados, y puede decirse que estoy como en mi casa.

Pero Marcel no lo veía nada claro y no las tenía todas consigo. Florián y Amédée se dieron cuenta pronto de que en Montpellier aún no habían entrado las reformas de otras universidades extranjeras donde se estudiaba anatomía, fisiología y patología clínica directamente a partir de cadáveres. En Montpellier aún seguían con las ideas aristotélicas y la tradición, pero Antoine de Volai, que era un ilustrado, pugnaba por imponer una reforma universitaria que lo revolucionara todo. Por esta razón los llevaba al *Hôpital de Saint-Éloi*[19], junto con el boticario Beamon, y los hacía visitar a los pobres y practicar la verdadera medicina.

—Los pobres y desahuciados —decía el boticario—, ahí es donde está el meollo. Dejad a los ricos para los doctores con sus citas clásicas y filosóficas, que no hacen sino hundirlos en la enfermedad y la muerte.

Antoine de Volai, al oírlo, movía la cabeza afirmativamente, y los animaba a enfrentarse con los casos reales, cuanto más desesperados mejor.

—*Un médecin c'est comme un curé, mais du corps, pas de l'esprit.*[20]

Pero tenían muchas dificultades para los estudios de anatomía, por la escasez de cadáveres, esenciales a la hora de diseccionar las diversas partes de un cuerpo humano. Se servían de animales que les mandaban los carniceros

pero, como puede suponerse, eso no era lo mismo y los alumnos no siempre conseguían salvar las distancias y hacerse una idea de la realidad. Los únicos cadáveres que podían usar eran los de los condenados a muerte por los tribunales, pero no había tantas ejecuciones en Montpellier y alrededores como para poder tener buen material, y cuando el conde Flor empezó a escribir dando noticias de la invasión de Menorca por los españoles y el largo asedio al castillo de San Felipe, Florián llegó a desear que en lugar de paquetes con sobrasadas le mandase cuerpos de soldados muertos protegidos en baúles de zinc. Entonces fue cuando conoció a un personaje siniestro, Gonfalons, que era ayudante de carnicero en el mercado, y que no tenía escrúpulos de ninguna clase y era capaz de entrar de noche en el cementerio y robar cuerpos acabados de enterrar, con la condición de que le pagaran las multas que esa práctica funesta le ocasionaba. Era un hombrecillo insignificante, con una risita perenne en la cara que le dejaba al descubierto los dientes podridos y con unos ojillos entre sarcásticos y perversos que parecían la mismísima personificación del diablo. Gonfalons tenía una paciencia a toda prueba, y era capaz de esconderse en una tumba y aguardar a que los familiares del difunto, que ya sabían cómo las gastaba, se cansaran de vigilar y pusieran en práctica el adagio que asegura que el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Sabía que Florián tenía dinero y que pagaba bien, de modo que se dirigía a él sin más preámbulos y le decía:

—*Est-ce que vous avez quelque chose pour moi?*[21]

Florián le recomendaba silencio llevándose un dedo a los labios y le pagaba el encargo de antemano, porque sabía que no pasarían muchos días y podrían disponer de un cadáver en buen estado que iba a dejarse estudiar minuciosamente sin rechistar.

En efecto, el 16 de agosto de 1781, el gobernador Murray había recibido desde Livorno la noticia de que 10 buques de guerra españoles y 77 de transporte se dirigían hacia Menorca, y en seguida había publicado un bando defensivo. El 19 de agosto los barcos invasores habían desembarcado en la

playa de Sa Mesquida y al atardecer los españoles ya estaban en Mahón entre vivas a España, repique de campanas y demostraciones de sumisión por parte de los jurados, es decir, las autoridades municipales. A la mañana siguiente solo quedaba por conquistar la fortaleza de San Felipe, situada en la bocana del puerto de Mahón, donde Murray se había refugiado con casi tres mil hombres. Entonces los españoles habían comenzado a construir baterías de asedio, bajo el mando del Duque de Crillon, que disponía de más de diez mil combatientes. El intenso cañoneo había empezado el 6 de enero y se había prolongado día y noche hasta el 4 de febrero, cuando los de San Felipe habían izado bandera blanca y se habían rendido en formación, con las banderas desplegadas entre redobles de tambores. Entonces Gran Bretaña ya había tenido que conceder la independencia a las trece colonias americanas, y la caída de Menorca se consideraba una pérdida menor. El 15 de febrero de 1782 la noticia de la capitulación de San Felipe había llegado a Madrid y la crisis del comercio se había instalado en Menorca, al no poder disponer del puerto franco de Mahón ni realizar actividades corsarias como cuando gobernaban los ingleses. Pero hacia el mes de junio este asunto se había suavizado un poco, gracias a la autorización del nuevo gobernador, el conde de Cifuentes, para comerciar con América.

Quien escribía regularmente a Florián era el conde Flor y, además de enviarle fondos para su subsistencia, le comunicaba todas las noticias que se producían en la isla. Florián, por su parte, escribía a menudo a Adaleis, a quien echaba mucho de menos y cuya ausencia solo podía aliviar con las intensas tareas de estudio a las que se libraba. Pero Adaleis no le contestaba nunca. Amédée le decía que debía desfogarse con las mujeres de Montpellier, muchas de las cuales resultaban muy atractivas y capaces de hacer un favor, ya fuese impelidas por la necesidad o simplemente porque eran lo bastante listas como para pescar un buen partido como él. Florián reía, bebían en las tabernas cuando tenían ratos de asueto y leía y releía las cartas no contestadas entre las lágrimas que le provocaba el alcohol. Pero no preguntaba nunca nada al conde

Flor; le tenía demasiado respeto para hacerlo, y el conde tampoco parecía adivinar nunca su zozobra interior. Florián se sentía ligado a su padre por la promesa que le había hecho de acabar Medicina en pocos años, y pensaba que cualquier otra preocupación le habría parecido fútil.

Así estaban las cosas cuando en septiembre de 1783, habiendo aprovechado como nadie los estudios en Montpellier, Florián y Amédée se disponían a realizar sus disertaciones de graduación en el salón de actos de la facultad. Lo cierto es que habían hecho grandes progresos gracias a los cadáveres que les proporcionaba Gonfalons, incluido el de una prostituta embarazada que últimamente les había supuesto muchas ventajas porque, gracias al buen estado de ambos cuerpos, el de la madre y el del feto, habían podido sacar conclusiones que maravillaron a los profesores del tribunal examinador. Al terminar recibieron felicitaciones personales, y Antoine de Volai los abrazó, contra su costumbre de mantener las distancias con los alumnos, y les dijo:

—*Maintenant, vous pouvez vous faire dire vraiment médecins.*[22]

Ya eran cirujanos, y tal como decía el *professeur*, y también el boticario Beamon, lo serían con toda propiedad.

Fue cuando entraron los alguaciles en aquel noble salón y, ante la estupefacción general, se dirigieron a los dos flamantes médicos para decirles:

—*Vous êtes arrêtés au nom de la loi.*[23]

Detenidos en nombre de la ley, ¡pero si no habían hecho nada! Puede decirse que pasaron de la alegría a la tristeza sin solución de continuidad, del bien al mal, del día a la noche. Fueron transportados en carro, con las manos atadas, hasta el cuartel de la *Citadelle*[24], empujados a lo bestia, tanto que solo faltó que les escupieran a la cara y les pusieran una caperuza culpándolos de brujería. El trayecto era corto, pero aun así todos los curiosos que encontraban por la calle se quedaban parados, mirándolos con inquietud, y se santiguaban como si hubieran visto una aparición. Una vez llegados a aquel edificio gris, impresionante, fueron encerrados en una celda negra, donde había un solo banco de piedra, un solo jergón, una sola jarra de agua y un solo prisionero.

No los desataron y sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad, con lo cual no supieron quién era aquel hombre sentado en un rincón con la cabeza entre las manos hasta un buen rato después. Era Gonfalons. Entonces le dijeron que los desatara y le preguntaron qué hacía allí y cómo se explicaba que les hubieran encerrado a los tres, y Gonfalons se rio con sus ojillos de idiota y babeaba por las comisuras de los labios mientras explicaba que aquella noche había soñado que ellos dos estaban cargados de hijos, ejerciendo de médicos en las «menorcas» y con una retahíla inmensa de pacientes que aguardaban visita.

—Pero dinos qué hacemos aquí y por qué nos han encerrado.

—*La Petite et son chérubin*[25] —dijo Gonfalons a modo de explicación, y volvió a sonreír como enajenado.

Florián palideció, porque en seguida lo vio todo muy claro. Sabía que Gonfalons llamaba *La petite* a la prostituta embarazada que les había proporcionado para el estudio anatómico y el *chérubin* debía de ser el feto. Así pues, la había asesinado. No se trataba de un cadáver que había desenterrado del cementerio, y ahora los acusaban a ellos de incitación al asesinato.

—*Bien sûr, je l'ai tuée. Pensez-vous qu'on trouve des cadavres aussi beaux tous les jours?*[26]

Florián y Amédée estaban desesperados. ¿Qué había hecho aquel infeliz? ¿A quién se le ocurría matar a una prostituta joven y embarazada para poder estudiar anatomía? Era como si la hubieran asesinado ellos, con sus encargos de cadáveres. Era lógico que los encerraran, y no sería de extrañar que los condenaran a ambos por aquel crimen. Gonfalons dijo que *La Petite* era una ramera muy dulce, que él solía dormir con ella en una buhardilla de vez en cuando; esperaba durante mucho tiempo a que acabara de despachar a los clientes y después la ayudaba a lavarse en una tina, le restregaba la espalda con la esponja y le besaba los pezones soliviantados por el embarazo. A veces ponía el oído en su vientre hinchado y escuchaba, divertido, el chapoteo que

había dentro, como si estuviera procreando una serpiente de agua. ¡Una serpiente de agua! *La Petite* reía de su agudeza luciendo todos los dientes blancos, alineados, y aquella noche él le había dicho que los amos Florián y Amédée tenían necesidad de estudiar una embarazada, y a ver si quería que mirase qué clase de serpiente de agua tenía en el vientre, y *La Petite* había vuelto a reír de buena gana. ¡Una serpiente de agua! ¡Qué cosas se le ocurrían! Le había abierto el vientre con una cuchilla afilada y se había desplegado como una flor, la había desflorado como hacían ellos con los cadáveres, porque era como una rosa de carne...

Florián se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué has hecho, desdichado?

Gonfalons se puso serio en seguida: los ojillos le quedaron redondos, desconsolados, la boca totalmente abierta.

—Pero ¿no lo he hecho bien?

Aquella noche Florián y Amédée durmieron en el suelo, sin que les hubieran dado nada de comer. Lo cierto es que les costó mucho conciliar el sueño. Ya era de madrugada y se percibían las primeras luces por el único ventanuco de la celda cuando se durmieron. En cambio, cuando despertaron entraba potente un rayo de sol, lleno de polvillo en suspensión, que proyectaba la sombra de los barrotes contra el suelo. La sombra de los barrotes y la silueta de un espantajo con las piernas torcidas que, ¡Dios mío!, cuando alzaron la vista al techo vieron que era Gonfalons, que se había ahorcado con las cuerdas que él mismo había desatado de sus muñecas la noche anterior.

Entonces conocieron a Grutasse, que era el alcaide de la prisión. Pero al oír los gritos desesperados de Florián y Amédée, el primero que acudió a la celda fue un muchachito delgaducho, con las calzas agujereadas, que parecía tener más hambre que el Buscón don Pablos. Cuando el chico vio al ahorcado, se limitó a encogerse de hombros y decir: «*ah, bon!*»[27], y se fue. Grutasse tardó horas en aparecer, cuando ya se habían desgañitado, y siendo como era un hombre como un gorila, con un mostacho blanco que parecía derramado de la nariz como una foca, cortó las cuerdas y se llevó al muerto como si tal cosa. Después regresó el chico con un trozo de pan y una jarra de agua, y Florián y Amédée calculaban que ya no verían a nadie más en todo el día cuando a media mañana Grutasse compareció con un mendigo desastrado, lleno de búbas, al que sujetaba por el cuello como si lo quisiera estrangular. El mendigo se sentó en un rincón y se dejaba rondar por una nube de moscas sin decir palabra. Luego Grutasse todavía volvió tres veces más y trajo un fraile esquelético que rezaba con las manos devotamente juntas y dos busconas descotadas que canturreaban dejando escapar el aire por entre los dientes podridos. Cada vez que venía, Grutasse se plantaba ante Florián y lo miraba de pies a cabeza, y entonces Amédée le dio un codazo y advirtió:

—Quiere que le untes.

—¿Estás seguro?

—Me juego lo que quieras.

De modo que, cuando el alcaide zopenco que era Grutasse volvió a entrar

con un individuo calvo que no paraba de guiñar un ojo y que tenía algo de afeminado, Florián le puso unas cuantas libras que habían juntado entre él y Amédée sobre la palma de la mano, y Grutasse dibujó una sonrisa terrorífica, que para él debía ser el sumun de la amabilidad, y dijo:

—*Hum, avec ça je vais vous mettre avec mes propres filles.*[28]

Y como lo dijo, lo hizo: los instaló en su casa, los sentó a su mesa y los dejó dormir en la cama grande, donde dormía toda la familia.

Florián escribió al conde Flor para pedirle ayuda, y también al professeur Émile Bonnepierre. Las cartas podían tardar semanas en llegar a su destino, si es que llegaban, y entretanto Florián y Amédée volvieron a rascarse los bolsillos para comprar la voluntad de Grutasse. Eso hizo su cautiverio soportable, comiendo de la olla familiar de aquella pobre gente y durmiendo en el lecho superpoblado, donde las dos hijas de Grutasse se aferraban unas veces a Florián y otras a Amédée, y como eran de lo más descaradas y el lecho estaba lleno a rebosar casi no los dejaban respirar. Afortunadamente, cuando ya acababan el dinero, vino a verles Antoine Volai, que dijo que ya sabía lo que había pasado y que tuvieran mucho cuidado con lo que declaraban, porque de la justicia no había que fiarse, y les dio unas cuantas libras que sacó de su bolsa con tanto cuidado que parecía que se le iba el alma tras ellas. Florián y Amédée estuvieron a punto de besarle los pies. Las hijas de Grutasse, que lo habían visto, se dieron buena prisa en desnudarse y ofrecerse por unas pocas monedas, y Florián y Amédée se las vieron y desearon para quitárselas de encima. Ellas dijeron que se lo dirían a su padre, pero cuando lo hicieron, Grutasse se echó a reír a carcajada tendida.

—*Je suis sûr que ces deux tapettes sont incapables d'avoir une érection!*
[29]

Después vino el boticario Beamon y les dio un frasco de jugo de adormidera, recomendándoles encarecidamente que no lo bebieran, pero con aquella pócima las hijas de Grutasse dormían a pierna suelta y no volvieron a molestarlos. Quien también se presentó cuando menos lo esperaban fue la musa Azhar, que les confortó con su sonrisa y les decía que no se preocuparan,

que tanto en el palacio del conde Flor como en la mansión del *professeur* ya se habían recibido las cartas y no podían tardar en acudir en su ayuda. Amédée estaba embobado contemplando el cuerpo sinuoso de la musa, que se le transparentaba debajo de las sedas, y dijo a Florián que, si Grutasse llegaba a verla, la perseguiría como un poseso y les dejaría el camino libre. Le confiaron el plan y ella se entusiasmó en seguida, y un mediodía compareció ante el carcelero y él le daba caza por todos los rincones y cuando parecía que la tenía se le escapaba de entre las manos. Llegó a dejar la puerta abierta, y Amédée dijo que era hora de tomar las de Villadiego, que la ocasión la pintan calva.

—No quiero pasarme la vida escondiéndome como un fugitivo —dijo Florián.

—Tienes razón —convino Amédée—, si fuéramos proscritos, no podríamos ejercer nunca la medicina.

Acaso tendrían que haber aprovechado la oportunidad para huir, a pesar del peligro de convertirse en proscritos, porque el conde Flor, al recibir la carta de Florián, envió ni más ni menos que a Severiano en su ayuda. Le dio carta blanca para usar todos los recursos que fuera necesario y le encomendó que regresara acompañado de su hermano o no regresara. Pero cuando Severiano llegó a Montpellier y supo que el crimen tenía que ser juzgado en el Parlamento de Perpiñán, nombre con el que se conocía al tribunal superior de justicia más próximo, y que los jueces eran funcionarios que habían comprado su cargo y exigían compensaciones bajo mano —*dessous de table*—, vio el cielo abierto. Pagaría de buena gana el soborno, pero no para salvar a Florián y a su amigo, sino para hacerlos condenar. Cuando regresara a Ciutadella diría al conde que había hecho todo cuanto había podido, pero que el destino fatal de su hermano ya estaba determinado. Fue así como una tarde oscura, en la que parecía que todas las nubes del cielo juntaban las cejas para maldecir el destino de Florián y Amédée, los hicieron subir a un carro descubierto y los trasladaron a Perpiñán, en un recorrido que se prolongó durante toda la noche bajo un

verdadero diluvio. Llegaron más muertos que vivos, arrebujados en una manta empapada que aún contribuía a enfriarlos, y los metieron en la prisión medieval del *château*[30] morisco, de paredes rojas como la sangre. Pero al salir el sol resultó ser lo bastante cálido como para calentarlos, y ellos lo bastante jóvenes para recobrase, pegados el uno contra el otro para darse calor y anhelando que compareciera la musa Azhar para reconfortarlos con la luz de su sonrisa. De nuevo soltaron la mosca al alcaide de turno para que les trajera un plato caliente pero, para su sorpresa, quien compareció con un *un cassoulet*[31] humeante y ropa seca fue ni más ni menos que Severiano, que ya lo tenía todo planeado.

—No os preocupéis —dijo—, el juez es un tal Georges Lamarche, hijo y nieto de jueces, y lo he sobornado para que os conceda la libertad.

—¿Sabes lo que te digo? —dijo Florián después, engullendo a grandes cucharadas la escudilla de judías con pollo que quemaba de lo lindo—. Que no me fio lo más mínimo de mi medio hermano.

—Medio hermano me suena a medio amigo —convino Amédée, atragantándose de lo rápido que quería comer.

—Y que conste —aclaró Florián— que yo estoy dispuesto a convertirlo en amigo entero, y no voy a regatear esfuerzos. Sea como sea, tengo que conseguir que Severiano me acepte de verdad. Pero en este momento no me fio.

Efectivamente, entonces Severiano, ofuscado por la envidia, no era de fiar. Sabía que el magistrado que los había de juzgar, Georges Lamarche, era un individuo paquidérmico que lo último que quería era administrar justicia; lo había visitado en la facultad donde daba clases para incrementar su sueldo de letrado y él lo había recibido de pie —unos pies descomunales— y sudando a mares bajo la peluca. El edificio de la universidad era nuevo, construido con ladrillos rojos, con zócalos policromados y un frontispicio airoso sobre las columnas, hablaba a las claras de la cultura de las luces. Pero cuando Severiano había visto a Georges Lamarche había dudado seriamente de que

tuviera muchas luces, porque sus modales eran tan desagradables como su figura, que bajo la toga parecía pertenecer a un hipopótamo. Cuando le había hablado de Florián y Amédée no había sabido ni siquiera a quién se refería ni de qué caso de asesinato le hablaba, pero cuando le había dado una bolsa llena de monedas había reído, panza en gloria, y había asegurado:

—*Ces Florian et Amédée vous pouvez déjà les donner pour condamnés.*[32]

Severiano se estremeció un poco, ¡menuda falta de ética! Con solo sopesar la bolsa, aquel juez descomunal ya los daba por condenados. Y efectivamente, Georges Lamarche se hizo traer a los dos reos maniatados a la clase de Derecho Penal y los puso como ejemplo de corrupción asesina porque, dijo, habían hecho matar a una prostituta embarazada, una mujer joven, de buena familia, abandonada por el hombre que la había seducido y la habían despanzurrado para estudiar su cuerpo y el feto que llevaba dentro. La indignación y el griterío de los estudiantes habían subido tanto de tono que los alguaciles habían tenido que llevarse a Florián y Amédée por la puerta pequeña, y días después, en la sala del Parlamento, los esperaba una multitud indignada que se desgañitaba y escupía pidiendo su cabeza. Severiano se había ido apenas conocer su condena a muerte y, aunque pensaba que a lo mejor se había excedido y tenía algún que otro remordimiento, decía que, a lo hecho, pecho, y que se había librado por fin del medio hermano.

Cuando el conde Flor le dijo que por qué no venía acompañado de Florián, Severiano ya había estudiado muy bien su papel. Le mostró las palmas de las manos vacías y puso tanta cara de desolación que habría engañado al más pintado.

—He invertido esfuerzos y dinero, pero no ha habido nada que hacer —dijo con voz falsamente emocionada—. Había un juez, Georges Lamarche, que se mostró inflexible.

El conde frunció el ceño.

—Debo suponer que Florián ha sido condenado.

—Condenado a muerte.

El conde palideció. Tardó un buen rato en reaccionar. Debió de sospechar algo, porque solo dijo:

—Si le has causado algún mal, te desheredaré.

—¡Yo no he hecho nada!

—¡Sal de mi vista!

Severiano se retiró con el rabo entre las piernas. A esas alturas, pensó después, Florián ya debía de haber sido ejecutado con Amédée, su compañero del alma. Si el conde hacía averiguaciones, le confirmarían que Georges Lamarche los había condenado, pero el juez no admitiría nunca que se había dejado sobornar para declararlos culpables, porque si lo hacía, se desacreditaría a sí mismo y perdería la plaza, heredada de padres a hijos. De todos modos, calculó que le convenía alejarse de su padre una temporada, para que las aguas volvieran a su cauce y para que el conde, ante la pérdida del hijo más querido, lo encontrara a faltar a él y hasta le supiera mal haberlo amenazado con desheredarlo. Se fue a Mahón y se instaló en la casa que tenían en la calle de San Cristóbal, desde donde se hacía cargo de los asuntos comerciales, que ahora habían orientado hacia América. Así fue como, el mes de diciembre, se presentó la posibilidad de fletar hacia las Antillas el jabeque San Rafael, del patrón Jaime Vives, y sin pensarlo dos veces se embarcó en un viaje que duraría meses para ir a comprar azúcar, palo de Campeche, cuero, pimienta y otras mercancías.

Pero el conde Flor no había hecho ninguna indagación ni pensaba hacerla. Había atribuido al destino la muerte de Florián, un destino funesto sobre un chico que era una bellísima persona y que habría llegado a ser un médico excepcional, de eso no había duda. Tampoco dudaba que fuera inocente del cargo de asesinato, y así lo había recalado en una carta dirigida al *professeur* Émile Bonnepierre, que iba acompañada de un aval depositado en el Banco Nacional de San Carlos para que se celebraran solemnes exequias por el hijo perdido y se construyera un túmulo en el *cimetière Saint-Jean*^[33] de Perpiñán, donde seguro que habían de dejar enterrar a Florián y a su amigo Amédée,

porque por dinero baila el can y por pan si se lo dan. Después se había dedicado a consolar a Paula, la madre de Florián, con el consentimiento de la señora Nieves, la condesa, que era una mujer admirable, la más callada y comprensiva del mundo. La había dispensado de las tareas de sirvienta y le había regalado una casa umbría, de paredes de piedra arenisca, que tenía en la calle de Corantí, que era un callejón estrecho donde el sol no asomaba más que a mediodía, una casa que parecía poblada de fantasmas. No contento con eso, la había favorecido con una renta que le permitía vivir como una reina. Entonces Paula era todavía una mujer deseable, de cabello oscuro, ondulado, y ojos enormes, de color verde esmeralda, y el conde iba a verla de vez en cuando para hablar del hijo muerto y ver de animarla. Llegaba a caballo, pese a que la calle de Corantí quedaba a cuatro pasos de su casa; ataba la cabalgadura a la anilla de la fachada y entraba sin llamar, vestido como siempre de manera impecable. Naturalmente, habría querido consolarla de un modo más expeditivo, y si se terciaba honrarla con el presente de otro hijo que substituyera al malogrado Florián, pero Paula se estaba volviendo cada vez más beata y abordarla resultaba una tarea imposible. Siempre que el conde había intentado excederse, le había parado los pies y se defendía esgrimiendo un rosario con una cruz muy grande, como si estuviera en presencia del diablo. El conde llegó a recordarle la vez que la había salvado de la mordedura del alacrán, pero Paula, que ya no era una niña, en lugar de aflojar, tragó saliva y se mostró inflexible.

Cabe decir que, si Florián hubiese podido conocer los quebraderos de cabeza que se tomaba el conde para favorecer a Paula, se habría alegrado mucho, porque era un joven agradecido y veneraba tanto a la madre que le había dado la vida como a la señora Nieves, que nunca le había regateado su amor. Pero Florián y Amédée habían pasado un verdadero suplicio, encerrados en el *château* de Perpiñán, no tanto por el trato que recibían, que era de lo más suave gracias a los donativos que Severiano había hecho al alcalde antes de marcharse, sino por la perspectiva funesta de ser ahorcados

hasta la muerte si les era rehusada la petición de gracia. Fue un constante vivir en vilo, siempre con el sobresalto de la muerte detrás de las orejas, muerte que Florián soñaba a menudo en forma de Adaleis toda vestida de blanco, descalza y con la guadaña, más pálida y hermosa que nunca. Cuando el cura venía a visitarlos creían que les había llegado la hora de morir, pero aquel buen hombre los consolaba diciendo: «No desesperéis, que aún estamos a tiempo de que llegue la gracia». Pero la gracia no llegaba, ni tampoco la hora nefasta de cumplir la sentencia. Hasta que el alcaide los llevó a un patio minúsculo, encima de cuyas paredes se recortaba un pedacito de cielo, y pudieron lavarse bajo un chorro de agua helada y ponerse ropa limpia. Después los condujo a un comedorcito decorado con retratos oscuros, con una mesa de manteles muy blancos, donde sirvió una comida de pollo a la francesa, con salsa de vino del Rosellón, limón y perejil, y solo al final les anunció que les había sido denegada la petición de gracia. Dos días después los hicieron subir al cadalso erigido frente al cuartel, y el cura les dio la absolución en presencia de una masa de gente gris que lo contemplaba todo con cara de asco. Les pusieron la cuerda al cuello y empezó a caer una llovizna sucia, fina como alas de mosca. Florián estaba a punto de desmayarse de la impresión y agradeció profundamente que Amédée le cogiera la mano a su lado, sin llegar a decir palabra.

Émile Bonnepierre comía redondo de pollo relleno de dátiles, tocino y manzana la primera vez que sintió aquella sensación de estrangulamiento sobre el pecho, acompañada de un fuerte dolor que iba aumentando poco a poco y que le producía mucha ansiedad, porque le parecía que se moría. Tuvo que detenerse y recostarse en el respaldo de la silla con los ojos cerrados, mientras la señora Aurélie le quitaba el chaleco y le desabrochaba la camisa, ayudada por la *servante*[34]. Tenía un sudor frío que le goteaba sobre las mejillas, de modo que decidieron quitarle también la peluca. Abrieron las ventanas, pero dejaron el comedor en la penumbra, porque corrieron las cortinas de *dentelle*[35], y la señora hizo guardar un silencio reverente a todo el servicio, como si el mundo se hubiese parado. De este modo el señor Émile Bonnepierre se fue calmando, y hasta parecía que se iba a dormir. Pero al cabo de un rato se reanimó, y pidió más pollo, y mojaba buenos pedazos de pan en el aceite del asado. Naturalmente, la señora decía: «No tendrías que comer tanto, me has dado un buen susto», y él decía: «Al contrario, esto son los nervios y para aplacarlos hay que comer mucho y bien». La segunda vez que le pasó fue cuando recorría el camino hacia la Facultad de las Artes. Tuvo que pararse y sentarse en el umbral de una casa donde una buena mujer le dio un tazón de agua acabada de sacar del pozo que él se tiró por encima de la cabeza porque tenía la sensación de que se desvanecía, de que todo lo que había a su alrededor colgaba de un hilo muy fino. Después ya aquello podía sobrevenirle incluso cuando estaba acostado, le parecía que se hundía, como

si se desplomara por un abismo, y sentía tanto dolor como si le hubieran puesto la losa del sepulcro sobre el pecho. O también podía sucederle cuando estaba explicando en clase, de modo que las palabras le quedaban atoradas en la garganta, como si se hubiese atragantado con un hueso.

La última vez que le pasó quedó varado entre la vida y la muerte, y parecía que no iba a superarlo. Vino el médico y dijo que estaba demasiado obeso, que tenía que comer verdura cada día, dejar de lado todas las preocupaciones y cuando estuviese mejor salir a pasear despacito, sin ninguna clase de prisas. Entonces fue cuando llegó la carta de Florián, pidiendo ayuda para salir de la prisión de Montpellier, y cuando la señora Aurélie vio el sobre y el lacrado con el símbolo de la justicia, supuso que aquello eran problemas y lo guardó en un cajón. Afortunadamente, Émile Bonnepierre se recuperó, tras una larga convalecencia, y era ponderado a la hora de comer, a la hora de trabajar y a la hora de caminar, tal como le había recomendado el médico. Entonces recibió la carta del conde Flor con el aval del Banco Nacional de San Carlos para erigir un túmulo a la memoria de Florián y Amédée en el *cimetière Saint-Jean* de Perpiñán.

—*Quel genre de plaisanterie c'est ça!*[36]—exclamó.

La señora Aurélie recordó la carta que tenía guardada en el cajón y se puso pálida como la cera. Fue a buscarla y la entregó al marido diciendo:

—*Vous étiez très malade quand c'est arrivé ça!*[37]

El *professeur* Émile Bonnepierre estuvo dispuesto en seguida a viajar a Montpellier, pero la señora Aurélie se llevó las manos a la cabeza diciendo que aún estaba enfermo y que el traqueteo del viaje lo mataría. Entonces el *professeur* dijo que no iría en diligencia, sino en su propio coche de caballos, con su propio cochero y con un criado detrás. Llevarían caballos de fresco y se detendrían en todos los hostales del camino. La señora Aurélie se echó a llorar y dijo que no volvería a verlo nunca más, pero mientras lloraba abrió de vez en cuando un ojo para echar un vistazo a su marido, que la miraba impertérrito; ella sabía que no lo convencería, porque era testarudo como un

mulo. Así quedaron las cosas, y cuando iban a partir se presentó la sobrina, Jeanne-Thérèse, con el pelo suelto, capa roja con caperuza y un velo blanco ante el rostro, dispuesta a marcharse con él. El *professeur* la miró de arriba abajo y dijo que no veía qué podía hacer ella en el caso de Florián que él mismo no pudiera hacer.

—*Au contraire, les armes d'une femme amoureuse sont les plus puissantes du monde*[38].

El *professeur* abrió mucho los ojos, admirado de la determinación de aquella damisela, que no dudaba en confesar la verdad de su amor. Pero consintió en que lo acompañara.

Cuando llegaron a Montpellier, Antoine Volai les confirmó que Florián y Amédée estaban a punto de ser ajusticiados en Perpignan, y les aconsejó que no perdieran el tiempo entrevistándose con el juez Georges Lamarche porque era un personaje funesto y corrupto, que acudieran directamente al *gouverneur du Languedoc*[39], cuya autoridad estaba por encima de él.

—*Mais je crains qu'il ne soit trop tard*[40] —dijo compungido.

El gobernador del Languedoc era Louis Antoine de Gontaut, Duque de Biron, oficial superior y gran señor francés, hijo de un mariscal de Francia y mariscal él mismo, un hombre de más de ochenta años cargado de méritos y dignidades. Para verlo, tuvieron que pedir audiencia en el *château de Tarascon*[41], una fortaleza impresionante situada a orillas del Ródano, hacia donde se dirigieron en seguida, dejando atrás la ciudad de Nimes, sin llegar a descansar pese al precario estado de salud del *professeur* Émile Bonnepierre. Tuvieron suerte de que aquel hombre fuera tan remirado y cumplidor, porque otro de su condición habría echado con cajas destempladas a aquel maestro de las artes y a la sobrina nariguda y melindrosa. Los recibió sentado ante un balcón fortificado, desde donde se divisaban las aguas quietísimas del río, doradas por el último sol de la tarde. El gobernador iba vestido de punta en blanco y se tocaba con una peluca plateada que tenía más rizos que una piel de cordero. Escuchó la narración del *professeur* con la mano en la mejilla, sin inmutarse

en lo más mínimo. En cuanto terminó, cabeceó y dijo:

—*Je suis désolé, mais je crains qu'il n'y ait pas le temps d'accorder le recours en grâce*[42].

Entonces Jeanne-Thérèse, que había visto una figuración del *Maréchal Duc de Biron*[43] convertido en un fastuoso pavorreal y que lo supuso dado a la fantasía, pidió ayuda a la musa Azhar, a quien había visto comparecer a veces en la biblioteca, cuando estudiaba con Florián, y la musa, que solía seguir con atención las peripecias de su protegido, no se hizo rogar. Cabe decir que, cuando el gobernador la vio, quedó muy bien impresionado, y su admiración creció cuando ella se adornó con una espléndida cola de pavorreal, entre dorada y azulada, con la que flotaba en el aire. Oscilaba sutil, del modo que solo pueden hacerlo las musas, y parecía que sonaba música en el salón y sobre las aguas del río; tanto lo parecía que hasta asomó la guardia temiendo que alguien estuviera en peligro. El gobernador hizo seña de que no pasaba nada y estaba tan entusiasmado que su silla también flotaba a dos palmos del suelo. Entonces la musa cogió la mano de Jeanne-Thérèse y la hizo salir de sus vestiduras para fluctuar con ella como si fuera totalmente ingrávida, y quedaba claro que ninguno de los privilegiados que contemplaban tanta belleza podría evitar verter una lágrima.

—*Si j'avais eu une fille, je l'aurais voulu comme vous*[44] —dijo el gobernador.

Firmó un salvoconducto con el consentimiento de gracia para Florián y Amédée, y recomendó:

—*Vous devez voler, si vous voulez arriver à temps.*[45]

El *professeur* se lo tomó al pie de la letra y, a pesar de su precario estado de salud, hizo volar literalmente a los caballos, que cuando llegaron a Montpellier estaban reventados. Entonces cambió de caballerías, dejó a los criados en casa, para aligerar peso, y él mismo tomó las riendas. Claro que a su lado estaba la musa Azhar, sentada en el pescante, con la cabellera suelta y muy despechugada, pero ella no contaba, porque era traslúcida y no pesaba nada.

Llegaron a Besiers en plena noche, con un cielo falto de estrellas que la hacía impenetrable, de modo que corrían peligro de ir a parar al río Orb, pero su sombra se proyectaba en las aguas como si el carruaje se hubiera pegado fuego, porque la musa iluminaba el camino con toda la cabellera en llamas. Llamaron a la puerta del Hostal del Obispo, enfrente de la catedral de San Nazario, y les salió a recibir una mujer abrigada en una capa corta, con el cabello pegado a la cara, de facciones grandes, que de joven no debía de haber sido fea y que cuando vio el cuerpo resplandeciente de la musa y la belleza de Jeanne-Thérèse, cuya nariz quedaba disimulada bajo la capucha y tras el velo, decidió admitirlos al punto, a pesar de la hora intempestiva. El hecho es que durmieron pocas horas, se levantaron al alba y desayunaron deprisa y corriendo, bajo el beneplácito del hostelero, que debía de ser el marido de la mujer de los cabellos pegajosos y que tenía cara de ser muy buena persona. En Narbona les dijeron que la ejecución de los *chirurgiens*[46] era inminente, de modo que no se detuvieron ni para comer. Pero el *professeur* parecía tan cansado que Jeanne-Thérèse temió que sufriera otro ataque y falleciese, de modo que prácticamente lo obligó a pasar la noche en *Le Barcarès*, junto a la laguna de Salses. Cenó con abundancia y durmió como un tronco, y al día siguiente, muy de mañana, hizo ensillar caballos de refresco y partieron ágiles como el viento. Era la hora en que redoblaban los tambores del cuartel en el *château* de Perpiñán y las campanas tocaban a muerto, porque Florián y Amédée ya estaban encima del cadalso, con la cuerda al cuello, a punto de ser ajusticiados.

Florián había cogido la mano de Amédée y había cerrado los ojos. Sentía el roce áspero de la cuerda en el cuello y las gotas de llovizna que le caían sobre la nariz. Pensaba: «Será un momento, un estirón, un estrangulamiento en el cuello y pasaré a la noche imperturbable». En aquel momento, el instinto de supervivencia no le permitió acordarse de Dios, porque aún no lo daba todo por perdido, aún tenía una brizna de esperanza. Esperanza inútil. Ilusión sin pies ni cabeza. Los tambores callaron y las campanas moderaron su repique

metálico. Era la hora definitiva. Estrechó la mano de Amédée y lo oyó gritar con urgencia, pero con voz poderosa, autoritaria:

—*Arrêtez, arrêtez l'exécution!*[47]

No, aquella voz contundente no podía ser suya. Abrió los ojos y vio cómo un hombre alto se abría paso entre la gente, blandiendo lo que parecía un salvoconducto. Detrás de él había una mujer joven, con la capucha bajada y la cabellera suelta. Era Jeanne-Thérèse, la reconoció primero que al *professeur* Émile Bonnepierre que, a pesar de la llovizna helada, parecía estar sudando.

Ante la orden del *gouverneur* Duc de Biron los pusieron en libertad. Florián no podía acabar de creerlo, y Amédée aún lo creía menos: «*Je me voyais déjà aux portes de l'enfer*»[48]. Florián dijo que era demasiado pesimista, que lo que debía figurarse era que había ido a parar a las puertas del cielo. *On appelle cela être naïf*[49], rebatió Amédée. Jeanne-Thérèse lo había abrazado en cuando había podido y no se separaba de él un instante. Había una intensa luz de felicidad en su cara. «¿Acaso crees que soy un iluso?». Jeanne-Thérèse decía: «Dejémoslo estar, ya todo ha pasado *tout est bien qui finit bien. All's well that ends well*»[50] —dijo Florián—; eso es una comedia de Shakespeare, supongo que ya lo sabíais». Lo sabían; todos rieron, porque había en el aire una inmensa sensación de alivio, y el *professeur* jadeaba, sin dejar de reír, porque al parecer se había puesto muy nervioso y se había fatigado mucho.

—*Tout est fini* —volvió a decir Jeanne-Thérèse—, *nous pouvons nous féliciter*[51].

Fueron a parar a *La Boule de Feu*[52], un hostel situado a orillas del río Têt, lo bastante alejado del *château* como para no despertar malos recuerdos en Florián y Amédée, que habían permanecido encerrados allí durante tanto tiempo. Delante tenían un jardín descuidado, donde pululaba gente pequeña de la que sale en los cuentos, y a continuación se llegaba al río de aguas rumorosas, como si fuera un torrente de alta montaña. El hostelero asó en aquel jardín medio cerdo ensartado en un asador, y lo embadurnaba con una mezcla de aceite, limón, vino y pimienta. Lo sirvió en una mesa de roble

donde se había juntado un buen número de comensales y puede decirse que se pringaron tanto los labios como los dedos y que el *professeur* no le hizo ascos; él solo se bebió un jarro de vino. Se acostaron en habitaciones separadas, y el *professeur* debió dormir a pierna suelta, porque el sol ya estaba alto en el cielo y aún no se había levantado. Jeanne-Thérèse hizo ver a Florián la conveniencia de despertarlo y llamaron inútilmente a su puerta hasta que decidieron entrar. Lo encontraron destapado, con las manos juntas sobre la panza y cara de mucha felicidad, pero ya debía de hacer un buen rato que había muerto porque estaba rígido y frío.

El primer problema al que se enfrentaron Florián y Amédée ante la muerte repentina del *professeur*, antes incluso que los impedimentos legales, fue la conservación del cadáver para trasladarlo a París. Paradójicamente, ahora que eran cirujanos libres, bien preparados para sanar a los vivos, el trabajo que se les presentaba era el de conservar a un muerto. El hecho es que les habían hecho leer mucho a autores clásicos como Heródoto, y siguieron el relato de las técnicas egipcias de momificación, extrayendo el cerebro a través de la nariz con un gancho y pasando luego a las vísceras, pero en lugar de cubrir el cuerpo con natrón, que habría exigido un largo proceso de setenta días, usaron alcohol como fijador, más ácido tánico para evitar el crecimiento de hongos y sublimado y arsénico para impedir la putrefacción. Recurrieron a un artista plástico para que hiciera una máscara, y la realizó con tanto acierto que tenía mejor aspecto que cuando estaba vivo. Hasta parecía que había de guiñar un ojo y levantarse como un bellaco para decir a ver si creían que estaba muerto o qué. Pero sí lo estaba. Estaba bien muerto. Tocado con peluca y amortajado con jubón verde, chaqueta corta, camisa bordada, corbata, calzas hasta las rodillas, medias y zapatos de piel de ante, lo pusieron en un ataúd descubierto y lo trasladaron en carroza a París en un viaje que duró tres días. El entierro fue presidido por la señora Aurélie, que era una mujer un tanto gruesa, de piel morena, y parecía *Notre-Dame des Douleurs*[53], pero con un continente muy digno, enturbiado por las lágrimas. Jeanne-Thérèse se había cubierto con un velo largo y parecía una sombra, seguida por la musa Azhar, que iba toda de

seda morada como una col lombarda. La comitiva bordeó el Sena por la *Rive Gauche* hasta llegar a *l'Église Saint-Julien-le-Pauvre*[54], en cuyo patio, ante la fachada norte, de aspecto contundente, se había abierto una fosa húmeda, como una boca mojada por la lluvia pertinaz de aquella tarde, que acogería los despojos de Émile Bonnepierre. La señora Aurélie echó el primer puñado de tierra negra sobre el ataúd, y Florián el último. Entre ambas acciones Jeanne-Thérèse se quitó el velo, dejando que el aguacero le chorreara sobre el rostro aguileño; miró al cielo nublado, donde se suponía que el sol estaba oculto, y dijo:

—*Je vais vous accompagner de retour à l'île de Minorque.*[55]

Florián no pudo hacerla desistir del propósito de acompañarlo de regreso a casa. Siempre estaba a su lado, siempre lo seguía, como si fuera su sombra. Durante los largos trayectos en diligencia ponía la cabeza sobre su pecho y se dormía dulcemente, como si la tuviera sobre una nube de algodón. También lo buscaba en los jergones de los hostales donde pasaban la noche, dispuesta a echarse a sus pies como un perrito; pero él la abrazaba con afecto, le hacía caricias y le susurraba fábulas al oído. Es como una lapa, decía Amédée, no te la vas a despegar nunca más, y él reía complacido, pese a que no era de la misma opinión, porque ella ya sabía, puesto que se lo había recalcado muchas veces, que estaba enamorado de Adaleis y ella ocupaba el primer lugar en su corazón. En Marsella embarcaron en un jabeque con carga de trigo y en dos días llegaron a Ciutadella. Era el mes de marzo y el alba asomaba, dorada, tras el minarete que servía de campanario a la iglesia de Santa María y hacía que el edificio de la cuarentena, en lo alto de Cala'n Busquets, pareciera hecho de hojaldre. Por cierto que solo permanecieron cuatro días de cuarentena, porque las autoridades portuarias juzgaban que no era cuestión de entorpecer el poco tráfico comercial que había en la antigua capital de la isla, y luego salieron, con poco equipaje, hacia el palacio del conde Flor.

—*Est-ce que tu penses que ton père sera embarrassé pour ma présence ici?*[56] —dijo Jeanne-Thérèse.

—No te preocupes, que a mi padre no le va a estorbar nunca la presencia de una mujer.

Lo que Florián no había previsto, ni tampoco Amédée, fue la cara de pasmo que puso el conde Flor cuando los vio aparecer. Se quedó pálido como la muerte y no le salían las palabras. Tuvo que sentarse, y la señora Nieves tuvo que llamar a los criados y hacerle servir una copa de aguardiente porque tenía las piernas débiles como un marinero que acabara de sobrevivir a un naufragio. «Vengo con todos los triunfos —decía Florián, convertido en cirujano y acompañado por los mejores amigos franceses, y mi llegada causa un desconcierto—; no lo entiendo». La señora Nieves daba aire al conde con un abanico fastuoso, y mandaron llamar a Paula, la madre verdadera, que vivía como quien dice a cuatro pasos del palacete. Pero cuando llegó, también hubieron de asistirle.

—Hijo mío, no te extrañes de nuestra sorpresa —aclaró el conde—, Severiano nos aseguró que habías muerto, y yo incluso envié un aval al buen señor Émile Bonnepierre para pagar tu entierro.

Florián pensó muchas cosas, la primera dónde debía de andar Severiano y qué había hecho, pero lo que dijo acto seguido resultó ser una expresión de dolor:

—Mi señor Bonnepierre está muerto.

El conde se lo hizo explicar todo con pelos y señales, y dijo que cuando Severiano volviese de las Antillas, que por lo visto no había de tardar, le pediría cuentas. Hizo alojar a Jeanne-Thérèse y Amédée en sendas habitaciones del piso alto, con vistas sobre los tejados del centro de Ciutadella, con el mar al fondo como una franja de color azul intenso. Desde allí se podía observar la llegada de los barcos mercantes que el propio conde fletaba, de modo que cuando llegase la hora serían los primeros en advertir la presencia del jabeque San Rafael en el horizonte, con la vela desplegada como una gran ala blanca. Habiendo descansado y paseado brevemente por las calles principales, para enseñar la ciudad a sus amigos, Florián se atrevió a

hacer la pregunta que más le importaba:

—¿Cómo está Adaleis?

Dijo que no sabía nada de ella, que no le había contestado ninguna carta, y el conde Flor dijo que no le extrañaba, porque había tenido que abandonar su casa con un hijo no deseado, rechazada por su padre, el marqués de Arable, y no sabía dónde andaba. Jeanne-Thérèse tenía los ojos vidriosos, cuando lo oía, y Amédée la abrazó acogedoramente por encima de las espaldas, porque veía que el corazón se le hundía en el pecho y tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Agachó la cabeza y fue a sentarse en la cuadra, y hasta Lucero, su caballo favorito, venía a hacerle caricias con la cabeza, cómo si pudiera comprender el alcance de su zozobra. Luego Florián decidió coger el toro por los cuernos y personarse en casa del marqués para preguntar por su hija. Llamó a la puerta y un criado lo condujo ante don Juan de Dios, marqués de Arable, que era un hombre de escasa presencia, bajito, con el pelo corto, blanco, y la cabeza chata. A pesar de su aspecto insignificante, el marqués se reafirmó en su obstinación y dijo que para él su hija había muerto hacía cuatro años. Florián tuvo que marcharse, cabizbajo, y cuando estuvo en la calle, muy cerca de la iglesia de Santa María, una mano le tocó tímidamente la espalda y al volverse advirtió que se trataba de Nena, la nodriza, que dijo que había criado a Adaleis a sus pechos y que la quería como a una hija.

—¿Sabéis dónde está?

—No está muy lejos de aquí: en un huerto que mi señor tiene en el Canal.

Florián ya iba a alejarse, sintiéndose el hombre más feliz del mundo, cuando Nena le retuvo para ir en busca de un hatillo que le tenía guardado. Florián lo abrió y vio que contenía todas sus cartas a Adaleis.

—No he podido entregarle ni una —dijo Nena.

Sin pensarlo dos veces, Florián se fue hacia el canal que se sitúa detrás del puerto de Ciutadella, más allá del Llano de San Juan. Recorrió toda la calle de Santa Clara y salió por el Portal de la Fuente, para después bajar al valle profundo por un sendero que daba muchas vueltas y estaba lleno de maleza.

Allí abajo, avanzando hacia el norte, se encontraba un huerto frondoso, bordeado de laureles y árboles frutales, con una tierra negra donde Gil Forzudo, un masovero muy considerado, sembraba zanahorias grandes y coles que daban cobijo a un tropel de gente pequeña de la que aparece en las consejas. El masovero, que no tenía mujer, se repartía el producto de aquella tierra fértil con su señor, que era ni más ni menos que don Juan de Dios, el marqués de Arable. Cuando Adaleis había tenido que abandonar la casa de su padre, había pedido ayuda al masovero del canal, que le había proporcionado una casita encalada, con un hogar y un pozo en torno al cual daba vueltas un burrito de piel plateada, el animal más paciente del mundo. De modo que por mucho que el marqués dijera que hacía cuatro años que no tenía hija, debía de saber muy bien dónde andaba y quién la protegía, porque el masovero Gil le traía hortalizas y frutas en sazón, le hacía provisión de leña para quemar y carbón para cocinar y la ayudaba a criar cuatro gallinas y engordar un marrano que él mismo mataba para hacer embutido entrado el otoño. En fin, a Adaleis no le faltaba de nada, como no fuera la compañía de la familia que, por otro lado, indirectamente, le procuraba ayuda. Tanto es así que el hijo que había concebido como resultado de la violación de Severiano, al que había llamado Telmo y que ya tenía cuatro años, recibía instrucción con las hijas del Tintos, otro masovero de otro huerto que se hallaba un poco más lejos, donde la tierra era yerma y tenían cuatro vacas y un buey, y ya le habían dado palabra de que cuando cumpliera seis años sería acogido en la escuela de las monjas de Santa Clara y más adelante en la del convento de San Agustín.

Florián se topó con Gil Forzudo que, cuando le reconoció, se quitó el sombrero y mostró una calva blanca como la leche. Después lo llevó hasta la casita que se alzaba en el fondo del valle, que ya desde lejos dejaba ver una columna de humo blanco que salía de la chimenea, la cosa más idílica del mundo. Cuando estuvieron cerca, a quien pudieron ver, enfundada en un vestido ancho de dril, pero hermosa y lozana, fue a la propia Adaleis, con el cabello recogido, ocupada en dar de comer a las gallinas. Fue cuando ella alzó

la cabeza y los vio llegar que los ojos se le llenaron de luz al comprender quién era el caballero garboso que acompañaba al masovero, y dejó caer el cesto y echó a correr y se abrazaron y ya casi sobran las palabras.

—¿Cuándo has vuelto?

Florián no conseguía decir nada, pero la abrazaba con todas sus fuerzas.

Se le había caído el hatillo con las cartas todavía sin abrir. Lo recogió y se lo entregó.

—Es como si no me hubiera ido nunca.

Entonces empezó un nuevo galanteo o, si se quiere, una vida en común, pero sin ninguna de las bendiciones que eran de rigor para formalizar una relación, sin ninguna o tal vez con una, la del conde Flor, que ya decía que si Severiano, cuando volviera de las Antillas, no conseguía explicar muy bien sus manejos en Perpiñán, si no justificaba su supuesta acción en favor de Florián y Amédée, Florián sería el heredero, tal como ya decía la gente medio en broma, medio en serio; el hijo bastardo sería el conde Flor y el legítimo tendría que conformarse con la administración de los negocios de comercio con ultramar. Claro que cada vez que lo oía Florián decía que estaba seguro de que Severiano había hecho todo lo que había podido para salvarlos y que era a él a quien correspondía el título y las tierras del conde. De hecho, Florián vivía ahora en una nube. Había hecho indagaciones cerca del rey Jorge III y se había comprometido a entrar a formar parte de *His Majesty's Armed Forces*[57] a partir del momento que quisiera trasladarse a Woolwich, en el distrito de Greenwich, para formarse en los *Royal Artillery Barracks*[58], pero cada día retrasaba un poco más su marcha, porque vivía un verdadero idilio con Adaleis, un vínculo de lo más apasionado. Cada tarde montaba el caballo Lucero y bajaba por el sendero del Canal, bordeado de zarzas, antes de que cerraran las puertas de la ciudad. Adaleis ya lo esperaba, sentada al fresco, acompañada a menudo por la musa Azhar, que se recortaba sobre los desconchones de la pared blanqueada para deleitarse en su galanteo. A veces se acercaban al estanque de las ranas, porque el tiempo ya era caluroso y

Florián llegaba bañado en sudor, y se zambullían en el agua verde, llena de reflejos, hasta que oscurecía y la luna subía a lo alto del cielo, resplandeciente como una daga de plata. Luego se sentaban bajo el emparrado y comían sopa de *oliaigo*[59], o berenjenas rellenas, o simplemente pan con sobrasada, miel y queso, y bebían agua fresca del pozo, antes de hacerse cien promesas de amor y de acostarse satisfechos hasta que el alba despuntara por la parte de oriente, roja como encendida de rubor.

Así pasaban los días y las noches, sin que ellos fueran conscientes de las habladurías de la gente, y sin que Florián hiciera demasiado caso a Jeanne-Thérèse cuando se la encontraba en la cuadra, a punto de montar el caballo Lucero y marchar hacia el huerto del canal, o cuando lo buscaba en su alcoba, con una camisa de seda transparente, si alguna que otra noche quedaba a dormir en el palacete del conde.

—*Tu vois que suis amoureux*[60] —le decía.

—*Et malheureusement pas de moi*[61].

Florián pensaba que era un pequeño inconveniente, porque nunca nadie se enamora de quien conviene y luego todo va como va.

Así estaba todo cuando, a final de junio, llegó a Mahón el jabeque San Rafael, del patrón Jaime Vives, procedente de las Antillas, con carga de azúcar, palo de Campeche, cuero y pimienta, y con Severiano a bordo, convertido en una especie de aventurero que ni siquiera recordaba los mareos que al principio había sufrido al embarcarse en la galeota corsaria *Buena Ventura*. Había estado no tan solo en las islas grandes, sino en las pequeñas, en una peregrinación casi orgiástica, porque gustaba rodearse de lacayos negros vestidos de satén, como si fuera un gran señor colonial, y de criadas jóvenes que eran halagüeñas y no reparaban en su fealdad ni en su carácter agrio. Había podido entregarse a partidas de cartas que duraban toda la noche y en las que pasaba de ganar una hacienda a perderlo todo. Había bebido tanto ron y fumado tantos cigarros que a menudo se ahogaba de tos y estaba alcoholizado, y si había vuelto era porque un cura cargado de buena fe le

había dicho que si continuaba así duraría cuatro días y no podría ni heredar el título de conde Flor.

Por cierto que apenas llegó a Ciutadella el conde Flor quiso hacerle desembuchar, es decir, lo interrogó a fondo sobre su actuación en Perpiñán con Georges Lamarche, el juez corrupto que había condenado a muerte a Florián y Amédée. Pero como Severiano si algo tenía era una inteligencia privilegiada, solo por la manera de hablar del conde ya adivinó que Florián continuaba vivo y pudo superar con éxito todas las trampas que le tendió su padre, de modo que, a pesar de no ser convincente, su discurso era lógico y parecía que había hecho cuanto buenamente había podido para salvar a su hermano. El conde lo despidió con palabras severas, pero no le retiró su favor.

—No me gustan las noticias que llegan a mis oídos: eso de que eres un mujeriego, jugador y bebedor.

—Dicen que de tal palo tal astilla —dijo Severiano, que no conocía la prudencia.

—Yo no he sido nunca jugador ni bebedor.

Severiano se retiró con una risilla mal disimulada bajo el bigote.

Pero después, en la taberna del Gori y en el burdel de la calle San Juan, todo el mundo se refería a Florián como el heredero del conde Flor, y él afirmaba en vano que el heredero era él y nadie más que él, y como no conseguía encontrar a su hermano fue a buscarlo a la casita del canal y le endilgó:

—Que quede claro que el heredero soy yo, siempre yo y nadie más que yo.

Antes de que Florián llegara a contestar, contemporizador, Adaleis cogió al hijito y dijo:

—Mira, Telmo, saluda a tu padre.

Severiano se fue hecho una fiera, se emborrachó en la taberna, forcejeó con una ramera del burdel y cuando llegó al palacete entró en la habitación de Jeanne-Thérèse, le arremangó el camión y la poseyó brutalmente. Cabe decir que ella se dejaba hacer con mucha pasividad y que por mucho que lo intentó en ningún momento logró llegar a imaginar que en lugar de aquel hombre

enfurecido a quien tenía encima era a Florián.

Severiano estaba lleno de rencor y de envidia. Cada vez que alguien mencionaba al heredero se ponía como una fiera y sacaba las uñas. Esto en el caso de que quien le hacía la broma fuera hombre de calidad, que por mucho que lo fuera tendría que pasar un calvario, porque Severiano no lo volvería a mirar a los ojos, y si se veía obligado a tratar con él por asuntos de negocios, lo haría sin dirigirle la palabra, comunicándose por medio de terceras personas. Si el que aludía al heredero era un asiduo de la taberna del Gori o una meretriz del burdel de la calle San Juan, Florián era capaz de contratar a un matón para que le diera una paliza, o de hacer que Gaspar Aitana, el lameculos del prostíbulo, azotara a la prostituta como si fuera una esclava. No se daba cuenta de que cuanto más caso hacía, cuanto más se enfadaba, más atizaba el fuego y aquello era ya como un mote: la gente llamaba heredero a Florián y a él le llamaban el desheredado. Lo malo era que ya no le quedaba ni el recurso de agarrar una buna curda, porque se había excedido tantas veces que beber era para él jugar con fuego. Las rameras le seguían la corriente, pero no se sinceraba con ellas, porque era lo bastante listo como para saber que solo buscaban su dinero y que le dedicaban muecas obscenas apenas se volvía de espaldas. Tan exasperado estaba por aquella rivalidad, que le rondaba la cabeza la idea de atentar contra la vida de su medio hermano. Nada más fácil que contratar a un esbirro para una noche en que regresara tarde del huerto del canal y hubiese de entrar por el hoyo de las brujas. Todo aquel que salía de la ciudad más allá del toque de queda sabía a lo que se exponía, y más

si se aventuraba a través de aquel boquete de la muralla que servía de desagüe, de refugio de enamorados y de guarida de bandoleros.

Uno de esos bandidos era el Pinzas, que tenía un arcabuz y se tocaba con barretina. Decían que había agujereado a más de uno y que se le podía comprar con reales o en especie, léase con mujeres del burdel. Cuando lo contrató, Severiano le dijo que escogiera la que más le gustara, y el Pinzas cogió una que tenía el pelo muy largo y muy liso, ojos que reían por sí solos y pezones erizados bajo las vestiduras de seda. Era la musa Azhar. Naturalmente, a la musa le faltó tiempo para avisar a Florián, pero él se lo tomó a la ligera. «No puede ser —dijo— que mi hermano me quiera tanto mal». Por fortuna Jeanne-Thérèse, que lo oyó, vigilaba los movimientos del Pinzas, y una noche de luna llena, cuando iba a disparar, agazapado detrás de los matorrales, se acercó a él y le encalabrinó con sus armas de mujer. Florián atravesó el boquete a salvo, y cuando Severiano se presentó en la alcoba, Jeanne-Thérèse abrió los brazos y no lo dejó ni hablar.

Después aconsejó a Florián:

—*Je regrette te le dire, mais tu dois partir d'ici*[62].

Fue cuando Florián decidió trasladarse a Woolwich, para formarse como militar en los *Royal Artillery Barracks*.

El día que había de partir, Adaleis se presentó en el muelle de Poniente del puerto de Mahón, con un vestido de seda amarilla, de manga corta, a pesar de que ya era el mes de septiembre, y un escote redondo que se cerraba por detrás, decorado con una cinta de seda verde. Estaba preciosa, cogida del brazo del conde Flor por un lado y dando la mano al niño Telmo por el otro. Telmo tenía una actitud muy modosa, porque era un niño muy quieto y razonable, y el conde, en cambio, se veía hinchado de orgullo, tanto que los botones del chaleco parecían a punto de saltar. Sin duda lo complacía el hecho de que Florián hubiera aceptado formar parte del ejército inglés. Naturalmente, Adaleis derramó una lágrima cuando se abrazaron por última vez, y puede decirse que a Florián le faltó poco para hacerlo. Subió

distraídamente a la goleta Spleen, que le había de llevar hasta los muelles de Woolwich, en el río Támesis, donde se alzaban los cuarteles de artillería, ante el área militar. No hace falta decir que permaneció en cubierta, saludando desde la borda, hasta que las tres figuras que agitaban los brazos se redujeron lo suficiente como para desaparecer.

Cuando una semana más tarde llegaron a Woolwich, habría jurado que los edificios rojos del cuartel y las casas negras que se veían desde la goleta las había contemplado con anterioridad. La placidez que se desprendía del entorno y de la planicie del horizonte le resultaba tan familiar que si no hubiera sido por el verdor del campo habría jurado que no se habían movido de Mahón. Contó hasta doce embarcaciones grandes, y se maravilló ante las enormes dimensiones de las atarazanas que cobijaban en el dique seco naves casi acabadas, como si se tratara de madres gigantescas a punto de parir. Después el edificio de los *Royal Artillery Barracks*, prolongado a lo largo de un prado inmenso, le dio la impresión de tratarse de un reptil en estado letárgico. «¡Ay, mi madre —pensó—, y aquí he de convertirme en soldado!». Menudo susto si el reptil llegaba a despertar. No tuvo mucho tiempo de acoquinarse; le asignaron el número de un oficial ya licenciado, el 32, le dieron ropa, calzado, y le llevaron al barracón para que buscara su taquilla y arreglase el catre para la hora de dormir.

—*You're expected in the dining room in a few minutes!*[63] —le dijeron.

Colocó sus cosas, hizo la cama precipitadamente y bajó al comedor. Había una multitud de soldados tomando la segunda comida del día, que era un refrigerio a base de judías hervidas, y le sorprendió el ruido ensordecedor de gritos y conversaciones, entrechoque de cucharas, platos y tazones. Parecía que los oídos le iban a estallar, tanto que llegó a pensar que todos aquellos soldados debían de ser sordos por culpa del estrépito de los cañones, y se veían obligados a gritar como energúmenos para comunicarse. Las mesas eran hexagonales; vio una plaza vacía y pidió permiso para sentarse. El soldado que había a su lado le pasó la palangana para que se sirviera.

—*If you don't like beans you're in trouble, it's what they give us every day*[64] —aseguró.

Se llamaba James Malone, pero lo llamaban Malone a secas, o bien soldado, porque ya era veterano, o bien 93, que era su número. Era un individuo alto y flaco, con el pelo negro, peinado en un flequillo, y tenía tanta cara de buenazo que no parecía que pudiera resistir mucho en el fragor de la batalla. Cuando Florián le dijo su nombre y que procedía de Menorca, Malone y los demás comensales de la mesa lo miraron con asombro y le preguntaron cómo hacían, en aquella islita, cuando se desataba el temporal y las olas inundaban la tierra. Florián se echó a reír y dijo:

—*We just get on top of the table*[65].

Se dio cuenta de la ignorancia en geografía de aquella buena gente, pero pensó que él también desconocía muchas de las pequeñas islas que circundaban Gran Bretaña.

En días sucesivos, Malone se convirtió en su compañero del alma; le daba consejos para superar el entrenamiento básico como soldado y para aprobar los conocimientos necesarios para un artillero de campo. Además de dominar las técnicas de artillería, conocía muchos rincones ocultos del cuartel, hasta el punto de que sabía cómo bajar a los sótanos donde se hallaba la cocina a la hora del té y hacer provisión de galletas de los cestos preparados al efecto. Malone era un compañero muy servicial, pero era tan cumplidor que nunca iba a Londres cuando les daban permiso, y por otro lado era tan de buena fe que muchos soldados se burlaban de él. De modo que Florián ya había cumplido dos meses de instrucción y aun no conocía más que los campos de prácticas del *Woolwich Common*[66], las casas del pueblo y la iglesia de María Magdalena, cuando una tarde de sábado en que se moría de asco repasando por enésima vez los manuales se le colocó delante un joven apuesto, con ropa acabada de estrenar y sombrero tricornio sobre la abundante cabellera roja y le hizo un saludo militar de reglamento, como si ya fuera su lugarteniente.

—*Number 103 under your command, my lord!*[67]

Era ni más ni menos que Amédée d'Ozone, que por lo visto también había conseguido entrar en los *Barracks* y chapurreaba un poco de inglés.

Amédée era incluso más alto que Florián y tenía las espaldas muy anchas. Demostró estar bien dotado para los ejercicios físicos y que era listo ya era cosa sabida, de modo que pronto se puso al día y formaba equipo con ellos. Entonces, cuando les daban permiso, se iban los tres a Londres, y habían conocido a un oficial de caballería que los alojaba por una noche en su casa, que se ubicaba en la misma Torre de Londres, en los cuarteles que se habían construido allí hacía cien años. Era el mayor Loafer, un hombre acostumbrado a luchar en primera línea en más de un destino de los que había conocido, alto y fuerte, pero de carácter tan afable que parecía que no había roto un plato en su vida. Su mujer era tan alta como él, y de tan buen trato también. A pesar de las características especiales de la cocina inglesa, era una cocinera excelente, y a menudo les daba tanta comida y bebida que ya no les quedaban ganas de salir a vagar por el centro de Londres y se adormilaban en las hamacas como si aún estuvieran en Woolwich. Pero cuando salían podían ir a ver teatro musical de entretenimiento, como *The Beggar's Opera*[68], o incluso llegar a la gran ópera de Covent Garden. Florián, que era muy leído, se interesaba por Shakespeare, frecuentaba los teatros Drury Lane y Sadler's Well's, iluminados con profusión de velas, y buscaba en las librerías novelas de Horace Walpole y traducciones de Goethe, especialmente *The Sorrows of Young Werther*[69], que era el título inglés de *Die Leiden des Junges Werther*. Porque entonces ya le rondaba por la cabeza la idea de escribir un libro cargado de poesía y pasión amorosa, a imitación del Werther, que dedicaría a su Adaleis, la mujer más alegre y hermosa que conocía, la que llenaba sus sueños de médico militar en ciernes. Precisamente por aquella época, durante las noches tediosas de las guardias, había empezado a enviar poemas a Adaleis, que alternaba con fabulaciones fantasiosas escritas en prosa poética, y que tal vez algún día podría reunir en un libro titulado, por ejemplo, *Cartas a Adaleis*. Lo escribía en la lengua catalana de Menorca, improvisando la ortografía, y tenía

tiempo suficiente para guardar una versión en francés, *Lettres à Adaleis*. Habría podido traducirlo al inglés, pero pese a que lo dominaba bastante bien, juzgaba que el francés estaba mucho más próximo a su lengua y que era perfecto para hacer una buena adaptación literaria.

Cuando no comían y dormían en casa del mayor Loafer, cuando no buscaban las disertaciones de eruditos o de escritores ingleses, también podían abandonarse en brazos de las *ladies of pleasure*^[70] de Covent Garden, que por dos libras ofrecían *in bed all the heart can wish*^[71], a pesar del romanticismo innato de Florián o de la ingenuidad de Malone, que la primera vez que se encontró ante una mujer desnuda no sabía muy bien por dónde empezar. También llegaron a ir a jugar al cricket o a billar, y asistieron a las sesiones de *Prize Fighting*^[72], singularmente la lucha entre mujeres que Malone juzgaba denigrante. Pasaron algunas mañanas memorables en el Museo Británico y Malone se emperró en hablar en el Pall Mall con una dama enigmática que nunca le replicaba, hasta que se dio cuenta de que era una figura de cera. Pero entonces, para su asombro, la figura cobró vida y lo perseguía haciéndole cosquillas, porque la musa Azhar se había personificado en ella y se divertía atosigándolo de manera impertinente.

Pero durante las horas de instrucción tanto Florián como Amédée se mostraban disciplinados, confiados en sí mismos y esforzados en todo momento. En los ejercicios más exigentes dejaban claro que eran capaces de reaccionar bajo mucha presión, lo cual era muy importante para la guerra, a pesar de que ellos solo aspiraban a ser oficiales médicos, nunca artilleros combatientes. Tenían también suficiente habilidad para tomar decisiones rápidas, cosa imprescindible en momentos críticos, cuando había que improvisar sobre la marcha, y también respondían positivamente ante el hecho de tener que afrontar grandes responsabilidades. Aprendieron tácticas, técnicas y procedimientos para mantener fuego de apoyo en el campo de batalla, y completaron con éxito el curso de *Officer Leader*^[73] y el de *Field Artillery Officer*^[74], y por Navidades del año siguiente ya salieron

lugartenientes de artillería y oficiales médicos. Cabe decir que eran muy respetados por el hecho de ser oriundos de naciones enemigas y haberse pasado al ejército de la Gran Bretaña.

Entonces regresaron a Ciutadella. Esta vez, siendo Amédée del país y Florián un gran enamorado de Francia, hicieron el viaje principalmente por tierra. Pasaron el canal de la Mancha hasta Calais, y desde allí fueron a París por Arras y Compiègne. En París Florián volvió a alojarse en casa de la señora Aurélie, la viuda del malogrado Émile Bonnepierre, ante cuya tumba se arrodillaron Florián y Amédée, una mañana gris de diciembre en que caía una aguanieve fría como la hoja de un cuchillo que no tardó en agrisarles los cabellos. Esta vez, y pese a pertenecer a bandos enemigos, Florián se relacionó con el oficial militar Pierre Chordelos de Laclos, cuya novela *Les liaisons dangereuses*[75] era un gran éxito, y llegó a apalabrar con su editor, *Durand Neveu*, la publicación de las *Lettres à Adaleis* cuando la obra estuviera acabada. Se llevó un libro de Jacques Cazotte *Le diable amoureux*[76], que le daba pie a introducir elementos fantásticos en su obra. Desde París bajaron hasta Perpiñán por Orleans, Clermont-Ferrand y Béziers, y aunque evitaron el *château* donde habían estado presos sí que pasaron por la universidad, llenos de curiosidad por saber qué era de Georges Lamarche, el juez corrupto que les había condenado. Pero cuando entraron en su clase ocupaba su lugar un hombre joven, de larga melena dorada, hermoso como un ángel, que les dijo:

—*L'illustre Monsieur Georges Lamarche est mort d'un excès*[77].

No dijo de qué clase de exceso se trataba, pero pensaron que sin duda no se trataba de un exceso de celo.

Desde Perpiñán bajaron por Gerona hasta Barcelona, donde esperaron unos cuantos días hasta que un jabeque cargado de tejidos los llevó directamente a Ciutadella.

Cuando llegaron a Ciutadella tuvieron la vieja sensación de que nada cambiaba, que todo el progreso se situaba en Mahón y que allí el tiempo se

había parado. Todo estaba igual. El conde Flor era como era, Severiano no se dignaba ni a mirarlos y Jeanne-Thérèse tenía el mismo fulgor de enamorada tras la nariz prominente, que quedaba disimulada por la longitud y fastuosidad de su cabellera. «*Tu peux bien dire que si je n'étais pas amoureux d'Adaleis, je voudrais t'épouser*»[78], llegó a decirle una de las veces que lo buscaba.

—*Mais non!* —dijo ella—. *Je ne veux pas te forcer à m'aimer!*[79]

Tal vez por eso, para demostrarle que no quería que la quisiera por la fuerza, empezó a dejarse ver a menudo en compañía de Severiano, que estaba muy satisfecho, porque no tenía mucho trato con mujeres que no fueran de vida disipada, de hecho, nunca había tenido novia formal. Se los veía pasear en un carro ligero que el conde había hecho construir a imitación de los que hacía Simón Garrau en Madrid, y también andar sobre las murallas en las noches despejadas, ella empuñando una sombrilla de seda que debía de ser para protegerse del sereno, pero que parecía lo bastante mágica como para cobijarles de una lluvia de estrellas. Si Florián se encontraba con ellos dentro del palacio, se hacían escurridizos, confundiéndose en las sombras, como si se perdieran por los pasillos y fueran tan etéreos como la musa Azhar, que a menudo los deslumbraba con su figura ilusoria, siempre dispuesta a incitar las pasiones amorosas. Hasta que una noche entró en su alcoba, que últimamente habían hecho forrar de espejos, y los encontró haciendo el amor sobre el lecho abultado, ella quejándose dulcemente, él embistiendo como un toro, sus figuras repetidas muchas veces en los espejos, a la luz de las velas.

Entonces Florián tomó una drástica decisión: estaba claro que Jeanne-Thérèse podía pasar sin él y era cuestión de formalizar su relación con Adaleis, que era, por cierto, la única persona que le había causado buena impresión desde su regreso, porque se interesaba por la música hasta el punto de que conocía la existencia del joven Mozart, y por lo que respecta a la literatura leía todo cuanto caía en sus manos, y en pintura admiraba los paisajes y no solo los de temática menorquina de Chiesa o Calbó. Las *Cartas a Adaleis* la habían entusiasmado, más aún si como decía ahora la temática de

Florián se orientaría hacia lo fantástico y aventuraba que acaso convendría ponerles un título más bonito. Era una noche de marzo, muy cerca de la primavera, y Florián interrumpió su plática junto al hogar para preguntar sin rodeos:

—Por cierto, ¿aceptarías casarte conmigo?

Ella le miró un momento con los ojos llenos de ilusión y dijo:

—Sí.

El tratado de paz de 1786 con el Imperio Otomano había abierto nuevas rutas de comercio, pero el conde Flor había dicho que ya era demasiado viejo para ocuparse de estas cosas, y había delegado la tarea en Severiano. Severiano tenía algo de diabólico y era también muy inteligente. En poco tiempo estableció muchos itinerarios. Compraba trigo en levante y en el norte de África y lo vendía en ciudades portuarias españolas, y sus barcos salían tanto de Mahón como de Ciutadella. Financiaba además carpinteros de ribera que estaban en contacto con las atarazanas de Cartagena y hasta construían fragatas de 36 cañones y otros buques de guerra.

Por lo que respecta a Florián y Amédée, habían obtenido excedencia del ejército, previa visita a Londres, donde el general al mando les sugirió la necesidad de colaborar con la metrópoli de manera encubierta, como si Menorca fuera aun colonia de la Gran Bretaña. El hecho es que tenían que enviar regularmente información sobre el estado de cosas de la isla, pese al riesgo de ser declarados traidores que ello ofrecía. Para esa actividad era importante asistir a reuniones mundanas, estudiar todos los barcos que pasaban la cuarentena y vigilar a todos los oficiales que frecuentaban sus consultas, establecidas una en cada extremo de la isla. El contacto era La Guêpe, una dama escuálida, de ojos azules, que hablaba un catalán gutural y lucía una espléndida cabellera blanca, a pesar de que ya no era joven ni guapa. La Guêpe era viuda de un noble de Ciutadella; viajaba asiduamente a Londres, donde era muy conocida en los salones, y se llevaba los informes que Florián

y Amédée redactaban. Eso les permitía gozar de buenas rentas y respeto social, de modo que nadie recordaba ya que Florián era hijo bastardo del conde Flor ni que Amédée era un francés renegado que ejercía con éxito de cirujano. Revestido con esta aura de respetabilidad, y armado con el apodo de heredero del conde Flor, Florián se decidió a presentarse ante Don Juan de Dios, el marqués de Arable, para pedirle la mano de su hija Adaleis.

—¿Quiere decirse que estás decidido a hacer de ella una mujer honrada? —dijo el marqués.

—Ella es lo que más quiero en este mundo.

El marqués no logró reprimir una sonrisa de oreja a oreja.

—Tenéis todas mis bendiciones —decidió.

Finalmente, la unión se celebraba con la aprobación de ambas partes, el conde Flor y el marqués de Arable. Era casi como un casamiento concertado, como si los padres se hubieran puesto de acuerdo, aunque en realidad era un matrimonio por amor, porque ambos contrayentes estaban muy enamorados. Pero la novia le caía tan bien al conde Flor, la encontraba tan guapa, amable y lista, que parecía que incluso estaba dispuesto a hacer realidad el apodo que corría por Ciutadella que aseguraba que Florián era el heredero, en detrimento de Severiano, que estaba negro de envidia. Ante esa realidad, y con el hecho de que Florián había pasado por alto la falta de Adaleis, que ya tenía un hijo de cinco años, don Juan de Dios, el marqués de Arable, estaba muy contento; lo estaba hasta el punto de que concedió a la novia una dote de veinte mil libras esterlinas, que era una suma escandalosa. Entonces el conde Flor no quiso ser menos y regaló a la pareja una casa en la plaza del Rosal, tan espaciosa y bien provista que parecía un pequeño palacio. Pero el día de la boda Adaleis salió del palacio de Arable, que quedaba tan cerca de la iglesia de Santa María que se podía llegar a pie en un santiamén. Llevaba un vestido blanco, lleno de encajes y con un velo larguísimo, que sostenía por detrás el niño Telmo, vestido como un paje real. El hecho de vestir de blanco purísimo era una especie de doble reto, porque estaba claro que la novia no podría

volver a ponerse el vestido, lo cual parecía claramente un despilfarro, y también porque el hecho de que Adaleis ya tuviera un hijo desmontaba cualquier fantasía acerca de su virginidad. El otro desafío era que Florián acudió a casarse vestido de lugarteniente de artillería del ejército británico, y por mucho que fuera el uniforme de gala y le quedara lucidísimo, no dejaba de ser un símbolo del mayor enemigo de España.

El banquete de bodas se celebró en el palacio del conde Flor, cuya fachada parecía de oro bajo el sol de primavera, con todos los salones engalanados y con las ventanas abiertas de par en par. Hacía muy buen día y el picadero había sido limpiado a fondo —tanto que se habría podido servir el banquete en los pesebres de los caballos—, y cubrieron las mesas con manteles blancos en el patio, dispuestas con servilletas bordadas, vajilla de Sèvres y cubertería de plata. Paula estaba sentada junto a la señora Nieves, y ambas rivalizaban en discreción. La marquesa de Arable también quedaba muy fina, atenta en todo momento a su marido, mientras que don Juan de Dios departía con el conde Flor, que guiñaba el ojo a todas las jovencitas que habían sido invitadas. Era un día de alegría, y hasta Severiano parecía muy mesurado, al menos hasta que a la hora del baile agarró a Jeanne-Thérèse, se la llevó a la alcoba forrada de espejos, exhibió una erección rabiosa y la hizo doblarse para decirle:

—Hazme una buena limpieza de sable.

A esas horas Florián y Adaleis se abrazaban en la casa de campo de Son Viña, la mejor hacienda del conde. Con el matrimonio favorecido tanto por el marqués como por el conde, parecían estar fuera de cualquier peligro. En efecto, pocos días después salían hacia París, para gozar de la luna de miel, un estado de felicidad en el que habrían jurado que todo el mundo era bueno, que no existía la maldad.

En París se alojaron en casa de la señora Aurélie, que lo primero que hizo fue llevarlos a *Notre-Dame des Douleurs*, para rezar ante la tumba del *professeur* Émile Bonnepierre, donde dejó caer una lágrima de ámbar, y lo segundo interesarse por la salud de Jeanne-Thérèse, la sobrina. *Elle va très*

bien, toujours accompagnée de mon frère Sévérien[80], dijo Florián en un tono quizá demasiado exultante. Había traído bajo el brazo las *Cartas a Adaleis*, que al final había titulado simplemente así, *Adaleis*. Había incluido pasajes de prosa poética, en los que el Canal del Llano era visto como una selva exótica que se inundaba con las lluvias de invierno, donde proliferaban criaturas fantásticas, y que en verano era una vega idílica por donde Adaleis deambulaba descalza, pisando puntas de estrella de las que caían con el sereno de la noche. No hace falta decir que de cada punta de estrella pisoteada surgía una flor de amor, de larguísimo talle, que iba a beber directamente de las nubes para llenarse de rocío. *Ceci est l'amour idéal et la rêverie fantastique, mais passionnée*[81], afirmó la señora Aurélie cuando lo leyó, y les aconsejó que visitaran el salón de Madame Necker, porque allí encontrarían intelectuales que sabrían apreciar su obra.

Efectivamente, Florián se encontró muy a gusto en el salón de Madame Necker, una mujer muy distinguida, casada con un financiero suizo, que sabía rodearse de escritores como Bernardin de Saint-Pierre y había agasajado a los mejores enciclopedistas. La primera noche que estuvieron allí Adaleis se arrellanó en un canapé y todos aquellos hombres empelucados pasaron a inclinarse ante ella y le besaron la mano como si fuera una reina. Allí encontraron a Durand Neveu, el editor de *Les Liaisons Dangereuses*, que leyó la obra *Adaleis* y en seguida se puso manos a la obra para publicarla, tanto es así que, cuando a principios de otoño regresaron a Ciutadella, pudieron llevarse ya el libro impreso. Cabe decir que del salón de Madame Necker pasaron al de Madame Roland, donde se respiraba un ambiente revolucionario y donde conocieron a un hombre sumamente elegante, el jacobino a quien llamaban Maximilien Robespierre.

París, entonces, empezaba a estar envuelto en un aura mítica. Florián y Adaleis paseaban su amor por el *Jardin des Tuileries*[82], donde se reunía lo bueno y mejor de la sociedad, y hasta se acercaban al *Palais Royal*[83], donde se cocinaba el pastel de la cosa política. La ciudad se ensanchaba hacia los

Champs-Élysées[84] y se construían centenares de casas de aspecto imponente, de modo que Florián consideraba que poder vivir en ellas, aunque fuera en una casa del viejo barrio latino, sería como residir a las puertas del paraíso. Además, el librito *Adaleis* fue acogido por la crítica como la obra de un escritor de raza, auguraron que tenía un futuro muy brillante y fue publicado en seguida en catalán en Mahón, de modo que París representó para siempre un punto álgido en la vida de Florián.

Severiano estaba furioso. Por si fuera poco que la gente llamara “heredero” a Florián, se había casado con la damisela más hermosa y lista de Ciutadella, con el beneplácito de su padre, el marqués de Arable, y ambos estaban muy enamorados. Para colmo de males, Telmo, el hijo que él había engendrado, llamaba papá a Florián y a él ni lo conocía. Además, él era un hombre inteligente, escribía con una corrección y una fluidez admirables, pero no tenía la imaginación necesaria para forjar obras de creación, y eso que lo había probado con insistencia, y volvió a probarlo ahora, cuando el libro *Adaleis* triunfaba en los clubs literarios de París. Después de despedazar un montón de borradores y de perder muchas noches exprimiéndose el cerebro, tuvo que darse por vencido. No podía. Para Florián era algo sencillísimo, lo hacía sin querer, con una facilidad pasmosa; pero él no podía. Todo le quedaba postizo, no hacía más que reproducir, calcados, episodios autobiográficos que no tenían entidad ni vida propia. Empezó a golpear, airado, el escritorio, hizo trizas todo lo que encontró a mano, hasta los cristales de la ventana, y después, con los puños ensangrentados, se tapó los ojos y la boca, sofocando un llanto desesperado. Era un infeliz.

Salió, enloquecido, hacia la alcoba de Jeanne-Thérèse. La despertó con violencia, sin una pizca de consideración, y la poseyó con rabia, como si quisiera descargar en ella todo el veneno que tenía acumulado en el alma. Después, ambos echados, llenos de sudor, sobre el lecho, le dijo:

—*Toi et moi, nous allons nous marier.*[85]

Jeanne-Thérèse lo miró con los ojos como platos, pero dijo:

—*Mais oui.*[86]

Luego Florián la dejó sola, como si fuera un trapo sucio, un muñeco sin sentimientos, y se encerró para escribir una crítica al libro *Adaleis* que un mes más tarde se publicó en *Journal de Paris*[87]. Naturalmente era una crítica demoledora, y entre otras cosas decía:

...C'est une copie des récits fantastiques produits ces derniers temps, mauvais écho d'autres échos, et une chaîne de choses sans signification qui font beaucoup de mal aux lettres françaises...[88]

Florián se sintió descorazonado cuando lo leyó. Era la única crítica mala que había recibido, y la había escrito su hermano, o medio hermano. Lo sintió muchísimo, sobre todo porque pensó que no era justa, que no decía la verdad. Pero decidió callar y no replicar en ningún momento. Entonces se le apareció la musa Azhar y le hizo ver un prado inmenso, de verdor resplandeciente, con rosas de papel que se abrían por doquier como las páginas de un libro.

—Cada una de estas flores es un libro que vas a escribir —dijo la musa—, y todas están cargadas de vida.

En aquel momento entró Adaleis y dijo:

—Te estás riendo a solas.

—Es que vuelvo a tener ganas de escribir.

El desposorio de Severiano con Jeanne-Thérèse se anunció en la primavera de 1787. Entonces Adaleis ya lucía una preñez muy aparente y según el conde daría a luz a un varón como una catedral. Si efectivamente era un varón, tenían pensado ponerle el nombre de Anselmo, pero si era una niña, Florián era partidario de ponerle el nombre de la madre, Adaleis, que además era el título de su primera obra publicada, doble motivo de alegría, porque quería con delirio a su esposa y consideraba que le había inspirado para entrar con buen pie en el mundo de las letras. Durante el mes de marzo, cuando salían a pasear, ella se hallaba en tan avanzado estado de gestación que se movía con dificultad, a pesar de que era una mujer delgada y ágil como pocas, y ya no se

atrevían a hacer el amor, por temor a perjudicar a la criatura. No se atrevían ni con la postura tradicional ni con ninguna otra, a lo sumo Adaleis acariciaba a su hombre con delicadeza, casi con devoción, y él, que tenía toda la fuerza y la fogosidad de la juventud, se derretía en un manantial de candor, lleno de la ternura de las mejores horas de la vida. Eran felices. Lo eran tanto que, cuando una de aquellas noches se presentó Jeanne-Thérèse y le aseguró que con una sola palabra suya dejaría de casarse, Florián permaneció mudo, pensando en la hermosura de Adaleis y en la promesa del hijo que estaba a punto de parir.

—*Je vais me marier, mais c'est toi que j'aime et c'est pour toi que je vis*[89] —concluyó.

Se había descubierto el pecho, a pesar de que Adaleis no andaba muy lejos, y cabe decir que estaba preciosa, y que hasta parecía tener la naricilla pequeña en la penumbra. Pero Florián no movió ni un músculo para atraerla hacia sí. Ella se envolvió en el manto y se fue ocultando una lágrima. Habría querido que la noche fuera más fría y que le helara el rostro.

Cuando a principios de mayo nació el niño Anselmo, Severiano y Jeanne-Thérèse ya se habían casado. Había sido una ceremonia íntima, con pocos invitados, celebrada en la pequeña iglesia de San José, y el convite lo habían celebrado en el palacio del conde Flor, en la sala noble. Por cierto que el conde les había querido regalar una casa en la calle de Santa Clara, pero Severiano se había opuesto y había querido vivir en el mismo palacio de su padre, seguramente para reafirmar a ojos de la gente que él y solo él era el legítimo heredero. Incluso continuaron ocupando las mismas habitaciones de cuando eran solteros, y si Severiano quería acostarse con su mujer se iba a la alcoba de los espejos, como si nada hubiera cambiado.

El niño Anselmo, por otra parte, vino al mundo felizmente. Aunque Adaleis era una mujer esquelética, de brazos finos y manos largas, no le costó dar a luz. Aquella noche sintió dolor de vientre, y lo atribuyó a las croquetas de sobrasada que había tomado para cenar, ella que normalmente comía como un pajarito. Se sentó un par de veces en el común hasta que comprendió que no

era una indigestión lo que tenía y dijo a Florián que fuera a buscar a la comadrona. El niño nació de madrugada, y estaba muy sano; Paula le pasó revista, meticulosa, y sonrió satisfecha para decir:

—Lo tiene todo bien.

Era un niño rosado y rechoncho que daba gusto ver; tenía los ojos muy abiertos, de color verde esmeralda como los suyos, según la propia Paula, pero con la forma almendrada de los de su madre, y no tenía ninguna imperfección. Florián se dirigió a la confitería del callejón y trajo una bandeja rebosante de confites, y a todos los que venían les daba una cucharada sirviéndose de una cuchara de plata. Fue cuando se presentaron los alguaciles con la orden del gobernador Cifuentes para que Florián se diera preso junto con el súbdito francés Amédée d'Ozone, acusados de alta traición por espionaje y rebeldía, por lo cual todos sus bienes serían confiscados y su casa derribada.

Florián y su compañero del alma, Amédée, se vieron de nuevo encerrados en una prisión. Era un cuarto húmedo, lleno de desconchones de cal, con dos jergones en el suelo pintado de almagre y un ventanuco con barrotes que daba a la plaza Mayor, de modo que mirando hacia arriba podía verse un retazo de cielo azul, y mirando hacia abajo las cruces del cementerio, y el preso tenía la sensación de que estaba tan cerca del cielo como del infierno. Pero casi era una cárcel familiar, dividida en dos por una pared delgada que no llegaba al techo; al otro lado se encerraba a las mujeres que habían sido halladas en falta, y ellos podían comunicarse con ellas si se asomaban por arriba, poniéndose uno encima del otro. El alcaide vivía en una casa adosada a la cárcel. Tenía una mujer bizca y al menos tres hijas guapas y fáciles, si uno podía compensarlas con dinero. Pero cabe decir que ni Florián ni Amédée estaban de humor para meterse en camisa de once varas, porque les preocupaba mucho saber algo que a lo mejor un día sabrían, pero que ahora ignoraban: cómo les habían descubierto. Porque por mucho que pudieran llegar a sospecharlo, desconocían el hecho de que tras aquel embrollo volvía a encontrarse ni más ni menos que Severiano. Era evidente que si Severiano hubiera sabido que ellos ejercían de espías para los ingleses los habría denunciado, pero cómo diablos podía haberlo averiguado. Lo ignoraban, y sin embargo la cosa era muy simple: había interceptado uno de los mensajes que escribían para La Guêpe.

Un napolitano llamado Martelloti había venido hacía años a vender *santi*

belli[90] de yeso, un hombre alto, calvo, con unas barbas esponjadas, completamente blancas. Era un individuo muy campechano y hasta muy leído, pero era un holgazán, y se había buscado la vida entre el clero de Ciutadella, porque sabía que el trabajo de un cura era algo fácil de sobrellevar, de modo que el de un sacristán tampoco podía ser gran cosa, y se las había arreglado para entrar de sacristán en la iglesia de Santa María. Por otro lado, se había realquilado en casa de La Guêpe, que era una vivienda espaciosa situada en el centro de la ciudad, y no se sabía bien si la ayudaba en el mantenimiento, desde que faltaba el esposo de la señora, o si la pagaba en especie, porque a Martelloti lo que le sobraba era fogosidad. El hecho es que en Santa María había una imagen de la Virgen que Martelloti se encargaba de llevar de casa en casa, para que la tuvieran durante un día, ganaran las indulgencias y pusieran una limosna en la gaveta, situada debajo de la capillita protegida con un vidrio y unas puertas donde se hallaba la imagen. La cosa era sencilla. Amédée mandaba a Florián los informes de Mahón, y Florián los ponía en la gaveta junto con los suyos, cuando Martelloti le traía la Virgen desde la casa de La Guêpe. De modo que La Guêpe se interesaba por lo que los ingleses querían saber, ellos lo indagaban y cuando lo averiguaban lo ponían en el cajón de las limosnas y alabado sea Dios.

La gente de Ciutadella era tan fervorosa que nadie habría osado nunca abrir el cajón de las limosnas. Todos se limitaban a meter por la ranura lo que buenamente podían. No parecía posible que ni Severiano ni ningún otro hubiesen podido descubrir el escondrijo. Pero Martelloti, además de mujeriego, era también jugador y bebedor, y más de una vez se llevaba la capillita de la Virgen a la taberna del Gori, donde bebía aguardiente y jugaba a los dados en un rincón oscuro. En cuanto a beber, Severiano no podía excederse, porque había bebido demasiado en su vida, pero era más jugador que las cartas, y Martelloti, que era fanfarrón y lenguaraz, un día de los que perdió no pudo pagar.

—¿No puedes pagar? —dijo Severiano, y señaló la gaveta de las limosnas

—. ¿Y qué es lo que hay ahí dentro?

—¿No te atreverás a profanar la capillita de la Virgen?

Severiano ni siquiera se molestó en contestar. Pegó una patada al cajón y lo hizo caer al suelo. Después desfondó la madera delgada y junto con las monedas de las limosnas aparecieron los informes de Florián y Amédée sobre las tropas y las defensas de Menorca. Severiano se estremeció cuando reconoció la letra y las firmas de Florián y Amédée, y como es natural le faltó tiempo para denunciarlos ante el nuevo gobernador.

Por fortuna, a mediados de mayo, el coronel Antonio de Pinedo y Anuncivay substituyó al conde de Cifuentes como gobernador, y el conde Flor se presentó con la señora Nieves vestida como una reina para celebrarlo. Era un hombre de espaldas estrechas con cara de payés, por mucha peluca y uniforme de gala que se pusiera, rojo como un tomate, y el conde Flor intentó inútilmente impresionarlo con la relación de sus tratos comerciales, de las señoras de buen ver que, nadie lo diría, recibían de día, y de su capacidad para curar la mordedura del alacrán. El hombre no se inmutaba. No fue hasta que compareció la musa Azhar, vestida de encajes que dejaban entrever su hermosura, que el gobernador se dejó encalabrinar y concedió al conde salvoconducto para sacar a Florián y Amédée de la prisión, en el bien entendido, recalcó, que tenían que marchar hacia el exilio la misma noche de su liberación. También hizo notar que tanto La Guêpe como el sacristán Martelloti se pudrirían en la cárcel. Pero de estos el conde ya no se preocupó. Al día siguiente acudió a la prisión con el salvoconducto y acompañó a Florián y Amédée a la goleta Repeal, que estaba a punto de partir del puerto de Ciutadella con destino a Londres. Adaleis bajó al muelle con el niño Anselmo en brazos para despedirse de su esposo, que la abrazó, llorando, y afirmó:

—No me gustan las despedidas, por esto te aseguro que volveré antes de que te puedas dar cuenta de ello.

—¿Y si finalmente nos derriban la casa?

—Yo cuidaré de que eso no ocurra —dijo el conde.

Efectivamente, cuando se presentó el notificador municipal, el conde mostró el salvoconducto del gobernador y dijo:

—¿Sabes lo que puedes hacer? Ir a tomar por el culo.

No se sabe si lo hizo, pero es el caso que no regresó nunca más.

La Repeal se alejaba mansamente de la isla, llevando a bordo dos pasajeros afligidos, Florián y Amédée. Florián, sobre todo, se sentía como un preso forzado a exiliarse y no conseguía borrar de la retina la imagen de la mujer y el hijo, y del conde Flor, sobre quien tenía un presentimiento funesto, como si no hubiera de volver a verle. El viaje se hizo largo, aunque era la época de bonanza y el mar les acogía con más cariño que el mundo pequeño que dejaban atrás.

Hacia mediados de junio, la Torre de Londres los recibía envuelta en niebla, rezumando humedad, como un gigante de piedra herido por las vicisitudes del siglo. Naturalmente, fueron en busca de la protección del mayor de Caballería Loafer, su amigo de la época de cadetes en Woolwich, que los recibió con los brazos abiertos, igual que su mujer, que los consideraba como de la familia. Londres era una ciudad llena de delincuentes, pero también ofrecía entretenimiento a manos llenas, y muchas tentaciones para dos médicos ilusionados por el mundo de la cultura; pero Florián no tenía alegría, echaba de menos a Adaleis, soñaba al niño Anselmo llorando en brazos de la madre, y Amédée no conseguía consolarlo por mucho que le asegurara que, cuando hubiera pasado cierto tiempo y las aguas hubieran vuelto a su cauce, podría regresar a Menorca. Por fortuna, transcurridos unos cuantos días de aquel verano bochornoso en la ciudad, el mayor Loafer vino eufórico con la noticia de que Su Majestad Jorge III les concedía la oportunidad de establecerse en Ámsterdam, como médicos de la *Dutch West India Company*[91], muy necesitada de gente joven y dinámica después de la derrota en la cuarta guerra anglo-neerlandesa.

Florián y Amédée se establecieron en Ámsterdam, en una casa situada cerca

de la plaza Dam, donde quinientos años atrás se había construido la presa sobre el río Amstel. Era una casa vieja, con una escalera angosta que siempre olía a pozo ciego y que no tenía respiraderos, de modo que a todas horas había una luz prendida en la pared. En lo alto de la escalera había tres puertas, dos de las cuales comunicaban con las habitaciones que ellos ocupaban y una tercera con la cocina y la habitación de la señora Drika, que era una mujer oronda, de piel tan pálida que resultaba transparente y se le veía toda una ramificación de venitas azules. Tenía el pelo blanco, peinado en un moño, y una pechuga considerable. Al parecer, siendo joven, había criado un montón de hijos, pero ahora vivía en el olvido total de sus descendientes, como si estuviera sola en el mundo. Era buena cocinera, y agradecía las muestras de afecto que le dedicaban Florián y Amédée, que se esforzaban lo indecible por entender la lengua gutural en la que se expresaba. En las habitaciones había chimeneas, pero aun así la señora Drika había de calentarles la cama con brasas colocadas en el calentador de cobre, porque el clima de Ámsterdam era infernal, y cuando se metían bajo la cobertura les parecía caer en un lago helado. Florián y Amédée iban todos los días a las oficinas de la compañía, donde visitaban a los marineros que venían de América en veleros cargados de pieles o de azúcar y que habían de pasar la cuarentena, y a veces también se veían obligados a curar a los esclavos, que eran carne de cañón arrancada de las costas orientales de África.

Florián se sentía triste, extrañaba la luz diáfana del Mediterráneo, los brazos amorosos de Adaleis y la mirada encendida del niño Anselmo, a quien cuando pudiese volver ya no conocería. Las cartas tardaban una eternidad en llegar a Menorca, y las respuestas otra eternidad en alcanzar Ámsterdam, si no se perdían en las rutas temerarias, infestadas de piratas, que seguían los barcos de carga. Ámsterdam había sido una de las ciudades más ricas del mundo hacía cien años pero, aunque de su puerto salían embarcaciones hacia América, África y el Báltico, ahora estaba en declive, y Florián la veía negra como las aguas del canal, fría como un muerto, oscura y hasta ininteligible

como su lengua. Buscaba autores, y llegó a conocer a un par de mujeres que escribían novelas epistolares y que se interesaron por la edición francesa de su *Adaleis*, pero ni ellas eran jóvenes y bonitas ni aquello era vida. Tal vez por la oscuridad que caía a media tarde o por la negrura con que veía su futuro, empezó a escribir una novela llena de mujeres exóticas como la musa Azhar, que muchas noches venía a encandilarlo con el resplandor de sus ojos, y de espectros que rondaban por la vida y la muerte con una naturalidad pasmosa, como si no hubiera fronteras entre el sueño y la vigilia. Aquello lo entretenía, aquello lo ayudaba a vivir, aquel libro que acaso llegara a titular *Les ombres de la place du Dam*[92].

En diciembre de aquel año murió Carlos III en Madrid. En el mes de enero se celebraron solemnes exequias en Ciutadella, que aún tenía ansias de capital, y Mahón replicó en febrero con tedeums, repiques de campana, salvas de artillería, desfiles de caballos por el Coso de Gracia, regatas en el puerto y medallas conmemorativas. El Jurado Mayor enarboló el estandarte real y dijo, pomposamente:

—Este pendón levanto por el rey Carlos Cuarto.

La Universidad de Ciutadella estaba indignada, pero Severiano asistió eufórico a todas las conmemoraciones, tanto las de un lado como las del otro, y lo celebró coronando desnudas a seis hijas de padres todavía jóvenes que ejercían la alcahuetería. Total, que llegó caliente a Ciutadella y al anochecer entró a hurtadillas en la casa de la plaza del Rosal donde Adaleis amamantaba al niño Anselmo, acompañada por Telmo, el hijo que él le había hecho, que ya era todo un hombrecito. Al parecer había bebido, porque caminaba a empellones y tenía los ojillos encendidos de lujuria. Dio unos cuantos céntimos a Telmo para que fuera a la plaza del mercado a comprar una granada y se sentó al lado de Adaleis como quien no quiere la cosa, le bajó la otra mitad del escote y se amorró al pecho libre. Ella se separó bruscamente, no sin recibir un buen mordisco, y se puso de pie en medio de la sala para amenazarlo diciendo que si no se iba en seguida por donde había venido lo

contaría al conde Flor.

—No hará falta —dijo una voz grave, con ira contenida—, porque lo he visto todo.

Era el conde Flor. Había venido en seguida, avisado por Telmo, que debía de haber adivinado algo raro y no había comprado la granada.

—¿Por qué te enfadas? —dijo Severiano, mordaz—. ¿Por esta puta? No es más que una puta. Es tan puta que hasta el hijo mayor se lo tuve que hacer yo.

—Sal de mi vista —replicó el conde, señalando la puerta—, y ya puedes despedirte de ser conde, porque el heredero va a ser Florián.

Jeanne-Thérèse conocía todos los abusos de su marido y no hacía el menor caso. Era una mujer solitaria, silenciosa, confundida entre las sombras en las salas oscuras del palacio del conde Flor, y cada día se parecía más a la señora Nieves, que era su confidente. Pero a ella no le gustaba llevar rebocillo, por mucho que los hubiera transparentes que dejaban entrever el escote del jubón. Prefería, para escándalo de muchas damas de buena sociedad, lucir la larguísima cabellera lisa, a la que dedicaba horas enteras y que destacaba su piel cetrina, que más parecía la de una esclava criolla que de una señora francesa. Se entretenía tocando el pianoforte, pintando, bordando, confitando frutas, preparando escabeche de mocarro y otras vinagretas, y hasta había aprendido a obrar cerámica y a trenzar esparto para hacer cestos de pleita, pese al peligro de estropearse las manos. Si no se dedicaba a labores caseras, como si careciera de criadas, leía, porque siempre quería estar ocupada. Leía todo cuanto caía en sus manos, y puede decirse que este era el único punto en común que tenía con su marido, a quien no amaba.

Estaba enamorada de Florián. Echaba de menos su presencia, aunque fuera lejana, aunque solo fuera para verle pasar del brazo con Adaleis y los dos niños. Por esta razón, cuando se convirtió en condesa y fue invitada al palacio del gobernador, intentó seducirlo, con la ayuda de la musa Azhar. Ya era el mes de mayo y la tarde se llenaba de perfumes, si no era obra de los poderes de la musa. Pidió a aquel hombre enrojecido, que parecía un payés

emperifollado, que la sacara de los salones relucientes de candelabros hasta el patio espacioso, de arcos de piedra anchos como las espaldas de un gigante, donde asomaba una luna redonda como un medallón de cobre. Llegaba, lejano, el murmullo de las conversaciones y Jeanne-Thérèse se descubrió el escote generoso, confundida en la musa, y se puso la luna sobre el pecho para pedir, con fingida melifluidad, que otorgase la amnistía a Florián y Amédée.

—A una mujer con dos lunas no le podría negar nada —dijo el gobernador.

Estaba más rojo que una langosta.

Ya era entrado el mes de julio cuando Florián y Amédée llegaron al puerto de Ciutadella en una urca holandesa cargada de madera. Adaleis y Jeanne-Thérèse debían de estar al tanto de su venida, porque les esperaban en el muelle cogidas del brazo, acompañadas por los dos niños. Florián se moría de emoción, Adaleis aparecía fresca como una rosa y Jeanne-Thérèse tenía la cara llena de luz.

—*Je vais le dire aussi délicatement que possible: je suis déjà comtesse*^[93]
—anunció.

—¿Qué le ha pasado a mi padre?

—Una fatídica caída del caballo.

Lo primero que hizo Florián fue visitar el cementerio. La tumba del conde Flor ocupaba un lugar de privilegio, enfrente de la iglesia de Santa María. Ya era tarde. El sol se ponía tras los tejados de los palacetes y los albergues que se alzaban en torno a la plaza, tan encendido que parecía que el mundo se pegaba fuego. El propio Florián tenía las espaldas doradas y sentía ardor en la nuca, como si la ropa le estuviera sacando humo, como si se estuviera quemando con la pena inmensa que albergaba. Dejó caer una lágrima de plomo que la musa Azhar se encargó de recoger, lamiéndola con la lengua como si fuera una gota de miel. Suerte que era una musa, porque la lágrima le horadó la lengua y le fue a parar al escote adornado de sedas. Aun así, con la lengua horadada, la musa lo miró llena de luz y dijo, sin que se le embrollaran las palabras:

—¿Verdad que no es cosa de hacerse el loco?

—¡No! —gritó Florián, y lo gritó tan fuerte que Adaleis y Jeanne-Thérèse, que estaban a su lado, se asustaron un poco.

Tocaron campanas en todas las iglesias de Ciutadella, y parecía que apostaban a ver quién tocaba más fuerte, y a Florián le parecía que todas decían lo mismo:

—¡No, no, no!...

Adaleis le cogió la mano con ternura.

—No se puede hacer nada contra la muerte —dijo—. No hay vuelta de hoja. Sin embargo, en días sucesivos acabó contando el incidente con Severiano,

cuando había surgido de las tinieblas para chuparle un pecho, y cómo el niño Telmo fue lo bastante listo como para avisar al conde Flor.

—Y mi padre ¿qué hizo?

—Dijo que lo desheredaría.

Algún tiempo después había montado un caballo joven, precioso, pero demasiado bravo para él. Cuando llegó al Borne se le encabritó, el conde cayó hacia atrás y el caballo fue a parar encima de él y le aplastó. Florián volvía a derramar lágrimas de plomo cuando lo oía, y la musa Azhar volvía a tragárselas, y la lengua le quedaba como una esponja, y con la lengua de esponja, o de piedra pómez, la musa repetía palabras blandas que decían:

—¿Serás capaz de desentenderte de esto?

Florián la agarró de los hombros. Quería zarandearla, airado, porque él no se estaba haciendo el sordo, a él la pena lo abrasaba por dentro. Pero la musa se le fundió entre las manos y desapareció. Florián frunció el entrecejo. Intuía algo funesto. Se dirigió a las caballerizas del palacio del conde Flor, que ahora era el palacio de su hermano, y repasó minuciosamente todo cuanto allí había, hasta que encontró una cincha de cáñamo que estaba partida, medio desgarrada de un lado, medio cortada con un cuchillo del otro. El mundo se le cayó encima y hubo de sentarse, con la frente llena de sudor frío, para no perder el conocimiento. No podía ser. Severiano no tenía tan mala entraña. Severiano era su hermano.

La musa Azhar se posó sobre las espuelas de plata del conde, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Medio hermano —puntualizó.

En estas asomó el Xeca, que era el caballerizo del conde desde que era un niño, y por cierto ahora era un hombre alto, medio calvo, con unas espaldas morrocotudas y una bondad que se le salía por los cuatro costados, pero con la cabeza dura como una piedra. Cuando comprobó que quien lo estaba revolviendo todo en las caballerizas era Florián, se tranquilizó y dijo: «Ah, creía que...». No acabó de decir lo que creía. Florián le mostró la cincha y

preguntó:

—¿Sabrías decirme por un casual si el conde montaba con esta silla y esta cincha el día que murió?

El Xeca lo miró absorto durante un rato y luego dijo:

—Eh, pues... yo diría que sí.

—La cincha está desgarrada.

—Debió de romperse al caer.

Florián pensó que preguntarle si alguien la había manipulado sería demasiado para su pobre entendimiento.

—¿No viste a nadie tocarla?

—No, nadie... ¿Quién la había de tocar!

Florián fue a encararse con Severiano. Lo encontró en el despacho, repasando las cuentas con dos masoveros. «Ahora tú también te las tendrás que ver con estas cosas —le dijo cuando los payeses se hubieron ido—, porque te han correspondido un par de buenas fincas, ¡ja, ja!, son un poco zoquetes, pero buena gente...». Florián le mostró la cincha y Severiano palideció.

—Ya entiendo adónde quieres ir a parar.

—Di, ¿fuiste tú?

—Bueno... sencillamente, se rompió.

—¿Cortaste tú esta parte?

Severiano calló, y ya se sabe que quien calla, otorga. Florián se representó la imagen de Severiano cortando la cincha de cáñamo, para que cuando el conde montara se cayera del caballo. Se lo figuró ensillándole el caballo joven, bravío, para tentarlo con el reto de someterlo, antes de salir a cabalgar como cada mañana.

—Yo le aconsejé que no montara ese caballo. Mamá lo vio, y ella puede confirmarlo —dijo Severiano, como si le hubiese adivinado el pensamiento.

—Tú siempre tan listo. Así te cubrías las espaldas; lo desaconsejabas ante mamá, cuando lo habías preparado todo.

Severiano sonrió, burlón, y Florián pensó que no habría creído nunca que fuera tan perverso.

—¿Qué vas a hacer? ¿Denunciarme para poder ser conde?

—Eso no lo habría aceptado. Te corresponde a ti.

—¿Sabes lo que podrías hacer? Estrangular a la puta que dijo que se las había estado mamando para que mi padre me desheredara.

Florián estuvo a punto de estallar, pero se dio la vuelta y se fue. Severiano todavía rezongó:

—¡Me las pagará todas juntas!

En Francia, Luis XVI había convocado Estados Generales para mantener el Antiguo Régimen, pero el 14 de julio se produjo una revuelta, el pueblo asaltó la Bastilla y el ayuntamiento, la revolución se extendió por las pequeñas ciudades y pueblos y *La Grande Peur*[94] se apoderó del país. Las noticias de la Revolución francesa llegaron a Menorca aquel mismo mes de julio, a través de Marsella, y Florián pensó que tenía que ir a verlo todo de cerca, con *Les ombres de la place du Dam* bajo el brazo. Amédée dijo que, si se iba, lo acompañaría y decidieron partir juntos hacia la aventura. Pero cuando Adaleis lo supo se llevó las manos a la cabeza. Marchar a Francia precisamente ahora, cuando mataban a los nobles y todo el mundo tenía miedo... Florián la escuchaba con la vista en el suelo. Se veía a sí mismo como un galgo decaído cuando ha perdido a su presa, con los ojos como faroles amarillos, a punto de llorar. Tenía que irse. Tenía que publicar el nuevo libro, tenía que respirar los aires de libertad que campaban por toda Francia, tenía que palparlo, poner el dedo en la llaga. Buscaría un buen cargo y después la mandaría llamar con los hijos, serían libres lejos de la mentalidad cerrada de Ciutadella y de su hermano o medio hermano que... Calló, no quería poner a Severiano en evidencia, no tenía que expresar en voz alta sus sospechas, no debía darles forma, había de enterrarlas en el olvido. Adaleis debió de entenderlo sin palabras, porque se sobrepuso a sí misma y dijo:

—Vete, no quiero retenerte, no quiero hacerte un desgraciado. Vuela,

conquista los aires nuevos de Francia, pero vete con cuidado, porque habrá muchos peligros.

Florián sonrió, conciliador.

—No me asustan los peligros; por otro lado, tú pronto estarás conmigo.

Adaleis negó con la cabeza, pero se dejó hacer el amor con pasión.

Esta vez Florián y Amédée partieron de Mahón con El Atrevido, un jabeque que llevaba mayormente carga de queso. Era mediado agosto, y el estado del mar era ideal para navegar, de modo que en otras circunstancias aquello podría haber sido calificado de viaje de placer. Ellos todavía no podían saberlo, pero la Asamblea Constituyente francesa acababa de abolir el feudalismo. Los nobles y los clérigos habían perdido sus privilegios y el rey había aceptado la escarapela tricolor. En las conversaciones que mantuvieron a bordo del jabeque con su patrón, un tal Pedro Marqués, que formulaba muchas dudas sobre el futuro de Francia, Florián llegó a decirle:

—Es hora de abrir los ojos, amigo mío. Allá se están imponiendo las ideas de Voltaire, Diderot y Montesquieu: libertad, igualdad y fraternidad.

—Si quieres fraternidad —dijo Pedro Marqués—, ven aquí esta noche y te bajas los pantalones, que te la daré por el culo.

Era un hombre calvo, glotón, con unos ojos que perforaban a su interlocutor, y se echaba de ver que decía la verdad, que tanto le daba hombre como mujer, y Amédée aconsejó no tener demasiado trato con él, porque era muy capaz de hacer lo que decía.

—Es más fácil comunicarse con la pared que con un imbécil —concluyó.

Desde Barcelona fueron a Perpiñán, pasando por Gerona. En Perpiñán comprobaron que, a pesar de las revueltas populares que atentaban contra nobles y castillos, el *château* morisco donde ellos habían estado recluidos, condenados a muerte, continuaba indemne, y no quisieron averiguar la suerte del alcaide, no fuera cosa que ahora se hubiera erigido en cabecilla y les quisiera despachar. Subieron por Clermont-Ferrand sin entrar en Montpellier, a pesar de que les habría gustado conocer la suerte de Marina Revois —su

patrona de los tiempos de estudiantes—, del *professeur* Antoine Volai y del boticario Mattieu Beamon.

—Seguro que han muerto —dijo Florián.

—No, no puede ser.

—La vida es breve, *tu sais?*[95] Hay que aprovecharla antes de que pase. Amédée se rio.

—La vida es corta —dijo—, pero no tanto.

Continuaron viaje por Bourges y Orleans hasta llegar a Versalles, donde se enteraron de que la Asamblea acababa de proclamar la Declaración de Derechos del hombre, inspirada en la declaración de independencia de los Estados Unidos, que establecía precisamente los derechos de *liberté, égalité, fraternité*[96] de los que se había burlado el patrón Pedro Marqués.

Cuando el último día de agosto llegaron a París y buscaron refugio en casa del malogrado *professeur* Émile Bonnepierre, descubrieron que la señora Aurélie se había ido a Madrid, donde tenía una parentela lejana perteneciente a la baronía de Pelosa. Pero les abrió el portero Jean Lus, que cuando les reconoció les trató de *mes seigneurs*[97] y les instaló en las mejores habitaciones de la casa.

A pesar de que muchos sirvientes habían marchado por temor a las consecuencias de la revolución o para sumarse a ella, todavía quedaba la cocinera, con un hijo joven, alto y de aspecto refinado, como si fuera hijo del difunto *professeur*, y una hija de pocos años más, gorda y descuidada a la hora de vestir, pero de modales refinados cuando se trataba de servir la mesa o de repasar las habitaciones, que limpiaba una sirvienta medio ciega por culpa de las cataratas y a quien solo quedaba un diente dentro de la boca, pero que estaba cargada de bondad. Esta mujer tenía una hija delgada, morena y de alegría abrumadora que debía de ayudarla a limpiar y a hacer la colada, y debía de ser el lazarillo de sus pobres ojos. Sea como sea, y saliera el dinero de donde saliera, a Florián y Amédée no les faltó buena comida, buen alojamiento ni buena compañía en aquellos tiempos convulsos en que se les

había ocurrido ir a París. Jean Lus era un hombre enclenque, bajito, de cabello rizado y piel fina, con cara de niño que se resiste a envejecer. Rubio como el sol, pese a que ya no era un jovencito, cojeaba a causa de una caída, pero solía decir que lo habían atropellado las hordas cuando asaltaban la Bastilla y le habían dejado un recuerdo permanente de la lucha por la libertad. Naturalmente, llevaba en el pecho la escarapela tricolor, y tildaba de camaradas a todos los viandantes que encontraba, tomando buen cuidado de exagerar la cojera como si dijera mira que yo soy un herido de guerra y se me debe respeto en esta hora de rebeliones. Él mismo los acompañó a la librería de Monsieur Durand Neveu, el editor, que cuando los vio aparecer se llevó las manos a la cabeza y dijo:

—*Mon Dieu! On dirait que vous êtes entrés dans la gueule du loup!*[98]

La cosa era clara, se habían metido en la boca del lobo.

Aquella librería forrada de estanterías con libros de lomos sugestivos parecía un santuario. Florián estaba fascinado, y Amédée se lo adivinaba en la mirada. Vio unos cuantos volúmenes alineados de su obra *Adaleis* y se acercó en seguida. Estaban situados casi fuera de su alcance, de modo que hubo de ponerse de puntillas para poder examinarlos. Sin embargo, le parecía flotar en un halo de luz maravillosa que le hacía olvidar la realidad. Amédée estaba seguro de que solo por la comunión que había entre el autor y su obra, Florián sería capaz de afrontar cualquier peligro. Casualmente, Monsieur Durand Neveu le rozó la espalda para hacerle notar la presencia de Pierre Chordelos de Laclos, el autor de *Les liaisons dangereuses*, con quien se abrazó con gran cordialidad, pese a que ninguno de los dos hacía gala de ser muy expresivo. Chordelos de Laclos era un hombre delgado, metódico, tan enamorado de Marie-Soulange, su esposa, como Florián lo estaba de Adaleis, y entregado a la educación de los hijos y a la lucha por la revolución. Estaba claro que ambos hombres habían de entenderse, y lo probaba el hecho de que lo primero que Chordelos de Laclos quiso hacer fue leer *Les ombres de la place du Dam*, y lo segundo recomendarla al editor Neveu y a su hijo para que la publicaran, lo cual se llevó a cabo en seguida, porque cuando el pueblo de París marchó sobre Versalles el libro ya había salido de prensa y algunos intelectuales del momento lo calificaron de símbolo de la libertad de imaginación y de fantasía.

Florián vivía en una nube, sin darse cuenta de la realidad, aunque Chordelos de Laclos lo aleccionaba sobre la trascendencia de los acontecimientos que

vivían cada día. Decía que estaban poniendo los cimientos de una sociedad nueva en la que el gobierno ya no recaería en las clases privilegiadas, sino en la mayoría del pueblo. Florián lo escuchaba con ojos radiantes, como si se hubiera bebido todo el sol del Mediterráneo para traerlo a París, y lo cierto era que Amédée también se quedaba embelesado escuchándolos. Algunos días comían los tres en la *maison* Bonnepierre. Les servía la hija de la cocinera, atenta pese a su despreocupación, y a veces se sentaba con ellos la hija de la lavandera, que era grácil y ligera como una pluma, y que cuando se desataba la cabellera de un negro reluciente competía en hermosura con la musa Azhar, que solía sentarse en una esquina de la mesa, ligera de ropa y tocada con un gorro frigio símbolo de la república. Bien mirado, aquel era un cuadro insólito, porque el pueblo de París se estaba muriendo de hambre mientras ellos brindaban por el éxito del libro y por la marcha sobre Versalles, y Florián concluía:

—*Il faut que toi, Amédée, retournes à Mahon pour publier Les ombres de la place du Dam en catalan.*[99]

Amédée ponía cara de circunstancias, pero al final aceptaba el cometido de irse a Mahón para publicar el libro en catalán.

El hecho es que muchos nobles franceses habían abandonado el país con la intención de promover una guerra civil contra Francia y conseguir que las naciones europeas dieran su apoyo al rey; la propia señora Aurélie era un ejemplo de esto, aunque ella no tenía ninguna intención de tomar represalias. Los conocían como los *émigrés*[100] y Chordelos de Laclos estaba harto de decir que habían de contrarrestar el poder de estos aristócratas conspirando en favor de la revolución y de su señor, el duque de Orleans. El duque de Orleans era primo del rey, pero era partidario de la monarquía constitucional y muchos decían que era él quien le había de substituir en el nuevo orden de cosas. El día 5 de octubre, muy de mañana, Chordelos de Laclos irrumpió en la *maison* Bonnepierre con vestidos de mujer para los tres. Cuando Florián se vio reflejado en el espejo, con aquellas otras dos mujeres tan altas y hombrunas,

pensó que los descubrirían apenas pusieran los pies en la calle, pero por ventura se les unió la musa Azhar, que neutralizó su vulgaridad con mucha donosura. Ella misma marchó delante, tocando el tambor y gritando consignas libertarias. Se dirigieron al mercado y recogieron un montón de mujeres enfurecidas por el hambre que agujoneaba al pueblo y por el precio abusivo del pan. A medida que avanzaban hacia el *Faubourg Saint-Antoine*[101] se les iba juntando mucha gente. Empezaron a sonar campanas en todas las iglesias y llegaron hasta el ayuntamiento para pedir pan y armas. Florián miró a su alrededor, aprovechando su mayor altura, y comprobó que ya eran muchos miles de personas, la mayoría mujeres armadas con cuchillos, palos y hachas. Asaltaron el ayuntamiento y cogieron armas y provisiones. Florián nunca supo cómo empezaron a marchar hacia Versalles, aunque estaba muy claro que iban a tardar muchas horas en llegar. Entonces la lluvia ya le había empapado el pañuelo con que se cubría y escurrido el afeitado de la cara, y debía de resultar evidente que era un hombre disfrazado de mujer; pero nadie parecía hacer maldito el caso. Se dirigían a Versalles para hacer regresar el rey a París y que socorriera al pueblo, eso era lo único que importaba. Así lo dijo Chordelos de Laclos:

—*Notre visage n'a pas d'importance, ce qui compte c'est que le roi soit le roi du peuple*[102].

«Que el rey fuera el rey del pueblo», Florián se emocionó al calibrar aquellas palabras tan hermosas, y abrazó a la musa Azhar entusiasmado. Pan y libertad, gritaban, y Amédée sonreía disfrazado de mujer y decía:

—Eres un romántico empedernido.

Florián no tenía problema en aceptarlo.

—*Oui, je crois que je suis un romantique incorrigible*[103] —confirmó.

Iban a Versalles para pedir que el rey viniera a París y fuera el rey del pueblo, esa era la consigna. Pero la Guardia Nacional los esperaba en la plaza de *Grève*, al mando del marqués de Lafayette, que se daba cuenta de que muchos soldados estaban a favor de la turba y se sentía atrapado entre la

espada y la pared, sin saber muy bien qué hacer. Por fortuna el gobierno de París le encargó que encabezara la marcha sobre Versalles para pedir al rey que satisficiera al pueblo, y al menos aquello era una salida. Las mujeres empezaron a decir que traerían a casa «*le bon papa*»[104], es decir, el rey. «No me fío en absoluto de Lafayette ni *du bon papa*», rezongaba una vieja cargada de verrugas, con una nariz de zanahoria y una mandíbula descomunal, que no era otro que Chordelos de Laclos bajo su disfraz. Caminaban soportando la lluvia, llenos de lodo hasta las rodillas, y casi no sabían por dónde andaban: se limitaban a mirar al suelo, teniendo buen cuidado de no resbalar, y a seguir la estela de pies. Florián llegó a pensar que el camino sería eterno, además de calamitoso, y que al final llegarían nada más ni nada menos que a las puertas del infierno. Pero la musa Azhar, mucho más alegre, se sentó a horcajadas sobre uno de los cañones que habían robado del ayuntamiento, y en seguida muchas otras mujeres la imitaron. Vestían andrajos, sin importarles si exhibían las carnes blancas entre los vestidos deshilachados, ni si aquella visión soliviantaba los ánimos de los jóvenes que decían: «*Si cela est la révolution, vive la révolution!*»[105] Eran muchos miles de manifestantes, cada vez eran más, y si alguien perdía la vida en el empeño, no se notaba demasiado. «Ojalá fueras la muy puta de María Antonieta», decían los hombres, enardecidos, y las mujeres gritaban: «¡Muerte a la reina!».

Después aquello se llamó la marcha de las furias, y solo por el arrojo que se había apoderado de todo el mundo se explica que resistieran seis horas de camino bajo la lluvia, que llegaran a Versalles exhaustos, enlodados y famélicos, que dirigidos por Robespierre —que se cubrió de gloria—, se echaran a descansar sobre los estrados de los diputados y que tuvieran suficiente presencia de ánimo como para escoger a una comisión de seis mujeres para entrevistarse con el rey. Florián se arrebujó en el suelo, con la cabeza apoyada en un escalón y, a pesar del griterío y las amenazas, se quedó dormido como un tronco. Cuando despertó lucía el sol en pleno día, y Amédée

lo miraba sonriente, sentado a su lado.

—*Quelle heure est-il?*[106]—preguntó.

—Cerca de la una.

En aquella hora convulsa el rey ya había salido al balcón por ver de apaciguar al pueblo con buenas palabras, y también había comparecido la reina, conciliadora. Se había organizado el regreso a París con el rey y su familia, y con un centenar de diputados, entre miles y miles de manifestantes que traían panes ensartados en las picas, además de las cabezas de dos soldados que habían osado oponerse a sus agresores. La musa Azhar volvió a decir:

—*Vive le bon papa!*

—*Vive!*

Con tanta euforia, el viaje de regreso se hizo más corto, aunque con la impedimenta que llevaban fue, de hecho, más largo. Llegaron al palacio de *les Tuileries*, poco menos que abandonado desde el reinado del rey Sol, y Florián se atrevió a vaticinar:

—*C'est l'heure du peuple!*[107]

Pero Chordelos de Laclos, a pesar de admitir que el rey estaba acabado, hizo votos por su protector, el Duque de Orleans.

Solo Amédée lo miraba todo y no decía nada.

Entonces Amédée se fue de regreso a Menorca, con el manuscrito de *Les ombres de la plaça Dam* bajo el brazo. La idea era publicarlo en Mahón, en la imprenta de Juan Fábregas, situada en la calle del Castell, que ya había sacado la versión catalana de la primera obra de Florián, *Adaleis*. Precisamente, Florián quería que ambas versiones, la francesa y la catalana, fueran coetáneas, pero no quería moverse de París en aquel momento decisivo de la historia de occidente. Sin embargo, recomendó a Amédée que fuera a Ciutadella a interesarse por su esposa y sus hijos, y para asegurarles que tan pronto como los acontecimientos se sosegaran un poco en Francia se vendrían a vivir con él y a establecer las bases de un buen futuro para los niños.

Amédée bajó en carro por Dijon y Lyon hasta Marsella, en un viaje agotador en que llegó a temer por su propia vida, y en Marsella esperó para encontrar un transporte hasta que conoció a un hombre de cabello blanco y ojillos vidriosos a quien llamaban el capitán Trompitol, que se disponía a viajar hasta Mahón en una tartana cargada de vino. Debía de ser más viejo que Matusalén, y sin embargo se vanagloriaba de tener un amor en cada puerto, y en efecto, no quiso otra compensación que el amor de una joven escuchimizada, de pelo muy corto, carcelario, que Amédée tuvo que pagarle. Debía de haber agarrado una buena curda, porque ella lo dejó durmiendo la mona para abandonarse en brazos de Amédée, y como era bonita y cariñosa, aunque escuálida, él se sacudió la soledad de muchas noches de abstinencia.

Por supuesto, cuando en Navidades *Les ombres de la plaça Dam* vio la luz, Severiano se exasperó y escribió una reseña en francés y en catalán que venía a decir que el libro era una inmundicia. Cogió un ejemplar y lo despedazó ante los ojos asombrados de Adaleis, a quien había pillado arreglándose para ir a cenar al palacio del marqués de Arable, con los hijos y toda la familia. Estaba a la vista que había vuelto a beber, y puesto que Adaleis sabía que por poco que tomara le hacía mucho efecto, lo compadeció de todo corazón. Él se aprovechó de su compasión. Se le acercó por detrás y le metió las manos en el escote para agarrarle los pechos con tanta fuerza como si quisiera exprimirlos. Fue cuando entró Amédée, que había sido invitado a la cena de los marqueses en representación del esposo, y los sorprendió infraganti.

Pero por muy interesado que estuviera en los acontecimientos que determinaban el futuro de Francia, por mucho que le halagara el éxito de *Les ombres de la place du Dam* entre los ilustrados, Florián no consiguió quedarse quieto en París. Uno de aquellos días conoció a Jean Pierre Blanchard, el aeronauta francés que ya había hecho varios viajes en globo, y mantuvo con él una conversación animada en la taberna del Reloj. Fue la musa Azhar quien lo comprometió, porque iba muy escotada y se inclinó ostensiblemente ante los ojos enormes del francés, que se quedó viendo

visiones. Sea como sea, Florián empeñó su palabra en acompañar a Blanchard en su próximo viaje, y puesto que lo había prometido, hubo de embarcarse después de Navidades en un vuelo que partió de París y estaba previsto que atravesara el Canal de la Mancha hasta Dover. No hace falta decir que Florián no las tenía todas consigo cuando saltó a bordo de la barquilla, y que la base le parecía demasiado frágil para soportar su peso, sobre todo cuando debajo de los pies no tuvieran más que aire. Para colmo de males, los acompañaba un caniche que no dejaba de ladrar a la gente que se había reunido en el *Champ de Mars*[108] para contemplar la salida del globo. El perro continuó ladrando mientras Blanchard maniobraba sin perder la sonrisa, ladró tanto que llegó un momento en que Florián ya no lo oía. Solo veía a la gente pequeñísima allá abajo. Las nubes blancas de aquel espléndido día de invierno estaban al alcance de la mano y parecía que se las podría comer como si fueran una golosina, y después de un largo trayecto, a continuación de la tierra verde donde las poblaciones parecían maquetas, apareció el mar inmenso, frío, dispuesto a engullirlos como quien no quiere la cosa si acaso llegaban a precipitarse.

Por desgracia, cuando ya se acercaban a la otra orilla, cuando distinguían los acantilados blanquecinos de Dover, que parecían de azúcar cande, empezaron a perder altura de modo alarmante. Entonces fue cuando Blanchard dejó de sonreír y empezó a echar por la borda sacos de lastre y aparejos de navegar. Florián lo ayudaba como podía, pidiendo permiso cada vez que iba a lanzar un objeto, hasta que Blanchard le dijo: «*Ne me demandez plus et jetez tout ce que vous voulez*»[109], y Florián llegó a pensar que si se tiraba él mismo desde allí arriba aquel hombre desesperado no se lo reprobaría. Llegó un momento en que arrojaron incluso la ropa que llevaban puesta y quedaron en cueros, y entonces a Florián le castañeteaban los dientes, porque hacía un frío que pelaba. Pero lo terrible era que no conseguían ganar altura, y entonces Blanchard ató al caniche a un paracaídas rudimentario y lo lanzó por la borda, y fue en aquel momento que Florián se dio cuenta de que el pobre animal aún

no había parado de ladrar.

—*Nous devons couper les cordes et laisser tomber la nacelle*[110] —dijo Blanchard, desesperado.

Florián sudaba tinta. Dudaba que tuviera la fuerza suficiente para mantenerse agarrado a las cuerdas hasta que tomaran tierra. Eso en el caso de que llegaran a remontar el vuelo lo suficiente como para no estrellarse. Cerró los ojos y no quiso saber nunca en qué momento el globo se elevó suavemente y pasó casi a ras de las peñas, y tuvo que detenerlo la gente que esperaba, porque el ancla la habían tirado con el cordaje. Florián oyó los vivas de la multitud que había acudido a recibirles y no sabía lo que pasaba; oyó también los ladridos del caniche, que se había salvado con el paracaídas. En seguida se acercó una delegación del gobierno para cumplimentarles en una ceremonia lucida que fue comentada en todos los periódicos. Eran los héroes del momento, y Florián recibió una invitación de Su Majestad el Rey para entrar a formar parte de la Cámara de los Lores. No tardó ni un minuto en aceptar.

Por supuesto que cuando el mayor Loafer supo que Florián estaba en Londres y que formaba parte de la Cámara de los Lores quiso que se alojara en su casa, aunque ahora era un «honorable» señor y uno de los «sabios», casi uno de los padres de la patria. Por poco que pudiera, él mismo lo acompañaba al palacio de Westminster, muy firme sobre el caballo, con el uniforme rojo y el casco dorado que le daba el aspecto poco menos que de un hijo de Apolo. Las veces que había entrado a buscarlo le encantaba perderse por el laberinto de pasillos que llevaban al millar largo de habitaciones, salas y salitas donde parecía que se podía respirar el aire enrarecido de las generaciones pasadas, como si allí dentro se hubiera detenido el tiempo, como si se pudieran ver los fantasmas de los caballeros muertos y damas de compostura artificiosa que se resistían a desaparecer. Precisamente, la musa Azhar se regocijaba paseando por los jardines que rodeaban el edificio y por los patios interiores donde los rayos de sol casi nunca caían de lleno, y también podía comparecer en la Cámara, entre los Lores Temporales y hasta entre los Espirituales, ocasionando un alud de protestas de aquella gente que por una vez perdía los estribos. ¡Una mujer vestida de sedas entre intelectuales y aristócratas, entre obispos y arzobispos, menuda jeta! El Gran Lord Chamberlain aseguraba que nadie la había dejado pasar, y el día que se sentó en lo alto del estrado, en el trono reservado al rey, faltó poco para que todos los sitiales rojos se hundieran en un abismo y los arcos temblaran escandalizados, y a Florián la cara se le caía de vergüenza cuando la acompañaba afuera cogida del brazo, muy altiva, con la piel cetrina

brillando como la luna llena. Florián se aburría sobremanera cuando los miembros de la cámara discutían los proyectos de ley, cuando los parlamentos se eternizaban; a menudo le habían sorprendido leyendo o escribiendo historias fantásticas, y ahora que lo veían pasar con aquella *cheeky dame*[111] estaba seguro de que lo iban a echar.

—*Does this lady happen to be a relative of yours?*[112] —preguntó, muy circunspecto, el Gran Lord Chamberlain.

Florián estaba rojo como un tomate. Sabía que más de trescientos pares de ojos lo escrutaban, y que otros tantos oídos estaban atentos a su respuesta. Casi no le salió la voz cuando dijo:

—*She's just a muse, you know?*[113]

—*And what art does she represent?*[114]

—*Rhetoric.*[115]

—*Oh!*

Todo el mundo exclamó, ¡oh!, y después sonrieron y se oyó un murmullo aprobador. Si era la musa de la retórica ya estaba bien, y la prudencia de Florián quedó libre de cualquier duda.

Aquel invierno se le hubiera hecho muy largo si no se hubiera relacionado con Lord Lockport, un conde y miembro de la Cámara de los Lores que tenía un palacio en las afueras de Londres, cuya entrada, magnífica, parecía un templo romano, y que estaba repleto de habitaciones distribuidas con una simetría meticulosa. El conde Lockport era un hombre alto, de pelo gris, pero rizado y abundante, cuyo rostro tenía la perfección de un busto de Septimio Severo; un hombre ancho de espaldas y robusto, tan aficionado a la buena mesa que presumía de llevarse a casa los mejores alimentos del mundo y hablaba maravillas de la cocina antigua del país. Los domingos lo invitaba a su mesa y lo obsequiaba con banquetes excesivos a base de pavorreal, carne de foca o lengua de ballena, platos, decía, que solían hacer las delicias de Enrique Octavo. Bebían buen vino de importación y después charlaban de literatura, porque el conde Lockport era tan buen lector que hasta leyó *Les*

ombres de la place du Dam en francés y planteó la idea de traducirlo. Florián había conocido al pintor Joshua Reynolds en casa del conde; ya era sexagenario, pero le estaba haciendo un retrato vestido de gala, con un paisaje oscuro al fondo que era muy sugestivo y no se sabía muy bien si se trataba de un amanecer o una puesta de sol. Cuando trabó una cierta amistad con el pintor visitó su estudio y hasta asistió a las sesiones que realizaba con una modelo joven, de baja extracción social, pero de una belleza tan fina que habría podido pasar por la mismísima condesa de Lockport, siempre que se abstuviera de hablar.

Fue Joshua Reynolds quien le habló de Giuseppe Baretta, el escritor fallecido el año anterior que era un ilustrado de la península itálica. «*He was a good friend of mine*»[116], dijo y explicó que había sido secretario de la Royal Academy of Painting[117] y había publicado libros en inglés, además de viajar por medio mundo.

—*Eppur si muove!*[118] —rio el pintor, asegurando que Baretta había puesto esta frase en boca de Galileo Galilei—. *Why don't you propose the Parliament to travel to Italy and study the Enlightenment there?*[119]

Florián se entusiasmó en seguida: viajar por Italia, contactar con intelectuales de la Ilustración, y a cuenta del Parlamento, aquello era una verdadera tentación.

Ya era primavera, un tiempo muy variable en Londres, puesto que en un mismo día podía llover y hacer frío, y a continuación un sol cegador. Florián salía a cabalgar por los alrededores de la ciudad con el mayor Loafer, y siempre se embelesaba contemplando las verdes colinas, de una sensualidad seductora, en medio de aquellos campos sin límites. A menudo se mojaban, pero el sol se encargaba de secarlos al cabo de un rato, y Loafer solía decir que aquello no era nada, que en las guerras en las que había participado a veces dormían al raso bajo la lluvia, y a la mañana siguiente a batallar, con agua en los zapatos y sin que alcanzaran a comer todos los días. Podían llegar hasta Oxford o Cambridge, y más que respirar el ambiente universitario o el

aire ancestral de las iglesias imponentes preferían adentrarse en los callejones y detenerse a comprar algún alimento en las pequeñas tiendas familiares que a Florián le recordaban los puestos de la plaza del mercado en Ciutadella, o aventurarse en las tabernas a beber cerveza que después el mayor Loafer iba a orinar sin bajar del caballo. En otras ocasiones el mayor y su mujer eran invitados a compartir la mesa del conde Lockport, cosa que consideraban un gran honor, aunque se perdían cuando la conversación derivaba hacia las tendencias literarias del momento, materia que, al contrario, la condesa Lockport dominaba a la perfección.

Aunque lo propuso en seguida y el conde Lockport apoyó la moción, pasaron meses hasta que el Parlamento aprobó el viaje de Florián por la península Itálica. Era una comisión extraña, en la que solo le acompañaría un hombre de su confianza, Amédée d'Ozone. El Parlamento estaba más interesado en recibir noticias directas de la Revolución francesa, que entonces estaba estancada y se intuía claramente que el rey tenía las de perder. Aquí Florián argüía que para ir a Milán o a Venecia habría de pasar por Francia, y que Amédée era un oficial de Su Majestad de origen francés, lo cual facilitaría el hecho de obtener información de primera mano. Entretanto, el conde Lockport tradujo *Les ombres de la place du Dam*, bajo el título de *The Shadows of Dam Square*, y la hizo publicar en Londres. Entonces, en las conversaciones frecuentes que mantenía con Florián, le sugería que escribiera una obra exótica, situada en Egipto, la India o las regiones más agrestes de Andalucía, y que pusiera en ella aparecidos, gente ajusticiada que regresara a la vida, musas hermosas como la musa Azhar y mucha maravilla. Florián sonreía, cabeceaba y decía que lo haría, *I will, I will...* La idea le seducía. Fantasmas, serpientes gigantescas, híbridos del pecado, cadáveres ambulantes, monjas visionarias, ángeles, elfos, duendes, hadas, gnomos... Menuda caterva para liberar a su aire la fantasía. Ángeles, arcángeles, serafines, querubines... ¡Y demonios!

Ya era el mes de diciembre cuando la moción del viaje a Italia fue aprobada

en el Parlamento. Florián planeó partir después de Navidades. Entonces, un atardecer tenebroso, el conde Lockport le abrió la puerta de un aposento profundo, espacioso, que había sido la habitación de la señora Pillsbury, la mejor gobernanta que había tenido, que se resistía a abandonar la casa incluso después de muerta. *She used to be tall and thin*[120], dijo el conde, alta y delgada, y con un carácter adusto, pero era muy cumplidora. Le recomendó silencio, porque si le caía bien podía ser que se manifestara su fantasma. Naturalmente, Florián tenía los nervios de punta. Habría chillado al más mínimo contacto. Lockport iluminó la estancia con un candelabro y parecía que no había nadie dentro. La cama, los muebles estaban llenos de polvo, y las paredes desnudas y sucias. Había muchas telarañas, que empezaron a moverse, empujadas por un viento imposible, porque todo era quietud dentro de la habitación, y entonces se oyó un zumbido agudísimo que penetraba en el cerebro. De pronto la señora Pillsbury estaba allí, con unos ojos tan abiertos que daban pánico, alta y delgada, pero con una papada floja como un gallo, y transparente como si estuviera hecha de aire. Creció, se estiró hacia arriba como una columna de humo, y cuando tocó el techo se dobló para poder caber en el cuarto. Después avanzó hacia ellos, y cada paso que daba era un salto agilísimo, de modo que salió al pasillo, atravesó salas y salones sin que le estorbaran las paredes y bajó al jardín, y entonces sus saltos llegaron hasta las nubes. Pero cuando cerraron la puerta volvía a estar dentro de la habitación, sentada junto a la cama, con toda la tristeza del mundo sobre los cabellos grises, chorreados, como si fueran de cera derretida. Florián notó que tenía el corazón muy acelerado.

—*She's a ghost* —concluyó el conde Lockport—. *You've just seen a ghost*[121].

Florián se marchó de Londres el día de año nuevo. Los caminos estaban encharcados por las lluvias de invierno y la humedad hacía que el frío entrara hasta el tuétano de los huesos. En Dover embarcó en una polacra que transportaba lana y lo llevó hasta Calais, desde donde bajó hasta París por

Abbeville y Amiens, adonde llegó bajo un cielo de plomo, con un fresco tan denso que parecía que el aire se condensaba, y en efecto, empezó a caer una nevada tenaz que en un instante lo dejó todo blanco. Los tejados parecían cubiertos de azúcar, los árboles clamaban al cielo con las ramas desnudas y el cochero estaba tieso, como si fuera una figura de hielo. Pasaron la noche en *l'Auberge du Chemin de Terre*[122] y Florián se sintió tan a gusto cerca del fuego que se durmió y estuvo a punto de quemarse como la cola del gato. Hubo de despertarlo *l'hôtelière*[123] que o bien todavía soñaba o era la mismísima imagen de Adaleis, de modo que quedó tan enamorado de ella que la estuvo rememorando durante el resto del viaje hasta París. Entonces volvió a hospedarse en la *maison* Bonnepierre y recogió noticias de la revolución para enviarlas a Londres. Buscó de nuevo a Pierre Chordelos de Laclos, que le dijo que estaba un poco desengañado del Duque de Orleans y que seguramente buscaría el favor de los revolucionarios, que eran gente muy sana. Naturalmente, Florián se guardó muy mucho de contradecirle, y escribió a Londres las impresiones que le daba. Chordelos de Laclos comentó la falta de carácter del rey, que era cosa sabida, pero comentó que ahora, encerrado en el *Palais des Tuileries*, sin poder salir ni siquiera a cazar, estaba muy decaído, y que corría un secreto a voces y era que la familia real ya hacía planes para huir de París.

—*Mais où peuvent-ils aller?*[124]

—*Chercher le soutien d'autres cours royales Européens*[125].

Florián quedó perplejo, pero recordó que alguien tan intrascendente como la señora Aurélie ya se había marchado con los *émigrés*[126] al principio de la revolución.

Florián escribía a menudo a Adaleis, y le contaba todo cuanto le iba pasando, pero sus cartas le llegaban tarde y mal, sobre todo cuando se trasladaba de un lugar a otro con rapidez. Adaleis procuraba disimular su existencia aburrida en Ciutadella, sujeta a las costumbres antiguas y al qué dirán. Lo que también le ocultaba era que Severiano ya entraba como Pedro

por su casa en su domicilio de la plaza del Rosal, y que ella estaba tan atacada de soledad que ya no lo rechazaba, es más, agradecía su compañía. Lo que sí le dijo, sin embargo, fue que ahora venía todos los jueves Pascual Calbó, que era un pintor que había viajado por todo el mundo, hablaba seis lenguas y daba clases de geometría, diseño y arquitectura. Dijo que le estaba haciendo un retrato, con un vestido a la moda francesa, como los que él debía de estar harto de ver, de color rosa, de lino y seda, con brocados, damascos, hilos de oro y de plata. Se recogía el cabello y se lo empolvaba lo bastante como para que le quedara de un blanco argentino, como cubierto de polvo de estrellas. No le dijo que Severiano incluso se había mostrado amable y le había dicho que estaba muy hermosa, opinión que el pintor se permitió compartir, mostrándose educado y deferente. Tampoco le dijo que el vestido era muy escotado, pero eso debía de sobreentenderse en una prenda de rabiosa actualidad por lo que hace a la moda parisina. No era creíble que Florián no estuviera al día en cuestiones mundanas, por mucha revolución que hubiera en Francia. Del resto tampoco le habló, y lo cierto es que lo sentía, porque quería mucho a su marido y estaba segura de que él también la quería y que nunca le había sido infiel. Todo era por culpa de aquella maldita soledad. Tenía que habérsela llevado con él, tal como le había prometido. Ella habría corrido feliz a Londres, incluso a Italia. Habría dejado a los niños con Paula y con su amiga Constanza y habría ido a buscarlo sola o con Amédée. Pero no...

Uno de aquellos jueves Severiano había entrado cuando ya llevaba un rato posando para el pintor. Le había besado el cuello y ella se había estremecido de pies a cabeza, para delicia de Severiano, que debía de venir enardecido del burdel o de la taberna, porque después de servir vino dentro de sendas copas, siendo el caso que el pintor había declinado la invitación, la besó en los labios todavía húmedos y le metió un dedo en el escote para empujarle el pecho por arriba, con el resultado de que el pezón izquierdo, el lado del corazón, quedó al descubierto. Severiano guiñó un ojo y ella dijo no seas malo, pero no se tapó. Al fin y al cabo, solo enseñaba el pezón, acaso

solamente la punta del pezón, y era apenas más rosado que el vestido. Pascual Calbó, por otra parte, debía de estar muy acostumbrado, debía de haber pintado montones de señoras estupendas en Viena y criollas desnudas en las islas del Caribe, porque continuó trabajando como si nada, con una profesionalidad ejemplar. Al fin y al cabo, aquello no era un desnudo, y él no modificó en absoluto el retrato, no se permitió en ningún caso añadir aquel detalle perverso.

Tampoco era nada del otro mundo, porque no pasó nada más. El retrato fue acabado y ahora lucía majestuoso en la sala, con un marco dorado de casi dos palmos de ancho. Transcurrió mucho tiempo hasta que Severiano regresó una tarde plomiza de invierno y había fuego en el hogar. Se sentó a su lado en el canapé y tenía las manos frías, porque puede decirse que se las calentó abrazándola paternalmente por la cintura. Anselmo estaba en la escuela de las monjas de Santa Clara, Telmo en la de los frailes de San Agustín y el servicio no entraba nunca si no se le requería. Severiano le rogó que fuera a ponerse el vestido del retrato y ella obedeció. Cuando regresó él ya se había calentado, porque la hizo arrodillarse dulcemente ante sí y le dio a besar la mano. Nunca habría creído que pudiera sentir tanto placer en aquel acto sencillísimo. El resplandor del fuego le lamía la cara y tal vez fuera el vino, pero sentía un sofocón que la inflamaba toda. Empezó a morderle con los labios, tan solo con los labios, las puntas de los dedos, dos o tres veces, uno tras otro o de dos en dos. Sorbía ligeramente, pero le parecía que hacía tanto ruido como las olas en la playa. Hasta que se detuvo en el dedo gordo. Le chupó la uña. Se la metió poco a poco en la boca y la apretaba con la lengua contra el paladar. Se hizo un poco de daño, casi nada, al rascarse con la uña, pero lo volvió a hacer. Otra vez, muy adentro, arriba y abajo. Tampoco pasó nada más. No era más que un dedo...

A mediados de febrero, Amédée llegó a París procedente de Ciutadella. Estaba exhausto y dijo que todos los caminos se hallaban enlodados y llenos de *sans-culottes*[127] de mala catadura blandiendo palos, horcas y otras armas inverosímiles. *Ne sois pas si pointilleux; nous sommes également quelque sorte des sans-culottes*[128], aseguró Florián. Sí, bien mirado ellos también eran *sans-culottes*, porque eran partidarios de las izquierdas revolucionarias, aunque no fueran partisanos. Aquel día, para celebrar la llegada del amigo, el escaso personal de la *maison* Bonnepierre sirvió *omelette aux oignons*[129] bajo la lámpara monumental del comedor, que tenía unas cuantas velas encendidas. Florián dio un codazo a Amédée y le hizo notar la ternura del pan que tenían en la mesa diciendo: «*Tu te rends compte? Du pain blanc en pleine révolution*» [130]. Pan blanco y además del día, cuando el pueblo se estaba muriendo de hambre. Eran tan privilegiados como Luis XVI y María Antonieta, que al fin y al cabo se daban la gran vida en el *Palais des Tuileries*, porque la Guardia Nacional, que les tenía prisioneros, les trataba muy bien. Florián explicó que corrían rumores de que querían huir y unirse a los *émigrés* del extranjero, y Amédée vaticinó que si intentaban escapar sería su ruina.

—*Cela sera vrai seulement dans le cas où ils seront piégés*[131] —replicó Florián.

Solo en caso de que los cogieran. Amédée quedó boquiabierto, pero no por la profundidad de la réplica, sino porque se le representó la escena de Adaleis con Severiano, cuando los había sorprendido infraganti, él con las manos en el

escote de ella. Dudó un rato, porque sospechaba que en su ausencia Severiano se entendía con Adaleis, y no sabía si decírselo. Finalmente decidió que no, que no era el caso de preocuparlo, porque al fin y al cabo podía tratarse solo de una temeridad de Severiano, que no era precisamente el hombre más prudente del mundo, y de hecho Florián ya lo conocía y sabía lo que podía esperar de él. Volvió a saborear aquella comida que no dejaba de ser exquisita en los días aciagos que corrían, y Florián sonrió y dijo ¿cómo están las cosas en casa?

—Como siempre —dijo Amédée, impasible, pero parecía que le hubiera adivinado el pensamiento—; siempre la misma rutina.

Al día siguiente tenían que partir hacia Nemours en un viaje que podía durar una semana hasta Milán. Era aconsejable acostarse temprano para reparar fuerzas, y convenía encontrar la cama caliente, pero lo que Amédée no esperaba era hallar entre las sábanas a la hija delgada de la sirvienta ciega, tan desnuda que solo se ataviaba con una dulce sonrisa. La abrazó y le pareció que se le fundía entre los brazos, como si fuera tan etérea como la musa Azhar, y se desahogó con ella de todas las frustraciones y penalidades del viaje. Luego se sintió tan feliz que pensó que no le habría importado quedarse en cama con ella hasta que hubiera pasado todo lo concerniente a la revolución y dejarse de historias de Milán y toda la pesca, pero cuando Florián acudió a despertarle a la hora del alba ella ya no estaba a su lado. Había dejado un hueco en el lecho y casi podría decirse que en su corazón.

—*Je suis prêt tout de suite*[132] —dijo.

El viaje que emprendían no era moco de pavo; habían de atravesar media Francia, pasar los Alpes y bajar por el valle de Aosta hasta Milán. Eso en pleno invierno y con los ánimos del pueblo soliviantados por la revolución. Tenían a su favor el hecho de ser todavía jóvenes y osados, si se podía decir jóvenes de hombres que superaban la trentena. Llevaban poco equipaje y vestían como campesinos acomodados —*paysans aisés*—: pelo largo bajo el sombrero, anilla de cobre en la oreja, chaleco, camisa y pantalón de faena.

Eso les ahorró muchos quebraderos de cabeza, porque los lugareños que encontraban los consideraban de los suyos, y también los ayudó el hecho de que la musa Azhar tomara siempre formas diferentes para echarles una mano; cuando hacía falta podía ser una hostelera, o una pueblerina vestida con camisola, pañuelo atado al cuello, delantal y cofia lo bastante sucia como para demostrar que se esforzaba en las labores del campo. Naturalmente, les sorprendió más de un chubasco, y agradecieron el hecho de poder ir en diligencia, protegidos del viento y del agua, admirando la fortaleza de los caballos que lo aguantaban todo. Y si habían de cabalgar para subir por senderos de montaña quedaban con la capa y la capucha empapadas, y los zapatos inundados, y les salían sabañones tanto en los pies como en las manos. Entonces pedían al cielo la gracia de una rendija de cielo azul entre las nubes para que pudiera pasar el sol y hacerles entrar en calor, y trataban de consolarse, Florián evocando el amor de Adaleis y Amédée los brazos de aquella sirvienta escuchimizada que había tenido la gentileza de calentarle la cama.

—*A penny for your thoughts*[133] —bromeaba Florián.

—*Avec ce froid mes pensées ne valent pas un sou*[134] —replicaba Amédée.

Ambos sabían que estaban pensando en los brazos acogedores de las mujeres. Lástima que la musa Azhar fuera tan impalpable como la niebla y su cuerpo inmaterial no despidiera la más mínima tibieza.

Fue así cómo después de dormir junto al castillo de Nemours, después de explayarse a orillas del río Yonne, después de embriagarse en una taberna de Châteauneuf, al abrigo de la fortaleza, cantando con una musa Azhar excitada y casi humana, después de ver su integridad gravemente amenazada en el cruce de caminos de Mâcon, de modo que hubieron de pasar al galope el puente sobre el río Saona, después de cruzar la provincia de Bresse, después de subir hasta Mont-Molez, donde las montañas ya parecían gigantes indiferentes al cansancio de los caminantes, después de alojarse en el Priorato de Chamonix, donde pudieron reposar y hasta les pasó por la cabeza la idea de hacerse

monjes por una temporada, de lo a gusto que se encontraban, después de bordear el Mont Blanc, mojándose en la nieve, y alcanzar el valle de Aosta dejaron atrás Ivrea y Novara y llegaron finalmente a Milán el día 9 de marzo de 1791.

Al igual que Menorca, la corona española había perdido Milán por el tratado de Utrecht, lo cual era sacado a colación por Florián siempre que le recibían en una reunión de intelectuales, pero la diferencia era que ahora el Milanesado pertenecía a Austria y no a Gran Bretaña. Pero los escritores del *Iluminismo*[135] no daban importancia a este hecho y a lo sumo decían que había mucha agua entre ambas tierras —*c'è il mare tra noi*[136]—, sobre todo Pietro Verri, fundador con su hermano de la *Accademia dei Pugni*[137], que debía de estar muy acostumbrado a discutir en un ambiente caldeado donde no se respetaban las formas y se tenían en cuenta solo las ideas. Florián y Amédée comprendieron en seguida que aquella gente también había bebido de los enciclopedistas franceses y que ahora observaban a la revolución con ánimo expectante por lo que pudiera llegar a afectarlos. Cesare Beccaria, que había publicado *Dei delitti e delle pene*[138], proponiendo la abolición de la pena de muerte, se mostraba particularmente preocupado por lo que pudiera pasar en Francia si acababa de desatarse el régimen del terror. Era un hombre abotargado y pese a que no aún no llegaba a los sesenta años no parecía gozar de buena salud. Un día, paseando a pleno sol ante *il Duomo*[139], que aparecía dorado, lleno de remates puntiagudos, como una custodia de oro, Cesare Beccaria les recomendó que cogieran un coche de posta y se dirigieran a la República de Venecia.

—*Cosa c'è nella Repubblica di Venezia?*[140]

—*Diciamo, meglio, che cosa non c'è*[141].

Explicó que ahora conocía cierta decadencia, porque la aristocracia impedía el acceso al poder de la burguesía, y los nobles empobrecidos eran un lastre para un estado que había perdido el dominio del comercio. Pero quedaban los monumentos, testimonio de la pasada grandeza, y serían muy bien recibidos

allí, porque ahora vivían precisamente de eso, del turismo.

—*La Serenissima Repubblica di San Marco si ridiuce a un decimo di quello che era*[142] —concluyó aquel hombre constituido en guía improvisado.

Detrás suyo se materializó la musa Azhar, y aparecía tan engalanada, empolvada y escotada, bajo una sombrilla de seda, que se veía a las claras que se moría de ganas de viajar a Venecia, y que una vez allí se movería entre la más rancia sociedad como pez en el agua.

—*Va bene, andiamo a Venezia*[143].

La primera impresión que tuvo Florián al llegar a Venecia fue de *déjà vu*[144]. Le parecía que había navegado anteriormente por aquellos canales, que había paseado por aquellos muelles malolientes, y vivido en aquellos palacios que parecían desvencijados por fuera y que ofrecían una magnificencia esplendorosa por dentro. Pasó muchos días preocupado, pensando si era posible que en otra vida hubiese nacido en aquella ciudad, en la época de su mayor esplendor. Cuando paseaba por los *rii*[145] silenciosos, cuando se aventuraba por ellos a altas horas de la noche y salía a los muelles iluminados con antorchas cuyas luces serpenteaban en la laguna, le parecía encontrarse en casa, como si hubiera vivido allí toda la vida.

—*Il peut être question de rêves littéraires*[146] —decía Amédée.

Florián sonreía para decir que no era cosa de literatura. Era algo más profundo, algo que le salía del alma, inexplicable.

Buscando escritores encontraron el rastro de Giacomo Casanova, que había sido un famoso aventurero veneciano y había escrito *Histoire de ma vie*[147], donde contaba sus numerosos idilios galantes con un delicioso refinamiento. Quien más habló de Casanova fue un aristócrata que había dejado París por temor a la revolución, el duque de Montasses. Era un hombre risueño, de aspecto joven, pese a que ya debía de tener unos cuantos años, que echaba de menos el París licencioso de antes, cuando la revolución todavía no había prohibido los carnavales. Tanto es así que organizó un baile de máscaras en pleno mes de septiembre, cuando la temperatura aun permitía llevar poca ropa

bajo los disfraces, sobre todo los dominós provistos de capucha, con caretas que preservaban la identidad. El baile se celebró en el palacio Ca'Pezzonis, y todo el mundo llegaba en góndolas con farolillos, porque la fiesta empezó a estar animada a las doce de la noche y se prolongó hasta el alba. Se registró una aglomeración de invitados, y de hecho era complicado hasta moverse, y mucho más bailar, en los salones llenos a rebosar. Tenías que jugarte la vida para conseguir una bebida en el bufé, y todos buscaban una pareja misteriosa para salir a las terrazas o meterse en aventuras arriesgadas, con la consiguiente sorpresa, que ya era un hecho comprobado, de algunos matrimonios que, buscando un aliciente extra, acababan acostándose con su propia pareja creyendo cometer adulterio, afónicos de tanto forzar la voz y sudando a mares bajo el antifaz.

Amédée salió con una damisela muy fina, seguramente apta para ser desflorada por enésima vez, y Florián se sentó en un balcón para ver zigzaguear las luces en las aguas del *Canal Grande*. Pensaba en Adaleis. No sabía qué debía de estar haciendo a esas horas, pero la última cosa que le habría pasado por la cabeza era que estuviera en brazos de Severiano. Fue la musa Azhar quien se acercó con el Duque de Montasses, que por lo visto había bebido en demasía y le habló de la fuga de *Varennes*, que había protagonizado Luis XVI con su familia. Era cosa sabida que habían intentado huir al extranjero y habían sido detenidos en Varennes-en-Argonne, y que como consecuencia de este hecho el rey había perdido mucha autoridad.

—Tendrá que jurar la Constitución —dijo Florián, viéndolas venir.

—*Il a déjà juré*[148] —dijo el Duque de Montasses, y fue la única ocasión en que perdió la risa que le caracterizaba.

Adaleis ya se había acostumbrado a las apariciones imprevistas de Severiano. Venía cuando quería y ella nunca le impedía el paso. Sabía cuándo no estarían los niños, y también evitaba llamar la atención del servicio. Pero alguien lo debía de haber visto, era imposible pasar totalmente desapercibido, y sus visitas debían de ser materia de habladurías. Pero a Adaleis le daba

igual lo que dijeran. De hecho, ella amaba a Florián. Severiano solo le hacía sentir un vértigo inexplicable. Tal vez él creía que ya era suya, pero se equivocaba. Era una cosa animal. Incluso podía ser la materialización del odio. Él debía creer que la utilizaba, pero ella habría jurado lo contrario, que era ella quien le utilizaba a él. Era un juego peligroso, y cada vez que venía, cada vez que se iba pensaba que tenía que decirle que no volviera. Pero después, cuando pasaban días sin que regresara, incluso le parecía que tardaba en volver. Era algo morboso; eso era. Después estaba Jeanne-Thérèse, que era una mujer lista, no era fácil engañarla, y debía de estar al tanto de todo. Pero Jeanne-Thérèse tampoco amaba a Severiano. Estaba segura de que seguía enamorada de Florián, y habría jurado que lo estaría toda la vida.

Cuando finalmente Severiano venía se quedaba hasta muy tarde. La velada era agradable, sentados bajo los arcos de la terraza, iluminados solo por la luna o las estrellas. Noches claras de verano en que Adaleis se imaginaba en brazos de Florián, cuando era en realidad Severiano quien le levantaba la falda, le metía la mano entre los muslos y la acariciaba con una suavidad que no parecía posible en él, casi con ternura, hasta provocarle espasmos de placer. Después la miraba con una sonrisa de oreja a oreja, pensando que se trataba de Florián, porque solo Florián era capaz de tanta delicadeza, y cuando veía los ojillos encendidos de lujuria, la boca deformada como un zapato viejo, la calva y la papada, casi se moría del susto.

—Eres muy feo —le decía—, y no te quiero.

—Ya lo sé.

—Quiero a Florián, pero tú me haces sentir otra clase de peligro.

Otras veces era muy bruto, y eso también le gustaba, porque solo lo toleraba por eso, por brutalidad. La agarraba del brazo, sin decir palabra, y la obligaba a arrodillarse sobre el canapé. Tenía buen cuidado en cerrar todas las puertas, a fin de no ser oídos. Después le arremangaba los faldones y la azotaba diez, quince veces con el cinturón. Le hacía daño, pero ella sacaba fuerzas de flaqueza para no gemir. Si Florián era el premio de su vida, Severiano era el

castigo, y no podía gemir. Solo podía llorar en silencio y bendecir el hecho de que Florián no estuviera presente, que se entretuviera lo suficiente en regresar como para no ver las marcas que su hermano le dejaba en las nalgas. Si hubiera venido, si lo hubiera descubierto, pensaba, le habría dicho la verdad.

—Solo te quiero a ti.

—¿Y por qué te dejas maltratar?

—No lo sé, pero sé que solo te quiero a ti.

Cuando en octubre de 1792 Florián recibió la noticia de la abolición de la monarquía y el establecimiento de la *République Française*, decidió regresar a París. Por una vez, Amédée no fue del mismo parecer. «Eso se llama huir del fuego para caer en las brasas», dijo. «*Ce n'est pas la même chose, j'y vais parce que je veux, et pour servir le Parlement britannique*»[149], objetó Florián. Tras tantos años de amistad, Amédée sabía que era inútil intentar hacerlo desistir, de modo que se resignó y se dirigió solo hacia el puerto franco de Livorno, desde donde se trasladaría en un barco mercante hacia Menorca. Se establecería como cirujano en Ciutadella, y si podía, también se haría cargo de los marineros que se veían obligados a pasar la cuarentena, de modo que no le faltarían recursos para llevar una buena vida hasta que volvieran a reunirse, si es que podían volver a reunirse. «*Tu dois être très prudent, à Paris ils vont proliférer les coupes de cheveux intégrales, à partir de la base du cou*»[150], le aconsejó que se mantuviera alejado de los desórdenes y que no se dejara enredar, no fuera que le cortaran la cabeza. Florián lo abrazó y le rogó algo parecido, que cuidara de su mujer y de sus hijos, que se preocupara de que no les faltara nada y que les asegurara que volvería en cuanto pudiera.

—*Tu devrais être un homme de parole et les faire venir à Londres, de sorte qu'ils soient avec toi*[151].

Era un viejo sueño, hacerlos venir a Londres y estar todos juntos, y tenía que cumplirlo tan pronto como fuera posible. Pero hasta entonces había estado

demasiado ocupado, y los tiempos andaban demasiado revueltos. Había viajado a Florencia, Roma y Nápoles, siempre atento a recibir noticias de Francia para comunicarlas a Inglaterra. En Florencia, entonces bajo la corona austríaca, se había sumido en *il Rinascimento*[152], admirado sobre todo por la famosa *cupola*[153] que Brunelleschi había diseñado para *il Duomo*. Había entrado en la catedral una noche, favorecido por la magia de la musa Azhar, y siempre gracias a la ayuda de aquella criatura extraordinaria había flotado, nunca supo si en sueños, en la música del silencio que imperaba en la oscuridad; pero aquella noche las piedras tenían luz propia, una luz tenue que habría maravillado a cualquiera. Cuando había despertado en la cama no había podido evitar gritar de alegría, con lo cual Amédée se había sobresaltado y había cambiado la lengua francesa por la italiana.

—*Cosa succede?*[154] —había preguntado.

—*Sono sicuro che siamo nel centro dell'universo, e questo non lo sapeva nemmeno Brunelleschi*[155].

En Roma había soñado una procesión de papas muertos, siete en total, que le habían dado la idea para escribir una obra de teatro que finalmente tituló *Quatorze pieds en apesanteur*[156], *Catorze peus ingràvids*, traducido al catalán. Los papas iban vestidos con túnicas blancas, de sedas transparentes, como las de la musa Azhar, y parecían mucho más jóvenes de lo que habían sido en vida, excepto dos de ellos, uno que tenía la garganta quemada, porque al parecer había muerto envenenado, y otro que estaba muy gordo, con una panza hinchada como un globo. Pero todos iban descalzos, caminando con los pies al aire, sin necesidad de mancharse con el lodo. Por una de esas cosas que pasan en los sueños se sabía que venían de la villa *Albani* y que desfilaban por la *via Salaria*, pero el suelo no estaba lleno de sal, sino de sangre. Otra cosa, los papas iban rezando con devoción, porque sabían que así verían reducida considerablemente su condena en el purgatorio.

A partir de este sueño Florián escribió su obra de teatro, durante tres días de efervescencia que pasó sentado ante el escritorio, frente a la ventana que

ofrecía una vista de la *Fontana di Trevi*, en la casa donde se alojaba. Por la presencia de muertos vivientes y doncellas imposibles como la musa Azhar la obra superaba la racionalidad del *Illuminismo*, y abría una Puerta a una visión mucho más apasionada de la realidad. Los intelectuales con quienes se reunía en la *Accademia dell'Arcadia* hablaron de estética desequilibrada, incluso el propio Goethe, de quien había leído el *Werther* en traducción inglesa y que había vuelto esporádicamente a Roma, seducido por la cultura grecolatina. En ese sentido dijo:

—*Werther ist ein Jugendwerk und fühle mich jetzt mehr Interesse an den Klassikern*[157].

Florián quedó sorprendido, porque por mucho que admirase a los clásicos, sentía profundamente la atracción de la fantasía y le parecía que aquella fuerza exótica, irracional si se quiere, daba mucho sentido a todo cuanto escribía, tanto es así que no concebía ni una sola página sin la presencia latente del elemento irreal. Por eso dijo:

—*Ich möchte eine Geschichte voller Geister zu schreiben, mit verführerischen Frauen und unwirklich Abenteuer wie Tausend und eine Nacht*[158].

Su sueño era escribir una historia de amor, fantasía y exotismo como las *Mil y una noches*.

En Nápoles había podido contactar con Mario Pagano, que entonces era profesor de Derecho Penal en la universidad. Era también un pensador destacado del *Illuminismo*, y participaba hasta tal punto de las ideas de la Revolución francesa que aquellos días estaba fuera de sí y saltaba a la más mínima controversia. Decía que el *Regno 'e Nàpule*[159] había muerto, que había llegado la hora de la república, y se enfadaba cuando Florián llevaba la conversación al terreno del teatro fantástico, que entonces llenaba todos sus anhelos. Mario Pagano hablaba sobre todo de Giambattista Vico, que en cierto modo había sido su maestro, de su condena de la tortura, presente en sus ensayos políticos, y de la posibilidad de exportar la revolución y la República

Francesa a Nápoles. Sin embargo, leyó con fruición *Quatorze pieds en apesanteur*, tanta que le propuso representarla en la universidad. Hizo algunos retoques, como la introducción de un narrador que se expresaba en napolitano, y quedó admirado cuando vio resuelto el espinoso asunto de encontrar una protagonista sensual en la musa Azhar, que siempre parecía dispuesta a proteger a Florián. La musa le proporcionó también una serie de doncellas etéreas que vagaban entre las luces y sombras de las bambalinas y que llenaron de ilusiones los ojos asombrados de los estudiantes. De pronto todo parecía posible sobre el pequeño escenario, desde la figuración de un mar anochecido, ante cuya inmensidad se declamaban diálogos poéticos, hasta la representación de los últimos hechos controvertidos en París, con el triunfo del pueblo sobre el poder real.

—*Non pensavo possibile che il re lasciasse rappresentare questo spettacolo*[160] —dijo Florián.

Ante lo cual Mario Pagano manifestó que el rey Fernando y la reina María Carolina parecían inclinados a tolerar las reformas que venían de Francia, y a Florián le faltó tiempo para comunicarlo a Londres. Si todo seguía por buen camino, Nápoles podía contribuir a poner las bases de una nueva economía y derecho universal. Había tanta ilusión en los ojos del filósofo que Florián, que era ingenuo por naturaleza, creyó a pies juntillas en la posibilidad de cambiar el mundo desde su perspectiva. La vida en Nápoles era alegre, nadie parecía preocuparse por lo que pudiera suceder mañana, y por supuesto Mario Pagano no debía de suponer que años más tarde acabaría en la horca, porque la actitud tolerante de los monarcas era pura farsa y se opondrían férreamente a la *Repubblica Napoletana*[161]. Pero Florián no había observado en ninguna otra parte tanto sentido de la improvisación, tanta alegría de vivir, tanta animación en las fiestas ni tanta fe en un Dios que pasaba por alto las trapacerías de cada día. Al principio se sentía irritado por los engaños cotidianos de que era víctima, pero pronto se había acostumbrado y ya no hacía ningún caso; tan solo se dejaba llevar por la belleza del paisaje, por la magnificencia de los

edificios que surgían del *Iluminismo* y por la gracia infinita de la gente que inundaba las calles sin pensar en regresar al hogar que descuidaba. Cuando en octubre de 1792 se dispuso a marchar hacia París puede decirse que se había aficionado tanto a la ciudad que tenía el corazón partido.

Amédée llegó a Mahón con el manuscrito de *Catorze peus ingràvids* bajo el brazo. Antes de alquilar un transporte para ir hacia Ciutadella, pasó por la calle del Castell, donde se hallaba la imprenta de Juan Fábregas, con el encargo de publicarla. Después, mientras recorría el camino en un carro primitivo, cuyo traqueteo casi le hacía echar el hígado por la boca, iba fantaseando la idea de representarla. Reía por lo bajo, imaginando la cara que pondrían los menorquines que asistieran al Teatro de la Comedia de Mahón y vieran pulular fantasmas de ahorcados sobre el escenario, rodeando a la musa Azhar totalmente revestida de sensualidad. Después negaba con la cabeza y admitía que aquello era impensable *non, cette pièce de théâtre est irreprésentable, au moins ici*[162], pero no podía evitar soltar la risotada, y el cochero le miraba asombrado. Cuando llegó a Ciutadella fue a saludar a Adaleis y le dijo que Florián la echaba mucho de menos, a ella y a los hijos, pero que aún no podía regresar porque la Revolución francesa estaba en su punto álgido. La verdad es que le extrañó encontrarla en compañía de Severiano, que al parecer la trataba con mucha familiaridad, y eso le dio mucho que pensar. Pero luego se alegró de que así fuera, porque bien mirado era una buena noticia que los dos hermanos acercaran posturas de una vez por todas, aunque fuera mediante la gracia de Adaleis. Después estuvo demasiado ajetreado estableciendo una consulta de cirujano en la calle de las Andrones y asistiendo, además, a los marineros encerrados en cuarentena en el hospital de Cala'n Busquets como para dar muchas vueltas a las relaciones entre Severiano y Adaleis.

Florián, entretanto, regresó a París. El rey Luis XVI había sido encarcelado y los jacobinos le querían juzgar y condenar a muerte, contrariamente a lo que pretendían los girondinos, que era preservar su vida y continuar la revolución.

Alojado en la *maison Bonnepierre* Florián veía enrarecerse el ambiente día a día, y puede decirse que se respiraba el fracaso total, la *débâcle*[163] de la monarquía, y así lo comunicaba a Londres. Robespierre dijo que el rey tenía que morir para que la Revolución pudiera vivir. El 21 de enero de 1793, Florián estaba en la *Place de la Concorde*[164] cuando el rey llegó al patíbulo en un carro, acompañado por el verdugo. Subió a la plataforma haciendo gala de una extraña serenidad. El verdugo, que para mayor escarnio se llamaba Sansón, le hizo despojarse de la casaca, le ató las manos por detrás, le cortó la coleta y le quitó el cuello de la camisa. Florián había conseguido situarse en un buen sitio entre la multitud, que ahora había enmudecido, presa de un extraño respeto ante la muerte inminente del monarca. La sirvienta delgada de la *maison Bonnepierre* se quejaba de que era demasiado bajita para ver lo que pasaba y se la sentó a horcajadas sobre las espaldas como si fuera un niño. El rey quiso hacer un discurso, pero el verdugo se lo impidió. Solo consiguió articular:

—*Je suis innocent, je meurs pour la France!*[165]

—*Mort à Louis Seize!*[166] —gritaron desde el gallinero de las casas vecinas.

Pero eran pocos gritos en medio del silencio pesado de muchísimas voces.

El verdugo ató al rey al banco y después la guillotina cayó con un roce escandalosamente metálico. Hasta que el verdugo no enseñó la cabeza del rey, sujetándola por los cabellos, no se produjo el griterío:

—*Ça y est, la monarchie est morte, vive la République!*[167]

Entonces comenzó el reino del terror en que el tribunal revolucionario culminaba las persecuciones políticas con ejecuciones diarias por traición, sedición y conspiración. Nadie estaba seguro de que al día siguiente conservaría la cabeza sobre el cuello. El propio Robespierre había cambiado mucho, y ahora justificaba el uso de la pena de muerte al que se había mostrado contrario en el pasado. Florián llegó a pensar que un día llamarían a la puerta de la *maison Bonnepierre* y se lo llevarían a ajusticiar. Incluso se

despidió de Adaleis y de los hijos con una carta llena de amor, en la que aseguraba que cada día pensaba en ellos, sobre todo en la amada, para quien envolvió un ejemplar de *Quatorze pieds en apesanteur* atado con una cinta roja, que era símbolo del amor encendido que sentía por ella, y también era símbolo de la audacia, el valor y el coraje que su recuerdo le había conferido para afrontar tantos peligros. El rey Carlos IV de España había tenido que declarar la guerra a Francia, y finalmente, el mes de diciembre, Florián viajó a Tolón, desde donde partía hacia Mahón el grueso de la escuadra aliada contra la revolución, formada por 13 navíos de línea, 7 fragatas y 2 bergantines con enfermos, heridos y refugiados realistas. Fueron acogidos en condiciones precarias en hospitales improvisados, lo cual colaboró a la propagación de enfermedades infecciosas. Por otro lado, la marinería indisciplinada provocó desórdenes, y la falta de preparación para acoger a tanta gente encareció las viviendas y los víveres.

Pero el libro *Quatorze pieds en apesanteur* llegó antes que Florián. Lo trajo personalmente Maurice Rampart, un vecino de la calle de San Onofre, casado con una mujer de Ciutadella desde la dominación francesa. Era un hombre escuálido y calvo, parsimonioso y con una cultura más que notable que se había entretenido en deshacer cuidadosamente la cinta roja para leer la obra durante el trayecto. Después lo había compuesto todo con tanta perfección que parecía que nadie lo había tocado.

Adaleis no abrió el paquete hasta la noche, cuando todos dormían y recibió ansiosa la visita que Severiano le rendía de vez en cuando. Se había acostumbrado a sus ojillos socarrones, que la desnudaban antes que sus manos, y a sus maneras burdas, muy faltas de miramiento. Lo cierto es que la hacía sentir como un trapo sucio pero, ironías de la vida, aquello le gustaba; cuanto más la maltrataba, más le gustaba. Cerraba los ojos para imaginar que era Florián quien la agarraba, quien la obligaba a arrodillarse ante él como si fuera un dios. Aquella noche esperó a que llegara para desenvolver el libro, pensando que se alegraría, porque se trataba de noticias de su hermano. Lo

cierto es que lo abrió ilusionada, tanto que ni siquiera advirtió que lo que provocaba en Severiano era una rabia y una envidia infinitas. Florián había escrito una dedicatoria que decía: “Para Adaleis, la mujer que yo más quiero, y la única que me llena el corazón”.

El paquete contenía una carta donde se describía la precaria situación de Francia y la posibilidad de que hubiera de salir por piernas, y expresaba la añoranza que sentía de Adaleis y de los hijos. Aquello impresionó vivamente a Adaleis. Miró a Severiano con los ojos llenos de preocupación. Él había cogido la cinta roja y estaba jugando con ella, doblándola entre los dedos.

—Dice que el rojo es amor, audacia, valor y coraje.

—También es cólera... —dijo Severiano—, y crueldad.

—No sé por qué se arriesga tanto, por esos mundos de Francia.

—No pienses en eso ahora.

Le metió la lengua en una oreja y aquello la hizo reír, ¿pero qué haces? Le levantó la melena y le besó la nuca. Ahora le provocó un suspiro. La conocía palmo a palmo ya, y sabía sus puntos débiles. Le lamió el cuello y la penetró por detrás, con solo apartarle las bragas que se ataba en torno a las caderas, como una campesina. Entonces le puso la cinta al cuello. Apretaba un poco, y aquello aumentaba la dosis de placer. «Aprieta más fuerte», dijo, y él obedeció. Procuraba reprimir los gemidos, para no despertar a nadie, pero casi no lo conseguía. Puso los ojos en blanco. Quería que oprimiera más fuerte, pero también quería que aflojara, porque no podía respirar. Intentó liberarse desesperadamente con los dedos, después de desahogarse en un espasmo de placer, pero por lo visto él aún no había acabado. Todavía tardó un buen rato en acabar. Soltó un quejido apagado y permaneció panza arriba, con los ojillos cerrados, hasta que se limpió la baba y se incorporó. Adaleis yacía en el suelo, extrañamente inmóvil. Soltó la cinta y se agachó para ayudarla a levantarse. Fue cuando se dio cuenta de que no respiraba. Había muerto.

Cuando Florián llegó a Ciutadella ya habían pasado las fiestas de Navidad. Se había entretenido en Mahón, para poner en orden algunos asuntos, y finalmente había viajado en un borrico, sintiendo la euforia de reconocer aquel paisaje donde había de todo, colinas, bosques, llanuras, pero en pequeño, bajo un cielo intensamente azul, incluso en pleno invierno, que inundaba el ambiente con una luz casi irreal, tanto es así que Florián ni siquiera se habría extrañado de ver saltar a un gnomo en pos de una liebre, o de toparse con un cíclope tras el tronco de una encina centenaria. Entró en la ciudad por el portal de Mahón y recorrió la plaza de la Picota, la plaza Mayor y la calle de la Pescadería hasta llegar a la plaza del Rosal, donde estaba su casa. La puerta estaba abierta, y el zaguán sumido en una penumbra espesa, donde resonó su saludo como si fuera el eco de las montañas. «Buenos días nos dé Dios», repitió, y nadie daba señales de vida. Dejó el borrico en el establo y subió escaleras arriba. Fue cuando se encontró con una mujer delgada, casi etérea, de piel muy fina, ojos muy grandes y sonrisa muy dulce en las comisuras de los labios a quien le costó reconocer. Era Constanza, la amiga de Adaleis, que tenía la misma edad que ella y vivía en la placeta de Corantí, cerca de donde las modistas Noritas. Había cambiado. Se había hecho mujer, pero no había engordado en absoluto, y Florián la encontró más guapa que nunca.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Adaleis?

Constanza palideció. Se agarró a la barandilla y parecía a punto de desmayarse. ¿Acaso no lo sabía?

—¿Saber qué?

Constanza titubeó:

—Adaleis... murió... Oh, ya hace algunos días...

Florián sintió un mazazo en la frente, como si le cayese encima todo el peso del mundo. ¿Muerta? ¿En la flor de la vida? Le pareció que veía estirarse y afilarse el fantasma de la mansión Lockport y que tenía las facciones soñadas de Adaleis. No podía estar muerta. ¿Qué había pasado?

—Tuvo un fallo en el corazón.

Constanza explicó, balbuciendo, que desde que Adaleis había muerto ella se ocupaba de la casa y de los niños. Los ojos le lloraban, y Florián tenía de pronto el corazón de plomo y por consiguiente le pesaba demasiado en el pecho. Se cubría los ojos con las manos y pidió a Constanza que lo acompañara al cementerio, ante la iglesia de Santa María, de la que decían que ahora iba para catedral, para visitar la tumba de aquella muerta imposible. Rezó de rodillas, y le venían ganas de desenterrarla, porque estaba seguro de que la encontraría joven y hermosa como siempre, incorrupta pese a la larga estancia bajo tierra. Un hombre gordo, con la cabeza redonda como una calabaza y unos ojillos minúsculos, le puso la mano sobre el hombro en señal de duelo. Vestía de negro, con manteo y sotana, y se tocaba con un sombrero tan ancho que parecía un murciélago con las alas desplegadas. Era un predicador de los que habían sido enviados desde Mallorca para purificar a la gente de costumbres «cismáticas, judías y protestantes» y se había quedado a vivir la buena vida de la capital eclesiástica.

—No reces por tu mujer —le dijo—, porque está en el infierno.

De no haber sido un hombre prudente, Florián lo habría estrangulado.

Siguieron años en los que Florián permaneció decaído y sin ánimos de vivir. Se sentía frustrado por haber querido conocer de cerca las vicisitudes de la sociedad que le había tocado vivir, por haber intentado conquistar el mundo de las letras y haber perdido lo que más quería, la inefable, alegre, exquisita Adaleis. «La mujer que yo más quiero y la única que llena mi pobre corazón».

Pasaba horas ante el cuadro delicadísimo del pintor Calbó, en el que ella aparecía con un vestido rosa, llena de vida. Estaba tan alicaído que creía que nunca más intentaría volver a volar. También se sentía avergonzado de haber disputado la estima del conde Flor a su hermano Severiano y haber descuidado, dilapidado el amor de la criatura excelsa que era Adaleis. No, era posible que no volviera a levantar cabeza. Si la desolación tenía un nombre, este era entonces Florián. Los niños crecían y trataban inútilmente de transmitirle cada día la alegría de los pocos años. Telmo ya era un joven apuesto, y Anselmo era muy sagaz y dejaba entrever un carácter espontáneo que le permitiría ganarse muchas voluntades en aquellos tiempos convulsos. Constanza era una bendición. Se portaba como una madre, con la misma ternura que había tenido Adaleis, y era prudente hasta el punto de que su presencia nunca estorbaba: parecía que en lugar de caminar flotara en el aire, como una pluma, porque era hermosa y casi incorpórea como la musa Azhar, con unos ojos vivísimos que penetraban hasta el fondo del alma. Amédée trabajaba para los ingleses, consiguió que soltaran a La Guêpe y Martelloti, que habían pasado media vida en prisión, pero no logró involucrar a Florián en sus manejos. Parecía que no le interesaba nada. Era como un muerto viviente. En 1795 el papa Pío VI había otorgado el obispado de Menorca, en 1798 Antonio Vila Camps había sido elegido obispo y Amédée había afirmado que era un contrarrevolucionario, defensor del absolutismo. En noviembre de aquel mismo año Sir Charles Stuart había reconquistado la isla *without having sustained the loss of a single man*, es decir, sin una sola baja. Stuart había abolido la Universidad General, la Bailía General, había obligado a los eclesiásticos a pagar impuestos y a continuación había regresado a Londres y había muerto a los 47 años. En Francia todo se había trastornado y en 1799 Napoleón Bonaparte había sido nombrado primer Cónsul y amo del país.

Una tarde borrasca de noviembre en que los niños se habían ido con Constanza a la fiesta de un bautizo, Jeanne-Thérèse se presentó vestida con mucha elegancia. La verdad es que apenas había cambiado en todos aquellos

años y a pesar de la nariz conservaba una belleza incitante. Llevaba un vestido muy ceñido a la cintura, lleno de sedas y dorados, con las mangas anchas y un pañuelo bordado sobre el pecho. Le dijo que ya era hora de animarse, que hasta entonces lo había callado, pero que Adaleis no merecía tanto duelo, porque no tan solo se entendía con Severiano, sino que había muerto en sus manos en medio de un desvarío sexual. Se notaba que había bebido, seguramente para darse valor, y Florián la miró cejijunto, como si contemplara al diablo. Atribuyó a los celos aquella mentira pero, aun así, días después, consultó a Amédée.

—Me han dicho cosas terribles de Adaleis —dijo—, pero naturalmente no he creído ni una palabra.

Se extrañó un poco al ver que Amédée bajaba la cabeza.

—Adaleis te amaba con delirio —afirmó midiendo las palabras—, pero es posible que se sintiera muy sola cuando tú y yo nos íbamos por esos mundos de Dios.

Hizo una pausa como para coger arrestos y se sirvió una copa de vino.

—Aunque yo lo certifique —continuó Amédée con mucha tristeza—, Adaleis no murió del corazón. Murió estrangulada con una cinta y, cuando examiné el cadáver, me di cuenta de que acababa de mantener relaciones sexuales.

Florián no dijo nada, quedó inmóvil como una estatua. Amédée tuvo tiempo de ir a buscar la cinta roja y regresar, y aún permanecía en la misma postura. Florián reconoció la cinta y recordó las palabras que había escrito afirmando que era símbolo del amor apasionado que sentía por Adaleis, y también de la audacia, el valor y la valentía que ella le había conferido para enfrentarse al mundo.

—¿Tú crees que Adaleis me quería de verdad? —dijo con un hilo de voz.

—Te quería con toda su alma —afirmó Amédée.

Entonces se dio cuenta de que en toda aquella conversación no había hecho servir ni un momento el francés, su lengua materna. Ahora pidió perdón a Florián por haberle ocultado la verdad, quería evitar hacerte daño. Dijo

«Parce que je suis sûr qu'Adaleis n'aimait personne d'autre que toi»[168]. Florián lo abrazó. Sabía que era un amigo de verdad, y también estaba convencido de que Adaleis lo amaba a él y que había sido cruelmente engañada por Severiano. Le costó mucho decidirse, pero al final salió en busca de su medio hermano, que entonces pasaba muchos días en Mahón, porque con el regreso de los ingleses el comercio menorquín buscaba nuevos mercados, sobre todo en Mallorca y Cataluña, y a pesar de que Ciutadella era el puerto de cabotaje que enlazaba con las costas vecinas, en el magnífico puerto de Mahón cabían una infinidad de barcos. Pero Severiano venía de vez en cuando a Ciutadella, y entonces pasaba más tiempo en el burdel de la calle San Juan que en su casa. Por esta razón Florián, que no comerciaba con nadie, sino que vivía de lo que le pasaban los aparceros de sus posesiones, acudió reiteradamente al burdel de forma infructuosa, hasta que lo encontró nada menos que el día de San Esteban, segunda fiesta de Navidad. Había organizado un jolgorio con prostitutas despechugadas que trataban de pasar bajo una cuerda tensada entre dos mesas, y estaba a la vista que había vuelto a beber, a pesar del efecto pernicioso que el alcohol surtía en él.

—¿Qué se le ofrece a mi hermanito? —dijo, con ojos chispeantes.

Florián apretó los puños, pero consiguió contenerse. Sin embargo, tenía furor en la mirada cuando sacó del bolsillo la cinta roja.

Severiano ni siquiera dejó de reír para soltarle:

—Tu mujer era una puta.

Entonces Florián ya no pudo contenerse. Empezó a pegarle puñetazos y patadas y Severiano no lo habría contado si no llegan a separarlos.

Florián se alejó jadeando y temblando de excitación, arrepentido de haberse dejado llevar por la cólera, y aquella noche, que pasó llorando, decidió marcharse de Ciutadella para no regresar jamás.

Antes de marcharse Florián tenía que asegurarse de que la vida de los niños no se resentiría de su ausencia. Anselmo ya tenía doce años y era un chico avisado, muy independiente, cuya educación se les podía llegar a escapar de las manos. Había asistido a la escuela de las monjas de Santa Clara, y después a la de los frailes de San Agustín, pero no quería saber nada de estudios, no quería hacer carrera militar ni eclesiástica, decía que prefería regentar una bodega, y que si le apuraban se iría con una *troupe* de circo y se haría saltimbanqui. Tenía una cosa buena para esquivar los ataques de la vida, una alegría y una osadía muy marcadas, a pesar de su tierna edad. Telmo, en cambio, era todo lo contrario; también había asistido a las escuelas de monjas y frailes, y de hecho, aunque ya tenía dieciocho años, todavía recibía instrucción como novicio en el convento de los Agustinos. Era un joven alto, delgado como su madre, con la cabeza un tanto alargada hacia arriba, pero no desmedida, contrariamente a la de su padre, y dotado de una inteligencia muy clara, como buen descendiente del conde Flor. Pero también contrariamente a su padre, era la personificación de la mansedumbre; nunca se lo veía molestar a nadie, ni librarse a excesos de ninguna clase, ni era capaz de sentir envidia o rencor ni de ansiar venganza. En ese sentido más parecía hijo de Florián que de Severiano. Pasaba las horas de asueto leyendo en la biblioteca, o disfrutando del solecillo que entraba en el claustro, recortado por el cielo más azul del Mediterráneo, con *Las confesiones de San Agustín* o el *Contemptus Mundi*^[169] de Tomás Kempis en las manos.

Florián se dirigió al obrador de Níssiú, que era un hombre campechano que tenía telares con empleados que manufacturaban anascote de lana para hacer mantos y rebocillos de baja calidad. Constanza trabajaba allí desde muy joven. Se sentaba en el banco de madera, ante el bastidor, para empujar el travesaño con las manos y accionar los pedales con los pies, a fin de tejer la urdimbre. Era un trabajo agotador y muy mal pagado, pero que ya dominaba a la perfección, y desde que Adaleis había muerto lo combinaba con el cuidado de su casa y de los niños. Florián saludó a Níssiú, que en seguida le correspondió con una sonrisa amistosa y que, cuando supo que quería liberar a Constanza de aquel trabajo de esclavos, se entristeció un poco.

—Te llevas una joya —dijo—. Esta mujer es un ángel, y tiene unas manos de oro.

«Pero tú la haces trabajar como una mula», pensó Florián, sin añadir palabra.

De camino hacia casa Florián le dijo a Constanza que estaba decidido a marcharse de Ciutadella, y comprobó que los ojos de la mujer, que tenía la misma edad que Adaleis, pero aún estaba soltera, se cubrían con un velo de luz tamizada, como si hubieran entrado en la penumbra de un portal. Le dijo que le pagaría bien, pero que no quería que tuviera ninguna otra ocupación, porque había suficiente con administrar el hogar, vigilar a los niños y pasar cuentas con los aparceros de las tierras.

—En eso te puede ayudar Anselmo, que es un muchacho muy despierto, y también Telmo, desde el convento.

Constanza aceptó con una dulce sonrisa y con un movimiento de cabeza casi imperceptible. Ya estaban en casa, y en la serenidad de la sala, donde había pasado horas de buen amor con Adaleis, Constanza parecía una sombra. Antes de salir del obrador de Níssiú se había cambiado de ropa y vestía con sencillez, pero su figura esbelta, su continente amable resultaba distinguido, como si fuera la hija de un terrateniente. Sabía que Adaleis le había inculcado su pasión por leer y acaso aquello había influido en su comportamiento

refinado. De pronto, a Florián le pareció tan considerada que pensó que no le costaría nada enamorarse de ella, razón por la cual aceleró su marcha, para no mancillar el recuerdo de Adaleis y por pura cobardía, porque lo cierto era que entonces el amor le daba miedo.

Ya era el 1800 cuando Florián embarcó en la Bougainvillea, una fragata majestuosa de tres palos que navegaba a todo trapo en dirección a Londres. Daba gusto viajar en aquel magnífico barco. Era tan lujoso que parecía un palacio flotante donde navegasen los dioses de la guerra. Desafiaba al mal tiempo y casi no hacía escalas, tan solo se detuvo en Gibraltar y Lisboa para cargar vino y verduras. A la altura de Cádiz se cruzaron con un barco negrero, con hombres, mujeres y niños amontonados en la bodega, muchos de los cuales no llegarían vivos a Cuba, pero que cantaban en la panza del barco y seguramente no conocían otro aliciente que aquel himno oscuro, desesperado. Florián pensó que, a pesar de ser un hijo bastardo, él siempre había tenido el privilegio de la fortuna y la libertad, aunque ahora se sintiera prisionero del pasado. Tenía que sobreponerse; al fin y al cabo, todo le había ido demasiado bien y no tenía derecho a quejarse. En Lisboa subió a bordo una cantante morena, que se hacía acompañar a la guitarra por un viejecito decrepito que sin embargo tenía los dedos agilísimos. La mujer entonaba una melodía lenta que penetraba en el alma, porque hablaba de la soledad del mar y de la nostalgia del amado. La canción describía tan bien su propia situación anímica que estuvo a punto de echarse a llorar. Después evitaron las costas de Francia, antes de meterse en el canal de la Mancha, para llegar a Londres el jueves 6 de febrero. La primera figura que distinguió desde la borda fue la del mayor Loafer, que lo saludaba, risueño, agitando los brazos, haciendo gala de una vista admirable.

El mayor Loafer le escoltó a caballo en todos los desplazamientos que hizo por aquellos días. Lo llevaba al Parlamento y lo esperaba en uno de los patios, como si fuera su guarda personal. Lo acompañaba al palacio del conde Lockport, en las afueras de la ciudad, y se resistía a sentarse en la mesa con

los señores, porque prefería la cocina, donde podía charlar con los criados. Cabalgaba hasta el mercado de Covent Garden, precediendo el carruaje donde iba Florián con la señora y la criada, y mientras ellas recorrían los puestos de venta ellos contemplaban el espectáculo de equilibristas que bailaban sobre la cuerda floja o daban vueltas en una rueda colosal, y de la mujer que era izada con una polea sujetándose solo con la barbilla o la que tenía alas de mariposa y parecía que echaría a volar. A veces, cuando estaban solos, se abandonaban en brazos de las Covent Garden Ladies, que eran prostitutas de todas las edades, especializadas en todas las clases de sexo, y Florián estaba entusiasmado con una joven que tenía cara de niña y manos de seda, y se contentaba con ponerle la cabeza sobre la falda mientras ella lo mimaba y le cantaba con voz muy dulce.

Fue en el palacio del conde Lockport donde Florián pudo volver a ver a Adaleis, cuando insistió en visitar el fantasma de la señora Pillsbury, aquella mujer imposible que se alargaba y adelgazaba hasta el infinito y se transformaba en una columna de humo que atravesaba las paredes. Cuando abrieron la puerta de su cuarto temblaron las telarañas, que parecían de plata, y la señora Pillsbury se levantó del lecho para avanzar hacia ellos con semblante resplandeciente. Florián se estremeció, no tanto cuando vio que sus pies no tocaban el suelo, sino cuando su cara finísima adquirió las facciones de Adaleis, con la misma frescura y alegría de vivir de cuando la había conocido.

—¿Eres tú, querida? —preguntó extasiado.

—Soy yo, y desde ahora me alojaré en tu corazón.

Sus palabras sonaban a música. Florián estaba a punto de llorar, pero sacó del bolsillo la cinta roja que Severiano había apretado hasta estrangularla y se la anudó en torno al cuello. Fue cuando se dio cuenta de que era pura ilusión, porque pudo cerrar el nudo, y más nudos que intentó hacer, y dentro no quedaba nada.

—Soy como la musa Azhar —dijo Adaleis.

Y se desvaneció.

Pero después volvió a presentarse durante la cena, toda vestida de sedas, y parecía una reina.

Dos meses más tarde, cuando la primavera se mostraba muy variable sobre los verdes jardines que agrandaban la ciudad de Londres, Florián se dispuso a viajar hacia Irlanda, con una misión del Parlamento que requería estudiar la situación de los rebeldes irlandeses de la Society of the United Irishmen[170]. Lo cierto es que Florián tenía el corazón partido, porque por un lado debía defender los intereses británicos y por otro se sentía inclinado a apoyar las ansias de libertad de los católicos irlandeses. Sabía que en Londres trabajaban para abolir el Parlamento de Irlanda, a fin de crear el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, cosa que, de hecho, estaba a punto de suceder en realidad. Aquello dividiría definitivamente a los católicos irlandeses y a los protestantes, y como se sabe el aforismo dice divide y vencerás. En estas condiciones Florián intentó capear el temporal y llevarse bien con los de un lado y los del otro, lo cual desde luego es imposible, de modo que tuvo que acabar tomando partido. En septiembre de 1800 regresó a Londres y defendió en la Cámara de los Lores la tesis de que había que conceder la libertad a los irlandeses, en lugar de subyugarlos bajo el Parlamento común para las dos islas. La suya era claramente la postura minoritaria y condenada al fracaso, y él lo sabía. De modo que se ganó el recelo general, y decidió volver a Menorca, contra el propósito que se había hecho de no regresar jamás.

—*Why did you have to oppose everybody?*[171] —quiso saber el Conde Lockport.

—*There will come a day when Ireland will be free*[172].

Un día Irlanda sería libre, pero desgraciadamente faltaba todavía mucho tiempo.

—*You're a romantic and an idealist*[173] —concluyó el conde Lockport.

Quedaban atrás los cinco meses idílicos pasados en Irlanda. Dublín se le había antojado una ciudad entrañable, de gente complaciente que casi le daba

la mano para enseñarle todo lo que quería conocer, y había disfrutado de veladas memorables junto al río Liffey, acompañado por gente joven y condescendiente, como si la juventud fuera un salvoconducto para allanar todas las diferencias. Una de las primeras cosas que había hecho había sido visitar la catedral de Saint Patrick y buscar las huellas que Jonathan Swift había dejado en ella. Había subido al campanario, tal como decían que hacía el escritor los días de lluvia, para mantenerse ágil y poder vivir muchos años, y había podido sentarse ante su mesa-escritorio, que tenía forma de media luna, como una consola muy grande, y estaba rayada por el uso. De pronto había creído ver a los personajes diminutos que habían salido de su pluma satírica en *Gulliver's Travels*[174], y era como si pudieran bailar sobre su mano y subirle por la manga. Aquello lo había emocionado y le había sugerido la idea de componer una obra definitivamente fantástica. Algún día la escribiría. Después se había fascinado ante la austeridad de los muros del Trinity College, y había sido allí donde había podido contemplar, en una mañana fresca, a pesar de la bonanza del verano, a dos damas cabalgando en torno al patio, vestidas de sedas y con los pies descalzos, dos mujeres imposibles que se confundían en las sombras de las paredes y eran la musa Azhar y Adaleis. Durante aquel verano de tregua en su vida había visitado también Cork, Galway, Sligo y Belfast, donde había conocido a una doncella de mirada apacible como un lago gris que casi lo había enamorado, una que correteaba con gran presteza en torno a los muelles y que lo había invitado a navegar en una chalupa con dos velas airoas como dos alas, pero cuando la había abrazado había vuelto a manifestársele la imagen imposible de Adaleis y casi se había echado a llorar.

Anselmo tenía entonces trece años. Iba de la escuela del convento de los Agustinos a la casa de la plaza del Rosal, que quedaba, como quien dice, a cuatro pasos. Constanza, que cuidaba de la casa, lo hacía ir muy aseado y acicalado, y él era apuesto y ya parecía un jovencito alto, delgado y de cara primorosa como el hijo de un noble. Todavía era un muchacho, y jugaba en lo

alto de la muralla y en medio del Borne con unos cuantos arrapiezos bulliciosos; jugaban a las canicas, perseguían un aro de hierro y se unían a las chicas para saltar la comba o pasar las casillas de la rayuela hasta llegar al cielo. Entre las chicas destacaba Amalia, la hija de un leñador que cortaba rama en el bosque y la acarreaba para repartir en las tahonas. Si Anselmo era ya todo un jovencito, Amalia parecía también toda una mujer, alta y sinuosa, con los pechitos firmes bajo la blusa blanca, el cabello negro y una sonrisa fácil, porque era alegre como unas castañuelas. Severiano, cuando venía por Ciutadella, se mezclaba con los soldados que entonces abundaban en la isla y se libraba a desenfrenos y peleas, y un día entraron en la sala de juntas de los Pelaires, donde guardaban la efigie del Santo Cristo, y se llevaron la imagen sagrada. Amalia, que vio como escarnecían la imagen en medio de la calle, se encaró con Severiano y le dijo algo que había oído decir en casa, que aquella no era conducta de buenos cristianos. Severiano la miró de pies a cabeza con una sonrisa burlona.

Una tarde, más adelante, Severiano cogió a Amalia por su cuenta y la llevó al burdel de la calle San Juan, donde la vistió como una reina, la sentó encima de una mesa y Gaspar Aitana, el lameculos, la adjudicó al mejor postor. Amalia era ligera de cascos y muy alegre y desenvuelta, dispuesta a atenuar como fuera la miseria de su casa. Los hombres se la disputaban, y Severiano cogió un día a Anselmo, lo invitó a beber en la taberna del Gori y se lo llevó, más de medio mareado, al burdel de la calle San Juan para aparearlo con Amalia. Estuvieron encerrados durante un buen rato y todo el mundo se mantenía a la expectativa, hasta que entró Constanza, muy alterada, y aunque nunca había puesto los pies en un sitio como aquel se encaró con el conde Flor.

—¿Dónde está mi hijo? —dijo.

—No sabía que Anselmo fuera hijo tuyo.

—Anselmo es, ahora, mi hijo.

Fue a arrancarlo de los brazos de Amalia, que en realidad solo lo estaba

consolando para hacerle pasar la borrachera, y se lo llevó a rastras. Antes de salir volvió a encararse con el conde Flor.

—Y si yo fuera el padre de Amalia te las habrías conmigo.

Lo dijo con firmeza, sin miedo alguno, y salió llena de dignidad. No pudo oír como Severiano aseguraba, con rabia contenida:

—Esta me la pagarás.

Cuando Florián llegó a Ciutadella ya era el mes de octubre. Encontró a Constanza muy apenada, pero no era por haber tenido que enfrentarse con la insolencia de Severiano, sino porque Paula, su madre, estaba enferma de muerte. Amédée le confirmó que no había nada que hacer. Tenía un mal pernicioso en las tripas, algo que incluso le impedía comer, ella que solía decir que beber y comer son cosas que hay que hacer, y que le producía un dolor tan intenso que solo se podía aliviar administrándole semillas de adormidera. Amédée dijo que, puesto que ya no comía nada, era cosa de días, pese a que era una mujer muy fuerte. Ya estaban en otoño, pero hacía buen tiempo y ella sudaba mucho en la cama, de donde ya no se levantaba, y a veces se rasgaba la ropa dando vueltas y revueltas en la lucha por sobrevivir. Cuando le suministraban la droga cobraba nuevas fuerzas, decía que quería tomar algo de alimento, pero tragaba una cucharada de sopa y ya no podía más. Le entraba una euforia alucinógena en la que confundía a las personas, y hasta le parecía que debía incorporarse al trabajo en la mansión del conde Flor. Cuando Florián entró en su habitación se puso muy contenta. ¡Cuánto tiempo sin veros, señor conde! Florián le siguió la corriente, con lágrimas en los ojos. Sabed que os he querido siempre. Florián cabeceó y dijo yo también te he querido siempre, y ella puso cara de extrañeza, como si de pronto comprendiera la cruda realidad. Florián le estrechó la cabeza contra su pecho, escondiendo su llanto. Cuando esté bien iremos a cabalgar por el campo, ¿verdad que iremos a cabalgar por el campo?

—Sí, Paula.

Murió a finales de octubre, en medio de un plácido sueño producido por las semillas de adormidera del que ya no despertó. Pero tenía una sonrisa en los labios que Florián no olvidaría nunca. Aquel día había venido a verla la señora Nieves, que estaba muy delgada, tanto que hasta parecía ingravida como la musa Azhar. Además, iba vestida de sedas y estaba muy pálida, de modo que parecía una imagen irreal que oscilara sobre el humillo serpenteante de las velas. Constanza, que era la viva imagen de la compasión, la miró con pesadumbre, y en un aparte le dijo a Florián no me gusta nada el aspecto de esta mujer. En efecto, el mes de diciembre, poco antes de Navidad, se levantó de la cama y recorrió descalza los pasillos del palacete como una sombra. Se encaró con Severiano, que se hallaba en brazos de Jeanne-Thérèse, y le dijo lo que haces no está nada bien. Cerró los ojos y cayó al suelo cuan larga era. Florián pensó que había perdido sus dos madres de golpe, y que el amor se le mostraba esquivo, porque perdía todos los seres queridos. Fue cuando miró a Jeanne-Thérèse, que lo contemplaba con los ojos cargados de pena, y a Constanza, que era hermosa como un lirio, y pensó que no tenía derecho a quejarse del amor. Después del entierro cogió la mano de Constanza, en el camino de regreso, y ella no la retiró. El cielo estaba lleno de nubes encendidas por la puesta de sol, y le pareció que Adaleis los observaba satisfecha desde lo alto.

Era la época de más actividad mercantil de todo el siglo, y Severiano pasaba la mayor parte del tiempo en Mahón, de modo que Florián apenas lo veía, lo mismo que Jeanne-Thérèse, y ninguno de los dos parecía echarlo mucho de menos. La riqueza estaba en manos de las familias nobles, ya fueran de antigua prosapia o de ascenso reciente mediante el comercio. Explotaban la tierra o se dedicaban al transporte marítimo. Las viñas producían numerosos barriles de vino para la tropa, y la destilación del aguardiente reportaba muchas libras. Se traía ganado bovino y ovino de Argel, de Bona y de Cerdeña; era la segunda mercancía en importancia después del trigo, y la flota y el hospital se llevaban

una buena parte de la carne. Había picapedreros, albañiles, calafates, carpinteros de ribera, madereros, tejedores, hiladores, tintoreros, lustradores, curtidores, zapateros y herreros. La mano de obra infantil y femenina producía velámenes de lona para las atarazanas y telas para sacos o de algodón para fabricar zapatos, pantalones y ropa de diferentes colores, pero en general se prefería importar antes que producir tejidos en gran escala. Había pequeños talleres de alfarería, la burguesía invertía en navegación y se habían establecido en Mahón comerciantes ingleses, griegos y judíos. Los menorquines eran considerados súbditos británicos.

Anselmo había probado unos cuantos oficios y había terminado pidiendo ayuda a su padre para poner una bodega con Bep Jena, un joven medio inglés, en el sótano de la casa de la abuela Paula, en la calle de Corantí. La llamaban la taberna del Asa, y como tenían buena mano para la clientela, el negocio pronto había comenzado a prosperar. Pero cuando Severiano se dignaba venir de Mahón todavía se llevaba a Anselmo al burdel de la calle San Juan, donde se había aficionado a los brazos de Amalia, que además de ser hermosa tenía mucha gracia para bailar sobre las mesas y guardaba solo para él su sexo joven y temerario. Los dos habían aprendido a gozar las ansias de la mocedad con cierta dosis de amor, hasta el punto de que cuando Amalia quedó preñada Anselmo se dirigió a Florián y le dijo:

—Tienes que pedirme a esta chica, porque el niño que espera es mío.

Solo tenía 14 años, pero ya era un hombre. Florián se fue a ver al leñador para pedir la mano de su hija en nombre de Anselmo, y le fue concedida de buen grado. Amalia pasó a servir en la taberna del Asa y como era joven y esbelta casi no se le notaba la preñez y en seguida se hizo muy popular entre la parroquia. Se casaron en mayo, cuando ella ya estaba de seis meses, pero Jeanne-Thérèse le prestó un vestido blanco y parecía una Virgen. Se fueron a vivir a la casa de la calle de Corantí, que había sido de la abuela Paula, donde se situaba la bodega, y parecía que tendrían muchos hijos y serían felices y comerían perdices. Fue Severiano quien empezó a tomarse demasiadas

confianzas con Amalia, que ya era una mujer casada. Se la comía con los ojos, y un día la agarró y la quería forzar debajo de una mesa. Por una vez, Anselmo se revistió de dignidad y le instó a dejar a su mujer en paz y largarse con viento fresco.

—Mira que yo no soy como mi padre... —dijo.

¿Qué podía saber aquel mequetrefe de él y de Florián?

Se limitó a marcharse con el rabo entre las piernas. Pero se fue rezongando:

—Esto no va a acabar así; me las pagareis todas juntas.

Anselmo no entendió lo que mascullaba, si lo hubiera entendido habría comprendido hasta qué punto era vengativo.

Mientras Severiano traficaba en tabaco, café, azúcar, tejidos, bacalao o manteca desde el puerto de Mahón, Florián visitaba a los marineros recluidos en la Isla de Cuarentena, pero no solían verse nunca. Parecía que se rehuyeran, pese a que Florián habría evitado de buena gana aquel distanciamiento. Pero el odio del conde Flor parecía ir cada día en aumento. Para no acercarse a su hermano se refugiaba en una nube de comisionistas, distribuidores, contratistas y comerciantes griegos o judíos. A su entender, cualquiera era mejor que Florián. Alternaba con aquella gente, que no gozaba de muchas simpatías, y se libraban a jaranas y saraos, y aunque no le convenía beber a veces se salía de madre. Fletaba barcos con destino a Egipto y al imperio Otomano, o hacia las costas españolas y Gibraltar, Lisboa, el Báltico, Rusia o Suecia. De Marsella traía manufacturas textiles, trigo, cebada, habas, aceite, aguardiente, cordaje para barcos, paños, tejidos de algodón y seda, ropa de lana, almidón, pomadas, papel, licor; de Génova importaba arroz, pastas, té, drogas medicinales, y también transportaba mercancías de Nápoles, Cerdeña y Sicilia. Cada día era más rico, y creía que podía hacer lo que le viniera en gana. Mahón era su feudo, porque de un centenar de barcos mercantes que había en la isla, solo ocho navegaban desde Ciutadella.

Muchas mujeres eran incultas y analfabetas, y Severiano, con su pujanza, se permitía el lujo de hacer cornudos a maridos que fingían ignorar que en su

ausencia un puñado de pretendientes pasaba noches enteras bajos sus ventanas y ellas se dejaban querer. Pero Severiano se acostaba con ellas, las sometía a sus caprichos y las trataba como trapos sucios. Cabe decir que muchos niños tenían los ojos azules y el pelo rubio, resultado de relaciones ilícitas con oficiales de la tropa, de modo que Severiano no era ni mucho menos el único que hacía encogerse de hombros a los maridos ante la infidelidad de sus esposas, solo que en tierra de ciegos el tuerto era rey.

Florián, en cambio, pese a que había conocido muchas miserias de la vida, era una especie de alma pura, casi tan pura como la propia Constanza. Desde que los niños habían crecido y campaban por sus fueros, Constanza tenía muchas horas de asueto, y hasta había pensado dejar la casa de la plaza del Rosal y volver a su antiguo trabajo de tejedora. Pero Florián estaba cada vez más encantado con ella y le decía que ya no sabría vivir solo, le acariciaba la barbilla con afecto y ella bajaba la vista avergonzada. En las tardes de soledad, cuando Florián cabalgaba a lo largo de las posesiones, para no dejar las cosas exclusivamente en manos del apoderado, se sentaba a oscuras en la sala y dejaba vagar sus pensamientos sin orden ni concierto. A veces se le representaba la musa Azhar, acompañada por la imagen incorpórea de Adaleis, que la miraba con una sonrisa muy dulce, y hablaban durante horas. Florián regresaba entrada la noche, y le contaba que él también había visto a la musa Azhar con Adaleis por los caminos que llevaban al mar, y ambas iban vestidas de blanco en medio de la oscuridad. Parecía cosa de brujería, y si algún envidioso los hubiera denunciado habrían tenido que vérselas con las autoridades. Pero lo cierto es que entre Florián y Constanza había vuelto a prender la llama del amor, y Adaleis y la musa no hacían más que avivarla, porque veían su relación con buenos ojos.

—¿Qué te parecería —dijo Florián a la imagen de Adaleis— si pidiera a Constanza en matrimonio?

—Yo ya no soy nadie, no soy más que una sombra, pero por el amor que nos tuvimos puedo decirte que me harías feliz.

Florián sonrió, porque sabía que todos los pensamientos que Adaleis le provocaba también los percibía Constanza. De modo que cuando la cogió en brazos y le dijo que la amaba y que quería casarse con ella, pareció que se deshacía en una nube de felicidad y al punto dijo que sí.

Se casaron poco antes de la llegada del invierno. Llovió todo el día, y el convite lo celebraron en el zaguán de su casa, que era espaciosa como un palacio. Días antes Florián había acudido a arreglar los papeles cerca del Canónigo Rigola, que era un verdadero enano, con el pelo negro y lleno de puntas como un erizo. Era evidente que había comido pan con ajo, mucho ajo. Era rollizo y decían que no usaba pantalón debajo de la sotana. Olía tan mal que Florián mantenía la cabeza baja y tenía ganas de taparse la nariz, hasta que entraron en un pequeño despacho forrado de carpetas y pudo darle su propia medicina. Le soltó una ventosidad silenciosa, un zullón que hedía como un muerto y, cuando lo dejó, estaba amarillo como un chino.

Severiano también había venido poco antes de la boda. Debía de haber estado vigilando los movimientos de Florián, porque sorprendió a Constanza sola en la sala, encogida junto al fuego de la chimenea, mientras afuera soplaba el viento de tramontana que aullaba como una manada de lobos. Constanza estaba inquieta por Florián, que cabalgaba a campo traviesa envuelto en la capa, con el sombrero atado bajo el cuello y con la lluvia azotándole el rostro. Quedaría empapado. Cuando más agitada estaba se presentó Severiano, saliendo de detrás de la cortina como un ladrón, con la bragueta suelta y un bulto repulsivo bajo los pantalones. Ni siquiera disimuló sus ansias depravadas.

—Soy el conde Flor, y como tal, tu señor, y vengo a recibir lo que es mío.

Constanza se levantó y dio dos pasos atrás.

—Vete o se lo voy a decir a Florián.

—También tengo derecho sobre él, como conde legítimo y hermano mayor.

Se había bajado los pantalones y lucía una rabiosa erección. Constanza dio media vuelta y echó a correr hacia el comedor y después hacia la cocina. Tuvo

suerte, porque con el estorbo de los pantalones bajados no pudo alcanzarla. Cogió la tajadera y la blandió como arma.

—¡Vete! —amenazó.

Había tanta determinación en sus ojos, por otro lado, preciosos, que Severiano creyó oportuno retirarse. Pero antes dijo:

—Sabes que acabaré vengándome, y mi venganza será terrible.

Ella volvió a enseñar la tajadera.

—Te he visto tratar con los dos espíritus de mujer, y te denunciaré por vida licenciosa y sortilegios de brujería.

Cuando oyó que cerraba la puerta de la calle Constanza suspiró aliviada. Pensó que no tenía que decir nada a nadie; era mejor pasar sola aquel trance. Florián tampoco tenía que enterarse. Al fin y al cabo, era su hermano, y sabía que le quería. No era el caso de preocuparlo. Cuando finalmente llegó, procuró disimular su turbación. Pero él notó algo raro.

—Tienes los labios fríos —dijo.

—Y tú estás calado, y si no te cambias en seguida vas a enfermar.

—La noche es fría y no se ve un alma viviente. Solo me ha confortado tu recuerdo.

En efecto, perfumada como una flor, con una cinturilla casi inexistente y cara de rosa, cualquier hombre habría atravesado un infierno para abrazarla.

Constanza recordó las palabras de Severiano:

—Mi venganza será terrible.

Ulises nació a principios de agosto de 1801. Amalia sufrió para dar a luz, y Anselmo dijo que no tendrían más hijos. Amalia contrató un ama de crianza, la Queques, una mujer ligera de cascos que, sin embargo, quería a Ulises como si fuera su propio hijo. Era lo que se solía hacer entonces, las madres contrataban nodrizas para poder ayudar a los maridos en su trabajo, ya fuera en el campo o, como era el caso de Amalia, en la taberna del Asa. Lo cierto era que los parroquianos veían intimar a Amalia tanto con Bep Jena, el socio, como con el propio Anselmo, que era el tabernero, puesto que aquella era su casa. Muchos habrían asegurado que cuando cerraban, a veces muy tarde, los tres se acostaban juntos, mientras la Queques, que era una hembra exuberante, amamantaba al niño con unas tetas hinchadas que daban para mucho. Debían de imaginar que el niño era un pequeño diablo en la alcoba del matrimonio. Al fin y al cabo, todavía persistía la idea de que los recién nacidos tenían el pecado original, y de que solo de mayores, a base de devoción, podían recuperar la gracia de Dios. Florián explicaba en vano, y Amédée lo confirmaba, que según Rousseau los niños nacían con bondad innata y la sociedad se encargaba de corromperlos. La gente pensaba que no, que nacían corruptos, y que solo a base de azotainas se podían enderezar.

—No —decía Florián, y Constanza, que aún no era su esposa, pero estaba llena de bondad, lo corroboraba—. Los niños tienen que jugar en libertad hasta los doce años, debemos atender a sus necesidades, no obligarlos a obedecer, y después hemos de educarlos según sus aptitudes, para que

aprendan a razonar y tengan su propio criterio.

Amalia, que era muy primitiva, se echaba a reír, Bep Jena la imitaba y Anselmo, que era insensible a todo, se limitaba a encogerse de hombros.

Hacia el mes de noviembre llegó a la isla la noticia de que como consecuencia de la paz general entre potencias Menorca sería devuelta a España. Procedía del mismo Londres, y acto seguido Florián recibió cartas del mayor Loafer y del conde Lockport, quien sin embargo expresaba sus dudas sobre el hecho de que los británicos soltaran aquella posesión, así como así. Pero la cosa ya tuvo consecuencias inmediatas: fueron abandonadas las obras de rehabilitación de San Felipe y de fortificación de la costa. Muchos operarios se encontraron sin trabajo y los que procedían de fuera hubieron de marchar. No obstante, el Tratado de Amiens no fue promulgado hasta el 25 de marzo de 1802, cuando Florián y Constanza ya llevaban tres meses casados en plena pasión romántica. Se los veía tan acaramelados que cuando en los atardeceres apacibles paseaban por encima de las murallas parecían envueltos en una aureola de luz. Era debido a que tanto la musa Azhar como la imagen de Adaleis los protegían con su resplandor. Florián aseguraba que Constanza era la mujer más delicada que había visto nunca. Los ojos le sonreían solos, y era tan frágil que parecía que se había de romper como si fuera de cristal. Pero tenía una firmeza de carácter tan grande que muchos hombres la habrían querido para sí.

El día 16 de junio de 1802 las tropas españolas mandadas por el capitán general de Mallorca, Juan Miguel Vives, y las británicas, bajo la autoridad del general Douglas Clephane, formaron en la explanada de San Felipe para formalizar el traspaso de la isla. La bandera británica fue instalada en un cañón y llevada a bordo de un buque de guerra, sin llegar a ser bajada cuando la bandera española fue izada en San Felipe. El día 18 se acercó a toda vela un navío inglés con pliegos secretos para Clephane, ignorando que ya se había efectuado la cesión de la isla. Eran órdenes de no evacuar el territorio bajo ningún pretexto, pero llegaron tarde. Menorca volvió a la corona española,

aunque Gran Bretaña hizo lo posible por retenerla.

Cristina nació el mes de septiembre, y pese a la delgadez crónica de su madre, Constanza, y a su apariencia fragilísima, el parto fue rápido y feliz. Florián permaneció todo el rato a su lado, le estrechaba la mano y estaba más asustado que ella. La asistió la matrona Riutort, una mujer rolliza, de cabello rizado, que dormía con su perro, Nano, y que estaba muy acostumbrada a traer niños al mundo. No hay que desconfiar de las flacas, había dicho, sin dejar de sonreír en ningún momento, son capaces de parir como conejas. Se había puesto manguitos y parecía que asistía a una fiesta de matanza, pero mostró la niña con aire triunfal; tenía los ojos negros como azabache y parecía que incluso podía ver, con la cabeza poblada de cabello oscuro y los puños en la boca.

—Este angelito será una preciosidad —dijo.

Precisamente el bautizo de Cristina, que tuvo lugar en la que ya era iglesia de la catedral, sirvió a Severiano para hacerse una idea del modo de satisfacer su sed de venganza. Sentado en el primer banco vio cómo la niña era presentada en la pila bautismal por una mujer hermosa, cubierta con un velo negro, que estaba seguro de que era el espectro de Adaleis. Para colmo, el convite se celebró en la taberna del Asa, y Amalia cogió a la niña en brazos, vigilada por la sonrisa luminosa de la mujer vestida de negro, a quien acompañaba otra mujer imposible, la musa Azhar. Preguntó a Anselmo ¿quiénes son estas dos beldades? Pero Anselmo se hacía el longuis y decía ¿de qué beldades me hablas, tío Severiano? Como si no estuvieran allí, como si no las pudiera ver todo el mundo. Pero, en la euforia de la fiesta, quiso agarrar a Adaleis como hacía otro tiempo y se le fundió entre las manos. Estaba claro que era cosa de brujería. Después frecuentó muchas veces la taberna. Las veladas eran largas, y a veces montaban jaranas desmedidas en que no había rey ni roque ni tenían respeto por nada ni por nadie. Venían la Cica y la Quica, dos mujeres de mala vida que vivían en la calle de San Onofre, en una casa oscura como boca de lobo, y Amalia se juntaba con ellas, se soltaban las

cabelleras, completamente desnudas, cabalgaban a horcajadas el palo de una escoba y salían volando por la chimenea, pegando unos berridos ensordecedores. Entonces, mientras las tres mujeres se dedicaban a sobrevolar los tejados de Ciutadella, Anselmo volvía a servir vino, y resultaba claro que había puesto algo en el vaso y que todo el mundo veía visiones.

Ya tenía suficientes pruebas para denunciarlos al Tribunal del Santo Oficio, y no le sería difícil incluir a Constanza, porque era la mujer más hermosa y distante que conocía, y no daba su brazo a torcer. Pero con los ingleses no había Tribunal del Santo Oficio, y aunque todos temían a las brujas no se atrevían ni a tocarles un pelo. Pero Severiano confiaba que con el regreso de los españoles la cosa se arreglaría y restablecerían la Inquisición, aunque ya hacía tiempo que no se dictaban penas capitales. En Mallorca, en cambio, el Tribunal no había dejado de existir nunca. Ahora estaba ubicado en la Casa Negra, en pleno centro de la ciudad, y Severiano entró en contacto con Jaume el Inquisidor, que era un hombre muy alto y fofo, y se interesó por la reanudación de actividades en Menorca.

—Las cosas de palacio van despacio —dijo Jaume, y añadió—: a nosotros lo que nos preocupan son los chuetas. Si fuesen chuetas, bueno... pero brujas...

Chascó la lengua y cabeceó cuatro veces. Era como si ya viera quemar a los chuetas y las brujas.

La paz de Amiens lo había cambiado todo. No solo se habían paralizado las obras de fortificación, con lo cual muchísimos albañiles habían quedado sin trabajo, sino que el comercio propiciado por los ingleses mediante el puerto franco resultaba imposible y se habían de buscar nuevos contactos en los puertos españoles y franceses, de modo que dejaban de percibirse considerables impuestos de aduana, entre otros. También se redujo drásticamente la guarnición que defendía la isla, que quedó al cuidado de un solo batallón del regimiento Soria, y ya se sabe que una tropa numerosa suponía realizar grandes gastos y generar mucha riqueza. Para colmo de males

se implantó la Matrícula de Mar, que era un sistema de inscripción marítima en las tripulaciones de la Armada, de modo que dos mil hombres exentos de quintas y levas durante la dominación británica ahora eran movilizados y dejaban de contribuir a la economía de la isla. Puede decirse que el retorno del dominio español produjo tanta frustración entre los habitantes de Menorca que fueron muchos los que decidieron emigrar por falta de recursos.

Florián también sentía el deseo de marchar. Ya hacía dos años que no salía a ver mundo, y suspiraba por ponerse al día y recibir información directa de la actualidad. Francia se encontraba inmersa en las guerras napoleónicas, y él quería verlo todo de cerca, con la secreta intención de ayudar a los británicos. Solo le retenía en la isla el amor que sentía por Constanza y la niña Cristina, que casi acababa de nacer. Los chicos ya campaban por sus fueros. Anselmo era una especie de cacique desde la taberna del Asa, y Telmo se había presentado uno de aquellos días sin los hábitos de franciscano y tenía el aspecto de un hombre alto y cenceño, de rostro tan hermoso y semblante tan ponderado que casi no le había reconocido. Le había dicho cómo tú por aquí y él había respondido he dejado el convento. Florián había quedado confuso.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Me iré a Francia, a enrolarme en el ejército de Napoleón.

Florián tardó en reaccionar, pensó reconvenirlo y en todo caso hacerlo caer del lado de los ingleses, pero finalmente le dio su bendición, es decir, le proporcionó dinero y todos los contactos que tenía en Francia.

—Si quieres, le diré a Amédée que te acompañe.

—No hace falta, vale más que te acompañe a ti.

Telmo dejó escapar una sonrisa burlona, porque sabía que había acertado de lleno el punto débil de su padre, que tenía tantas ganas de irse como él.

—Vete enhorabuena, y que los dioses te protejan.

Fue Constanza quien notó primero la desazón en que ahora vivía Florián. Era una de las mujeres más dulces y bonitas del mundo. Tenía el cabello largo, lacio, brillante como si fuera de caoba. La piel era finísima, los ojos grandes y

soñadores, de mirar muy intenso, tanto que parecía leer el pensamiento. Los labios eran carnosos, succulentos como una fresa, y las cejas gruesas y muy marcadas. Era estilizadísima. Cuando se desnudaba casi le podías abarcar la cintura con las dos manos. Tenía la espalda huesuda, llena de relieves, que le ocasionaban brillos y sombras con la luz del crepúsculo o con las llamas del hogar. Los pechos, soliviantados por la maternidad, continuaban siendo pequeños, con dos medallones repujados que eran los pezones, de un ligero color marrón tostado. Florián la quería con pasión y desenfreno, y ella se abandonaba a sus brazos con una sonrisa plácida que le hacía olvidar todas las miserias de la vida. Uno de aquellos días, después del amor, le puso la cabeza sobre el pecho y le dijo:

—A ti te pasa algo.

—No me pasa nada.

—Mira, tú tienes tu vida, tus obras, y yo no quisiera ser un obstáculo a tu libertad de movimientos.

Fue cuando él se atrevió a confesar que se moría de ganas de irse a París, vigilar los pasos de su hijo Telmo y volver a ver a los amigos que le habían ayudado a encauzar sus primeros pasos de escritor.

—No tienes que explicarme nada —dijo Constanza—, yo te esperaré con Cristina y leeré todas las cartas que me mandes.

Se fue a París y Amédée esta vez no lo siguió. Tampoco vio a ninguno de los viejos amigos, ni pudo seguir el rastro de Telmo, que había salido con el ejército de Napoleón. Pero en la *librairie* de Monsieur Durand Neveu le fue presentado un célebre escritor francés, el *Vicomte* de Chateaubriand, que había publicado *Atala* y *René*, y tenía escrita otra novela situada en los parajes exóticos de los Estados Unidos, y aquella nueva amistad hizo pensar a Florián que había valido la pena separarse de los suyos y viajar tan lejos. Chateaubriand también había vivido en Londres y su última publicación, *Le Génie du Christianisme*[175], que era una apología de la fe cristiana, le estaba dando una fama definitiva. Lo invitó a su casa de la Vallée-aux-Loups[176],

que era una verdadera mansión situada en los Hauts-de-Seine[177], en las afueras de París y cerca de Versalles. Escribía en la Tour Velléda[178], en medio del parque, donde no lo estorbaba nadie, aunque aquello parecía más un palomar que una torre. Pero toda la casa era de un gusto refinado, con ventanales amplios y buhardillas en los tejados donde si no a escribir, Florián se sentaba durante horas a hilar sus pensamientos, empeñado como estaba desde hacía tiempo en escribir una novela fantástica en la que las mujeres fuesen generosas con sus encantos y los personajes transitaran por la vida y la muerte con la misma naturalidad de la musa Azhar, Adaleis o el fantasma de la señora Pillsbury que había conocido en la mansión Lockport. Influido por aquel ambiente sugestivo, Florián llegó a decir a Chateaubriand:

—*Ne serait-ce pas le cas d'avoir ici une chambre avec fantôme, une dame toujours jeune, belle et nue?*[179]

Chateaubriand se echó a reír. Era como una especie de dandi noble y también debía gustar de la fantasía, porque dijo:

— *Si tu veux une dame nue apporte-la-toi même, que mon peintre la peindra*[180].

Florián convenció a la hija de la lavandera de la *maison* Bonnepierre, que era fina y esbelta, y se desataba la cabellera, acomodada en el sofá del salón, para que *l'artiste*[181] la pintara desnuda como había venido al mundo, mientras los dos dandis jugaban al ajedrez en la mesita redonda del medio, y la miraban de reojo.

Entonces fue cuando Florián recibió una carta de Jeanne-Thérèse donde decía que no dudaba de que su estancia en Francia era muy provechosa, pero que no tardara en volver, si no quería que los suyos sucumbieran al peligro que corrían.

Naturalmente, Florián quedó muy inquieto.

En julio de 1803 llegó a Ciutadella el nuevo obispo, Pedro Antonio Juano, natural de Soria. Vino con la idea de castellanizar Menorca y re-cristianizarla, liberándola de la herejía de los ingleses, que él creía que habían contaminado a los menorquines. Hizo perseguir a los clérigos díscolos por colaboracionistas británicos, insultando de hecho a los feligreses que durante un siglo de dominaciones se habían mantenido fieles al catolicismo frente a la doctrina de los ingleses que, por cierto, nunca habían dejado de ser cristianos. Naturalmente, lo primero que hizo fue obligar a redactar en castellano las actas de los libros sacramentales, y después mandó llamar a un hervidero de misioneros, como si se tratara de convertir a un hatajo de indígenas salvajes. Entonces Severiano quiso aprovecharse de la situación. Se mezcló con la pandilla de los Micos, que hacían verdaderas barbaridades persiguiendo a los tontos, los vagabundos, los sospechosos de ideas anglófilas y naturalmente las mujeres de mala fama calificadas de brujas. Cada día organizaban batidas a pedradas fuera de las murallas, se emborrachaban y hostigaban a algún desdichado que si no palmaba quedaba muy mal parado. Todo eso además de maltratar de palabra y obra a vecinos respetables, a quienes afrentaban, y si discutían con ellos aún lo pasaban peor. Uno de aquellos días, antes de que Florián hubiera decidido dejar su exilio dorado en Francia, entraron en la taberna del Asa y empezaron a meterse con Amalia, que ya tenía un aspecto despampanante y que cuando vio que le tocaban el culo se dio la vuelta y dijo:

—Ráscame aquí delante que es donde me pica.

Y se armó la de Dios es Cristo. Le dijeron puta, mentirosa, que te tiras a la Cica y la Quica y tu hombre es el cabrón que lo consiente, que sales a volar de noche sobre el palo de una escoba y te acuestas con brujas en casa de Constanza. Hasta que Anselmo se acercó con mucha flema al joven deslenguado que llevaba la voz cantante, lo alzó en vilo y lo puso de patitas en la calle.

—No quiero volver a verte por aquí.

El otro se limpió los mocos y rezongó:

—Esto no va a quedar así.

Se llamaba Siles Totes y era un sujeto de corta estatura, cabeza redonda, boca repleta de dientes y mirada de perdonavidas que si se creía ofendido no cejaba en su empeño hasta vengarse con creces. Era un vándalo sin escrúpulos. Severiano lo había visto atrapar una serpiente en el hoyo de las brujas, por donde desaguaba la lluvia a través de la muralla, y metérsela en el pantalón como si tal cosa. «Te va a picar», le decían, y él: «Calla, que ahora me la está mamando». Y ponía los ojos en blanco.

Hacía poco, antes de que se marcharan los ingleses, él y unos cuantos de su calaña habían enterrado un burro en el cementerio inglés, y se había armado la Marimorena. Para colmo, aunque la ofensa era grande, los curas lo pasaron por alto, porque no podían sufrir a los ingleses. Sabían que había sido él, pero lo ocultaron como buenamente pudieron. La gente decía que quien se enfrentaba con Siles Totes tenía las de perder. Después, cuando se fueron los ingleses, empezó a transportar tabaco de contrabando de Mallorca para enviarlo a Cataluña. Naturalmente, Severiano le ayudaba en esas y otras ventas que hacía sin pagar derechos de aduana, lo cual había contribuido a afianzar su amistad, una amistad pernicioso. Lo malo era que, pese a que era feo como el diablo, Siles Totes se daba buena mano con las mujeres. Nadie, ni ellas mismas, sabía por qué, pero el hecho es que habría sido capaz de hacerlas comer mansamente de su mano. En una ocasión un oficial británico lo había encontrado en cama con su mujer, una señora de «mírame y no me

toques», y le había dado un ataque de nervios. Le había soltado todos los insultos que había aprendido en Menorca y lo había agarrado de la oreja para echarlo a la calle desnudo como vino al mundo. Pues bien, al cabo de cierto tiempo el marido había sido encontrado en la playa Grande ahogado, a pesar de ser oficial de marina y saber nadar como un pez.

—Que no te pase nada —había dicho Severiano a Anselmo.

Anselmo no había contestado. No le daba miedo. Se consideraba lo bastante hombre como para quitarse de encima a Siles Totes y a dos como él. Severiano lo había mirado con recelo, porque era un cobarde y no se atrevía a plantar cara a aquel energúmeno.

Tras las dominaciones británicas Mahón se había convertido en una ciudad burguesa y mercantil, mientras que Ciutadella era menestral y payesa. En Mahón había comerciantes, armadores, funcionarios y extranjeros; en Ciutadella se notaba un gran contraste entre las familias nobles y los burgueses hacendados, los artesanos y los payeses, y el estamento eclesiástico era omnipotente. La supresión de la Inquisición había propiciado la llegada de las ideas ilustradas, pero ahora se hablaba de volver a instaurar el Tribunal del Santo Oficio. Sin embargo, nada sería igual que antes de los ingleses, porque Menorca había entrado de algún modo en la modernidad. La tasa de natalidad era elevada, y la mortalidad infantil había menguado. En Alaior, en Mercadal y en Ferreries, la mayor parte de la población se dedicaba a la agricultura: labradores, aparceros, jornaleros que vendían su trabajo a cambio de unas monedas, operarios que levantaban paredes medianeras, propietarios de huertos, viñas... Las mujeres solían llevar jubón, falda negra, medias, zapatos de tacón alto y rebocillo; se ataban el pelo en una trenza, y los vestidos pasaban de generación en generación. Era una afrenta besar o tocar a una mujer, de modo que los excesos de Severiano resultaban diabólicos y no se los habría podido permitir de no haber sido el conde Flor.

Desde que le había prometido vengarse, Siles Totes había espiado los movimientos de Anselmo. Sabía que los jueves salía por el camino del norte

hasta Ses Fontanelles y regresaba de noche con el pescado que le vendían los pescadores en la misma playa. Solía montar en burro, y a veces Amalia lo acompañaba y se entretenían solazándose entre los matorrales, jóvenes como eran, libres y con muchas ganas de retozar. Escondidos tras la maleza, Siles Totes y cuatro de sus secuaces habían contemplado sus juegos amorosos, sin decidirse todavía a atacar. Pero era cuestión de tiempo. Estaban tan desprevenidos, seguros de sí mismos, y por lo demás llevaban tal carga de pescado que era una tentación poder vejarlos. Una tarde calurosa de agosto los rodearon mientras Amalia montaba encima de Anselmo, que estaba tendido de espaldas sobre un lecho de hojarasca. Agarraron a Amalia entre tres y querían introducirle una morena muertos de risa, mientras decían: «¡Toda, yo creo que con paciencia se la meteremos toda, ja, ja!». Anselmo se libró del facineroso que la atenazaba y se enfrentó a los otros tres mientras decía: «Huye, escapa ahora», y Amalia galopó a lomos del burro, despojando el animal de cualquier otra carga. Eran cuatro, pero Anselmo ya tenía a tres de ellos sometidos cuando el cuarto agarró una piedra colosal y le golpeó el cráneo hasta destrozárselo. Cuando Amalia regresó con los alguaciles ya era de noche. Lo buscaron a la luz de las antorchas y lo encontraron despatarrado, con los brazos abiertos y la cabeza aplastada. Ya no se pudo hacer nada, nada más que rezar por él.

Lo cierto es que entonces la Ilustración se había acabado en Menorca; el cambio era tan decisivo que incluso el escritor Joan Ramis y Ramis, autor de la obra de teatro neoclásico *Lucrècia*, disolvió la Sociedad de Cultura de Mahón y cambió el catalán por el castellano, por lo cual no es de extrañar que Florián aplazara su regreso y quisiera establecerse en Francia. Se imponía una corriente conservadora propiciada por los sacerdotes castrenses y demás clérigos que viajaban a la isla para «convertir» a los isleños, y el catalán quedó circunscrito a los conventos, a las escuelas municipales y a los maestros particulares. Por otro lado, la isla pugnaba por salir de la depresión económica, y los barcos menorquines llegaban incluso al Mar Negro en busca

de trigo. Amalia se vio obligada a juntarse con Bep Jena, el socio del marido vilmente asesinado, para poder tener un apoyo y educar a Ulises, que ya tenía dos años y daba muestras de ser tremendo, según decía la Queques, que aún lo criaba a sus pechos como si fuera un recién nacido. El niño cogía una sillita de enea y se sentaba ante la Queques, y la Queques reía y decía: «Si vuelves a morderme, te aseguro que cerraré la despensa y no vas a tener más teta ni cosa parecida». Tal vez por esto, por las advertencias alegres de la Queques, Ulises volvía a morderla con mayor malicia si cabía. Siles Totes seguía frecuentando la taberna del Asa, a pesar de que Amalia había esparcido la noticia de que era él quien había matado a Anselmo. Nadie había osado perseguirlo, y mucho menos Severiano, que seguía sentándose con la cuadrilla de los Micos para jugar a las cartas y procuraba perder para estar a bien con todos.

Solo Constanza, que era una mujer llena de entereza, reunió suficientes agallas para entrar un día en la taberna con un vestido de satén y zapatos amarillos, muy colorada bajo el rebocillo, y señalar a Siles Totes con un dedo acusador para decirle: «Mi hijo no descansará en su tumba mientras tú no pagues por su muerte ante la justicia». En seguida se produjo un silencio sepulcral. Severiano dejó las cartas sobre la mesa y se levantó para sujetar a Constanza por el codo y recomendarle que se fuera, mientras Siles Totes, sin desviar un punto la vista, replicaba: «Déjala hacer y gruñir como una marrana, que a todo cerdo le llega su sanmartín». Era el mes de septiembre; el bochorno del verano había dejado paso a un airecillo reparador que al atardecer invitaba a salir a tomar el fresco. Constanza solía dejar a Cristina a cargo de Marqueta, la nodriza, y se iba a pasear. Una vez se entretuvo contemplando una nube de estorninos como un velo negro ante el sol poniente y de detrás del portal de Sales le salió un ladrón que la dejó sin sentido de un garrotazo. Pasó la noche tirada junto al muro. Cuando despertó, ya era de día y tenía un chichón enorme en la cabeza. Se levantó como pudo y se fue a casa dando tumbos. Hasta que encontró a dos viejecitas que iban a misa primera no supo que estaba desnuda de pies a cabeza.

Pasó desnuda la calle de San Francisco y la calle que iba a la Puerta del Palacio hasta llegar a la plaza del Rosal, donde estaba su casa. Por fortuna no encontró más que a un fraile del convento de San Francisco, que era un hombre viejo y cenceño, con unas barbas blancas que le ocupaban todo el pecho, y al verla desnuda se santiguó y volvió a entrar en la iglesia a toda prisa. Cuando llegó a casa cerró la puerta y jadeaba, recostada en la pared. El corazón le latía muy deprisa, pese a que no había acelerado el paso en ningún momento. La nodriza dormía en la sala, junto a los carbones apagados de la chimenea, con Cristina en brazos, y procuró no despertarlas. Cuando se miró en el espejo de su habitación, ante el tocador, estuvo a punto de desmayarse. Su frente estaba tan hinchada que parecía tener dos cabezas, y su aspecto era monstruoso. Durante dos semanas se la frotó con manteca calentada con azúcar, hasta que bajó la hinchazón y la piel le quedó tersa como siempre. Entonces, llena de valor, se fue a la taberna del Asa, para encararse con Siles Totes.

Era una tarde de octubre, pero el cielo plomizo amenazaba lluvia y hacía tanto frío como en pleno invierno. Había fuego en el hogar, con butifarras que chisporroteaban sobre la parrilla y despedían un olorcillo que alimentaba, y Amalia servía aguardiente en las mesas, donde se jugaba a los dados en medio de gran griterío. El primero en catar su presencia fue Severiano que, desde que se habían ido los ingleses, se dejaba ver mucho por Ciutadella, y se levantó en seguida, la cogió por los hombros huesudos y le dijo: «No te busques problemas, aquí paz y después gloria». Pero ella, resuelta, increpó a Siles Totes y le dijo: «Devuélveme lo que es mío, hijo de mala madre». Siles Totes se echó a reír, lanzó los dados antes de incorporarse y dijo a Severiano: «Sujétamela bien fuerte». Acto seguido se bajó las calzas de un tirón, dispuesto a forzarla, pero esta vez Constanza estaba preparada y blandió un cuchillo. Siles Totes la besó, babeante, y Constanza sintió su aliento ardiente en toda la cara. Clavó con rabia el cuchillo y lo rodó con toda la fuerza que pudo. Siles Totes, que le apretaba el gatzate, abrió mucho la boca, como si le

faltara aire, y solo dejó oír un quejido finísimo. Sentía el tajo del cuchillo, que se abría paso destrozándole el hígado, pero en lugar de soltarlo apretaba cada vez más fuerte el cuello de Constanza, y los dos pusieron los ojos en blanco. Siles Totes cayó primero, porque Severiano aun sujetaba a Constanza, y no fue hasta que la soltó que cayó cuan larga era.

—¡Yo no he sido! —dijo Severiano.

Y se empeñaba en fingir un aire de inocencia.

Amédée había hablado con un marinero que pasaba la cuarentena en Cala'n Busquets, procedente de Constantinopla, y sabía que Florián había sido visto en Marsella, esperando para embarcar en el velero Bossa con destino a Mahón, de modo que cuando se enteró de su llegada fue a recogerlo en un carruaje ligero tirado por un caballo joven. Salió muy de mañana, pero cuando pasó por la plaza de la Picota hacia la calle de la Puerta de Mahón se encontró con Jeanne-Thérèse, que le pidió que la dejara acompañarlo. «*Pour moi tu peux venir, mais que dira Sévérien?*»[182]. Jeanne-Thérèse, que se tocaba con un sombrero de ala ancha, envuelta en un manto para abrigarse, sonrió y dijo que *malheureusement*[183] a Severiano no le importaba un bledo lo que ella hiciera o dejara de hacer. Era entrado el mes de octubre, pero hacía muy buen día. Amédée hablaba con el caballo, que tenía mucho ímpetu, y le decía poco a poco, lo acariciaba mansamente, poco a poco, pero a Jeanne-Thérèse no decía nada, porque mantenía la cabeza baja, la vista oculta por el sombrero, y parecía sumida en una profunda pesadumbre. Se detuvieron a comer en la posada de Es Mercadal y, cuando llegaron al puerto de Mahón, no les costó gran cosa sacar a Florián de la Isla de Cuarentena. Regresaron aquella misma noche, pero volvieron a posar en Es Mercadal para pasar allí la noche, pensando que de otro modo cuando llegaran las puertas de Ciutadella ya estarían cerradas. Después de cenar, Florián quiso estirar las piernas, antes de acostarse, y se hallaban en el patio, bajo un cielo tachonado de estrellas, envueltos por el gran silencio del campo cuando Florián se detuvo y preguntó, intrigado:

—*Voulez-vous me dire, une fois pour toutes, ce qui se passe?*[184]

Amédée y Jeanne-Thérèse se miraron antes de decir:

—*C'est ton fils et ta femme: ils sont morts*[185].

Hacía más de un año que Gran Bretaña había roto el tratado de Amiens y declarado la guerra a Francia. España estaba asolada por la carestía y la epidemia de fiebre amarilla y no podía arriesgarse a entrar en una nueva guerra. Entonces, poco después de que Florián hubiese regresado a Menorca y sabido de la muerte de Anselmo y de Constanza, Bonaparte, el Cónsul de Francia, quiso firmar un tratado de ayuda económica a sus campañas de guerra, a cambio de mantener la neutralidad. Florián, como es natural, estaba sumido en una profunda depresión ante la desgracia de su familia, pero aun así coincidió con Amédée en que aquella neutralidad no duraría, porque estaba claro que Inglaterra no podía respetarla y que ambos se verían en una situación delicada ante el gobierno de Londres, para el que siempre habían trabajado bajo mano. Amédée decía que estaban muy bien en aquella isla alejada de los centros de poder, olvidada como quien dice de la mano de Dios, y que no les convenía meterse en camisa de once varas. Florián, por su parte, no veía nada claro, porque estaba demasiado desconsolado por la pena. No podía pensar. Telmo luchaba con las tropas de Napoleón y pronto podría convertirse en enemigo, lo mismo que Amédée, que en buena ley era ciudadano francés, y por otra parte tenía a Cristina, la niña de un año, que había de criar como padre en ausencia de Constanza, cuya pérdida era terrible. Soñaba con Constanza cada día. La veía tan real que le parecía que podía palparla, hermosa como siempre, delicada, con aquellos ojos penetrantes cargados de bondad. ¿Cómo era posible que las cosas se torcieran de aquella manera? De pronto le faltaba

el apoyo de la mujer que amaba, y ya era la segunda vez que le ocurría; pero es que además se le había muerto aquel hijo, Anselmo, que estaba lleno de vida y de coraje. No podía pensar. Nada tenía sentido. Incluso lamentaba haber escrito libros y fantasías, haber buscado nuevas iniciativas literarias, mientras lo que más quería era sacrificado poco menos que al diablo.

No sabía qué hacer. Marqueta, la nodriza, se pasaba casi todo el día en casa cuidando a Cristina, pero era una mujer joven y tenía un marido alguacil y una familia a la que atender. Por suerte, cuando Marqueta tenía que marcharse, venía Jeanne-Thérèse, cuya ayuda resultaba inestimable; pero aquella era también una situación transitoria, porque al fin y al cabo se trataba de la mujer de su hermano. Por mucho que le hiciera compañía a altas horas de la noche, sus pechos no tenían leche si Cristina se despertaba, y las caricias que le dedicaba eran robadas a Severiano porque, aunque sus ojos dijeran que lo quería a él, que por él estaba dispuesta a dejarlo todo, tal cosa no era posible. Y no lo era, simplemente, porque él no estaba enamorado; no lo había estado nunca, y ella lo sabía, y el sufrimiento la roía por dentro. No sabía qué decisión tomar. Visitaba todos los días las tumbas de Constanza y de Anselmo, esperando ver su imagen ilusoria, como veía a veces a la musa Azhar; se arrodillaba para rezar y para pedirles consejo, pero no obtenía otra respuesta que un silencio horrible, un dolor punzante como una estocada. Hasta que un día, cuando regresaba a oscuras hacia casa, percibió un resplandor detrás de una columna, sintió una corriente de aire tibio en pleno invierno y supo de alguna manera que volvería a ver a Adaleis.

Cuando la tuvo ante sí cerró los ojos, porque estaba seguro de que soñaba pero, aun así, con los ojos cerrados, la veía igual. Estaba envuelta en un halo de luz, y su aspecto era todavía más hermoso que cuando estaba viva, con una cara de tanta felicidad que Florián, que no era muy creyente, pensó que era seguro que se había salvado y estaba en el cielo. Tenía el pelo largo, suelto, sin velo ni sombrero alguno, liso sobre los hombros, y Florián tuvo que admitir que aún estaba enamorado de aquellos ojos grandes, aquellas cejas

pobladas, aquellos labios sensuales y aquella cara ancha, con los pómulos marcados, que parecía hecha para sonreír. Llevaba un vestido de estilo imperio, de muselina, de cintura muy alta, largo hasta los pies y tan transparente que se le veía el cuerpo espléndido, con la perfección de los mejores años de la vida; pero no llevaba sandalias, sino que iba descalza, y sus pies eran tan blancos que Florián tuvo la tentación de agacharse a tocarlos para ver si eran de mármol. Pero no lo hizo. No hizo nada. Se limitó a mirarla, embelesado. Hasta que ella le dijo ven conmigo, con una sonrisa burlona, como si en realidad estuviera viva, y él se dejó llevar sin pensar siquiera que si le veían con aquella beldad creerían que era una cortesana que se había traído de Francia.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás.

Fueron a su casa, la casa de la plaza del Rosal donde habían vivido juntos y que después había compartido con Constanza, y se sintió incómodo por el hecho de haber sido feliz allí con otra mujer, y ella demostró que le leía el pensamiento, porque le dijo: «No te avergüences de haber sido feliz, que es lo que yo quería». Le dijo que cogiese a Cristina en brazos, bien abrigada, y la llevara al palacio del marqués de Arable, donde su padre, Don Juan de Dios, ya estaba avisado, y la marquesa, que era muy buena persona, se sentía ilusionada de poder adoptar a aquella criatura. Pero cuando traspasó el umbral del palacio, Adaleis se esfumó. «Solo tú puedes verme —dijo—, porque me ves con los ojos del amor». Florián sintió una inmensa tristeza de perderla de vista, tanta que tenía los ojos llorosos, y los marqueses creyeron que le desconsolaba el hecho de tener que dejar a aquella niña pequeña en sus manos. Don Juan de Dios, que ya tenía más de sesenta años, la cogió con sumo cuidado, y la marquesa le acariciaba con un dedo los labios y le decía una sonrisa, una sonrisita por el amor de Dios, pero la nena tenía un sueño profundo y solo hizo un par de cabezadas como si pugnara por despertarse y no pudiera.

—No te preocupes —dijo Don Juan de Dios—, para nosotros será como una hija.

Al salir, Florián buscó inútilmente a Adaleis. ¿Dónde había ido a parar tanta belleza? ¿Por qué no se le volvía a manifestar? Habría querido que viniera de la mano de Constanza, aunque ambas fueran de mármol, con la frialdad de la muerte en los labios. Pero no vinieron. Ni siquiera se presentó la musa Azhar. Cuando entró en su casa tenía un inmenso vacío en el corazón. Allí estaba Marqueta, que dijo:

—¿Dónde está la niña?

—Tendrás que ir a criarla a casa del marqués de Arable.

Durante los días siguientes se dio cuenta de hasta qué punto se había quedado solo en el mundo. Cada día iba a ver a Cristina, que se adaptaba bien al hogar de los «abuelos», gracias al amor que desbordaba la marquesa, a la bondad del marqués y a los buenos oficios de Marqueta, la nodriza. La hija le cogía el dedo índice y no lo soltaba, como si no quisiera dejarlo marchar, y a veces a Florián le parecía ver los ojos fulgurantes de Constanza en el espejo de la gran sala, como si lo vigilara todo desde las sombras con una sonrisa satisfecha. Después, cuando se hacía de noche y la niña dormía saciada de leche materna, se iba cabizbajo hacia su casa, sabiendo que la encontraría tan vacía que hasta el silencio le dolería en el alma. A veces venía Amédée y conversaban. Parecía que todo se había acabado, concluían, parecía que el oscurantismo que reinaba en España, contrastado con la Ilustración que representaban los ingleses, se había apoderado otra vez de la isla y había que retrasar el reloj de los tiempos, despertando la ignorancia y la superstición ancestrales de aquella tierra. Amédée le decía que ya no tenía nada que hacer allí, y él contestaba: «*J'ai une fille*»[186], pero Amédée replicaba que, si no se iba, se encontraría tan estrecho que incluso le faltaría el aire para respirar, y entonces él decía que cómo no se iba él también y Amédée decía, muy sensato: «*Moi je suis français, et la France est en guerre contre l'Angleterre*»[187]. Tenía que marcharse antes de que España entrara también

en guerra, tenía que regresar a Londres y combatir a Napoleón, que ya representaba todo lo que nunca habían querido, la falta absoluta de libertad.

—*Mais moi, j'ai un fils qui est avec Napoléon*[188].

Ante eso Amédée callaba. Él era soltero, no tenía hijos, pero se hacía cargo de lo que significaba encontrarse con la sangre de tu sangre luchando en el bando contrario.

Sin embargo, sabía que tenía que marcharse cuanto más pronto mejor.

En septiembre de 1804, Florián se hizo a la mar con rumbo a Lisboa, aprovechando que Portugal estaba a favor de los ingleses. Allí embarcó en la corbeta británica Medea, y cuando el mes de octubre llegó a Londres, una escuadra inglesa acababa de atacar por sorpresa a cuatro fragatas españolas que procedían de Montevideo. En diciembre Napoleón Bonaparte fue coronado emperador, y España declaró la guerra a Inglaterra. Florián había regresado al Parlamento y había reforzado su amistad con el conde Lockport hasta el punto de que ya se alojaba en su palacio de las afueras de Londres, donde en una de las habitaciones del ala vacía se hallaba el fantasma de la señora Pillsbury. Naturalmente, en primer lugar, había ido a visitar a la familia del mayor Loafer, en la Torre de Londres, pero había encontrado la casa vacía, porque el mayor había muerto y habían tenido que trasladarse a St. Martin's Lane, a un piso situado por encima del taller de un tapicero donde no cabía ningún invitado. Sin embargo, la viuda Loafer todavía lo invitaba a comer alguna vez, le solía hacer *leg of mutton boiled and capers*[189], es decir, muslo de cordero hervido con alcaparras, o *duck roasted and green peas*[190], pato asado con guisantes y de postres *blancmange*, que no era sino manjar blanco. Florián sabía que el mayor Loafer era un hombre jovial, cumplidor y de complexión fuerte, y cuando se interesó por su final la viuda dijo que la muerte le había sorprendido al pie del cañón, *he was found dead in the guard post*[191]. La pobre mujer tenía una lágrima bajo las pestañas, de modo que Florián creyó oportuno no insistir. Por lo que respecta al conde Lockport, Florián había estado tentado más de una vez de pedirle la llave de la

habitación de la señora Pillsbury, pero no se había atrevido, porque sabía que, si la visitaba, la sorprendería el aliento helado de la muerte y el espíritu de aquella mujer se hincharía como una nube podrida y le haría caerse de espaldas. O eso era lo que él imaginaba. Pero sentía un extraño deseo de entrar, porque también pensaba que podía encontrar en aquella estancia abandonada una vía para regresar al pasado y ver a Constanza rediviva, en todo su esplendor. Al final hubo de conformarse y renunciar a cualquier tentativa absurda de dar vida a sus recuerdos, porque en el Parlamento le confiaron la misión de ir a vigilar el avance de las tropas austríacas y rusas que en noviembre de 1805 estaban a punto de entrar en combate cerca de Austerlitz, en Moravia, con el ejército inferior en número de Napoleón. Sabía, por unas cartas que le habían llegado de manera tortuosa, que Telmo estaba en aquel ejército, y no quería tener que combatir con su propio hijo, de modo que pidió todas las excedencias posibles para no tener que ir.

—*You're committed to the government of His Majesty* —le dijeron —, *and must do your duty*[192].

Aquella noche soñó que mataba en combate a su propio hijo porque, aunque hubiera sido engendrado por Severiano, Telmo era su hijo y nada más que su hijo, y se despertó con los pelos de punta y una losa muy pesada sobre el corazón, como si su cuerpo fuera la tumba de todo cuanto quería.

Hacía solo un mes que la flota francoespañola, mandada por el vicealmirante francés Pierre Villeneuve, había sido derrotada por la armada británica, al mando del vicealmirante inglés Horacio Nelson, ante las costas de Gibraltar. Nelson, herido de muerte, se había convertido en un gran héroe para la Gran Bretaña, mientras que Villeneuve era capturado y conducido, junto con muchos barcos españoles y franceses, a Gibraltar. Las cosas iban mal para la coalición hispanofrancesa, puesto que aquella era una victoria muy importante para los ingleses, que también se habían procurado alianzas con Austria, Rusia, Nápoles y Suecia para combatir a Napoleón Bonaparte y acabar con la influencia militar francesa en Europa. En Menorca el gobernador Felipe Ramírez había hecho una purga de sospechosos de adhesión a la causa británica y había deportado personas principales como Jaume Pelegrí, vicario de Es Castell, el notario Francisco Preto, el abogado Nicolás Orfila —a quien llamaban el Diosecillo—, el cónsul de las Dos Sicilias Giuseppe della Motta, el fiscal Esteban Briones, el abogado Juan Triay, el también abogado Antonio Roca, el asesor fiscal Juan Font y el oficial en la reserva del ejército inglés Narciso Arguimbau. Amédée temía que le confiscaran los bienes, pero siendo todavía súbdito francés no le hicieron nada. Sin embargo, la guerra era perjudicial para el comercio isleño, porque dificultaba las comunicaciones marítimas, y la economía se resentía en gran manera de ello. Cerca de seis mil hombres de la tropa, mal pagados y hambrientos, causaban problemas a los payeses y a las autoridades civiles, armaban alboroto y cometían robos. Este

malestar se agravaba con la subida de las contribuciones, de modo que Severiano estaba de muy mal humor y Jeanne-Thérèse, que ya tenía más de cuarenta años, tenía que sufrir sus gritos y malos tratos. Pero callaba y decía: «Yo acepté esta cruz y tengo que aguantar». Sin embargo, cuando supo que la maldad de Severiano llegaba hasta el punto de denunciar a su propio hermano ante el gobernador, estuvo a punto de cometer dos disparates: el primero, matar a su marido mientras dormía; el segundo, darse muerte a sí misma y ahorrarse tanta vergüenza. Por fortuna no llegó a hacer ninguna de las dos cosas, y se limitó a escribir a Florián para avisarle de que si por un casual se le ocurría regresar a Ciutadella no encontraría casa, ni tierras, ni recursos de ninguna clase, y que su hija Cristina solo se salvaría de tanta desdicha gracias a la protección del marqués de Arable. Desgraciadamente Severiano interceptó aquella carta. Cogió a Jeanne-Thérèse por su cuenta y le estuvo pegando hasta que se acabó de comer toda la carta, de modo que la dejó muy mal parada, llorando con desconsuelo.

—*Ainsi tu vas le penser deux fois avant de me trahir à nouveau*[193].

Entonces Florián estaba muy acongojado por la perspectiva de tener que ir a luchar contra Napoleón, con la posibilidad de enfrentarse con su propio hijo Telmo. Por suerte ignoraba los tejemanejes de Florián en la isla de Menorca, donde había conseguido arruinarle y de paso dejar sin futuro a su hija Cristina. Si lo hubiera sabido, seguramente habría pedido una excedencia para regresar a casa, a pesar de la prohibición del gobernador que pesaba sobre su persona. Pero Severiano había hecho gala de una violencia inaudita y había obligado a Jeanne-Thérèse a comerse la carta con que le informaba, y la pobre mujer se había encontrado mal durante tres días, después de vomitar una masa amarillenta entremezclada con hilillos de sangre que preocupó mucho a Amédée. Amédée habría podido advertirle a su vez, pero no lo hizo, porque no quiso preocuparlo. Pensó que el tiempo pondría las cosas en su sitio, y que en todo caso habría tiempo de avisar a Florián en el transcurso de la guerra, de modo que decidió no decir nada mientras Cristina no estuviera en peligro

porque, aunque su herencia había sido confiscada, todavía contaba con la protección ventajosa del marqués de Arable. En estas circunstancias lo que hizo Florián fue remover cielo y tierra para no ir a Austerlitz, y tras muchas tentativas infructuosas vio el cielo abierto cuando el conde Lockport fue nombrado *Senior policy advisor for Asian affairs*[194]. En seguida acudió a él y le dijo:

—*You're my last hope to avoid going to the war*[195].

El conde Lockport sonrió, encantado. Había seguido de cerca el asunto de su comisión en Moravia, donde tenía a su hijo. Por otra parte, era un hombre bondadoso y dispuesto a hacer cualquier cosa por sus amigos, de modo que le dijo, sin ambages:

—*How about going to India?*[196]

—*To India?*[197]

—*Yeah, I'm going to India on a discovery travel. Discovery for me, of course; and I'd be proud to have you as my travel mate*[198].

Los ojos de Florián se encendieron de alegría y no tardó ni un segundo en decir que sí. En aquellos momentos habría aceptado no solo ir a la India en un viaje de exploración, sino al mismísimo infierno. Los dos amigos se abrazaron y en seguida empezaron a hacer planes. El conde Lockport dijo que habían de hacerse transportar con todas las comodidades posibles y que no habían de pasar ninguna clase de penalidades. Cuando eres viejo quieres que te lleven, dijo, que te expliquen todas las cosas, que te sirvan bien de comer y que te hagan pasar un buen rato.

—*When you're an old man you want to be carried, fed and taken care wherever you go*[199].

Florián dijo que él también procuraría cuidar en todo momento de aquel amigo tan generoso.

En marzo de 1805 Florián embarcó con el conde Lockport en un *East Indiaman* llamado Kernel. Los *East Indiaman* eran barcos de gran tonelaje que viajaban a cuenta de la East India Company[200], que comerciaba en gran

medida con las Indias Orientales y poseía tierras y ejércitos en Bengala, al noreste del subcontinente indio, bajo la aprobación del gobierno británico. Trataban principalmente en algodón, seda, índigo, sal, salitre, té y opio. Concretamente, el *Indiaman* en el que Florián y Lockport viajaban era un *tea clipper*[201] de casco airoso y palos altísimos, lo bastante armado para defenderse de los piratas y diseñado para llevar gran cantidad de carga en detrimento de su velocidad. El Kernel estaba provisto de cañones para poder plantar cara a cualquier barco de guerra napoleónico, y eran muy reales, no como en otras embarcaciones en que los pintaban en las troneras para poder intimidar a los posibles atacantes. El capitán era el comodoro Billy Flight, un hombre de mucha experiencia que en viajes anteriores había llegado a mandar una flotilla de tres *Indiamen* y que aseguraba que no habría corsario ni francés que osara ponerse por delante, y que en el caso improbable de que lo llegaran a hacer los dejaría como un colador antes de mandarlos al infierno. Era un hombre fornido, que gesticulaba mucho al hablar y que más que de inglés tenía aspecto de pirata bereber. Al oírlo, uno tenía la impresión de que era un bravucón, pero cuando Florián lo hubo tratado un poco se dio cuenta de que era inteligente, meticulado, además de optimista, y que de las situaciones peligrosas de las que había salido con bien se deducía que tenía mucha suerte.

Tenía tanta suerte que el Kernel llegó a Calcuta el mes de julio, tras cuatro meses de navegación, sin sufrir ningún incidente grave. En su periplo hizo escala en Lisboa, Arrecife de Lanzarote, Conakry, Accra, Luanda, Lourenço Marques, las islas Seychelles, Colombo en Sri Lanka y Madrás antes de llegar a su destino. Cabe decir que el conde Lockport se mostró tan alegre y amante de la buena mesa como el propio comodoro Flight, y que cada vez que hacían escala adquiría productos frescos para preparar platos exquisitos que cocinaba él mismo, usurpando los buenos oficios del cocinero, y que después engullía en compañía de los oficiales y amigos de a bordo, como si la suya fuera una comisión gastronómica. Florián también se demostraba buen comensal y compañero de festines, pese a que en la intimidad de su diminuto

camarote reflexionaba mucho sobre el infortunio de las mujeres que había amado y perdido, y de los hijos que había desatendido para lanzarse a la aventura. Daba también vueltas a la idea de escribir una nueva obra, encadenando realidad y fantasía a partir de los territorios exóticos que exploraban en aquella larguísima navegación. Fueron muchas las veladas en que escribió narraciones breves, con personajes indígenas y anécdotas mitológicas, pero por la mañana los rompía en cuatro pedazos, insatisfecho, porque no era aquello lo que buscaba, no era exactamente aquello...

En Calcuta remontaron el río Hoogly hasta los muelles que la Compañía de las Indias Orientales estaba construyendo, que según afirmaba el comodoro Flight, no tendrían nada que envidiar a los de Londres. El comodoro soltaba la risotada cada dos palabras y ponía tanto énfasis en lo que decía que se hacía difícil no creerle. Ahora dijo que Calcuta ya era la segunda ciudad del Imperio, y que pronto sería la octava maravilla del mundo. Por supuesto que, desde el carruaje ligero en que el conde Lockport y Florián fueron trasladados al antiguo palacio de la maharaní Jaina, donde tenían que alojarse, pudieron ver castillos y templos tan esplendorosos que empezaron a sospechar que Flight no había exagerado en absoluto. Aquellas cúpulas fastuosas, que brillaban como el oro cuando se disipó la niebla, parecían de cuento de hadas, y Florián intuyó por dónde podría transcurrir la obra que se proponía realizar, por un mundo de fábula lleno de indias esbeltas, de piel más nacarada que oscura, ataviadas con saris transparentes, que dominarían todas las artes de la danza y de la ilusión. Lástima que hubiera tantos miserables tendidos en medio de la calle, hombres lisiados con un pie descomunal y el otro cortado, mujeres con niños escuálidos que pedían limosna, medios seres humanos que se arrastraban sobre una tabla sirviéndose de los brazos, vacas infestadas de moscas, chiquillos que malvivían por su cuenta como los perros o los monos que saltaban sobre los tejados y hombres ricos como maharajás que se paseaban sobre elefantes o camellos mirando a todos desde la altura como si estuvieran más allá del bien y del mal. En cuanto llegaron al palacio de la

maharaní Jaina les salió al encuentro una nube de indios serviles que hacían reverencias y repetían «*Namasté*», juntando las manos con una sonrisa rendida, de modo que parecían incluso dispuestos a llevarlos sobre la palma de la mano a pesar de su delgadez. Florián averiguó en seguida que la palabra «*Namasté*» procedía del sánscrito y que significaba sobre poco más o menos «te saludo», que el hecho de inclinarse se decía «*mudra*» y que todo ello constituía un acto de grandísimo respeto hacia el recién llegado. Demasiado respeto, pensó, si esta gente no sabe ni quiénes somos, solo que venimos avalados por la compañía que domina la India.

El palacio de Jaina se reflejaba en las aguas del río con tal perfección simétrica que hasta daban ganas de zambullirse para ver si era ilusión óptica o si existía en realidad una construcción subterránea que comunicara con un mundo donde los sueños eran posibles. Florián resistió la tentación de sumergirse, por si las moscas, pese a que el calor bochornoso del verano hasta lo hacía aconsejable. Las habitaciones que les asignaron eran estupendas, forradas de mármol y de maderas nobles, y estaban profusamente decoradas según un gusto recargado, excesivo. Un sirviente los ayudó a deshacer el equipaje y a arreglarse, y bajaron a cenar al jardín, a la luz de las antorchas, entre baldaquines mosquiteros y flabelos accionados por hombres entecos, cargados de paciencia. Allí conocieron al teniente Gobernador de Bengala y a su esposa, una mujer muy remilgada, y les fue presentado Narayan, que ostentaba uno de los nombres del dios Vishnu, y que sería su guía mientras estuvieran en la India. Narayan tenía un padre rico y había recibido una educación distinguida, hablaba cuatro lenguas y tenía conocimientos de historia, mitología y astronomía. Era joven, robusto, de mediana altura y piel oscura, y cuando se descalzaba para entrar en los templos dejaba al descubierto unos pies pequeños, con algunos dedos encabalgados, como si se los hubieran estropeado adrede. Pero inspiraba confianza, tanta que Florián le preguntó un día si él también tenía cuatro brazos bajo la *kurta*, que era el nombre que daban a la camisa, y él respondió amablemente que ya le gustaría

tener el poder de Vishnu, protector del mundo, con sus cuatro brazos.

Entonces, una de aquellas noches, Florián despertó sudoroso al oír tres golpes en la puerta. Fue a abrir envuelto en una bata de seda y se encontró con una mujer de piel blanca como la nieve, con los labios y los ojos muy pintados y con un punto entre las cejas que simbolizaba el tercer ojo, el ojo de la sabiduría, el ojo que todo lo ve. Vestía telas finas, que sugerían la perfección de su cuerpo, y tenía cuatro brazos que movía como una araña.

—Yo soy la maharaní Jaina —dijo cuando hubo entrado.

Pero Florián reconoció su voz y se echó a reír, porque sabía que era la musa Azhar.

—Ya te echaba de menos —dijo Florián—. Dime, ¿por qué no has venido con Adaleis y Constanza?

Azhar le llenó de luz con su mirada, pero no contestó, al menos no a su pregunta.

—Tienes que viajar hasta la ciudad de Agra —le dijo—, aunque tengas que ir solo, y conocer el Taj Mahal.

—¿Por qué?

—Porque en la historia de amor del emperador Shah Jahan y la favorita Mumtaz Mahal encontrarás la clave para escribir las historias fabulosas que te rondan por la cabeza.

Aquella noche, y muchas noches después, Florián terminó dando vueltas y más vueltas a las palabras de la musa Azhar, y tratando de escribir historias fabulosas. Redactaba siempre nuevos borradores, pero había algo que no marchaba, y al amanecer siempre los desechaba. Hasta que otra noche la musa Azhar volvió a comparecer, esta vez en toda su belleza, decidida a inspirar a Florián de manera expedita. Se movía con tanta voluptuosidad que Florián hubo de contenerse para no echarse encima como si fuera una odalisca. De hecho, llevaba un vestido anaranjado, lleno de bordados y flecos de oro, que delataba la perfección de sus formas, pero es que además iba descalza y tenía los pechos al descubierto, con los pezones pintados de alheña bajo dos

diamantes que relucían como el sol. Los labios eran de un rojo intenso, realzados con diminutas piedras preciosas, igual que los párpados, delicadamente maquillados. Florián la encontró tan hermosa que olvidó el amor perdido de Adaleis y de Constanza, dio por bueno el odio que Severiano le había tenido toda su vida y se dijo que la musa Azhar era su madre verdadera, su amante y su única razón de vivir. Ella, que debió de leerle el pensamiento, sonrió complacida, y se desplazaba con movimientos estudiados que imprimían a sus pechos desnudos un balanceo suave, mortificante.

—Voy a contarte una historia —dijo, sin dejar de sonreír de manera arrebatadora—. Hace muchos años yo era una princesa mora. No te asombres de la blancura de mi piel ni del color claro de mis cabellos. Los moros siempre han robado princesas nórdicas para convertirlas en reinas, aunque sea de sus harenes. Pero mi padre me amaba con delirio y me buscó un príncipe apuesto y ágil como un caballo blanco, enamorado como las olas del mar de la luna blanca. Aquel príncipe me regaló mi peso en oro, y prometió que por mi amor haría cualquier cosa que le pidiese, y yo solo le pedí una cosa: que por mi amor se tenía que matar.

La musa Azhar tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¿Y... se mató?

—Sí... Mi padre me condenó a vagar por los sueños de los hombres, hasta que diera con uno que volviera a amarme como aquel príncipe a quien yo no supe amar.

Florián ya no pudo resistir más. Se amorró a los pechos de Azhar y le arrancó los diamantes con los dientes. Ella suspiraba, llena de gozo y sufrimiento. La besó en los labios, incrustados de piedras preciosas, que ella en seguida acopló a los pezones de Florián, provocándole, si es que ya no la tenía, una rabiosa erección. Acto seguido ella oprimió con aquellos labios increíbles el contorno de su sexo excitadísimo, y él estuvo a punto de perder el conocimiento.

Cuando abrió los ojos ella ya no estaba. Se había esfumado. Pero Florián ya

sabía cómo tenía que escribir su obra de fantasía.

Florián expresó al conde Lockport su voluntad de ir a Agra para conocer el Taj Mahal, atraído por la historia del emperador Shah Jahan, que lo había hecho construir como tumba de su esposa favorita, Mumtaz Mahal. Se lo dijo mientras desayunaban copiosamente en el jardín, a la vista de una arboleda de tecas de tallos finos y muy altos que poblaba las colinas detrás del palacio. Al principio el conde no hizo el menor caso; siguió comiendo y comentó que era deplorable que en aquel país hubiera tantos pobres que no tenían nada que llevarse a la boca, mientras ellos se daban la gran vida. «*But we haven't come here to make the revolution.*[202] —Sonrió, y en seguida dijo—: Agra, ¿tú sabes dónde queda eso? *We'll be at least one month on the way...*». [203]

Florián sabía que le encantaba la aventura y que, a pesar de que quería asegurarse la comodidad del viaje, el hecho de que calibrase las posibilidades quería decir que ya estaban poco menos que en camino. En efecto, al cabo de una semana salían de Calcuta hacia el noroeste, pero viajaban en un carruaje digno de un maharajá, lleno de ventanales protegidos con cortinas de seda, como si fuera un salón sobre ruedas, con literas y servicio, tirado por dos elefantes descomunales. Se detenían en todos los pueblos del trayecto y comían como reyes, bebían agua fresca en las fuentes y a la hora de dormir los siervos tendían mosquiteros con los que también solían cubrir la letrina portátil cuando Lockport había de hacer sus necesidades. Viajaban con tanta parsimonia, con tanta impedimenta que Florián hasta tenía su mesa, provista de recado de escribir, donde pasaba las horas interminables del trayecto

redactando la que ya creía que sería su obra maestra, a la que había puesto por título *La reine du Ganges*[204], porque después de Agra quería que el carruaje le llevara a Benarés, para conocer la esencia del budismo y ver cómo quemaban a los muertos a orillas del río. Escribía con un dedo de tinta en el tintero, para que el traqueteo del carro no la derramara, y su caligrafía sufría las consecuencias de las idas y venidas y resultaba sumamente temblorosa. Pero trabajaba de manera febril, incluso cuando menguaba la luz y había de servirse de velas hechas con la nata de leche de vaca sagrada, como si quisiera que todos los dioses de la India le fueran favorables. Había hallado el hilo conductor de la narración en la historia de Azhar; la protagonista del libro era una princesa caprichosa, hija de un rey que la había condenado a escuchar el relato de un nuevo amante cada noche, hasta que ella, que había menospreciado el amor del príncipe Nimai y le había causado la muerte, encontrara el amor verdadero que habría de redimirla. De este modo las fábulas se encadenaban una con otra, y ningún pretendiente conseguía despertar el amor de la princesa Alisha, y el lector se preguntaba si al final habría alguno capaz de enamorarla y librarla de su condena. Era la misma pregunta que se hacía Florián: si entre todos los dioses del mundo habría alguno que fuera verdadero, o si la muerte era solo la mayor de las miserias.

Se dirigieron a Agra hacia el mes de septiembre, cuando el efecto de los vientos monzones ya debería de haber pasado, pero aun así la lluvia los acompañó durante las últimas jornadas, una lluvia torrencial que no dejaba ver el camino, totalmente inundado, y que hacía pensar incluso en la posibilidad de convertir el carruaje en una barca bíblica y afrontar un diluvio universal. *I wouldn't really mind the rain, if it really served to relieve the heat*[205], decía el conde Lockport, pero el calor bochornoso se dejaba sentir igual, como si lloviera agua caliente. Tenían que cerrar las persianas del carruaje, y Florián escribía en la penumbra, oyendo el tintineo insistente de la lluvia sobre el tejado, los bramidos de los elefantes y aquel viento que parecía que iba a arrasarlo todo. En aquellas circunstancias, la primera visión que tuvieron

de Agra fue la de una ciudad de cobre, recién lavada por los elementos, reflejada en una laguna provisional, de modo que los carros y viandantes chapoteaban en la calle mayor como si cruzaran las aguas poco profundas de un río. Hacía pocos años que Lord Lake había entrado en la ciudad y la había convertido en una fortaleza, sede del gobierno de las provincias del noroeste, de modo que tuvieron una buena acogida, instalados en el mítico fuerte de Agra, donde Shah Jahan había vivido su historia de amor con Mumtaz Mahal, que le había dado 14 hijos antes de que el menor, Aurangzeb, matara a cinco de sus hermanos y le confinara a él en la torre, a la vista del Taj Mahal, que había hecho construir como tumba de su esposa. Así, en días sucesivos, Lockport y Florián recorrieron todos los palacios de la ciudad, pudieron contemplar la amalgama de estilos árabes e hindúes que cada maharajá imprimía a las construcciones, los colores rojizos como el cielo dorado del crepúsculo, o el blanco purísimo del mármol, según las preferencias de los soberanos, y las infinitas incrustaciones en arabesco debidas a la voluntad de los gobernantes y a la paciencia de miles de súbditos que debían de haber empeñado sus vidas encajando aquellas estructuras fastuosas.

Tratados a cuerpo de rey, Lockport y Florián visitaron las ciudades más destacadas que quedaban hacia el sur y las que quedaban hacia el norte. Viajaban en el carruaje tirado por elefantes, y al ser las distancias tan considerables tardaban semanas en llegar de un punto a otro, y permanecían en las ciudades durante meses. En Khajuraho, Jaipur, Fatehpur Sikri, Orchha o Delhi visitaron tantos Palacios que Florián ya no sabía dónde se hallaba, y Lockport se hacía llevar en *rickshaw*, tomándose todo el tiempo del mundo y convidando a comer o a cenar hasta a los hombres entecos que tiraban de los carritos como si fueran bestias de carga. Hacía sentar a su mesa, como si fueran personajes principales, hombres de piel morena, labios delgados y bocas desdentadas, con turbantes desastrados en la cabeza, que se sentían cohibidos y hacían muchas reverencias, como si en realidad comieran en presencia de un monarca. Todo eso antes de ir a Benarés, donde Lockport

quería contemplar las ceremonias de incineración a orillas del Ganges y dar fe de que en uno y otro lado del mundo el hombre estaba tan determinado por la incógnita de su origen y destino que se resignaba a mal vivir y mal morir y a llevar el peso de una existencia miserable pensando que podría perpetuarse de algún modo en el más allá.

De todo cuanto vieron, de todo cuanto sintieron antes de ir hacia el río sagrado, nada impresionó tanto a Florián como la historia de Shah Jahan i Mumtaz Mahal, cuyos espectros encontró una noche bajo los arcos del antiguo mercado donde se habían conocido. De pronto era mediodía, el sol llenaba de luz el patio y proyectaba las sombras de los arcos en el suelo, haciendo brillar tanto las baldosas de la parte iluminada que deslumbraban y obligaban a desviar la mirada. Muchos pies iban descalzos y no todos eran oscuros, sino que los había blancos como la leche. Los turbantes de los hombres combinaban con las fachadas rojas de los edificios, y las mujeres se cubrían con burkas negros que no dejaban ver más allá de los ojos. Aun así, Shah Jahan, que era un príncipe apuesto, de mirada inquieta, se enamoraba de las pupilas vivísimas de Mumtaz, que discutía acaloradamente con él por un quítame allá esas pajas, que llegaba a enfadarse tanto que se descubría el rostro, y entonces el príncipe quedaba hechizado por su belleza. Porque el rostro de Mumtaz, su piel blanca, sus cabellos largos relucían como si estuvieran hechos de la materia de las estrellas. Desde aquel día ya no había paz en el corazón del príncipe, no podía haberla hasta que no poseyera aquella doncella, haciéndola su esposa principal. Florián vio cómo recorrían juntos el camino de la vida, que era como un río de resplandor; Shah Jahan engendraba un hijo cada año, hasta contar catorce de ellos, y el tiempo, en lugar de apagarlo, encendía cada vez más su amor. Hasta que Mumtaz moría en el último parto, a causa de una hemorragia que teñía de rojo las aguas de los estanques. Pálida como la cera y vestida de velos bordados de platino, revivía en la muerte para recorrer las fuentes que llevaban al fastuoso Taj Mahal, que parecía, efectivamente, un diamante con cuatro minaretes bajo la niebla,

completamente tallado en arabescos, como un telón de fondo imposible que llevara a las puertas del paraíso.

Florián aprovechó esta imagen para incorporarla a su obra, y cuando leyó el capítulo correspondiente al conde Lockport, él le dijo:

—*Remember me when you are translated to all the languages in the world*[206].

A Florián le pareció una exageración, pero Lockport insistió diciendo que sí, que no le cabía duda de que pronto aquella obra sería traducida por todo el mundo.

Cuando fueron a Benarés, la ciudad sagrada a orillas del Ganges, ya era el mes de enero de 1807. Con las dificultades que ofrecía el camino, el carruaje tirado por dos elefantes iba prácticamente al paso de un hombre, y aunque solían hacer ocho horas de trayecto, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde, tardaron quince días en recorrer la distancia que separa Agra de Benarés. El nombre oficial de Benarés es *Varanasi*, y entonces ya se habían construido las escaleras de piedra llamadas *ghats*, por las que a la hora del alba bajaban hombres y mujeres a purificarse en las aguas del río Ganges. Según el hinduismo, quien muere en Benarés queda librado del ciclo de las reencarnaciones, y la costumbre indica que deben incinerarse los cadáveres a orillas del río en una ceremonia que para los creyentes supone la despedida del alma en su último viaje hacia la liberación. Florián contempló con el conde Lockport los rituales nocturnos y matutinos junto al río sagrado, y lo cierto es que ambos fueron presa de un fuerte escepticismo. Lockport se hizo servir platos succulentos tanto por la noche como por la mañana, fuertemente sazonados con las especias de la India, y mientras contemplaba el espectáculo de la vida y la muerte iba diciendo ande yo caliente y que diga la gente, pronunciando el castellano de manera desastrosa. «*Pride feels no cold*»[207], dijo Florián para corresponder a la cortesía que el conde había tenido con la lengua española, y Lockport rio sin dejar de comer a dos carrillos. Pero el hecho es que a Florián se le ponía la piel de gallina viendo cómo cuatro

hombres escuálidos, vestidos de colorines y tocados con turbantes llamativos, transportaban sobre las espaldas una camilla de bambú con un cadáver tapado con una tela igual de sugestiva. Aquel hombre estaba tan flaco que no debía pesar casi nada; debía de ser puro esqueleto, seguramente porque no tenía gran cosa que comer, no tenía, como quien dice, dónde caerse muerto; y sin embargo sus parientes, o sus amigos, le habían amortajado en la camilla y lo llevaban a quemar al río, para que hiciera su último viaje hacia la felicidad. Florián se preguntó qué clase de felicidad era la que le esperaba a aquel cadáver incinerado y sintió un tremendo vacío interior. Aquella gente, que tenía millones de dioses, también esperaba una felicidad incierta después de la muerte, igual que la esperaban los faraones egipcios instalados en sus pirámides fastuosas, lo mismo que los cristianos cuando creían abandonar una vida libre de pecado para llamar a las puertas del paraíso. ¿Qué clase de paraíso podía haber después de la muerte? Florián chascó la lengua y el conde Lockport lo miró de hito en hito, con un dejo de ironía, y repitió, con su acento deplorable:

—Ande yo caliente y ríase la gente.

Caminando por callejones estrechos, repletos de viandantes, de perros que se comían la mierda que encontraban, vieron a un mono muerto, amortajado con el característico sudario de colores, y sintieron un escalofrío de asco. Alguien entendió aquella mueca de repugnancia y se escandalizó. «Claro — pensó Florián—, si crees en la reencarnación este mono podría haber tenido un alma humana», y negó con la cabeza mientras pensaba que para los animales tampoco había paraíso.

En el mes de marzo de aquel año de 1907 embarcaron de regreso hacia Londres en el mismo barco que habían venido, el Kernel. El viaje volvió a ser muy largo y tuvieron que hacer muchas escalas, pero Florián apenas se daba cuenta de la realidad, porque por poco que lo permitiera el tiempo, los vaivenes de la nave o las acometidas de los piratas, pasaba muchísimas horas puliendo *La reine du Ganges*, encadenando fábula tras fábula, hasta que al

final la princesa Alisha comprendía que el único amor de su vida era el que tenía más cerca, el príncipe Nimai, a quien en un principio había rechazado, provocando la condena de su padre. Pero el príncipe Nimai se había suicidado por culpa de su desdén, y ahora el amor resultaba del todo imposible. En la obra aparecían muchos personajes fantásticos inspirados en el fantasma de la señora Pillsbury, pero cargados de sensualidad como la musa Azhar, y contenía además la esencia del amor que para Florián habían representado Adaleis y Constanza.

—Pero la gente, después de leer tantas páginas, querrá un final feliz —dijo el comodoro Billy Flight, que por lo visto también entendía de novelas.

—Traicionaría la esencia misma del amor y estropearía este libro si le pusiera un final feliz —dijo Florián.

—*But people want a happy ending!*[208] —insistió el comodoro.

—*Maybe, but I don't care*[209].

De este modo, casi sin advertirlo, pasaron los meses, y hacia octubre entraron sanos y salvos en el puerto de Londres.

Aquel mismo mes de octubre las tropas francesas mandadas por el general Junot entraron en España y cruzaron a marchas forzadas el país hacia Portugal. Napoleón había hecho un planteamiento muy astuto de aquella marcha y las tropas tomaron posiciones en las ciudades importantes para derrocar a los Borbones y colocar en el poder a su propia familia. Cuando Florián dejó Londres para regresar a Menorca las noticias que llegaban eran más que alarmantes, y como había decidido pasar por París para publicar *La reine du Ganges*, a medida que se enteraba de los hechos violentos allá abajo tenía el corazón en vilo, adivinando que iba a acabar en una guerra casi fratricida. El día 2 de mayo se produjeron los alzamientos de Madrid y se desencadenó la revuelta popular que temía Florián. En tales circunstancias, con el libro recién publicado bajo el brazo, precipitó su regreso a Menorca para estar con su gente. Antes, sin embargo, quiso comprobar que Telmo no figuraba entre las bajas de la batalla de Austerlitz, y cuando supo de buena tinta que había

sobrevivido y que había sido ascendido a suboficial lo buscó por todo París. Desgraciadamente la búsqueda le llevó a l'Hôtel-Dieu, situado en la orilla izquierda de l'île de la Cité^[210], donde fue recibido por un médico de modales prudentes que le habló del heroísmo de su hijo, que efectivamente había llegado a mandar un pelotón que había proporcionado días de gloria a la patria y que estaba a punto de marchar hacia España cuando sufrió reiteradas crisis de epilepsia, a causa de una herida en la cabeza, que acabaron llevándolo al hospital.

—*Tout ça c'est très bien, mais moi je me contenterais seulement de le voir*^[211] —cortó Florián.

El médico, que era un hombre bajito, un poco calvo, de movimientos lentos y de una amabilidad a prueba de bomba, hizo un gesto displicente con la mano y encargó a una monja que lo acompañara por unos pasillos que quedaron en la memoria de Florián como los más tristes y fríos del mundo. La monja tenía un gran aire de candor, rechoncha, con cara de santa y una verruga en la frente; abrió la puerta de una habitación desnuda, de paredes blancas que reflejaban la claridad de una claraboya, y allí, sobre un lecho esquelético, tapado con una sábana, le mostró el cadáver de Telmo, que tenía cara de hombre, Florián se sorprendió de hasta qué punto tenía cara de hombre, pero que había muerto la noche anterior en medio de un ataque de epilepsia al golpearse la cabeza con la bañera en la que le administraban baños de agua caliente. Florián se santiguó pesadamente y no fue capaz de decir ni una sola palabra.

—*La mort, en particulier la mort d'un fils, est un triste spectacle*^[212] —dijo la monja.

Florián tenía un nudo en la garganta y demasiadas lágrimas para contestar.

A pesar de los éxitos que había conseguido en vida, se sentía un perfecto desgraciado en las relaciones familiares, y cuando a finales de aquel mes llegó a Menorca este sentimiento de fracaso aún se le agravó al enterarse de que le habían confiscado el patrimonio y que su hija Cristina estaba como quien dice de patitas en la calle.

A finales de marzo de 1808 habían llegado a Menorca noticias del motín de Aranjuez y de la abdicación de Carlos IV en Fernando VII, mientras las tropas francesas se desplegaban por la península. Las noticias de los hechos del 2 de mayo en Madrid no llegaron hasta mediados de mes. Decían que el pueblo se había amotinado, oponiéndose a que marchara el rey, y las tropas francesas habían matado a mucha gente, siguiéndose la represión ordenada por el general Murat y las abdicaciones de Bayona, que habían convertido a Napoleón en soberano de España y a su cuñado en regente. El día 1 de junio, la tropa de Mahón se sublevó contra la proclamación de Napoleón como soberano, y el día 24 Fernando VII era reconocido como rey en el transcurso de una ceremonia solemne. Menorca quedaba en el bando patriota, y el gobernador interino, Domingo Mariano Traggia-Uribarri, miembro de la Junta de Defensa de Mallorca, decretó que los puertos de Menorca sirvieran de refugio a los barcos ingleses en la guerra contra Napoleón. Cuando Florián fue a verlo se encontró con un hombre de unos sesenta años, de cara delgada y modales sobrios como un retrato del Greco, que le dijo que su nombre sería redimido y sus posesiones devueltas si participaba activamente en la lucha por la independencia, de modo que decidió partir hacia la península para participar en combate contra los franceses, a pesar de su fama de afrancesado y del hecho de que la primera edición de *La reine du Ganges* se había agotado en poco tiempo.

Durante más de dos meses Florián había tenido que refugiarse en casa del

marqués de Arable, donde había sido recibido como un hijo. Entonces Cristina era una niña de tan solo seis años, con unos ojos grandes, llenos de vida, el cabello largo, sedoso, y la barbilla perfecta, pero ya daba muestras de una inteligencia clara y tanto por sus razonamientos como por su aspecto parecía mucho mayor de la edad que tenía. Jeanne-Thérèse había puesto a Florián al corriente de los asuntos cotidianos, con un brillo en los ojos que denotaba sus sentimientos intactos. Pero no se lo había dicho todo, porque al fin y al cabo Severiano era su hermano y Florián tenía tendencia a perdonarlo; sin embargo, parecía estar claro que aquel marido perverso le hacía pasar las de Caín. Ahora tenía una amante joven, Ágata, hermosa donde las hubiera, y se la restregaba en la cara en todo momento, como si quisiera recordarle su decadencia de dama marchita por el paso del tiempo. Pero Florián pensaba que Jeanne-Thérèse se conservaba muy bien, y de algún modo era consciente de que tenía un carácter admirable. Al igual que Amédée, ella había tenido que declararse públicamente contraria a Napoleón, pero ambos lo habían hecho de corazón, porque sus sentimientos nunca habían sido favorables al emperador. Ulises, el hijo de Amalia y Anselmo, tenía tan solo un año más que Cristina, pero parecía ser todo lo contrario de ella. Tenía una pandilla de amigos y él actuaba como jefe y dirigía sus voluntades, a veces con fechorías crueles que se convertían en batallas campales a pedradas, y ya había acompañado a tío Severiano al burdel donde Ágata, que era de una belleza suave, lo acogía en brazos como si fuera su hijo.

—Si tienes que hacerme un hijo, quiero que sea como este —decía Ágata a Severiano.

—Si te hago un hijo será para poder robarle la leche de tus pechos.

Así era Severiano, despiadado hasta las últimas consecuencias. Florián pensaba que estaba hecho de alguna materia insensible al sufrimiento de los demás, que de algún modo le gustaba infligir daño, pero no quería expresar estas sospechas porque creía que sería como darles categoría de verdad, sobre todo si las comentaba con Jeanne-Thérèse, que era la víctima preferida de su

hermano. Pero Jeanne-Thérèse era demasiado lista como para no intuir sus pensamientos.

—Si tú quisieras, solo si tú quisieras...

Jeanne-Thérèse no acababa nunca la frase, y el hecho es que Florián prefería que no la acabara.

Uno de aquellos días, antes de partir hacia la península, Florián se encontró con Severiano cuando salía del burdel de la calle San Juan. Estaba oscuro, pese a que era una apacible noche de verano; en el cielo no se veía más que la lucecita de Venus, encendida como un farol solitario, y por la calle pasaba un perro medroso, sin amo que pudiera protegerlo. Florián no reconoció a su hermano hasta que lo tuvo delante, y por los zigzags con que se desplazaba y el aliento espirituoso que despedía se adivinaba que había bebido. Se apoyaba en una figura desconocida que apenas podía con él, una mujercita que se esforzaba en mantenerlo recto y hacerle callar. «¡Oh, pero si es mi hermanito, ven aquí, hermanito, que eso hay que celebrarlo! ¿Cuánto tiempo llevábamos sin vernos, diez años?». Florián se vio obligado a seguirlo al interior del burdel. Detrás de la puerta se abría un recibidor con baldosas pintadas de almagre, una escalera con pasamanos marrón que llevaba a las habitaciones y puertas que comunicaban con la cocina y el salón, donde había una serie de sillas arrimadas a la pared, con una tarima en medio, como si estuviera preparada para un recital de fandango. Severiano pidió una botella de aguardiente a Gaspar Aitana, que era un mentecato y hacía de todo en el prostíbulo, desde traer leña para quemar hasta sujetar a las putas cuando lo requerían clientes especiales, o bien lamerles los bajos cuando se trataba de calentarlas, motivo por el cual le llamaban el lameculos. Severiano blandió la botella y dijo: «¡Bebamos, hermano, porque al fin y al cabo tú y yo somos hermanos!». Florián aceptó mecánicamente el tazón, porque ya no veía ni oía a su hermano, no tenía ojos más que para la mujer que lo acompañaba. Era de piel tan fina que parecía de porcelana, tenía los ojos de un verde esmeralda intenso y el pelo muy negro; estaba delgada y llevaba un jubón rojo bajo el

rebocillo, además de la falda y las alpargatas. Florián quedó encandilado por su mirada. Tenía los ojos tan pintados, los labios tan carnosos... Severiano dijo: «¿Te gusta? Si te gusta, te la puedo regalar». Soltó la risotada y faltó poco para que se cayera. Ella dedicó a Florián una leve sonrisa. Severiano le arrancó el rebocillo de un tirón y los pezones se le marcaban bajo el corpiño, sobre unos pechitos que se adivinaban duros como piedras, enmarcados por unos hombros que debían de ser escuálidos y muy frágiles. Ella lo miraba fijamente, sin una pizca de timidez, como si ya lo conociera de toda la vida. Se llamaba Ágata.

Florián volvió a verla unas cuantas veces más. Parecía que Severiano lo buscara para presumir de ella, parecía decirle: «Ya ves, todo lo que tú deseas es mío». Lo más terrible era que, a pesar de estar con Severiano, ella lo miraba a él con unos ojos que decían muchas cosas. Florián no quería embarcarse en aquel galanteo, no quería volver a tener nada que ver con ninguna mujer. Pero reía cuando pensaba en ella. Cerraba el libro que leía, apagaba la vela, y en la penumbra de la noche de verano se le aparecía la imagen de la musa Azhar, que tenía una sonrisa muy dulce en los labios, rojos como cerezas en almíbar.

Una noche regresó al burdel de la calle San Juan. Encontró a Severiano a punto de caerse de la silla. Ágata le dijo: «Si en algo quieres a tu hermano, llévalo a su casa». Era extraño que se lo dijera precisamente ella. Lo ayudó a subir al coche del marqués de Arable y lo llevó al palacete del conde Flor. Jeanne-Thérèse lo estaba esperando despierta. «Esto lo hace muchas noches», dijo. Dijo que él sabía que no podía beber y que, si seguía así, acabaría mal. Lo acostaron, con ayuda del servicio. Antes de marcharse, Jeanne-Thérèse lo retuvo por un brazo. Lo miró de hito en hito y parecía que decía: «Ya sabes hasta qué punto te quiero».

—*Il est tard, je dois m'en aller*[213]...

—*Dis-moi, est-elle très jolie?*[214]

—*Qui?*[215]

—*Agathe*.^[216]

Florián pensó que sí; él la encontraba muy guapa.

—*Oui*.

—*Est-ce que tu l'aimes?*^[217]

Florián no contestó; salió diciendo buenas noches.

Pero se la encontró dentro del coche del marqués, arrebujada en la sombra. ¿Cuándo había subido? Le rodeó con los brazos y le parecía estar en el cielo. Quería resistirse, pero fue débil y cedió. Dijo al cochero que diese una vuelta... Hacía siglos que no había hecho el amor con tanta urgencia, con tanta complacencia. Porque lo de la musa Azhar no había sido amor, sino fantasía literaria, como el erotismo de *La reine du Ganges*. Cuando la dejó ante el burdel de la calle San Juan, ella lo miró con una sonrisa prodigiosa. Parecía que iba a decirle las cosas más bonitas que pueden decirse entre un hombre y una mujer, pero le dijo:

—No te hagas ilusiones; estoy enamorada de tu hermano y por él haría cualquier cosa.

—Claro...

Florián hizo seña al cochero de que se alejara.

El mes de agosto partió en un barco inglés hacia Portugal, con la intención de integrarse como oficial médico en el ejército de quince mil soldados ingleses dirigidos por Sir Arthur Wellesley. Tuvo tiempo de asistir a los heridos en las primeras batallas con las que el ejército inglés se hizo fuerte, antes de que Napoleón en persona entrara en España por el país Vasco, con doscientos mil soldados de refuerzo, mientras otro ejército mandado por el general Saint Cyr acudía a ayudar a la guarnición francesa de Barcelona. Desgraciadamente, Florián tuvo ocasión de comprobar de primera mano los abusos y saqueos a los que se sometió a la población civil, tanto por parte de los franceses como de los aliados, y el mes de julio de 1809 estaba presente en la batalla de Talavera de la Reina contra el rey José Bonaparte y el mariscal Víctor, cuya victoria mereció a Sir Arthur Wellesley el título de

vizconde de Wellington, pese a que solo tenía cuarenta años. El mes de marzo de 1810, estando acuartelado con las tropas de Wellington en Torres Vedras, Florián se enteró del incendio de Manresa, ordenado por el mariscal francés McDonald cuando oyó las campanas de las iglesias convocando a somatén; decían que en el desastre habían ardido centenares de iglesias, casas, fábricas y hospitales. Entonces Florián ya había conocido la derrota y las privaciones, había tenido que operar de modo improvisado a muchos heridos y enterrar a muchos muertos, algunos de ellos soldados casi adolescentes, otros cadáveres de pobres mujeres que se ofrecían a la lujuria de los veteranos y perdían la vida en el empeño. El monstruo del hambre imperaba sobre los pueblos abandonados, las industrias echadas a perder, los cuerpos colgados al sol y el valor de los patriotas malgastado en un tufo de podredumbre. Después llegó la noticia del saqueo de la ciudad de Tarragona. En marzo de 1812, en plena guerra de la independencia y en ausencia del rey, las Cortes de Cádiz proclamaban la Constitución en la que se promulgaba la separación de poderes, se concedía libertad de imprenta, se anulaba el orden estamental y se declaraba libertad de producción, tráfico, comercio y precios.

—¡Ahora podré publicar *La reina del Ganges* en nuestra lengua! —exclamó Florián, extrañamente eufórico en medio de tantas miserias.

Nadie le entendió, ni siquiera cuando lo dijo en inglés.

Aún tuvo ocasión de mesarse los cabellos con desespero cuando presencié el saqueo de Badajoz, de asistir a la batalla de Arapiles, cuando Napoleón retiró efectivos para destinarlos a la campaña de Rusia, y de entrar en Madrid el mes de agosto junto con los guerrilleros del Empecinado y del Médico. En diciembre Napoleón se retiró de Rusia con *La Grande Armée*[218], habiendo incendiado Moscú, con la derrota instalada sobre las espaldas de sus menguadas tropas. El 4 de mayo de 1814 el rey Fernando VII suspendía la Constitución y disolvía las Cortes de Cádiz. Cabe decir que cada vez que Florián veía a una mujer en la tienda de enfermería, ya fuera joven o vieja, viva o muerta, recordaba los ojos crueles de Ágata, cuando con una sonrisa

burlona le había dicho que no había nada entre ellos dos, porque solo amaba a Severiano y sería capaz de dejarse hacer cualquier cosa por él. También sufría alucinaciones cuando veía a hombres de rostro distinguido destripados por las bayonetas o mutilados por la metralla; le parecía que todos tenían la cara de Ágata, todos tenían pechos de mujer, todos le decían, a veces con lenguas que colgaban de un hilo, que no le importaban lo más mínimo, que solo querían a Severiano y que por Severiano se dejarían hacer todo aquello y mucho más. Hasta que cerraba los ojos y en la penumbra rojiza de la sangre volvía a ver la figura excelsa de la musa Azhar que le decía: «No es nada, esto no es nada, respira, ya estás mejor, respira, ¿verdad que ya estás mejor?»

—Sí.

En Menorca la población se vio afectada por la crisis económica y sometida a la demanda continua de dinero para costear la guerra. Pero los jóvenes no tuvieron que ir al frente, porque la isla estaba exenta de reclutamientos a quintas. En febrero de 1810 llegó la orden de convocatoria a Cortes y la elección se hizo en Es Mercadal con sermones patrióticos que alteraron los ánimos. El pueblo se manifestó por las calles con pasquines subversivos, pensando que era una convocatoria a filas. En Mahón hubo alborotos en el ayuntamiento, desfondaron muebles, rompieron cristales, se apoderaron de armamento del cuartel, atacaron dependencias del gobierno y almacenes de aduana y quemaron documentos. Después la revuelta se propagó a todas las poblaciones de la isla, y solo en los meses siguientes la tensión fue aflojando y se consiguió el puerto franco. Pero en Mallorca fue ejecutado, a modo de escarmiento, Juan Mercadal, a quien llamaban el Capitán la Broma, y a partir de octubre la represión fue más dura. En abril de 1811 el gobernador interino impuso nuevos funcionarios, encerró a algunas autoridades y en noviembre ordenó que todos cuantos tuvieran mercancías en la isla desde que se había abolido la aduana habían de satisfacer los derechos correspondientes bajo pena de confiscación. En 1812 se registró una reactivación económica debida a la llegada de refugiados de la península y a la reanudación de intercambios

comerciales. La Constitución de 1812 fue muy celebrada por la Universidad de Mahón y se hizo un donativo de quince mil duros. La aplicación de la Constitución significó la desaparición de los tribunales de la Gobernación, la Bailía General y las locales, además de la pérdida del derecho público foral. De pronto las actas municipales se redactaban en castellano, de modo que cuando Florián volvió a Ciutadella, el verano de 1814, ya tenía traducciones de *La reine du Ganges* a casi todas las lenguas del mundo menos a la suya propia, el catalán. Los refugiados peninsulares habían regresado a casa, los barcos británicos zarparon rumbo a Inglaterra y los liberales fueron detenidos y encerrados por la restauración absolutista. El país estaba destrozado, en bancarrota, y menudeaban las declaraciones de independencia de los territorios americanos.

Florián fue rehabilitado, le devolvieron casa y haciendas y su nombre figuró entre los héroes de la guerra. Quiso llevarse a Cristina, pero se dio cuenta de que después de doce años de vivir con los marqueses de Arable la niña consideraba a aquellos dos viejos venerables sus verdaderos padres, y pensó que tendría que buscar otro modo de rehacer su vida. Entonces comprobó que había envejecido. Tenía la piel del cuello un poco floja y la barba blanca. El tiempo no pasaba en balde. Amédée y Jeanne-Thérèse también se habían marchitado, aunque ella tenía aspecto de señora muy fina. Recordó el amor perdido y volvió al huerto del canal, propiedad del marqués de Arable, donde en tiempos había sido feliz con Adaleis. El entorno no había cambiado en absoluto, y aquello lo sorprendió. Todavía había laureles y árboles frutales, la casita estaba encalada, el borrico daba vueltas en torno a la noria y la alberca parecía un lago escondido entre el cañaveral, llena hasta los bordes de agua verde donde croaban las ranas. No faltaba más que Adaleis, cuya figura espléndida, joven, intacta, emergió de pronto del agua, con el pelo liso chorreando, brillante, al sol. Cuán cruel era la imaginación, que se la hacía ver desnuda, lozana, como cuando la había conocido. Ahora la abrazaría y sería impalpable, porque estaría hecha de humo. Pero la abrazó y sus pechos le

mojaron la camisa. Era como algo muy tierno que le hiciera latir deprisa el corazón. Rodaron por tierra, despreocupados de si podían verlos. Se unieron en un beso infinito, y Florián se bajó las calzas de un tirón y la poseyó a empellones hasta fundirse en un río de amor caliente, de amor líquido. ¡Qué dulces eran sus suspiros! ¡Qué verdes sus pupilas!... Solo más tarde se dio cuenta de que no era Adaleis. No podía ser Adaleis, ni tampoco podía ser Constanza, porque ambas estaban muertas.

Era Ágata.

—Vengo todos los días a nadar en la alberca.

—¿Vendrás mañana?

Al día siguiente a primera hora Florián ya estaba en la casita del Canal, apuesto y pulcro como buen enamorado. Empujó la puerta y se dio cuenta de que estaba abierta, aunque en el interior había un cierto olor a cerrado. Entornó las persianas y dejó penetrar una tenue luz favorable a las figuraciones. Sentado en el banco de piedra, junto al hogar apagado, tuvo tiempo de pasar revista a sus recuerdos: Adaleis, con su alegría pegadiza; los hijos muertos, que hasta parecía mentira que hubieran existido, como también lo parecía que el tiempo hubiera pasado tan deprisa; y después Constanza, que representaba todo cuanto de sublime pudiese tener el amor. Le pareció verla aparecer en el umbral de la puerta, su silueta recortada al contraluz. Delgadísima y silenciosa, resignada como siempre, hermosa sin saber que lo era. Le pareció que venía a agacharse junto a él, que le ponía la cabeza sobre las rodillas y le miraba con una dulce sonrisa en los ojos vivísimos. Pero Constanza también estaba muerta. Quien había venido, puntual a la cita, moviéndose, ligera, sin decir palabra, era aquella mujer joven, acaso veinte años más joven que él, que sin embargo parecía idolatrarlo, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas como si fuera un viejo amor, un amor de toda la vida. Era Ágata. Volvía a ser Ágata. Le bajó las calzas con sus dedos largos y muy blancos y sus labios rojos —¿qué debía de ponerse para que fueran tan rojos?— buscaron, diestros, su miembro. Sin decir una sola palabra. Su cabeza bajaba y subía, los cabellos oscuros tapándole la cara, como si afirmara reiteradamente que lo amaba, lo amaba, lo amaba...

Después la estrechó entre los brazos y todavía permanecieron un buen rato sin decir nada. Hasta que Florián comentó:

—No sé si voy a poder más. Ya no soy un jovencito.

—Da igual —dijo ella, estirando aquellos labios increíbles en una sonrisa.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué me amas?

Ella se encogió de hombros y él pensó que tenía razón. ¿Qué explicación existe para el amor? Ninguna. Lo sentimos o no lo sentimos, sea o no sea recomendable. Incluso lo sentimos cuando es imposible.

Los encuentros con Ágata en la casita del canal se prolongaron durante todo aquel verano en que Florián perdió la noción del tiempo y de la realidad, prisionero en una burbuja de amor puro, de amor ideal que le tenía atrapado con una fuerza irresistible. Ya no le importaba nada. Casi no iba a ver a Cristina en casa del marqués de Arable, no le afectaba si le decían que Ulises era un golfillo que recibía la influencia perniciosa de Severiano, el conde Flor, ni tampoco creía que pudiera hacer nada si Amalia, la viuda de su hijo Anselmo, también frecuentaba el burdel de la calle San Juan y se llevaba, como quien dice, trabajo extra para casa, para la taberna del Asa, que ahora regentaba Bep Jena, con quien estaba amancebada. Se sentía tan ausente de todo que habría podido repetir con Jesucristo que su reino no era de este mundo. En efecto, Jeanne-Thérèse, que siempre lo había querido bien, llegó a encararse un día con él, en la penumbra de la casa de la plaza del Rosal, que asimismo tenía medio abandonada, y le dijo: «¿Pero en qué mundo vives?». Le dijo que toda la ciudad hablaba de sus amores ilícitos con Ágata, que no era más que una mujer de la vida y le tenía sorbido el seso. Era como un títere que ella manejaba a su antojo, solo por la fuerza de una cara bonita, de unos pechitos enhiestos y de un sexo fácil. Florián comprobó que estaba muy alterada, considerándola con ojos de cordero degollado.

—*Combien de choses à me reprocher!*[219]

Jeanne-Thérèse pareció serenarse. Estaba tan turbada que todavía inspiró y expiró aire por el pecho unas cuantas veces antes de poder hablar con más

calma.

—*Je te veux bien. Tu sais que je ne veux que ton bien!*[220]

Sí, Florián estaba seguro de que aquella mujer no le quería ningún mal, al contrario, siempre le había querido bien, incluso pasando por encima de su hermano Severiano, que era al fin y al cabo su marido. Fingir no estaba en su naturaleza, pero con ella aún podía fingir menos que con nadie, de modo que le dijo:

—*C'est l'amour, tu sais? Il n'y a rien à faire, je ne peux rien faire d'autre que l'aimer*[221].

Aquí ella agachó la cabeza, y sintiendo ahora una gran paz interior dijo:

—*Je comprends*[222].

Se dio la vuelta y se fue por donde había venido.

Florián pensó que tenía razón, que estaba cargada de razón. Ágata no era más que una putita que lo tenía encandilado. Era como si le hubiera hipnotizado, como si le hubiera dado una droga fatal que no era otra que la droga del amor. No podía pasar un día sin verla. Contaba las horas para ir a encontrarse con ella. Incluso tenía ganas de mudarse a la pobre casita del Canal. Instalarse allí con ella. Vivir del aire, pero del aire que ella respiraba. Pensó que debía correr tras Jeanne-Thérèse y decirle que tenía razón, que lo ayudara a salir de aquel trance antes de que perdiera en él algo más que su voluntad. Lo pensó, pero no movió ni un dedo para hacerlo. Quedó sentado en la penumbra, imaginando la figura placentera de la amada, la luz que parecía irradiar, su belleza abrumadora. No hizo nada. Tampoco hizo nada cuando fue Amédée quien vino a desaconsejarle aquel amor poco menos que aniquilador. Se plantó delante de él y lo miraba en silencio. Era la hora de la siesta, y Florián estaba repantingado en el canapé, pensando en ella. Aun así, a veces el cerebro lo incitaba con estímulos de rebeldía, le decía tú eres un hombre hecho y derecho, has visto muchas cosas, ¿cómo es posible que te dejes caer en este estado de dejadez? ¿Cómo puede ser que no te entusiasmen las críticas favorables de tu libro, el eco que la obra suscita por todas partes? ¿Cómo se

explica que, siendo admirado por tus conciudadanos, tú te tengas en tan poco? Entonces él sonreía humildemente y se contestaba a sí mismo en voz alta:

—Todo eso ya lo tengo, y solo el amor no lo he tenido nunca.

—*Cette fois tu ne vas pas l'avoir non plus, du moins pas avec cette Agathe*[223].

Era Amédée quien había hablado, después de haberlo estado observando un buen rato, absorto, completamente inmóvil. Tenía el sombrero en la mano, como si fuera un soldado que se le hubiera cuadrado esperando órdenes. Las manos, por cierto, las tenía llenas de manchas y de venas sinuosas. Tenía el cuello más viejo que él, por mucho que quisiera disimularlo con un lazo vistoso, y el cabello le escaseaba en la cabeza. Florián pensó que, de no haber tenido el pelo crespo, se le habría notado más la calvicie progresiva. «Nos estamos haciendo viejos», le dijo, y él sonrió con ternura y admitió que sí.

—*Nous sommes trop vieux pour ce jeu, pour l'amour*[224].

Florián rio y dijo:

—*Tu viens aussi me gronder?*[225]

—Voy a hablarte en plata: no vengo a regañarte, vengo a abrirte los ojos. Intentar abrirte los ojos. Esta mujer, Ágata, no te conviene. Sé que no me harás caso, porque el amor te ciega. O lo que tú crees que es amor. Yo he visto cosas. No es la primera vez que he visto cosas y siempre había callado, para no herirte, pero después me ha sabido mal porque las consecuencias han sido terribles, y esta vez, aunque me pese, no callaré. Esa mujer no te conviene. Aun diría más: esa mujer no te ama.

—¿Qué cosas has visto?

Amédée bajó la cabeza. Se notaba que tenía un nudo en la garganta. Se veía que hacía un esfuerzo terrible para hablar. Hasta el punto de que tuvo que regresar al francés:

—*Lorsqu'elle te quitte elle s'en va au bordel pour se livrer aux bras d'un seul client, ton frère*[226].

Florián habló muy despacio, con la vista baja, como si cada palabra le

pesara una infinidad.

—No me importa si se va al burdel con mi hermano —dijo—, mientras me quiera.

—*Cette femme ne t'aime pas. Elle aime ton frère*[227].

Florián creía que todos se oponían a su amor, y se decía que, aunque todos se opusieran, daba igual, el amor tenía que ser suyo. Entonces se presentó Adaleis. Fue la noche del segundo sábado de septiembre. Ágata había permanecido en sus brazos hasta más allá del toque de queda, y si se había ido, ya noche cerrada, había sido contra su voluntad. Él habría querido que permaneciera allí toda la noche, no solo aquella, sino todas las noches que le quedaran de vida. Se habría contentado con mirarse en sus ojos, ambos unidos por la luz de una sonrisa. Habría tenido suficiente con contemplarla, sin hacer nada más. Pero ella había acabado por levantarse, remisa, del lecho, vestirse poco a poco, no sin antes pasearse semidesnuda ante sus narices para darle dentera. Después se habían vuelto a besar, en la puerta de la calle, mientras oían la campanilla del viático que sonaba en el silencio, porque un sacerdote iba a dar la comunión a un moribundo. La había visto marchar de espaldas, más allá de la luz amarillenta de la esquina. Luego había subido al terrado a contar estrellas, y se había dado cuenta de que no había ninguna.

—¿No te da vergüenza, acostarte con esa mujer en nuestra cama?

Era la voz bien timbrada de Adaleis. De pronto la tenía delante y detrás, pero también a los lados. Empezó a bajar, pero volvió a encontrársela en la escalera estrecha del terrado. Llevaba una camisa blanca bajo un jubón negro. Con una mano abría las puertas, pese a que él sabía que podía atravesarlas, y con la otra sujetaba la palmatoria. Se la veía tan hermosa como cuando era doncella, pero tenía mucha cara de tristeza. Tenía la cara más triste que le había visto nunca. Le dijo: «Tienes que dejar a esta mujer. La muerte interrumpió mi vida antes de hora y me he quedado aquí velando por ti. Le dijo Constanza era una buena mujer, pero esta es una mala pécora.

Florián prefirió no contestar. Se metió en la cama, pero ella se acostó a su

lado y con la luz que desprendía su cuerpo no lo dejaba dormir. Aquí empezó un calvario interminable, porque cada noche Adaleis la convertía en día y Florián no conseguía pegar ojo. Hasta que le dijo:

—Déjame en paz, ¿qué puedo hacer para que me dejes en paz?

—Olvida a Ágata y me alejaré.

Pero Florián no quería renunciar a Ágata ni al amor senil que le hacía sentir. Le parecía que era su última oportunidad de creer en algo, de no acabar de perder la ilusión. Entonces todavía fue peor, porque Adaleis pasaba las noches aullando de dolor y despertaba a todo el vecindario. Cuando Florián quería taparle la boca no podía, porque como aparición que era estaba hecha de niebla. Llegó a pensar que tendría que matarla, pero ¿cómo se mataba a un espectro que ya estaba muerto?

La siguiente vez que se le manifestó tenía preparada la pistola y le pegó un tiro en plena cara, pero fue como lanzar una piedra contra su imagen reflejada en las aguas de un lago y Adaleis se echó a reír. Entonces buscó ideas para matar espectros en los libros que tenía en casa y no encontró nada que le satisficiera. Pensó pedir a Jeanne-Thérèse que le dejara consultar los volúmenes que había ido coleccionando a lo largo de toda su vida, pero al no querer despertar sospechas, desistió, y tampoco pidió consejo a Amédée. Sin embargo se fue a Mahón a ver a Joan Ramis, el hombre que había fundado la Sociedad de Cultura de Mahón, y aquel erudito cargado de bondad, que ya tenía casi setenta años, le dijo que los espectros eran fantasías propias de la nueva manera romántica de ver el mundo, llena de fogosidad y simpleza, muy alejada de la sobriedad clásica, pero que como debía saber existía un cuento de los hermanos Grimm titulado *Die zwei Brüder*[228], en el que una bruja moría tiroteada con botones de plata en lugar de balas. Florián quedó pensativo. Se fue a casa, fundió la tapa de un azucarero de plata y la metió en un molde para hacer una bala que después tuvo que limar para que encajara en el cañón de su pistola. La introdujo con pólvora y taco de papel, la apretó con la baqueta y cuando Adaleis volvió apuntó a su corazón y disparó sin dejar

que dijera una sola palabra. La bala atravesó el espectro, dio en la pared y rebotó sobre las baldosas del suelo. No le hizo nada, pero Adaleis quedó desconsolada, y dijo con mucha aflicción:

—Ahora veo que no me amas, porque has querido matarme como si fuera una bruja. Si ya no quieres ni siquiera conservar mi recuerdo, significa que mi destino aquí ha acabado y me puedo marchar de este mundo. Ya no volverás a verme.

Se desvaneció y no volvió a aparecer nunca más.

Pasaron muchos días. Florián perdió la cuenta, porque vivía fuera de sí, siempre esperando que Ágata entrara por la puerta, que el servicio les ofreciera una comida frugal, con un vino ampurdanés al que añadían polvo de mandrágora, para que resultara afrodisíaco. Siempre acababan acostados, pero Ágata siempre se probaba vestidos que habían sido de Adaleis o de Constanza, los mejores que encontraba, y solía prescindir de los velos bordados que cubrían el pecho bajo los escotes generosos, de modo que la visión de sus tetitas desnudas enardecía al pobre Florián tanto como la droga del vino y llegaba a pensar que estaba haciendo el amor no con una Ágata, sino con muchas al mismo tiempo, una bajo su cuerpo, otra colgada del baldaquín, otra dentro del espejo que había sobre la chimenea, otra pegada detrás de la puerta, otra encaramada sobre una columna, y así sucesivamente, otra, otra y otra, y todas le daban amor, amor, amor... Pasó un mes hasta que otro sábado de octubre quien vino no fue Ágata, sino Constanza. Iba descalza, con el cabello suelto, y llevaba un vestido largo a la moda inglesa, hecho de tela muy fina, con bordados de lino, bajo el cual parecía evidente que estaba desnuda. Dijo:

—He venido para quedarme aquí, me beberé tus besos de mandrágora, me materializaré en tu lecho, seré el ángel de tu casa, pondré al servicio en su lugar correspondiente y nunca más chismorrearán de tus encuentros prohibidos. Te devolveré el amor perdido de Cristina, seré tu almohada, tu reposo, leeré todos tus libros, pero no debes volver a ver a Ágata, porque no

te quiere.

Florián le acarició una mejilla y era suave y tibia como si estuviera viva.

—¿Cómo lo haces?

—Es la fuerza del amor la que me hace revivir, pero si tú no me correspondes yo también desapareceré para siempre.

Florián agachó la cabeza. Estaba enamorado de Ágata y le pedía un imposible. Constanza se puso muy triste. Poco a poco se fue apagando de tristeza.

—Adiós, adiós amor mío y suerte —le dijo, y acabó de extinguirse como la llama de una vela.

Ya no regresó nunca más.

Después de que Florián hubiese desoído las reconvenciones de todos los que le querían aconsejar sobre sus relaciones con aquella jovencita, Ágata, el objeto de su amor ideal, irreflexivo si se quiere; después de haber despedido definitivamente a los espectros de Adaleis y Constanza vino una época de silencio total, de ausencia de visitas y apariciones, en la que ni siquiera se le manifestaba la musa Azhar y que parecía la calma que precede a la tormenta. Pero no habría tormenta, se decía Florián, no habría más que el fragor del amor desbordado, si Ágata continuaba mostrándosele favorable. Pero el hecho era que ella también había espaciado sus visitas. No se dejaba ver con tanta frecuencia. Florián contaba las horas con pesadumbre, y cada vez eran más largas. Parecía que quisiera hacerlo sufrir, que quisiera hacerse valer, tal como le decía Amédée, que continuaba siendo su amigo incondicional, pese a ser contrario a aquel amor obsesivo. Jeanne-Thérèse, por su parte, le decía: *«je suis désolée de le dire, mais cette fille joue avec toi et tu ferais bien de contrôler tes sentiments»*[229], incluso le aconsejaba que no le mostrara interés, que la tratara simplemente como a una amiga, porque de otro modo lo vería venir y se burlaría de él. Entonces palidecía, y alguien que no hubiera estado tan ciego como Florián, tan ajeno a la interioridad femenina de la propia Jeanne-Thérèse, se habría dado cuenta de que tenía que imponerse a sí misma para ayudarlo a conquistar el corazón de aquella hermosa desaprensiva que era Ágata, porque ella lo había querido siempre y a pesar de que ya estaba en plena edad madura todavía le adoraba. Pero el hecho era que cuando Ágata

se dignaba finalmente a aparecer, Florián daba la espera por bien empleada, aunque se tratara de muchos días, y corría a abrazarla sin pensarlo un segundo, la levantaba en vilo, rodaba con ella alrededor de la sala y la besaba sin ningún reproche, sin dejarle decir palabra, y sus cuerpos se unían en un ardor más intenso que el fuego del hogar que casi les chamuscaba los miembros con su calor. Después le leía todos los poemas que había escrito en su ausencia, sin darse cuenta de que ella no captaba aquellas palabras apasionadas porque no tenía ninguna clase de formación ni sabía leer ni escribir. Pero lo escuchaba, o hacía como que le escuchaba, con una dulce sonrisa que lo tenía hipnotizado. Hasta que le aseguraba que por ella sería capaz de cualquier cosa, y ella replicaba:

—Yo no sé lo que te podría pedir.

—Tú dilo que yo lo hago.

Ella volvía a reír, y Florián quedaba fascinado en la visión de sus dientecillos bien alineados y brillantes como perlas. Lo cierto es que estaba perdidamente enamorado.

Para llenar las largas ausencias de Ágata, Florián se dedicó a edificar el caserío de su posesión de Las Encinas. Se trataba de una finca de secano que extendía sus tierras hasta el mar. Acababa en Es Regalet, una cala pequeña, resguardada y tan fantástica que Florián creía que Odiseo podría haber naufragado en ella si hubiera sido embaucado por el canto de las sirenas. Las Encinas se ubicaba hacia el sur de la isla, al final de un camino estrecho y tortuoso bordeado de paredes centenarias, por donde apenas pasaba un carro, levantando nubes de polvo que se depositaba sobre las zarzas que crecían a ambos lados y las dejaba tan blancas como si estuvieran nevadas. Pero Florián lo recorría a caballo. Saludaba a los payeses y contemplaba las obras del caserío, que se adivinaba que sería soberbio. Primero excavaron los sótanos, y extrajeron sillares de diferentes grosores para la edificación. Las paredes crecieron deprisa, y taparon los techos con vigas de madera. En el subsuelo se situaría la bodega, la cisterna, el pozo ciego, además de un taller de imprenta

con tórculo para grabado, donde pensaba producir estampas y, por qué no, incluso pequeños volúmenes de poemas. En la planta baja estaría la posada de los payeses y en el piso las estancias de los señores. Florián hizo construir un salón amplio, orientado hacia el mar, con dos chimeneas, y lo decoró con sencillez y confort, incorporando algunos cuadros de buena calidad. También hizo trazar un jardín protegido por el encinar, un remanso que había de ser idílico, sobre todo cuando el sol bajara por el lado de poniente. Más allá quedaba la capilla, las boyeras y los campos de cultivo, que eran trabajados aun con las inclemencias del tiempo, regados con el sudor de los campesinos de buena voluntad.

Se acercaban las fiestas de Navidad cuando Florián pudo llevar a Ágata a Las Encinas por primera vez. La sentó en la grupa del caballo un día en que lucía un solecillo agradable, tanto que más que el invierno parecía augurar la primavera. La casa estaba todavía húmeda de las obras, pero Florián había hecho encender las chimeneas con buen fuego durante todo el día y en la sala el ambiente era muy confortable. Sentado en una butaca forrada de seda aguardaba un hombre vestido pulcramente, con una peluca discreta y facciones suaves, al que Florián presentó como a un discípulo de Pascual Calbó, el pintor que había recorrido medio mundo antes de impartir clases en Menorca. Cabe decir que Ágata no entendía todo lo que Florián decía, pero dejó que el artista le besara la mano con gentileza, y cuando fue requerida para hacerse un retrato en miniatura para un medallón estuvo a punto de desnudarse, obsequiosa. Suerte que el pintor la retuvo y le requirió que posara sin más en el canapé, con una gracia que a Florián le pareció infinita.

—Así podré tenerte conmigo para siempre —dijo, y él mismo se encontró ridículo, reflejado en el espejo.

Aquel hombre demostró ser un buen pintor, digno de su maestro, porque supo captar bien la expresión de Ágata; le adivinó su carácter. Por supuesto, resaltó su belleza, pero en el brillo de los ojos, en la sonrisa velada y el aire de juventud en flor se adivinaban muchas cosas: que tenía pocos prejuicios, que

era capaz de amar con pasión, que se daba en cuerpo y alma, y que estaba decidida a vivir la vida hasta el último aliento, dilapidando todas sus energías. Eso al menos era lo que pensaba Florián, que pasaba muchas horas sentado junto al fuego, con el medallón en la mano y una sonrisa extasiada en el rostro, como si estuviera urdiendo aventuras fantásticas con aquella hermosa desaprensiva. Para él, en la ceguera de aquellos meses de sentimientos arrebatados, Ágata era la amada ideal y le perdonaba su incultura, su desvergüenza y hasta el hecho de que aun frecuentara el burdel de la calle San Juan y fuera la favorita de su hermano. Porque eso lo sabía, por mucho que se esforzara en ignorarlo. Cuando se la figuraba fugazmente en brazos de otros hombres, ahuyentaba rápidamente el pensamiento. Aquello se iba a acabar, estaba seguro, porque el amor crecería en ella y ya no la satisfaría nadie más que él, y mientras ese momento llegaba Florián ponía en práctica el refrán que asegura que ojos que no ven, corazón que no siente.

Durante aquel invierno Ágata visitó Las Encinas muchas veces, y puede decirse que influyó en la decoración de las estancias y la distribución del jardín. Por fortuna, pese a su falta de preparación, demostró tener un gusto mesurado que Florián le agradeció. Jeanne-Thérèse, que también frecuentó la posesión, admitió que «*On doit reconnaître son bon goût, en dépit d'être une pute*»[230], y en seguida sintió haberla calificado de puta y quería añadir que en cualquier caso se trataba de una puta fina, pero calló, pensando que aún lo iba a empeorar. Ágata colaboró incluso en la instalación de la imprenta, y aceptó que Florián le enseñara a leer y escribir, de modo que aprendió a expresarse por escrito con algunas dificultades, sobre todo porque confundía habitualmente la s y la c y tenía una caligrafía espantosa; otra cosa era que no firmaba nunca igual, pero Florián decía que eso no tenía importancia porque mal de muchos, consuelo de tontos.

Cuando llegó la primavera, pasaban horas tendidos en la hamaca, mirándose de hito en hito, sin decir nada, inmóviles como en una pintura. Compartían una misma sonrisa y cualquiera que los hubiera visto habría dicho que estaban

profundamente enamorados. Los payeses se mostraban sumamente respetuosos y tomaban buen cuidado en no curiosear, y la musa Azhar, que al fin y al cabo era la musa de la ilusión, solo los contemplaba de lejos, confundida entre la maleza, encendida de luz como un duendecillo que vigilara su amor con complacencia. Si hacía buen tiempo bajaban caminando hasta Cala Es Regalet, donde las rocas grises sugerían rostros expectantes con sus relieves y configuraban un canal precioso, con el mar intensamente azul ante el telón de fondo del cielo, que bajaba hasta la línea del horizonte. Si era a mediodía sudaban, y se desnudaban para meterse en el agua, que era muy clara y dejaba ver el contorno de sus cuerpos. Se besaban en la playa sembrada de algas y Florián consideraba que eran felices.

—La verdad es que no lo imaginaba —decía ella—, pero cada vez te quiero más.

Lo decía de veras. Florián estaba seguro, y pensaba que se acercaba el día en que Ágata sería para él, solo para él. Entonces, en pleno verano, llegó la noticia de la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo, cerca de Bruselas, que significaba el final de toda una época. Amédée y Jeanne-Thérèse se presentaron en Las Encinas con una caja de botellas de *Champagne de la maison Ruinart*^[231] y un saco de hielo de las neveras de la Sierra, en Mallorca, preservado con paja. Ágata sirvió el champaña ataviada con un vestido camisero de muselina blanca y calzada con sandalias de tacón alto que dejaban ver buena parte del pie, y con el cabello suelto y aquella belleza tan fresca que tenía parecía una novia. Brindaron por la derrota del emperador tantas veces que ya estaban achispados y cantaban la Marsellesa, con Jeanne-Thérèse al piano, cuando irrumpió en la sala Severiano en persona, acompañado por dos mujeres del burdel de la calle San Juan que tenían unas cuantas virtudes, entre ellas ser extremadamente jóvenes, ir descalzas, ligeras de ropa y ser muy afectuosas. Al principio Jeanne-Thérèse se encontró muy violenta y de no haber sido por su educación habría montado una escena, pero el champaña contribuyó a suavizar la tensión y Florián, eufórico, ya pensaba,

ingenuo como siempre, que tanto Jeanne-Thérèse y Amédée como Severiano aceptaban que Ágata era cosa suya y aprobaban su relación. Lo cierto era que Florián se pasó de la raya y nunca supo cómo a la hora de la puesta de sol, que fue espléndida, se encontró en Cala Es Regalet, chapoteando con Ágata en el agua dorada por el último sol de la tarde. Se besaban con infinita complacencia, rodaban al borde del agua, se rebozaban con arena blanca, finísima, ella alentaba al macho y él buscaba a la hembra para llenarla con un torrente de amor purísimo.

Entonces Florián oyó a lo lejos la voz cascada de Severiano que decía:

—¡Ándele, hermanito, que me muero de ganas de ver cómo te la follas!

Florián abrió unos ojos como platos y se estremeció como si le acabaran de arrojar un jarro de agua fría sobre la cabeza. Cabe decir que Severiano no podía beber tanto y que las dos mujeres apenas conseguían estimularlo. De pronto Florián lo vio todo muy claro.

—Vienes por eso —dijo—, porque a él le excita.

Ágata sonrió. Estaba preciosa.

—De hecho, le pone muchísimo.

—Siempre me has buscado cuando él te lo pedía...

—Es cierto, pero también lo es que me he aficionado a ti y ahora os quiero a los dos.

Florián se apartó, agachó la cabeza y optó por retirarse.

—¿Qué te creías, hermanito? —dijo Severiano cuando pasó a su lado—. Yo siempre soy dueño de lo que a ti te gusta.

Entonces Florián hizo el firme propósito de no volver a ver a Ágata nunca más. Había estado jugando con él por orden de Severiano, y aquello lo llenaba de rencor. No porque fuera la puta de Severiano, ni por el hecho de que pudiera amarlo, estar prendada de él hasta el punto de ser su mascota, sino porque lo había engañado haciéndole creer que sentía algo por él. Cada vez te quiero más, le había dicho. ¿Qué? ¿Cada vez le veía más rendido a sus pies? ¿Cada vez le tenía más como un títere manejado por sus hilos de coqueta

casquivana? El significado de coqueta era «mujer que busca gustar a muchos», y ahora veía claro que a ella le sentaba como anillo al dedo. Quería tenerlo a sus pies mientras ella se tiraba a su hermano y a todos los que pagaban por ella. Disfrutaba enamorándole solo por ver sus ojos de cordero degollado. Recordó a Jeanne-Thérèse y hubo de admitir que tenía razón cuando decía que Ágata no lo quería, y con ella Amédée y los espectros de Adaleis y de Constanza. Los había ahuyentado con desprecio. Incluso había querido matar a Adaleis con una bala de plata. No había podido, porque ya estaba muerta, pero se le había borrado del corazón, la había olvidado para siempre. Buscó la bala de plata, la volvió a fundir y la limó hasta dejarla apta para ser disparada de nuevo. No, no quería matar a su hermano; cuando ya no pudiera resistir más, se aplicaría el cañón a la frente y dispararía. Con la bala de plata podría matar incluso su propio espíritu, ya no sería el caso de que pudiera seguir vagando por el mundo como el fantasma de la señora Pillsbury, por muy violenta y repentina que fuera su muerte.

Sufría neuralgias de caballo que le tenían toda la noche con paños calientes sobre la frente o con la cabeza incrustada en la almohada. Se levantaba como un sonámbulo, había días en que ni siquiera se vestía y no tenía ni pizca de apetito. Era una conducta preocupante y Amédée le decía que tenía que hacer un esfuerzo, que solo él podía sobreponerse y salir de aquel marasmo, y él decía que sí con la boca pastosa, macilento, pero en lugar de reunir fuerzas y embestir se hundía cada vez más, y a menudo no se atrevía ni a levantarse de la cama y decía que si ponía los pies en el suelo se hundiría en el abismo, y que en cualquier caso no sabría caminar. Hasta que tres meses más tarde Amédée lo agarró del cogote, lo obligó a vestirse y se lo llevó a rastras al burdel de la calle San Juan. Lo sentó detrás de la cortina de terciopelo rojo del balcón y pudo ver cómo, en presencia de Severiano, Ágata se dejaba repasar por Gaspar Aitana que, aunque no fuera responsable de sus actos, porque el pobre era un majadero, no dejaba de ser un sujeto asqueroso, demacrado, con una joroba contra natura, que chupaba el sexo de la mujer con

el mismo deleite con que se hubiera zampado una jugosa tajada de sandía.

—*Quoi?* —dijo después Amédée—. *C'est pour cette petite salope que tu es comme ça?*[232]

—Ya sabía que era una marrana —admitió Florián—. Lo que pasa es que últimamente he visto claro que ya no puedo creer en nada.

En Navidades Ágata se atrevió a visitarle. Florián había comido con Cristina y los marqueses de Arable, y hasta estaba Ulises, que era todo un jovencito, pero que aceptó el aguinaldo de buen grado. Amédée tenía una sirvienta criolla que había aportado a la casa un niño y una niña la mar de lindos, una mujer guapa y fogosa que también le calentaba el lecho. Jeanne-Thérèse se había violentado a sí misma y había comido con Severiano fingiendo gran docilidad. Al atardecer Florián se fue solo a casa. Allí estaba Ágata, muy compuesta, que le dijo que en el burdel no había nadie porque ya se sabe que por Navidad cada oveja acude a su corral. Florián no osaba mirarla, pero adivinaba que estaba preciosa. El servicio le había ofrecido un tazón de chocolate y en un momento dado ella aclaró la voz y afirmó:

—Te engañarías si pensaras que no te he amado.

De pronto tenía un aire grave. Los ojos, muy grandes, se le humedecían en la penumbra.

—Todos estos meses te he echado mucho de menos.

En octubre de aquel mismo año Napoleón Bonaparte había sido trasladado en el navío *Northumberland*, al mando del almirante Cockburn, a la pequeña isla volcánica de Santa Elena, que pertenecía a la East India Company y estaba situada en el Atlántico, a más de mil millas de la costa sudoeste de África. Durante las primeras semanas se alojó con una familia en una casa de campo, en una habitación situada bajo un granero, y parece ser que se llevaba bien con una niña de trece años que hablaba francés. Después se trasladó a Longwood House, que fue su último refugio en la isla, aunque todavía tardó unos cuantos años en morir. Cuando Florián se enteró del destino del emperador se sintió muy conmovido, considerando que aquel hombre había conquistado el mundo y que ahora se veía desposeído de su poder en una isla olvidada de la mano de Dios, conversando con una niña de pocos años. Pensó que la grandeza y la miseria de los hombres eran extremos que se tocaban, y que lo que nos motiva durante la mayor parte de nuestra vida puede quedar en nada a la hora de la muerte, y ya estaba a punto de escribir una narración con este tema, una historia oscura en que los personajes principales se verían las caras con la muerte y las mujeres más hermosas tendrían que confrontarse con cadáveres, cuando le llegó la noticia de la publicación de una obra apócrifa titulada *La reina del Ganges*, escrita por un tal Serge Macarel, que no era más que un seudónimo. Florián la leyó con mucha aflicción, pero aun así la analizó fríamente. Adivinó que, aunque se expresaba con gran corrección, el autor no era castellano, no dominaba la lengua viva que se oye en plena calle y se

delataba en unos cuantos giros casi inapreciables. Había un prólogo en que el autor decía que, puesto que el original era una obra de fantasía, podía permitirse el lujo de hacer cambiar de opinión a la protagonista, a fin de que siguiera buscando el amor verdadero en una serie de episodios que, bien mirado, resultaban repetitivos. Quedaba muy claro que el autor no tenía la capacidad creadora de Florián, porque las historias eran demasiado simples, estaban faltas de fuerza y autenticidad, y se limitaban a explotar conocimientos más propios de un erudito que de un narrador. Lo más terrible, sin embargo, era que en el prólogo el escritor ridiculizaba la figura de Florián, el autor de *La reine du Ganges*, decía que era un bastardo de la vida y de las letras, y que todo lo había copiado de literatos prerrománticos como Jean Potocki, autor de *Manuscrit trouvé à Saragosse*[233].

—*Ne devines tu pas qui se cache derrière le pseudonyme Serge Macarel?*
[234] —le dijo Jeanne-Thérèse cuando volvió a verlo.

—*Je n'ose pas*[235].

—*Ça alors! Tu sais bien que cet homme ne peut pas être que Sévérilien*[236].

Severiano, lo había dicho ella; Severiano debía de haber escrito aquella obra deplorable.

Fue a buscarlo al burdel, donde se pasaba la vida, y en cambio nunca estaba en casa. Lo encontró sentado a una mesa camilla, con un brasero de carbonilla bajo el cobertor de tela roja, jugando al truco con otros tres hombres. Gaspar Aitana barajaba las cartas, y Severiano fumaba un cigarro, igual que los demás jugadores, de modo que se había formado una nube de humo denso y casi no se veía nada. Las mujeres permanecían de pie detrás de las sillas y llevaban tan poca ropa que forzosamente habían de tener frío, tal vez por eso tomaban sorbitos de aguardiente y daban alguna chupada a los cigarrillos de los hombres. Florián se sintió muy contrariado al ver que la que servía a Severiano era ni más ni menos que Ágata, que llevaba una camisa medio desabrochada bajo la fina tela de la cual se le marcaban los pezones. Además, tenía los labios muy pintados de rojo. Estuvo a punto de volverse atrás, pero

había venido decidido a tirar en cara a su hermano la desfachatez que había tenido al escribir la obra apócrifa *La reina del Ganges*, un ejemplar de la cual dejó caer sobre la mesa como si fuera un envite definitivo del juego.

—¡Pero bueno! —dijo, risueño, Severiano—. ¿Qué pasa?

—No me digas que esto no lo has escrito tú.

Severiano no lo dijo; se limitó a dejar oír una risilla mientras atraía a Ágata hacia sí y la besaba aparatosamente. Florián pensó que se quedarían pegados con la pintura excesiva que ella se había puesto en los labios. Después dijo:

—Si al menos hubieras escrito una página, solo una, de calidad... Pero todo el libro es un burdo remedo, falto de originalidad y de vida.

Se echó de ver en seguida que sus palabras herían profundamente a Severiano.

—Para original, ya estás tú.

—No te lo había dicho nunca, pero ahora te lo diré: no sabes escribir, eres de lo más mediocre.

Severiano se levantó como impelido por un resorte y pateó la silla con rabia. Pero Florián ya se había ido. Cuando estaba en medio de la calle, Ágata salió tras él, y con ojos suplicantes le dijo que tenía que comprenderlo, que era la amante de su hermano, pero que no fingía, que era verdad que lo quería a él y lo echaba de menos. Florián solo dijo:

—Vete adentro, y abrígate, que hace frío.

Cuando ella volvió al burdel, tenía los ojos lustrosos y pugnaba por contener las lágrimas. Gaspar Aitana la sujetó por detrás y Severiano le pellizcó los pechos con tal fuerza que la hizo gemir de dolor, y lo repitió tantas veces que se los dejó llenos de moretones.

Naturalmente, Florián pensó escribir una segunda parte de *La reine du Ganges* que fuera auténtica y llegó a redactar algunos capítulos, pero al tratarse de una obra acabada, en que la protagonista ya había conseguido el objetivo de encontrar el amor verdadero, prolongarla resultaba falso, y los episodios que imaginaba le parecían material superfluo, plenamente

prescindible. La tristeza que se había apoderado de su alma, por otra parte, no le daba alas para embarcarse en escenas fantasiosas, cargadas de la ingenuidad y sensualidad que tenía aquella obra. Estaba alicaído, y una noche, en un arranque, rompió las páginas adicionales que había escrito. Entonces, encerrado en el sótano de Las Encinas con la cabeza entre las manos, se le ocurrió que podía aprovechar aquellas instalaciones de otro modo: buscaría unos cuantos pintores jóvenes y les propondría realizar grabados para ilustrar una edición de *La reine du Ganges* en catalán. Podría hacer un tiraje de una treintena de ejemplares numerados que se podrían adquirir como obras de arte. Así fue cómo, para realizar los grabados, reclutó a dos discípulos del pintor italiano Giuseppe Chiesa, que había muerto en Mahón en el año 1789, y tres de Pascual Calbó, que desde 1812 había dejado de pintar por culpa de la parálisis que le afectaba. Entonces el taller se llenó de vida, y Florián se dejó llevar un poco por la euforia de aquellos artistas jóvenes y ya no lo veía todo tan negro. Había en la obra imágenes muy dulces y poéticas, para las cuales posó Cristina, que era apenas una adolescente. Jeanne-Thérèse prestó su figura llena de serenidad para ilustrar la sabiduría y la prudencia. La Queques, la nodriza, que era una mujer exuberante, sirvió para la corte de doncellas que rodeaba a la protagonista, igual que Amalia y algunas hijas no deseadas, descendientes de mercenarios británicos y payesas menorquinas, que poseían bellezas exóticas. Ulises encarnaba el mal, porque era demasiado rebelde para ser caracterizado como príncipe Nimai, el héroe que simbolizaba el amor puro. Para el príncipe Nimai uno de los artistas, descendiente de Chiesa, hubo de recurrir al hijo de un noble de Mahón. Pero para la princesa Alisha, la protagonista, Florián no pudo evitar recomendar a Ágata, que acudió gustosa al taller y rememoró episodios sentimentales del pasado posando con los mejores vestidos que Florián guardaba en los armarios de Las Encinas.

Los cinco artistas que Florián había reunido hicieron versiones de la princesa Alisha personificando el Ganges. En las láminas Ágata aparecía coronada de flores, con túnicas blancas, como si fuera una novia romana, pero

también se la veía vestida de negro, con los hombros desnudos y mostrando la espalda huesuda, de piel muy clara, como una serie de dunas sensuales en una playa imposible. Florián se dio cuenta de que todavía sentía por ella un amor apasionado, a pesar de los desaires que le había hecho en brazos de Severiano y de otros hombres. El amor verdadero, hubo de admitir, lo sufría todo, y no aceptaba envidia ni rivalidad, ni siquiera con aquel hermano que le había hecho tanto daño. No podía vengarse, ni siquiera podía hacerlo en la persona de Ágata, que era tan permisiva con los hombres y que, cuando la musa Azhar la buscaba para formar parte con ella de la galería de figuras que ilustraban *La reina del Ganges* en forma de obra de arte, se dejaba abrazar cariñosamente, seguía sus consejos en materia de vestimenta y se miraba en sus ojos con tanta intensidad que parecía que ambas mujeres se comunicaban con solo el fulgor de sus pupilas. «Lo tienes claro con esta hermosa temeraria —decía la musa, y acto seguido dejaba oír una risilla finísima y remataba su discurso asegurando —: yo creo que no se puede hacer nada, esa te va a perder, pero ¡ah, qué perdición tan seductora!».

En uno de los grabados Ágata tenía el jubón desabrochado, descuidadamente caído de un lado, igual que la camisa blanca, de modo que dejaba un hombro al descubierto y también un pecho redondo, muy bien torneado, como una bola de marfil. Mientras posaba para todos los artistas al mismo tiempo dirigía miradas furtivas a Florián, con una sonrisa encantadora. Florián no se alteraba, tan profundo era el amor que sentía por ella; juzgaba que aquella pose era necesaria para la obra, y estaba dispuesto a soportarlo todo. Iba descalza, avanzaba unos cuantos pasos por la sala, tal como le requerían, y el pecho se le desplazaba mínimamente, con una gracia infinita. Los artistas añadían detalles de su parte y la plasmaban caminando sobre nubes de niebla, con un Taj Mahal de oro y plata en la parte inferior de los grabados. Cuando quedaron solos, Florián volvió a descubrirle aquel hombro escuálido y se amorró al pecho reluciente, bonito, como un niño sediento de amor maternal. Como es natural terminaron rodando por el suelo, y se amaron

apasionadamente mientras la musa Azhar se difuminaba, complacida, en la pared blanca, sin que su forma se reflejara en el espejo que había por encima de la chimenea, porque era pura ilusión.

—Perdóname —dijo Florián al final—, no he sabido contenerme.

—Al contrario, me has hecho muy feliz.

—Ya sé que no tengo ningún derecho, que perteneces a mi hermano.

Ágata se demoró un instante en contestar. Inspiró un poco de aire, como si saboreara una fruta deliciosa, porque ya era primavera y por entre las cortinas penetraba un rayo de luz de una blancura cegadora.

—Ya no —dijo después—. Ahora solo soy tuya, porque te amo a ti.

Ulises solo tenía catorce años, pero ya se emborrachaba en la taberna del Gori y frecuentaba a las mujeres del burdel, bajo los auspicios de Severiano, que mostraba predilección por él. Siempre les hacía alguna trastada, como morderles la lengua, pellizcarles el culo o cambiarles el vino blanco de los tazones por orina. También pegaba monedas en el suelo, para ver cómo se agachaban, empeñadas en despegarlas con las uñas, y vislumbrar sus pechos que colgaban como campanas. Había besado labios y pezones, había metido el dedo en el sexo de las putas, pero todavía no se había acostado con ninguna mujer. Severiano lo tenía prohibido. Las había lo bastante maternales como para compadecerse de él cuando se desahogaba en un rincón oscuro, después de haberse excitado palpando la fruta prohibida, pero Severiano no permitía que lo cogieran del brazo y lo llevaran a una de las habitaciones del piso alto. Ulises era esbelto, tenía los ojos vivaces y los dedos ágiles para jugar a las cartas y también para apoderarse de lo que no era suyo. Estaba claro que no era de la clase de chico que se enamora, que en cuestión de mujeres solo aspiraba al placer, y Severiano, que lo sabía, parecía que lo estuviera formando para ser un seductor. Pero cuando Ágata se le presentó, sonrojada y jadeando por el esfuerzo de encararse con él, y le dijo que ya no volvería a ser suya, porque amaba a Florián, tomó súbitamente una decisión:

—Antes de marcharte tienes que hacerme un favor —dijo.

—¿Qué favor?

—Tienes que subir arriba con Ulises.

—¿Y si no quiero?

—Vale más que subas.

Ágata vio tantas amenazas en los ojos de Severiano que cogió la mano de Ulises y subió escaleras arriba. Le quitó la casaca, le desabrochó la camisa y le chupó un pezón que, ensalivado, parecía un real de plata. Ulises había tocado muchas putas, pero ninguna tan hermosa como Ágata, y suspiró profundamente, agitadísimo, antes de abandonarse por completo a aquella fuente de placer. Cabe decir que Ágata le trató con tanta delicadeza que si después se lo hubiera pedido él habría jurado que no volvería a beber ni a jugar y que solo viviría por ella por los siglos de los siglos amén. Cuando bajaron Ágata no podía reprimir una sonrisa burlona y Ulises tenía una cara de inmensa felicidad.

—Aún no has acabado —dijo Severiano.

—¿Qué quieres decir?

Por toda respuesta Severiano la agarró de los cabellos y se la llevó escaleras arriba de mala manera. Ella quería resistirse, chillaba y pugnaba por liberarse, pero Severiano tiraba de ella con brutalidad, mordiéndose la lengua con rabia y, cuando estuvieron en la habitación con alcoba que solían ocupar, le dijo al lameculos que le llenara la boca con un pañuelo a fin de que no armara tanto escándalo. Gaspar Aitana la ató a los ganchos de las cortinas, a cada lado del arco de la alcoba, y le trabó la boca por encima de los cabellos. Guardaba un azote hecho con trenzas de cuero, grueso en el mango y muy fino en el extremo final, y Severiano se lo enseñó antes de susurrarle al oído: «Te voy a dar ochenta latigazos y después, si todavía te apetece, te podrás marchar». Naturalmente Ágata, amordazada, no pudo replicar. Cerró los ojos y quedó inmóvil, resignada a recibir el castigo. Tal como estaba nadie habría podido oírla, pero rezaba una oración tras otra. El azote, endurecido, cortaba como la hoja de un cuchillo. Pronto desgarró la camisa y la espalda quedó

desnuda, pero llena de cortes. El lameculos contaba los latigazos minuciosamente, y Severiano los descargaba con furia, haciendo silbar el aire y estallar la piel blanda y los huesos pelados. Ulises habría podido ayudarlo, era lo bastante tremendo, pero esta vez se había compadecido de la mujer y había ido a buscar a Florián, que había salido a cabalgar antes del toque de queda y que, cuando regresó y oyó lo que tenía que decirle, quedó con los pelos de punta. Hizo subir a Ulises a la grupa del caballo y galopó hacia la calle de San Juan. Pero ya había transcurrido demasiado tiempo. Severiano había consumado el castigo y se había cubierto los ojos con la mano. Cuando Gaspar Aitana pretendía socorrer torpemente a Ágata, dijo no la toques, que si no también te zumbaré a ti. Florián entró en la alcoba como una exhalación y empujó al lameculos, que quería detenerlo. Ágata estaba todavía atada. Con los pies doblados en un charco de sangre, colgaba extrañamente de las ligaduras. Florián le levantó la cabeza, le puso dos dedos en el cuello, sobre la vena yugular, y dijo:

—Ha muerto desangrada.

Florián estaba desolado. Nunca se había sentido tan abatido en toda su vida. No tan solo había fracasado, y muy trágicamente, cada vez que había sentido un amor puro, ideal, cada vez que había puesto a una mujer sobre un pedestal, sino que no había sabido conseguir el amor de su hermano. Las mujeres habían caído una a una en manos de Severiano, que las había podido degradar y hasta asesinar impunemente. Su hermano se había revestido de una capa de odio, que a medida que pasaban los años aumentaba, endurecía y se hacía más insensible. Ya no le importaban los éxitos literarios, si solo habían servido para despertar la envidia de Severiano y para conquistar un mundo de adulaciones que tenían poco que ver con la realidad, tan poco que ni siquiera las podía expresar en su propia lengua. Ya no le importaba nada de nada.

Se recluyó en la posesión de Las Encinas y no quería ver a nadie. Solo de vez en cuando toleraba la presencia de Amédée, porque no siempre accedía a recibirlo. Jeanne-Thérèse tampoco era bienvenida, pese a que era ella quien le recomendaba a la masovera de Las Encinas que le hiciera la comida, le arreglara la habitación y le lavara la ropa. También le pedía noticias de aquel enfermo de decepción, cuando él se negaba a dejarse ver. Este hombre tiene cosas de demonio, decía la masovera, a veces me da miedo porque se pone a gritar de noche como si lo mataran y golpea las paredes con una cosa blanda que parece que pegue con la cabeza. El hecho es que Florián tenía pesadillas horribles en las que veía a Ágata azotada hasta más allá de la muerte, la veía caerse a pedazos bajo los trallazos del látigo, convertida en un cadáver

putrefacto, y quien la flagelaba era Severiano, desnudo y con la joroba de Gaspar Aitana, hasta reducirla a la nada. Entonces se despertaba gritando y, efectivamente, pegaba cabezazos contra la pared hasta que se le reblandecía el cerebro y volvía a dormirse.

Siempre tenía en los ojos la misma imagen: Ágata desollada, horriblemente colgada de las ligaduras, con los pies doblados metidos en la sangre, y Severiano con las manos alzadas, mostrando las palmas blancas como si todavía quisiera pretender no haber hecho nada, nada que no le estuviera permitido, incluso tomar la vida de quien le viniera en gana. No había sido capaz ni de desatar a la mujer que idolatraba. Había salido mareado por el tufo de sangre, como si no hubiera asistido nunca a un enfermo terminal, y había sentido náuseas mientras acudía a denunciar el hecho a la justicia. Había visto llevarse a su hermano y a aquel ayudante infausto, Gaspar Aitana, alias el lameculos, y toda la calle de San Juan, toda Ciutadella estaba soliviantada. Lo había contemplado todo con los ojos abiertos, incapaz de llorar, y hasta había sonreído irónicamente cuando Jeanne-Thérèse le había dicho:

—*Qu'y a-t-il? Qu'est-ce qui se passe?*[237]

—*Ton mari, mon frère, a finalement réussi à me tuer*[238] —había replicado.

Ahora Severiano no tan solo había matado el amor, también lo había matado a él.

Dado que el rey Fernando VII había restaurado el absolutismo y la Inquisición, Severiano y Gaspar Aitana habían sido trasladados a la Casa Negra de Ciudad de Mallorca, donde el Santo Oficio se haría cargo de ellos antes de entregarlos a la justicia. Allí Severiano se encontró con un viejo conocido, el personaje siniestro a quien llamaban Jaume el Inquisidor, que era un hombre alto y fofo, de movimientos lentos y sonrisa imperturbable. Tenía el cabello rubio y los pies de un tamaño desmesurado, de modo que habría podido dormirse de pie sin caer. Severiano, cuando lo vio, se echó a reír, porque sabía que se entenderían. Jaume el Inquisidor abrió una boquita

redonda, como si fuera un besugo enorme, y dijo:

—¿Qué has hecho ahora, que has venido a parar aquí?

Severiano negó con la cabeza y dijo:

—Fue este, se excedió a la hora de castigar a una puta.

Señalaba a Gaspar Aitana, alias el lameculos, y el Inquisidor dijo:

—Oye, ¿por qué le llaman el lameculos?

Severiano soltó la carcajada, cuando se lo hubo contado. Ambos rieron. El Inquisidor destilaba dos lagrimitas espesas que parecían de agua azucarada, de tanto reír, una en cada ojo. Después friccionó los cabellos de Gaspar Aitana con alcohol y cuando estuvieron empapados les pegó fuego. El pobre hombre, que era un sandio, creía que entraría en el infierno convertido en una antorcha humana. La calva le quedó negra como el carbón, y Jaume el Inquisidor le ató las manos atrás y lo izó con una polea, teniendo la precaución de colgarlo completamente desnudo. Le pegó tantos bastonazos sobre la joroba que parecía que se la iba a aplanar. Gaspar Aitana perdió el sentido y, mientras lo recuperaba, el Inquisidor lo dejó colgado y se llevó a Severiano a una bodega, donde pudo comprobar que por poco que bebiera quedaba borracho. No podía tenerse, y cuando hablaba no se le entendía. Tuvo que cargárselo a sus espaldas para dejarlo dormir la mona sobre un jergón. Entonces Gaspar Aitana ya estaba lo bastante vapuleado como para declarar que él mismo había azotado a Ágata hasta la muerte, y que lo había hecho por unas discrepancias que habían tenido. También había asegurado que procedía de una familia de chuetas.

Poco antes de Navidad lo trajeron a Ciutadella, lo exhibieron con el torso desnudo en la plaza de la Picota, donde le clavaron las manos a la columna de madera del patíbulo, lo untaron de miel de pies a cabeza y al día siguiente lo ejecutaron por sus grandes maldades. Severiano, en cambio, fue liberado y pudo pasar las fiestas en su casa. Florián lo supo de boca de Jeanne-Thérèse, que cuando lo abrazó, dolida, se dio cuenta de hasta qué punto se había consumido: con la barba crecida no se notaba, pero estaba en la piel y los

huesos. Le dijo que era cosa sabida, que siempre pagaban justos por pecadores. Le dijo que había de animarse, había de volver a ilusionarse y publicar cosas nuevas. Le dijo:

—*Aujourd’hui je vais écrire au Comte Lockport pour qu’il vienne te voir*[239].

Pero Florián no se inmutaba ni parecía capaz de reaccionar siquiera ante la mayor iniquidad. Tampoco dijo nada cuando Jeanne-Thérèse recalcó:

—*Apparemment, il a été castré avant d’être tué*[240].

Lo habían castrado antes de matarlo, habían soltado a Severiano, que era el verdadero culpable, y Florián aún era incapaz de reaccionar.

La noche de Navidad, Florián acudió a la misa del gallo con los marqueses de Arable y su hija Cristina, que ya era toda una mujer. Llevaba una camisa blanca, llena de lazos, sobre una falda estrecha y bajo un corpiño bordado, y con el cabello largo, negro, y los ojos tan grandes que tenía auguraba una belleza por la que empezaban a enardecerse más de dos pretendientes. Ulises también fue con ellos. Al parecer, desde que Severiano había matado a Ágata, se había alejado del burdel de la calle San Juan y había experimentado un gran cambio. Ahora decían que era un joven formal que incluso cortejaba a una señorita de buena familia que a su vez no le veía con malos ojos. Después de misa cenaron en el palacio de Arable. Hubo buena comida y de postres los criados sirvieron obleas acompañadas de tazones de *Calent*[241]. Florián abrazó con fuerza tanto a Cristina como a Ulises, y parecía tan conmovido como si hubiera de partir hacia un largo viaje.

Efectivamente, cuando estuvo en la casa de la plaza del Rosal sacó la pistola, metió dentro la bala que había fundido a partir de la tapa de un azucarero de plata y que había vuelto a arreglar, puso pólvora y taco de papel, la apretó con la baqueta y se aplicó el cañón a la sien. El metal le comunicó una sensación de frío en la frente, y pensó que volvería a tener una neuralgia. Lo encontró grotesco, pensar que tendría frío cuando estaba a punto de abrazar la muerte, que es la frialdad definitiva. También pensó en las mujeres que

había amado y había perdido, y cuando le tocó el turno a Ágata rememoró su tristísimo entierro sin sacerdotes, con el ataúd transportado en un carro de mano hasta el cementerio de las bestias, un terreno desolado donde se enterraba a los suicidas, negándoles tierra sagrada, y donde también lo sepultarían a él, en un hoyo sin ninguna cruz ni inscripción. «Ágata —pensó—, nos veremos muy pronto», y se decidió a apretar el gatillo.

Antes de apretar el gatillo Florián aun pensó en Amédée, que tendría que certificar su muerte, y se dio cuenta de que no le había dejado ningún escrito de última voluntad, como tampoco había dejado ninguna explicación para su hija o para los que le querían de corazón. Ahora Amédée se trasladaba con frecuencia a Mahón, para ir a la isla del Lazareto, situada en medio del puerto, donde desde 1793 se estaba construyendo un hospital de cuarentena con materiales del derruido castillo de San Felipe. El edificio había registrado una historia errática, bajo la dirección de diversos ingenieros, y las instalaciones ya terminadas habían servido, efectivamente, de hospital de cuarentena, pero también de prisión. Desde hacía poco, el gobierno de Fernando VII estaba dando un impulso definitivo a las obras, y Amédée había conseguido ejercer su influencia en el desarrollo de los planes y hasta era probable que llegara a formar parte de la futura Junta Superior que habría de regir el hospital. Florián, con la pistola en la frente, se figuró la cara de desolación que pondría su amigo si, como era probable, tenía que enfrentarse al hecho de verle tendido en medio de un charco de sangre, con la cabeza horadada y trozos de cerebro pegados a la pared y a los muebles. Estaba a punto de derramar una lágrima, pero se dijo que tenía que ser fuerte y terminar con aquella situación sin salida de una vez por todas. Lo siento, dijo en voz alta, pero adiós, adiós a todos. Empezó a doblar el dedo en forma de gancho y sabía que de un momento a otro se produciría la explosión definitiva. Sería cuestión de un instante, solo sería un instante...

Entonces una mano llena de luz se posó sobre la suya. Florián había decidido matarse a oscuras, habiendo prescindido del servicio, solo con el fuego prendido en el hogar, pero la luz de aquella mano era como un relámpago en plena noche, como si el sol hubiera entrado de repente por la ventana. La mano le hizo soltar, con cautela, el dedo del gatillo. Florián siguió con la mirada el brazo al que pertenecía aquella mano, llegó al escote sugestivo, al cuello largo y bien torneado, al rostro amable y hermoso. Era la musa Azhar. Ella le hizo dejar la pistola sobre la mesa con mucha suavidad, y le dijo:

—No puedes morir, ¿no ves que no puedes morir?

—¿Por qué no?

—Porque aún hay gente que te ama.

—¿Quién me ama?

—Yo, sin ir más lejos.

Florián parpadeó.

—Tú no eres más que una musa, algo irreal, y como tal no puedes amar, porque no existes.

Entonces la musa sonrió más abiertamente y a medida que sonreía se iba desvaneciendo. Era como si le estuviera dando la razón: ella era un ser irreal, y como tal no existía. Era pura ilusión. Florián volvió a buscar la pistola, pero aquella mano cariñosa, revestida de firmeza, la apartó aún más. Florián volvió a seguir con la mirada el brazo desnudo, de aspecto sutil, hasta el escote y el cuello adornado con un collar muy fino, subió con la vista hasta los cabellos oscuros, el tocado elegante, del mismo color rojo del vestido, entallado en la cintura. Si no era la musa, aquella mujer se había arreglado para celebrar la Navidad, y debía de haber dejado el manto sobre una silla, al entrar en la sala. Aquella mujer... Florián parpadeó. Era Jeanne-Thérèse, ahora lo vio claro. Aunque ya tenía sus buenos cincuenta años, conservaba la esbeltez de siempre, la piel suave, los ojos grandes, y con la edad parecía que la nariz se le disimulaba mejor gracias a la distinción de su continente, como si hubiese

ganado en belleza, algo que era difícil. Al reconocerla, Florián recibió como un mazazo en la frente. Pensó que, si en efecto la musa no existía, porque era pura ilusión, el amor sí que existía, aunque también estuviera hecho de ilusión, y si el amor podía personificarse en una mujer, esa era Jeanne-Thérèse. El amor, pensó Florián, lo había estado buscando toda su vida y lo tenía delante, siempre lo había tenido a su disposición y nunca había sabido verlo, porque el amor, su amor era Jeanne-Thérèse, la única mujer que no le había fallado nunca.

—Jeanne-Thérèse... —musitó.

—Florian...

—*C'est Noël, ne devrais-tu pas être avec Séverien?*[242]

—*Noël c'est l'amour, et je dois être avec l'amour*[243].

—*Est-ce que tu m'aimes?*[244]

—*Je t'ai toujours aimé, quand tu n'étais personne, quand tu t'es marié avec d'autres femmes, et si tu te tues je t'aimerai toujours après la mort*[245].

—Te he querido siempre, cuando no eras nadie, cuando te casaste con otras mujeres, y si te matas seguiré queriéndote después de la muerte.

Florián se sintió herido en lo más íntimo: aquellas eran las palabras de amor más sinceras, más bonitas que le habían dicho en su vida. Entonces se dio cuenta de que nadie lo había amado como Jeanne-Thérèse, y nadie merecía su amor más que ella. Ella era, efectivamente, el amor, y hasta aquella hora trágica, definitiva, no había sabido verlo. La abrazó con fuerza, rodaron por el suelo, se buscaron con urgencia, casi con torpeza, como si volvieran a ser jóvenes, y el fuego lamía con su resplandor oscilante aquellos dos cuerpos que se amaban. Después, todavía rendidos sobre la alfombra, ella preguntó si se daba cuenta de que era la primera vez que le había hecho el amor, y él replicó que era la primera vez que había encontrado el amor verdadero.

—*Je t'aime*[246].

—*Moi, je t'aime aussi*[247].

En cuestión de minutos un hombre, Florián, había pasado de la desesperación a la felicidad por obra del amor.

Ya se acercaba el mes de mayo cuando el conde Lockport llegó a Ciutadella en la goleta Admiral, que había salido de Londres una veintena de días antes. Durante aquellos meses Florián y Jeanne-Thérèse habían vivido su amor a escondidas. Sabían que tenían que guardarse de la envidia de Severiano, que era capaz de cualquier cosa, pese a que ahora puede decirse que se pasaba la vida en el burdel de la calle San Juan. Al parecer, últimamente se había aficionado a Amalia, la viuda de Anselmo, que entonces era una mujer espléndida que aún no alcanzaba la treintena y que siempre había sido un poco cabeza hueca. La trataba como a una reina; le hacía regalos y organizaba juergas para ella, incluso alquilaba músicos en bailes modestos que, sin embargo, ellos debían de figurarse que eran de categoría real.

El conde Lockport llegó tan jovial como siempre, con aquella cabeza de emperador romano que tenía, toda llena de rizos que parecían de plata, y con los ojillos llenos de optimismo vital. Quiso visitar toda la isla. Se entristeció contemplando las ruinas del castillo de San Felipe, del que no quedaba apenas nada más que la red de túneles, y se entusiasmó al ver la espléndida realidad del hospital del Lazareto, aquel edificio precioso en medio del puerto de aguas tranquilas, bajo el cielo más azul que había visto en su vida. «*Here, we must hold the exhibition in this gorgeous place*»[248], afirmó, y como lo dijo lo hizo: antes de marcharse montó la exposición en las salas del hospital que estaba a punto para ser inaugurado y reunió a las autoridades y a lo mejor de la sociedad isleña. Jeanne-Thérèse y Florián tuvieron que disimular más que nunca su amor en presencia de Severiano. Amalia, que lucía un precioso vestido de satén negro, con aplicación de pasamanería, más propio de una gran dama que de una mujer frívola, se pegó a Florián y no lo dejaba en todo el rato, pensando quizá que de este modo rivalizaba con la pareja formada por el conde Flor y la condesa. Lockport, siguiendo sus instintos de bon vivant, convidó a la selecta concurrencia a una cena refinada a orillas del mar.

Cuando a principios de abril volvió a embarcar en la goleta Admiral llevaba consigo las carpetas de *La reina del Ganges* para organizar una exposición en su palacio de las afueras de Londres y otras muestras en otros tantos palacios de Roma y de Viena. Era un hombre risueño, pero también clarividente; lo último que dijo a Florián y Jeanne-Thérèse fue:

—*You've got to get rid of your brother, just to win your love*[249].

Florián bajó la vista; sabía que Severiano era un obstáculo insuperable para su amor, porque él todavía le quería.

Se reunían en la casa de la plaza del Rosal solo cuando los encuentros eran seguros, y esperaban a que Severiano tuviera algún cometido que realizar en Mahón, a fin de que no regresara del burdel de forma imprevista y echara en falta a su mujer. Pero Severiano descuidaba cada vez más los negocios, porque volvía a ceder de manera peligrosa a la bebida, y las ocasiones de amarse escaseaban. Pero habían pasado tantos años lejos uno del otro, sin sospechar que las brasas de aquel amor llegarían a prender en llamas de pasión otoñal, que habían aprendido a tener la paciencia que suele faltar en los amantes primerizos. Eran felices cuando podían reunirse fuera de peligro, pasar toda la noche juntos o hasta trasladarse durante un par de días a la posesión de Las Encinas. Florián recalcaba que no habría creído nunca que aquel amor pudiera llegar a ser tan puro, que no le había pasado nunca por la cabeza que estuvieran hechos el uno para el otro, y Jeanne-Thérèse callaba, gozosa, saboreando aquellos momentos robados a toda una vida de sufrimiento, pensando quizá que nunca es tarde cuando la dicha es buena.

—*Il n'est jamais trop tard pour bien faire*[250].

—*Tu crois que nous faisons bien?*[251]

A pesar de todas las crueldades que Severiano había mostrado, todavía dudaban de si hacían bien. Florián sentía traicionar al hermano, Jeanne-Thérèse al esposo, y vivían con el corazón en un puño, como si aquella felicidad no les correspondiera a ellos. Pero Severiano no debía de estar tan ajeno a sus amores furtivos, porque llegó el día en que fingió que se iba y en

realidad regresó a casa a esperar la vuelta de la mujer, que no se produjo hasta dos días más tarde. Cuando Jeanne-Thérèse le vio con las botas de montar y armado con la fusta, supo en seguida que estaba perdida. No se dijeron ni una palabra, bastó con la mirada furibunda del hombre y el pánico en las pupilas de la mujer. La paliza que Severiano le pegó fue de órdago. Jeanne-Thérèse quedó llena de sangre, con el vestido roto y cortes en todo el cuerpo, incluso en el rostro. Por mucho que quisiera no se lo podría ocultar a Florián, ni siquiera en el caso de ella que no volviera a acudir a sus brazos. Pero tuvo suerte de que Severiano empezara a toser, fusta en mano, y tuviera que sentarse, momento que aprovechó para escapar. De otro modo la habría matado.

Los días eran más largos y hacía tan buen tiempo que Florián sentía una nueva alegría de vivir, ahora que tenía el amor verdadero. Se levantaba temprano y se iba a ver salir el sol por el camino de Kane, hasta llegar al poblado prehistórico de Montefí. Bajaba del caballo, se sentaba sobre una piedra y quedaba fascinado por el gran silencio que le rodeaba, solo interrumpido por el canto de los pájaros, el zumbido de los abejorros y la brisa que parecía cantarle al oído una cancioncilla sosegada. La vida podía ser bella, ahora que había logrado el equilibrio emocional con Jeanne-Thérèse, y en efecto, se le ocurrían muchísimas cosas que escribir. Regresaba cuando el sol ya estaba alto en el cielo, abrevaba el caballo en el pozo de San Expedito y él se refrescaba los labios y después iba a poner orden en las ideas que le rondaban por la cabeza, sentado detrás del escritorio, en la casa de la plaza del Rosal, donde acaso esperaba al apoderado para repasar el estado de las tierras y las cuentas de los aparceros. Así pasaban los días. Pasaron tantos días que empezó a extrañarse de no tener noticias de Jeanne-Thérèse: no sabía nada, ni siquiera le llegaban a oídos ninguna clase de habladurías, y echando de menos su presencia, decidió hacerle una visita en el palacete del conde Flor que, al fin y al cabo, era su hermano.

Severiano le dijo, sin levantarse del sillón, que su mujer estaba en la cocina

con el servicio, si es que quería verla. Era una cocina espaciosa, con una mesa en medio, un hogar enorme, franqueado de anaqueles, cazuelas, ollas de barro, jarras, fregadero y un armario lleno de platos y tazas. Jeanne-Thérèse pelaba habas, sentada al lado de la cocinera como si formara parte del servicio. Cuando Florián la vio y descubrió las cicatrices que tenía en el rostro, se indignó. Adivinó en seguida lo que había pasado, antes incluso de que ella accediera a mostrarle la espalda, donde había recibido la mayor parte del castigo.

—Ya puedes recoger tus cosas que ahora mismo te vienes a casa —dijo Florián, y ella ni siquiera se atrevió a replicar. Florián subió a la sala, agarró a su hermano por el cuello y empezó a golpearlo con furia, y le habría hecho mucho daño si Jeanne-Thérèse no lo hubiera retenido, cogiéndole por el brazo. Así, cogidos del brazo, salieron del palacio, sin mirar atrás ni una sola vez.

—*C'est pour ne jamais revenir que tu quittes aujourd'hui cette maison*[252] —dijo Florián.

No tenía que volver jamás a aquella casa, ni muerta tenía que volver.

A fin de que Severiano tuviera más difícil venir a reclamar a su mujer, Florián se trasladó con Jeanne-Thérèse a Las Encinas. Al fin y al cabo, ya había llegado el buen tiempo y era cuestión de avanzar unos cuantos días la estancia de verano en el campo, que solía empezar después de San Juan. No bajaban para nada a Ciutadella, así evitaban miradas de soslayo y comentarios maliciosos en torno al hermano bastardo que había arrebatado la mujer al conde Flor, que por otra parte era un libertino y se lo tenía merecido. Para guardar las apariencias, más que nada, y para satisfacer la profunda devoción de los payeses, cada domingo venía un sacerdote, oía a Jeanne-Thérèse en confesión y decía misa en la capilla. Ninguno de ellos le negaba el perdón, pero todos la reconvenían y le decían que había de regularizar aquella situación pecaminosa. Entonces, cuando la cosa se complicaba, Jeanne-Thérèse contestaba en francés, y los confesores no entendían ni jota. Después el sacerdote se quedaba a comer, y Florián tenía buen cuidado de que los

majares fueran exquisitos y el vino excelente, de modo que el hombre se iba de lo más contento, caballero en su borrico. El tiempo y las curas de la masovera, que conocía remedios de la sabiduría popular, borraron las cicatrices de Jeanne-Thérèse, y la buena vida, la tranquilidad del campo y el amor correspondido le quitaron, al menos aparentemente, años de encima. Se la veía lozana como una jovencita, y dichosa. Dormían como piedras, bajaban a la playa con el sol templado de la mañana, y allá abajo, nadando indolentes, se sentían como en el paraíso. Comían bajo las encinas del jardín, pasaban las veladas leyendo, y Florián pensaba poemas a la amada, un género, la poesía, que nunca había cultivado. La vida les era favorable, y solo muy de vez en cuando pensaban que aquella enorme placidez no podía durar.

En efecto, entrado el mes de septiembre, cuando aún no habían llegado las primeras lluvias y el verano no tenía visos de acabar, vino Severiano. Estaba muy desmejorado tal vez por eso venía en carro, porque no se habría sostenido sobre el caballo. Sujetó a Jeanne-Thérèse del codo, con la clara intención de llevársela con él, pero Florián se le enfrentó. Su aliento hedía a alcohol y le dijo:

—Hermano, yo nunca te he querido mal, y creo que harías bien en dejar de beber.

—¡No me has querido nunca mal! ¡No me has querido nunca mal!

Severiano estaba fuera de sí. Tiró con rabia del brazo de Jeanne-Thérèse, pero debía de estar muy débil, porque tropezó y se cayó al suelo. Florián lo ayudó a levantarse y le dijo:

—Será mejor que te vayas...

Al principio el otoño fue plácido, con días de solcillo suave que parecían aliarse con Florián y Jeanne-Thérèse, a fin de que continuaran refugiados en Las Encinas con su amor prohibido. A veces el buen tiempo duraba casi hasta Navidades, y si así fuera el caso, eso les permitiría prolongar la estancia en el campo sin tener que enfrentarse al problema de regresar a Ciutadella y establecerse en la casa de la plaza del Rosal para escándalo del vecindario. Florián no tenía ganas de volver a vérselas con su hermano; a pesar de todas las crueldades de Severiano, tenía remordimientos por haberlo dejado solo en el palacete del conde Flor. Él lo quería, habría hecho cualquier cosa por reconciliarse con él. Hasta estaba dispuesto a renunciar al amor, si Severiano ofrecía garantías de cambiar de conducta hacia Jeanne-Thérèse. Cuando lo comentaban, ella le decía que era un romántico empedernido, que Severiano no cambiaría nunca, porque aquella era su manera de ser, y mucho menos podría ser otro hombre ahora, que ya tenía casi sesenta años. De pronto llegaron las lluvias. Hacía frío en la sala, aunque encendieran fuego en ambas chimeneas; tenían que dormir con varias mantas. La humedad llegaba hasta el tuétano de los huesos y el carro apenas podía transitar por las veredas encharcadas que rodeaban la posesión. Las tormentas eran espectaculares. El viento agitaba los árboles con violencia, la lluvia azotaba los ventanales de la galería, los truenos parecían cañonazos que se acercaran peligrosamente y los relámpagos convertían la noche en día. Florián dijo que preparara el equipaje para regresar a la ciudad y Jeanne-Thérèse asintió, tristemente, con la cabeza y

dijo que habían actuado como niños, retardando el conflicto sin ser capaces de resolverlo, porque su amor era imposible. Suspiró musitando que durante años le había querido y querido sin dejar de quererle un solo día, y tenía su amor cuando ya no podía ser.

—*T'aimer, t'aimer toujours, et avoir ton amour même quand il ne peut plus être!*[253]

—*L'amour sera possible, je sais qu'il sera possible*[254].

Jeanne-Thérèse sonrió levemente, y se besaron con candor.

Pero Florián se equivocaba. Severiano no estaba nunca solo en su palacio, donde tenía gran cantidad de sirvientes y dos jovencitas que compartían su mesa y le calentaban la cama de matrimonio. Eran dos mozas muy bonitas, una rubia, la otra morena, de cabellos largos y carnes rosadas que no habían visto nunca el sol. Sus respectivas familias consentían en su arreglo con el conde, porque ellas les llevaban todo cuanto sobraba en aquel palacio, y para hogares modestos como los suyos aquello era un verdadero chorro de abundancia. Además, puede decirse que Severiano casi no paraba en casa, y cuando venía estaba lo bastante decaído como para que por mucho que se esforzaran, por mucho que bebieran y le acariciaran, no consiguieran entusiasmarle. Pasaba muchos días y muchas noches en el burdel de la calle San Juan, con los negocios dejados en manos del apoderado, que era un hombre cabal y se sorprendía de la creciente dejadez de su señor. En realidad, el alcoholismo le estaba destruyendo el hígado a marchas forzadas, y a ratos sentía tal dolor que se aliviaba fumando semillas de adormidera trituradas y mezcladas con una clase inferior de tabaco llamada «pota», que olía pestes. Eso también le debilitaba la voluntad. Por otro lado, se había aficionado a Amalia, que aún no tenía treinta años y estaba en la plenitud de la vida. Siempre había sido una mujer hermosa y sin manías, y puede decirse que ni velaba ya por su hijo Ulises ni se acordaba de Anselmo, su marido muerto, si no era por los excesos a los que con él también solía abandonarse. Siempre decía Anselmo habría querido que sacara tajada, y así tranquilizaba su conciencia. Severiano tenía

mucho dinero y había alcanzado un punto de depravación que a ella la seducía, de modo que incluso bebía con él, fumaba y bailaba para excitarlo, aunque a menudo acababa en brazos de un músico apuesto que tenía los ojos pequeños, pero vivarachos, bajo la venda que ella destapaba, mientras Severiano palmeaba fuera de compás.

A pesar de su degradación, Severiano no había renunciado a la venganza. Ahora planeaba envenenar a Florián, y para ello contaba con la ayuda de Amalia. Ella decía déjalo estar, ¿qué mal te hace? No lo puedo dejar estar, me ha robado a mi mujer. Tú se las has robado todas. Severiano sonreía, una sonrisa demasiado lánguida para llegar a ser perversa. Te equivocas, él me las ha robado... Amalia quedaba desconcertada, pero para satisfacer las demandas de Severiano, visitaba a un boticario moreno y gallardo, alto como un caballo, que tenía fama de catar muy bien a las mujeres, y le pedía un veneno eficaz para acabar con un perro feroz, que era del tamaño de un hombre y tenía atemorizados a todos los vecinos. Pero tenía que ser un tóxico que pudiera disolverse en agua o mezclarse con la comida sin que se notara al gusto. No sé, decía el boticario, y le ponía las manos sobre los muslos, debajo de la falda, para ir subiéndolas gradualmente. Si el perro fuera realmente como un hombre te daría algo letal para mezclar con el vino...

Amalia cerraba los ojos y suspiraba, estremecida.

—¡Sí, oh, sí!... El perro es muy como un hombre...

Finalmente, el boticario recurrió a un veneno ancestral, el *Veninum Lupinum*, mezclando acónito, tejo, óxido de calcio, almendras amargas y vidrio triturado con miel, y le aconsejó que lo removiera mucho en un tazón de vino caliente aromatizado con especias. Severiano tuvo la desfachatez de presentarse poco antes de Navidad en la casa de la calle del Rosal, haciéndose anunciar por el servicio. Florián y Jeanne-Thérèse estaban en la sala con Ulises, que había cambiado mucho y estaba cada vez más formal, hasta el punto de que ya había aceptado un pasaporte firmado por el gobernador para ir a estudiar a Londres bajo la protección del conde

Lockport. Ulises saludó a Severiano con deferencia y procedió a retirarse. Severiano recurrió al sarcasmo para decir ¡cuánto ha cambiado este chico! Hizo una reverencia exagerada y mostró a las claras que le costaba mucho mantener el equilibrio. Era como una sombra de lo que había sido. Estaba mal afeitado y daba la impresión de que no se había mudado de ropa en muchos días. Hasta Jeanne-Thérèse se sorprendió porque en pocos meses la cara se le había apergaminado y la piel se le caía a trozos como si tuviera un mal irreparable. Intentó sonreír y puesto que tenía dientes podridos lo que resultó fue una mueca horrible.

—He venido en son de paz... —dijo—. Quisiera... Ya es hora de que haya armonía entre nosotros.

Balbuzeaba, y Jeanne-Thérèse no le creyó. Pero Florián era un ingenuo, toda la vida había intentado llevarse bien con aquel hermano desgraciado, y aceptó cenar con él en nochevieja. Jeanne-Thérèse se vistió discretamente para la ocasión, pero con la elegancia que la caracterizaba. Florián se puso una chaqueta negra al estilo *Regency*^[255] de la Gran Bretaña, provista de faldón trasero dividido en dos piezas, calzas blancas y medias del mismo color. Incluso Severiano se había arreglado y parecía sobrio y mesurado. Amalia estaba preciosa, vestida de blanco, con bordados transparentes y con la frondosa cabellera suelta. Bep Jena servía la mesa en la taberna del Asa, la bodega que hacía años había montado con Anselmo y que aquella noche habían cerrado al público para celebrar la ocasión. Cada vez que se acercaba a Amalia le decía una grosería, como cuando terminemos con estos entrometidos te voy a meter dos polvos sin sacarla. Pero Amalia no soltó ni una sola indiscreción, y saboreó la comida con la elegancia de una verdadera señora. La situación era tensa, pero nadie tocó ningún tema peliagudo durante la conversación. Después de los postres la propia Amalia sirvió el vino caliente, especiado y meloso, y se manejó con habilidad para dar a Florián la copa con el vino envenenado. Por cierto que Florián estaba eufórico, no recordaba haber compartido nunca un almuerzo tan plácido con su hermano y

empezaba a creer que las cosas cambiarían al fin entre los dos. Tomó un buen sorbo de vino, y cuando lo paladeó notó un gusto raro. Volcó la copa sobre el mantel, se llevó la mano a la garganta y dijo:

—¿Qué me habéis puesto?

Severiano rio y dijo:

—No te hemos puesto nada. —Pero Amalia tenía una lágrima que le resbaló sobre el cuello y fue a mojar el vestido muy blanco que llevaba.

Florián se levantó de pronto y dijo a Jeanne-Thérèse:

—*Sortons d'ici tout de suite!*[256]

—Demasiado tarde —dijo Florián—; ya te has tomado un buen trago.

De camino a casa Florián se detuvo en un descampado para meterse los dedos en la garganta y tratar de vomitar. Después bebió café con sal, y se ponía verde a la hora de arrojar todo lo que había comido. Pero fue Amédée quien le dio el remedio definitivo, un jarabe de ipecacuana que le habían mandado de París, elaborado con la raíz de una planta de la selva tropical de Brasil que tenía grandes poderes vomitivos. Evacuó el estómago, y tenía la sensación de que le habían rascado por dentro, como si le hubieran lavado el vientre con naranjas amargas. También tenía una gran impresión de vacío y aun estando acostado perdía el mundo de vista. Le parecía que flotaba, y que podría salir volando por la ventana como si fuera el fantasma de la señora Pillsbury, del castillo londinense del conde Lockport. Desvarió tres días seguidos, y no dejaba de preguntar si estaba vivo o muerto. Tenía fiebre y sudaba a mares. Jeanne-Thérèse le secaba con toallas y pañuelos humedecidos con agua de colonia, y no se movía de su lado ni de día ni de noche. Finalmente le entró un sueño reposado y parecía que se recuperaría. Pero tardó días en despertarse, y Jeanne-Thérèse estaba agotada. Amédée le decía en vano que se fuera a dormir, que él la substituiría. Ella replicaba: «*Reste si tu veux, mais je vais aussi rester*»[257]. Cuando finalmente despertó Florián tenía tanta sed que se habría bebido toda el agua del jarro. Tenía el rostro demacrado, porque había enflaquecido mucho, y no podía tenerse. Jeanne-

Thérèse le dio a la boca sopa de ajo, y después le cogió la mano y se durmió a su lado. Tenía un sueño inquieto, pero cuando volvió a abrir los ojos le parecía que había dormido una semana y se sentía muy descansada. Le dijo que ya podía olvidar a aquel hermano envidioso que incluso había querido envenenarle, pero Florián replicó:

—*C'est en fait un pauvre diable, et je dois l'avertir que s'il continue comme ça il va bientôt mourir*[258].

Naturalmente, Jeanne-Thérèse quedó pasmada, sobre todo teniendo en cuenta que era él quien había estado a las puertas de la muerte por culpa de Severiano.

Aquel año de 1818 Menorca andaba revuelta porque se había ordenado una quinta que afectaba a los hombres de 17 a 38 años. Para los menorquines tener un hijo en el ejército era un desastre a causa del largo servicio y de las miserias de la vida militar. Las autoridades intentaban liberar a los quintos forzosos presentando a cambio voluntarios, y Florián dijo a Ulises que no se preocupara, que iría a formarse como diplomático en Londres, y que si llegaba el caso de que le llamaran a filas le liberaría pagando los mil duros que para este favor se pedía a los nobles. El mes de marzo ya había asistido dos veces a Severiano, que a causa de sus excesos con el alcohol sufría fuertes crisis de *delirium tremens*, con temblor, náuseas, sudor y alucinaciones en las que alternaba con todas las mujeres que había robado a su hermano y decía que la musa Azhar lo amamantaba con una sonrisa cruel en los labios, porque en lugar de leche tenía en los pechos el veneno que Amalia había dado a Florián en la nochevieja. El corazón le latía desordenadamente y Florián le decía que se tranquilizara, que aquella vez también podría contarle, pero que no tenía que volver a beber ni a fumar si no quería morir en otro ataque. Severiano consiguió decir:

—Ya sé que la palmaré, tú tendrás mi mujer y serás el conde Flor.

—Calla, te conviene callar y no pensar...

Severiano temblaba como un azogado y se agarraba a su hermano como si

podiera salvarlo de un naufragio en una noche procelosa.

—¡No me sueltes, no me dejes caer en el precipicio!

—No tengas miedo, no hay ningún precipicio.

Cuando finalmente se sosegó, Severiano dijo:

—En realidad yo no he tenido a ninguna, todas te querían a ti.

—¿Qué?

—Todas las mujeres que he tenido te querían solo a ti, y mi padre también.

Él quería que tú fueras el conde Flor.

Florián derramó una lágrima mientras lo hacía callar por su bien y le limpiaba la baba verde que regurgitaba. Finalmente, una noche muy clara de mayo en que Amalia vino a llamar a la puerta para que acudiera a socorrerlo, ya no llegaron a tiempo. Cuando lo vio ya estaba muerto. Se había ahogado en sus propios vómitos. Florián le cogió la muñeca para comprobar el pulso y cuando lo soltó el brazo cayó como una piedra, sin vida.

—Id a traer a un sacerdote —dijo.

Allí se acababa todo. Florián tuvo que concluir que había fracasado, nunca había conseguido superar el odio de su hermano, y ese era el fracaso. A pesar de haber publicado un libro representativo de la literatura prerromántica más exótica, a pesar de haber encontrado el amor verdadero, a pesar de gozar del respeto de sus conciudadanos había fracasado en la distancia más corta, la que le separaba de aquel hermano definitivamente perdido. Pero ya no podía hacer nada. No podía embellecer su memoria escribiendo una biografía edulcorada, porque entonces faltaría a la verdad, y sin la verdad, sin la autenticidad, no es posible la obra de arte. Había perdido. En su cabeza surgían las palabras atribuidas a Juliano el Apóstata, el emperador romano, antes de su muerte: «*Vicisti, Galilæe*». Has vencido, Galileo, donde galileo se leería: «cristianos». El cristianismo se impondría como religión del Imperio Romano, y Florián, muchos siglos después, no había sabido ganarse el amor cristiano de su hermano. Había perdido. Pero parecía que había ganado, a ojos del pueblo parecía haber ganado, porque ahora sería el conde Flor y tendría el amor de

Jeanne-Thérèse. Lo que no sabía la gente es que aquello eran dos cosas que había tenido desde que el conde había decidido nombrarlo heredero y desde que Jeanne-Thérèse se había enamorado de él, hacía muchísimo tiempo. Pero la vida es así, la gente solo suele ver las apariencias. Florián lo había aprendido después de peregrinar por muchos países, muchas amistades y muchas lenguas.

Ulises se libró definitivamente de la leva, y cuando cumplió dieciocho años se fue a estudiar a Londres, donde ya se empleaba la palabra *diplomacy*^[259], igual que se empleaba en Francia *diplomatie*, en el sentido del manejo de relaciones entre estados y gobiernos del mundo. Aquel joven que había experimentado un cambio tan radical a partir de una noche aciaga llegaría tal vez muy alto. Cristina, por su parte, iría a París con la señora Aurélie, la viuda del malogrado *professeur* Émile Bonnepierre, que ya había regresado a su palacio, después de que en su país se hubiera restaurado la monarquía borbónica. La marcha de Cristina dejaría frustradas las ansias de más de un pretendiente menorquín, pero le abriría las puertas de la buena sociedad francesa y de la cultura con la cual Florián mantenía todavía muchos vínculos. Amalia, en cambio, había de ver cómo su belleza se marchitaba rápidamente, a causa de los excesos que nunca supo refrenar, de modo que pronto sería una vieja, una sombra de lo que había sido, compadecida, si no rechazada, por todo el mundo. Por lo que respecta a Florián y Jeanne-Thérèse vivirían juntos el otoño de sus vidas, que se les mostraba favorable, compartiendo inquietudes con Amédée, ilusionados en historias y largos viajes. Severiano ya no les podía entorpecer los pasos en ningún momento, amenazándolos como el milano en su vuelo de rapiña, atento a capturar presas vivas, pero también muertas, tan diferente de su hermano como el día y la noche.

Si te ha gustado

El día y la noche

te recomendamos comenzar a leer

La esencia del alma

de *Victoria Magno*



—¡Defiéndete! —vociferó Raquel, lanzando un nuevo ataque de agua que tumbó a Zarah contra el piso.

—¡Eso intento!

—¡Eres una Alma Azul, por un demonio, haz algo interesante! —Raquel alzó las manos y alrededor de sus piernas el agua del aire se congeló, formando un aro en derredor a sus tobillos, provocando que Zarah quedara atrapada—. ¡Anda, escapa de eso!, si puedes... —añadió con voz socarrona.

Zarah se forzó en concentrarse, en hacer emerger su poder de Alma Azul, pero sencillamente nada sucedió.

¡Maldición!

Estaba segura que tras el ataque sufrido, en el que por poco se convierte en un Alma Negra, todo sería pan comido con los entrenamientos. Ella había podido usar sus poderes en la batalla, después de todo. Pero sencillamente habían desaparecido tan rápido como habían llegado.

Ahora no era capaz de brillar ni como una estúpida linterna con su poder de Alma Azul.

—No puedo...

—¡Ni siquiera lo intentas!

Zarah trató de hacerlo con mayor fuerza, pero fue inútil, nada apareció. Ni un resquicio de luz a su alrededor.

—¡Anda, defiéndete! —gritó Raquel, lanzando un nuevo ataque.

Zarah apenas consiguió evadir el chorro de agua que ella le lanzó. Aterrizó dolorosamente contra su costado. Por un pelo había conseguido esquivar el ataque de Raquel que la habría lanzado dos metros por el aire, como sucedió la última vez.

Con dificultad se puso de pie, un gran logro tomando en cuenta que sus piernas seguían unidas a causa de ese aro de hielo. Sin embargo, su parcial

alegría no duró mucho al notar que Raquel no le daba tiempo para recuperarse. Vio volar a la chica, dispuesta a darle una patada directo contra el rostro. Apenas tuvo tiempo de evitarla, pero perdió el equilibrio a cause de sus pies, aún unidos, y fue a caer dolorosamente una vez más contra el suelo.

El golpe le quitó el aire de los pulmones, por lo que apenas tuvo tiempo de reaccionar para protegerse de un nueva embestida que Raquel le lanzaba en ese momento.

—En una pelea no podrás solo huir, princesita. ¡Anda, defiéndete como lo haría un Alma Azul! —De las manos de Raquel emergió una ola helada que enfrió de miedo el sudor de la frente de Zarah. Esa chica estaba dispuesta a convertirla en una paleta de hielo.

Zarah apartó la vista al ver llegar la ola azul contra su rostro justo un segundo antes de que una intensa luz roja se interpusiera entre ella y el agua, derritiendo el hielo hasta convertirlo en vapor que se elevó en una enorme e inofensiva nube ante ella.

—Ya basta —La voz de Allan estremeció a Zarah. Había llegado para salvarla de que le patearan el trasero en el entrenamiento. Otra vez...—. Ha sido suficiente por hoy.

—¿Suficiente? —El rostro de Raquel estaba crispado por la indignación—. No puedes detener las peleas cada vez que a ella se le compliquen las cosas, Allan. Zarah es la princesa de los Blancos, ella más que nadie debería saber defenderse en una batalla, ¿cómo liderará a los ejércitos bajo su mando cuando el poder caiga sobre sus hombros...?

—He dicho que es suficiente por hoy —La voz de Allan era rotunda—. Raquel, ve a las duchas.

—Sí, capitán —A pesar de la sonrisa en su rostro, la voz de Raquel era mordaz—. Espero no haberte lastimado, pequeña princesa —Raquel le tendió una mano a Zarah para ayudarla a levantarse. Su voz destilaba miel, pero en sus ojos solo había satisfacción.

Satisfacción por tener que levantarla del suelo. Otra vez.

—Gracias —masculló Zarah aceptando su mano de mala gana.

—No te preocupes. Eres solo una niña —Raquel apartó una rama de su cabello, sucio y lleno de lodo, y la tiró al piso casi con repulsión—, aún eres demasiado joven para entender nada de nada —Zarah apretó los dientes, Raquel la trataba como si tuviera cinco años. Y no perdía oportunidad para recordárselo—. No tienes que sentirte mal por ser tan... inútil —sonrió, mordaz—. Aún tienes tiempo para aprender las técnicas de guerra Capadocia. Aunque claro, la mayoría de nuestros alumnos en la academia ya dominan las técnicas básicas, y ninguno supera los siete años. Tal vez deberíamos colocarte en una clase con los de tres, los principiantes...

—Raquel —La voz de Allan estaba teñida de amenaza.

—No dije nada malo —Ella se apartó el pelo que le caía sobre el hombro, provocando que su perfecto (y totalmente limpio) cabello rubio resplandeciera bajo el intenso sol de ese día.

Zarah hubiera deseado tener algo que lanzarle encima a su perfecta e inmaculada melena. No entendía cómo Raquel siempre terminaba luciendo como una supermodelo, mientras su propio cabello parecía un nido de ratas. Y ni hablar de su ropa, después de pasar la mayor parte del entrenamiento en el suelo, esquivando los golpes de Raquel, su vestimenta terminaba como si hubiera escapado de un desastre minero; completamente cubierta de tierra, musgo y cualquier otra porquería que se hubiera topado a su paso. Como la vez en la que algo marrón y de muy mal aspecto terminó embarrado en sus posaderas. Y estaba muy segura que no se trataba de lodo...

—Raquel. Duchas. —Allan no dijo nada más, el tono firme de su voz bastó para que Raquel se alejara a paso rápido de la zona de entrenamiento donde estaban trabajando ese día.

Raquel se marchó al fin, no sin antes dedicarle una última sonrisa mordaz a Zarah.

La joven apretó los dientes, hubiera deseado ser ingeniosa como Maricarmen, o al menos tener el ímpetu de Marijón para decir algo hiriente, lo

que fuera. Pero todo cuanto pudo hacer fue suspirar, dejándose caer al piso y llevándose ambas manos al rostro para ocultar las lágrimas de frustración que luchaban por salir de sus ojos, a pesar de su intento por contenerlas.

Ya eran semanas. Semanas completas de entrenamiento. Y no mejoraba en absoluto.

Y por cómo iban las cosas, dudaba que alguna vez lo hiciera...

—Calma —Allan se arrodilló a su lado—. Todo va a mejorar, ya verás...

Zarah alzó la vista, dedicándole una mirada de completo escepticismo.

—Vamos —Allan le tendió una mano, ayudándola a levantarse—. No es tan malo.

—¿No es tan malo? —Zarah bufó—. Llevamos en esto todo el verano, y todavía no he conseguido hacer aparecer ningún poder de Alma Azul. ¡Por Dios, todavía no hago aparecer ni siquiera una luz del tamaño de una luciérnaga!

Allan rio, provocando que su corazón se alegrara con su risa.

—Desarrollar los poderes de un Capadocia lleva tiempo —La abrazó por los hombros, atrayéndola contra su pecho—. Es muy difícil. Más si se trata de un Alma de Fuego, y una tan poderosa como un Alma Azul. Debes tener paciencia, unos cuantos días de fracaso no son motivo para rendirse.

—¿Unos cuantos días? Allan, mi trasero nunca será el mismo de antes... ¡Hey, estoy hablando en sentido figurado! —chilló cuando él se asomó a su espalda, dispuesto a cerciorarse por sí mismo.

—Pues yo lo veo tan lindo como siempre.

—¡Allan!

Allan rio con más ganas, abrazándola todavía más fuerte contra su pecho, impidiéndole apartarse.

—Vamos, Zarah, ríe un poco.

—¿Reír? ¿Cómo puedo reír cuando tanto peso cae sobre mis hombros? Raquel tiene razón, soy una princesa, el reino entero espera que sepa ser digna de ese puesto. Y ni hablar de mi abuelo y...

—El reino aguardará a que llegue tu momento, no te preocupes por ello. Y tu abuelo es un hombre sabio, no esperará que tú aprendas a manipular tus poderes de la noche a la mañana.

—¿Y qué hay de lo de liderar ejércitos?

—Eso no ha sucedido en siglos. Y si llegara a suceder —añadió antes de que ella pudiera replicar—, tu abuelo es aún un hombre con mucha vida por delante. Podrá hacerlo él mismo. Y también está tu padre, tu tío, tu hermano, y por supuesto, yo —le sonrió al tiempo que pasaba un mechón de cabello nudoso y sucio tras su oreja—. Nunca dejaría que te sucediera nada malo. Lo sabes.

Zarah asintió, agachando la vista.

—Relájate, todo va a salir bien —Allan posó ambas manos en sus mejillas, haciéndola levantar el rostro para verlo a la cara—. Confía en mí.

—Lo hago —Ella sonrió, dejándose perder en el contacto de sus labios contra los suyos.

No importaba cuántas veces lo besara, cada beso era único, especial, mágico...

Allan se apartó, dedicándole una mirada llena de amor, como las que siempre se reflejaban en sus ojos cuando la veía.

—Ahora, quita esas ideas de tu cabeza o tendré que besarte de nuevo para que te olvides de ellas.

—Lo siento, creo que esas ideas aún siguen ahí, tendrás que intentarlo de nuevo —sonrió.

Allan rio, envolviéndola en un abrazo estrecho contra su cuerpo al tiempo que la besaba con una intensidad tal, que Zara sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. Rodeó el cuello de Allan con los brazos, dejándose perder en él sin reparos.

—¡Ejem! —Escucharon a alguien aclararse la garganta. Al volver la vista, Zarah palideció al ver a Tanek de pie a escasa distancia de ellos.

—¡Papá! —chilló Zarah, apartándose de Allan de un salto.

—Me gustaría hablar contigo, hija. Eso claro, si tu novio está dispuesto a devolverte los labios.

Zarah enrojeció hasta las orejas.

—Papá, no digas esas cosas... —Zarah replicó, adelantándose a él con la cabeza gacha, deseando que su desordenada melena ocultara sus mejillas encendidas, que seguramente debían lucir tan rojas como la capa escarlata que su padre llevaba puesta, vestido a la usanza real de la Capadocia.

Todavía le costaba ver a Tanek como una figura paterna, sin embargo, había algo en él que le provocaba ese sentimiento de respeto-afecto que despertaba obediencia, y por supuesto, vergüenza por ser atrapada por él en una situación tan... delicada.

—Nos vemos luego, Zarah —escuchó a Allan decirle, antes de alejarse con la intención de dejarlos a solas.

Tanek la envolvió en un abrazo, llevándola con él por el camino de vuelta al palacio.

—Entonces, Zarah... ¿cómo va tu entrenamiento? —le preguntó tras varios segundos de incómodo silencio.

—Horrible.

Tanek soltó una carcajada ante la sinceridad de su hija.

—No debes preocuparte, es natural. Pronto serás una guerrera excelente, ya lo verás.

—Lo dudo —bufó, apartándose un mechón de cabello sucio de la cara—. Y mientras continúe apestando, y no me refiero al lodo, Raquel no dudará en continuar moliendo a golpes mi trasero.

—Pronto serás tú quien se lo muela a golpes a ella. Eres un Alma Azul, no lo olvides —Zarah voló los ojos, sabía que era un Alma Azul, sabía que se suponía que era la más poderosa de la clasificación de las Almas de Fuego de La Capadocia. Sin embargo, o su cuerpo no se enteraba todavía o alguien había cometido un error, porque ningún poder hacía acto de presencia todavía.

—Mi única habilidad hasta ahora radica en caer al suelo. Así que, por

ahora, papá, me es difícil pensar que pueda ser más poderosa que una pasa.

—¿Una pasa?

—Sí, una pasa —refunfuñó, molesta—. Ya sabes, esas cosas arrugadas que no sirven para nada.

—Una pasa —rio Tanek—. Vaya comparación ridícula, ¿qué tiene que ver una pasa contigo o La Capadocia?

—Exacto, ¿qué tengo yo que ver con La Capadocia? No voy con ella. Igual que una pasa.

—Es la comparación más ridícula que he escuchado —Tanek continuó riendo—. Pero no te preocupes, hija, quita esa cara de morrito —intentó animarla al notar que sus palabras no consolaban en absoluto a su hija—. Recuerdo cuando eras pequeña, tu madre y yo teníamos que convencerte para que bajaras la espada alguna vez. Querías pasar todo el día entrenando, practicando y aprendiendo nuevas técnicas Capadocia. Eras increíblemente hábil para tu edad, vencías a oponentes mucho mayores que tú desde que comenzaste a participar en torneos. Tu abuelo no podía estar más orgulloso, y tu madre debió suponer que serías un Alma Azul porque... —La sonrisa se borró de sus labios al mismo tiempo que las palabras se esfumaban de su boca.

—Ella bloqueó mis poderes —continuó Zarah.

—Eso lo hizo para protegerte, lo sabes —Tanek se detuvo y la encaró, posando ambas manos sobre sus hombros en un gesto paternal—. Tu madre te quería, Zarah. Y mucho. Todo lo que hizo, todo —repitió—, fue con la intención de ayudarte.

—Lo sé... —ella suspiró, agachando la mirada—. Es solo que todavía es tan confuso... Casi no puedo recordarla. Y realmente lo que me hizo..., apesta ¿sabes? ¿De qué sirve ser un Alma Azul si no tengo ningún poder?

Tanek volvió a sonreír, estrechando a Zarah en un nuevo abrazo mientras reemprendían la caminata.

—Dale tiempo al tiempo. Volverás a encontrar tu verdadero ser, y tú eres una

guerrera innata.

—¿Y qué hay de mi vida anterior? —Zarah preguntó aquello que llevaba muchas noches dando vueltas en su cabeza.

—¿Tu vida anterior? —Tanek volvió a detenerse, esta vez dedicándole una mirada preocupada—. ¿Te refieres a...?

—Madeleine —Ella asintió—. ¿Cómo era ella? Es decir... yo. ¿Cómo era yo entonces?

Tanek inspiró hondo, fijando la vista en sus ojos.

—Eso no importa, hija. Es esta vida la que cuenta. No lo que sucedió en otro tiempo.

—Pero quiero saberlo, Allan no quiere hablar al respecto.

—Y hace bien —El ceño de Tanek se frunció—. No quiero que pienses en cosas que no valen la pena, Zarah. Todo cuanto importa es tu vida presente, la vida que tienes ahora. Deja el pasado en el pasado, tu vida es esta, hoy. Así pues, vívela, gózala, disfrútala, porque no hay mejor regalo que el presente.

Zarah asintió, esbozando una ligera sonrisa cuando su padre pasó una mano por su cabello, alborotándolo como si fuera una vez más una niña de cinco años.

—Te quiero, papá —le dijo con una sonrisa en los labios, gozando de ese momento. Era poco lo que podía recordar de su padre, pero sabía, en su corazón, cuánto le quería entonces. Y ahora también lo hacía.

—Y yo a ti, mi pequeña —Tanek sonrió a su vez—. Tú y tu hermano son toda mi vida. No lo olvides.

—No podría —Y de verdad no podría hacerlo, Tanek había velado por ella desde que había llegado al lado de su familia adoptiva, sin que nadie, ni siquiera ella, lo supiera. Sin mencionar que por poco muere al intentar salvarle la vida. Sin duda eso era amor paternal—. Solo espero poder merecer tu cariño.

Tanek soltó una sonora carcajada, una como las que recordaba cuando era pequeña, y la evocación de una memoria donde ella y su padre se encontraban

riendo cuando solo era una niña le vino a la mente, calentándole el corazón con esa remembranza que hasta entonces no sabía que existía.

—Tú no tienes que hacer nada para merecer mi cariño, Zarah —le aseguró Tanek, abrazándola con sumo afecto—. Eres mi hija. Te amaré siempre, sin importar qué. Es tu derecho y es irrevocable.

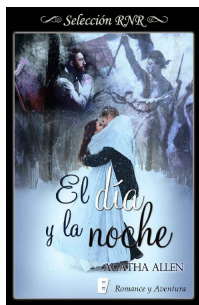
Zarah sonrió, abrazando a Tanek y hundiendo la cabeza en su pecho, aspirando ese aroma familiar que por tanto tiempo creyó olvidado.

Realmente se sentía bien saberse amada de ese modo.

No importaba qué tan buena o mala fuera con la espada o las técnicas Capadocia, su padre la quería. Y estaba segura que eso no cambiaría.

Por pésima que fuera como una guerrera Capadocia...

¿Cuántas razones tiene el primogénito del Conde Flor para odiar a su hermano bastardo? ¿No es suficiente que Florián sea apuesto, agradable y un magnífico escritor, y Severiano en cambio sea feo, intratable e incapaz de crear una obra de arte?



¿Puede el odio llevar a un hombre a matar a su hermano? Si su padre prefiere al bastardo incluso para heredar el título de conde; si él consigue robarle a las mujeres más bonitas y tratarlas como esclavas; si triunfa en la Francia de la Revolución Francesa y entra a formar parte de la Cámara de los Lores en Gran Bretaña; si goza del favor de Azhar, la más sensual de las criaturas, y de Amédée, el amigo más fiel; si es menos inteligente que él, menos capaz de enriquecerse y más querido, idolatrado incluso por la propia esposa, Jeanne-Thérèse...

¿No tiene un hombre suficientes razones para matar a su hermano? Si todo lo de Florián le pertenece por razón de su nacimiento... Todo, incluso su vida...

Agatha Allen se confiesa enamorada de Venecia y de París, pero ha viajado por España, Europa y América. Digamos que es una verdadera trotamundos. Se ha dedicado a la pintura y ha expuesto en París y en Nueva York, pero también en Madrid y Barcelona. De muy joven sintió la llamada de las letras y se convirtió en una lectora pertinaz. Le gustan las novelas imaginativas y las que seducen con el lenguaje. Reconoce asimismo que le encantan las narraciones clásicas de aventuras con una buena dosis de romanticismo.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Agatha Allen

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-033-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS

- [1] Vestidos a la moda francesa.
- [2] Miriñaque.
- [3] Licenciatura en artes.
- [4] Profesor.
- [5] Orilla izquierda.
- [6] Puente del cambio.
- [7] Torre del reloj.
- [8] ¿Qué dices?
- [9] Que es una velada maravillosa.
- [10] Carlota rusa (pastel).
- [11] ¿Pero por qué?
- [12] Porque quiero hacer dos cursos en dos años, primavera, invierno, primavera, invierno, y acabar en 1783.
- [13] Eso va a resultar muy difícil.
- [14] Nadie afirma lo contrario.
- [15] ¿Sabéis? La señora Merina no ha sido siempre vieja y estrábica. De hecho, cuando era joven, solía ser sinuosa y vivaz, y muy bonita.
- [16] Ya veréis cómo yo seré el único que os enseñará la verdadera medicina.
- [17] San Benito.
- [18] Jardín botánico.
- [19] Hospital de San Eloy.
- [20] Un médico es como un cura, pero del cuerpo, no del espíritu .
- [21] ¿Tienes algo para mí?

- [22] Ahora os podéis hacer llamar verdaderamente médicos.
- [23] Quedáis arrestados en nombre de la ley.
- [24] Fortaleza.
- [25] La pequeña y su querubín.
- [26] Claro que la maté. ¿Acaso creéis que se encuentran cada día cadáveres tan bonitos?
- [27] ¡Ah, bueno!
- [28] Hum, con esto os voy a poner con mis propias hijas.
- [29] ¡Estoy seguro de que estos dos maricas son incapaces de tener una erección!
- [30] Castillo.
- [31] Guiso de judías y carne.
- [32] A estos Florián y Amédée ya los podéis considerar condenados.
- [33] Cementerio de San Juan.
- [34] Sirvienta.
- [35] Puntilla.
- [36] ¿Qué clase de broma es esta?
- [37] Estabas muy enfermo cuando llegó esto.
- [38] Al contrario, las armas de una mujer enamorada son las más poderosas del mundo.
- [39] Gobernador del Languedoc.
- [40] Pero me temo que sea demasiado tarde.
- [41] Castillo de Tarascón.
- [42] Lo siento, pero no creo que haya tiempo de conceder el uso de gracia.
- [43] Mariscal Duque de Biron.
- [44] Si hubiese tenido una hija, habría querido que fuera como tú.
- [45] Tenéis que volar si queréis llegar a tiempo.
- [46] Cirujanos.
- [47] ¡Parad, parad la ejecución!
- [48] Ya me veía a las puertas del infierno.

- [49] Esto se llama ser ingenuo.
- [50] Bien está lo que bien acaba.
- [51] Se acabó todo, podemos felicitarlos de ello.
- [52] La Bola de Fuego.
- [53] Nuestra Señora de los Dolores.
- [54] Iglesia de San Julián el Pobre.
- [55] Iré con vosotros de regreso a la isla de Menorca.
- [56] ¿Crees que tu padre va a sentirse incomodo por mi presencia aquí?
- [57] Las Fuerzas Armadas de Su Majestad.
- [58] Los Reales Cuarteles de Artillería.
- [59] Sopas de pan escaldado con agua y preparadas con aceite, ajo, cebolla y otros ingredientes.
- [60] Ya ves que estoy enamorado.
- [61] Y desgraciadamente no de mí.
- [62] Siento decírtelo, pero tienes que irte de aquí.
- [63] Tienes que bajar al comedor en unos minutos.
- [64] Si no te gustan las judías, lo tienes claro, porque es lo que nos dan cada día.
- [65] Nos subimos a las mesas y ya está.
- [66] Parque Central de Woolwich.
- [67] ¡Número 103 a sus órdenes, señor!
- [68] La ópera de tres peniques.
- [69] Las tribulaciones del joven Werther.
- [70] Damas de placer.
- [71] Todo cuanto el corazón pueda desear en la cama.
- [72] Lucha libre.
- [73] Oficial en jefe.
- [74] Oficial de Campo de Artillería.
- [75] Las amistades peligrosas.
- [76] El diablo enamorado.

- [77] El ilustre señor Georges Lamarche murió de un exceso.
- [78] Puedes creer que, si no estuviera enamorado de Adaleis, querría casarme contigo.
- [79] Pero no es eso, no quiero forzarte a amarme.
- [80] Ella está muy bien, siempre acompañada por mi hermano Severiano.
- [81] Esto es el amor ideal, la ilusión fantástica, pero apasionada.
- [82] Jardín de las Tullerías.
- [83] Palacio Real.
- [84] Campos Elíseos.
- [85] Tú y yo nos casaremos.
- [86] Claro que sí.
- [87] Diario de París.
- [88] Es una copia de los cuentos fantásticos que se hacen hoy en día, un mal eco de otros ecos y una cadena de cosas sin sentido que hacen mucho daño a las letras francesas.
- [89] Me casaré, pero es a ti a quien amo y por ti por quien vivo.
- [90] Santos bellos (imágenes de Santos de yeso).
- [91] Compañía Holandesa de las Indias Occidentales.
- [92] Las sombras de la plaza del Dam.
- [93] Lo diré tan delicadamente como sea posible: ya soy condesa.
- [94] El gran miedo.
- [95] ¿Sabes?
- [96] Libertad, igualdad, fraternidad
- [97] Señores míos.
- [98] ¡Dios mío, se diría que habéis entrado en la boca del lobo!
- [99] Es preciso que tú, Amédée, regreses a Mahón para publicar «Les ombres de la place du Dam» en catalán.
- [100] Emigrados.
- [101] Barrio de San Antonio.
- [102] Nuestra cara no importa, lo que cuenta es que el rey sea rey del pueblo.

- [103] Sí, creo que soy un romántico incorregible.
- [104] El buen papá.
- [105] Si esto es la revolución, ¡viva la revolución!
- [106] ¿Qué hora es?
- [107] Es la hora del pueblo.
- [108] Campo de Marte.
- [109] No me lo vuelvas a preguntar y tira todo lo que quieras.
- [110] Tenemos que cortar las cuerdas y dejar caer la barquilla.
- [111] Dama descarada.
- [112] ¿Por casualidad esta señora es pariente vuestra?
- [113] Sabéis una cosa, no es más que una musa.
- [114] ¿Y qué arte representa?
- [115] La retórica.
- [116] Era un buen amigo mío.
- [117] Academia Real de Pintura.
- [118] Pero se mueve.
- [119] ¿Por qué no proponéis al Parlamento viajar a Italia y estudiar allí la Ilustración?
- [120] Era una mujer alta y delgada.
- [121] Es un fantasma. Acabas de ver un fantasma.
- [122] El Albergue del Camino de Tierra.
- [123] La hostelera.
- [124] ¿Pero dónde pueden ir?
- [125] A buscar el apoyo de otras cortes europeas.
- [126] Emigrados.
- [127] Sin pantalones (vestían pantalón largo, no como la burguesía y la nobleza con pantalón corto; eran partisanos de izquierdas, revolucionarios de clases bajas).
- [128] No seas tan puntilloso; nosotros también somos una especie de *sans-culottes*.

- [129] Tortilla de cebolla.
- [130] ¿Te das cuenta? Pan blanco en plena revolución.
- [131] Esto será así solo en el caso de que los cojan.
- [132] Estoy listo en seguida
- [133] Un penique por tus pensamientos.
- [134] Con este frío mis pensamientos no valen un céntimo.
- [135] La Ilustración.
- [136] El mar nos separa.
- [137] Academia de los puños.
- [138] De los delitos y penas.
- [139] La catedral.
- [140] ¿Qué es lo que hay en la República de Venecia?
- [141] Digamos mejor, ¿qué es lo que no hay?
- [142] La Serenísima República de San Marcos es una décima parte de lo que fue.
- [143] Está bien, vamos a Venecia.
- [144] Ya visto.
- [145] Canales.
- [146] Podría tratarse de sueños literarios.
- [147] Historia de mi vida.
- [148] Ya la ha jurado.
- [149] No es lo mismo, yo voy porque quiero, y para servir al Parlamento británico.
- [150] Tienes que ser muy prudente, en París van a proliferar los cortes de pelo integrales a partir de la base del cuello.
- [151] Tendrías que ser un hombre de palabra y hacerlos venir a Londres, a fin de que estén contigo.
- [152] Renacimiento.
- [153] Cúpula.
- [154] ¿Qué pasa?

- [155] Estoy seguro de que estamos en el centro del universo, y eso no lo sabía ni Brunelleschi.
- [156] Catorce pies ingrátidos.
- [157] Werther es una obra de juventud y ahora estoy más interesado en los clásicos.
- [158] Quiero escribir una obra llena de fantasmas, con mujeres seductoras y aventuras irreales como las *Mil y una noches*.
- [159] Reino de Nápoles.
- [160] No creía posible que el rey dejara representar este espectáculo.
- [161] República Napolitana.
- [162] No, esta obra de teatro es irrepresentable, al menos aquí.
- [163] Caída.
- [164] Plaza de la Concordia.
- [165] ¡Soy inocente, muerdo por Francia!
- [166] ¡Muerte a Luis XVI!
- [167] ¡Ya está, la monarquía ha muerto, viva la República!
- [168] Porque estoy seguro de que Adaleis no quería a nadie más que a ti.
- [169] Desprecio del mundo.
- [170] Sociedad de Irlandeses Unidos.
- [171] ¿Por qué has tenido que enfrentarte a todo el mundo?
- [172] Vendrá un día en que Irlanda será libre.
- [173] Eres un romántico y un idealista.
- [174] Viajes de Gulliver.
- [175] El Genio del Cristianismo.
- [176] Valle de los Lobos.
- [177] Elevaciones del Sena.
- [178] Torre Velléda.
- [179] ¿No sería el caso de tener aquí una habitación con fantasma, una dama siempre joven, bella y desnuda
- [180] Si quieres una dama desnuda tráela tú mismo, que mi pintor la pintará.

- [181] El artista.
- [182] Por mí puedes venir, pero ¿qué dirá Severiano?
- [183] Desgraciadamente.
- [184] ¿Queréis decirme lo que pasa, de una vez por todas?
- [185] Se trata de tu hijo y tu mujer: han muerto.
- [186] Tengo una hija
- [187] Yo soy francés, y Francia está en guerra con Inglaterra.
- [188] Pero yo tengo un hijo que está con Napoleón.
- [189] Muslo de cordero hervido con alcaparras.
- [190] Pato asado con guisantes.
- [191] Fue encontrado muerto en el puesto de guardia.
- [192] Estás comprometido con el ejército de Su Majestad, y tienes que cumplir con tu deber.
- [193] Así lo pensarás dos veces antes de volver a traicionarme.
- [194] Consejero principal de política para asuntos asiáticos.
- [195] Vos sois mi última esperanza para evitar ir a la guerra.
- [196] ¿Qué te parecería ir a la India?
- [197] ¿A la India?
- [198] Sí, me voy a la India en un viaje de exploración. Exploración para mí, claro, y me encantaría que fueras mi compañero de viaje.
- [199] Cuando eres viejo quieres que te lleven, te alimenten y cuiden de ti dondequiera que vayas.
- [200] Compañía de las Indias Orientales.
- [201] Clíper de té.
- [202] Pero no hemos venido aquí a hacer la revolución.
- [203] Pasaremos lo menos un mes en el camino.
- [204] La reina del Ganges.
- [205] La lluvia no me importaría si de verdad sirviera para aliviar el calor.
- [206] Acuérdate de mí cuando seas traducido a todas las lenguas del mundo.
- [207] El orgullo no tiene frío.

[208] Pero la gente quiere un final feliz.

[209] Tal vez, pero no me importa.

[210] La isla de la Ciudad.

[211] Todo eso está muy bien, pero yo me conformaría con verle.

[212] La muerte, en especial la muerte de un hijo, es un triste espectáculo.

[213] Es tarde, tengo que irme.

[214] Dime, ¿es muy bonita?

[215] ¿Quién?

[216] Ágata.

[217] ¿La amas?

[218] El Gran Ejército.

[219] ¡Cuántas cosas que reprocharme!

[220] Yo te quiero bien. Tú sabes que no quiero más que tu bien.

[221] Es el amor, ¿sabes? No puedo hacer otra cosa que amarla.

[222] Lo entiendo.

[223] Esta vez tampoco lo tendrás, al menos no con esta Ágata.

[224] Somos demasiado viejos para este juego, para el amor.

[225] ¿Tú también vienes a regañarme?

[226] Cuando te deja se va al burdel para librarse a los brazos de un solo cliente, tu hermano.

[227] Esta mujer no te ama. Ama a tu hermano.

[228] Los dos hermanos.

[229] Me sabe mal decirlo, pero esta chica juega contigo, y tú harías bien en controlar tus sentimientos.

[230] Hay que reconocer su buen gusto, a pesar de ser una puta.

[231] Champaña de la casa Ruinart.

[232] ¿Qué? ¿Por esta putita estás así?

[233] Manuscrito encontrado en Zaragoza.

[234] ¿No adivinas quién se oculta detrás del seudónimo Serge Macarel?

[235] No me atrevo.

- [236] ¡Caramba! Sabes muy bien que ese hombre no puede ser más que Severiano.
- [237] ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
- [238] Tu marido, mi hermano, finalmente ha conseguido matarme.
- [239] Hoy escribiré al conde Lockport para que venga a verte.
- [240] Parece ser que le castraron antes de matarle.
- [241] Bebida muy caliente compuesta con anís, coñac, licor de hierbas, rebajada con agua y calentada con limón, canela y azúcar.
- [242] Es Navidad, ¿no tendrías que estar con Severiano?
- [243] Navidad es amor, y yo debo estar con el amor.
- [244] ¿Tú me quieres?
- [245] Yo te he querido siempre, cuando no eres nadie, cuando te casaste con otras mujeres, y si te matas seguiré queriéndote después de la muerte.
- [246] Te amo.
- [247] Yo también te amo.
- [248] Aquí, tenemos que hacer la exposición en este lugar magnífico.
- [249] Tenéis que desembarazaros de vuestro hermano para poder ganar vuestro amor.
- [250] Nunca es tarde para hacer las cosas bien.
- [251] ¿Tú crees que hacemos las cosas bien?
- [252] Hoy dejas esta casa para no volver jamás.
- [253] Quererte, quererte siempre y tener tu amor cuando ya no puede ser.
- [254] El amor será posible, yo sé que será posible.
- [255] Regencia.
- [256] ¡Salgamos de aquí en seguida!
- [257] Quédate si quieres, pero yo también me quedaré.
- [258] Es, de hecho, un pobre diablo, y debo advertirle que si continua así morirá.
- [259] Diplomacia.

Índice

EL DÍA Y LA NOCHE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE AGATHA ALLEN

CRÉDITOS

NOTAS